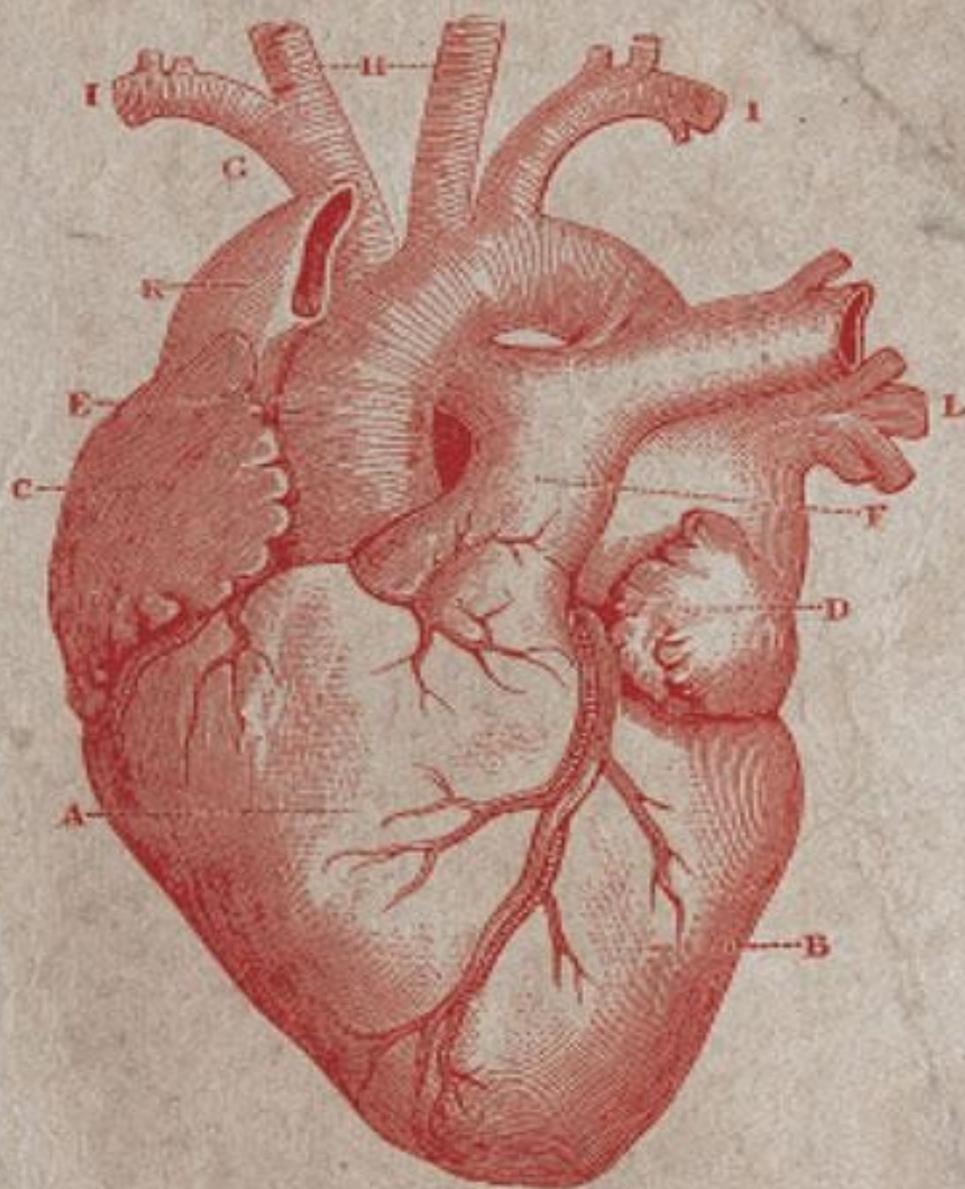


A LA IZQUIERDA, DONDE EL CORAZÓN

LEONHARD FRANK

Fig. 37.



Michael Vierkant abandona muy pronto su lugar de origen, la pobreza de su familia, para perseguir un sueño: convertirse en artista. Autodidacta que considera los cafés su propia universidad, vivirá de lleno el nacimiento de un nuevo mundo en la bohemia del Múnich de principios del siglo XX, para luego arrojarse a los «locos años veinte» berlineses: cabarets, fiestas, conciertos, tertulias literarias...

Pero a pesar de las luces y el brillo de la metrópolis, el ambiente político comienza a ser agónico, crepuscular. Esta sobresaliente novela, autobiográfica en gran parte, nos sumerge en unas décadas excepcionales, revelándonos todo un mundo fascinante: desde los ardores belicistas que anunciaron la Primera Guerra Mundial hasta las promesas de felicidad del periodo de entreguerras, desde la crisis económica hasta el ascenso del nazismo. Sin olvidar el exilio (todos los exilios de su protagonista), la Francia ocupada por los nazis, el trabajo de Vierkant en Hollywood como guionista...

Tan cercanas a la sensibilidad de Thomas Mann, que fue amigo de Frank, como a la de Stefan Zweig, estas páginas, atentas al glamour y al oropel de algunas vidas, pero también comprometidas con los más desfavorecidos, describen toda una época a través de un recorrido vital apasionante.

He aquí un autor extraordinariamente popular en su momento, que ahora comienza a ser redescubierto en toda Europa.

Lectulandia

Leonhard Frank

A la izquierda, donde el corazón

ePub r1.0

Titivillus 06.01.2019

Título original: *Título*
Leonhard Frank, 1952
Traducción: Esther Cruz Santaella
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Dedicado a mi esposa Charlott

I

Michael fue el cuarto hijo no deseado, y llegó para multiplicar las penurias. Su padre, un oficial carpintero que colocaba y pulimentaba suelos de parqué —diez horas al día de rodillas, con el rostro pegado a la dura madera de haya que hubiese que pulir—, ganaba dieciocho marcos a la semana. A la mesa del comedor se reunían ojos grandes y bocados pequeños. Los cuatro hijos, dos niños y dos niñas, pasaban ocho meses al año sin suelas en los zapatos. Pero en invierno, cuando nevaba y la superficie del Meno se congelaba, ya no podían ir descalzos a la escuela.

El hecho de que su madre lograra ahorrar algo para leña y carbón, darle todas las mañanas dinero para almorzar a un padre harto de trabajar, llevar a casa zapatos y ropa de invierno para dos adultos y cuatro niños y, pese a todo, pagar el alquiler y poner sobre la mesa dos comidas diarias para seis, y todo con dieciocho marcos a la semana, era un prodigio equiparable al milagro que hizo Jesús al dar de comer a cinco mil hambrientos con cinco panes y dos peces.

Aquella madre mañosa, curtida y triunfadora que hacía una comida apetitosa a partir de restos que otros habían tirado a los cubos de basura, y que de harapos sacaba prendas favorecedoras, tuvo que enfrentarse a un desembolso de dinero impredecible e ineludible, por cuya causa no fue capaz de volver a ahorrar en toda la infancia de Michael. El niño cayó enfermo de difteria, y su madre, para poder pagar al médico y las medicinas, tuvo que empeñar un miércoles por cinco marcos el traje de los domingos del padre, para volver a recuperarlo el sábado con cinco marcos de la paga semanal del hombre. En consecuencia, el miércoles siguiente no quedaba ni un solo *pfennig* ni un mendrugo de pan en la casa, así que la madre tuvo que volver a empeñar el traje de los domingos. Y esto siguió repitiéndose una y otra vez, de modo que la madre nunca pudo volver a ahorrar esos cinco marcos, a pesar de sus conjuros. Como los miércoles jamás quedaba pan en casa, el traje estuvo yendo a la casa de empeños durante años, para volver a salir el sábado, y regresar de nuevo el siguiente miércoles, cuando volvía a no quedar pan en casa. Durante toda su vida, la valerosa madre cargó sobre sus espaldas una cruz de largo madero.

En cualquier caso, y pese a todo, para Michael también hubo momentos de pura felicidad en los años previos a la escuela. Su madre regresa del mercado con la cesta grande llena de patatas y verduras. Michael pregunta expectante y ansioso, sólo con los ojos, y ella agita apenada la cabeza. «¡Nada! ¡Para eso no ha dado!». El niño de cinco años no puede abandonar la esperanza, busca con la mano entre las habas y las patatas, mirando más allá de la cesta, hacia el país de la esperanza, y encuentra de repente las cinco ciruelas envueltas en una hoja de lechuga, y su madre llora de risa, porque el niño se ha sorprendido tanto con aquello que los ojos se le han hecho aún más grandes y se le ha quedado la boca abierta.

La madre de Michael, una mujer guapa, delgada, de ojos grandes y encendidos, amaba a su esposo, y era tan superior a él que éste no se dio cuenta en toda su vida.

La gran penuria, que pesa en el corazón y daña el alma, no la conocería Michael hasta llegar a la escuela.

El bofetón —precedido por una mirada de ira del profesor a los ojos del hipnotizado alumno que se prolongaba durante largos segundos— y los varazos asestados con todo ímpetu —que amorataban las puntas de los dedos y los pulpejos de las manos, o iban directos al trasero, produciendo unos habones rojos y gruesos como gusanos— no eran lo más terrible que el maestro Dürr infligía a sus cuarenta cabezas de turco. Lo más terrible era el miedo. Su método educativo consistía en transformar a los chiquillos en seres poseídos por el miedo. El temor caldeaba el aula. De noche, el miedo era el contenido de los sueños de sus estudiantes. Antiguos alumnos, ya adultos casados, seguían sobresaltándose con sus pesadillas por culpa del maestro, y se cambiaban de acera cuando en la calle se cruzaban inesperadamente con él.

Incluso en clase de religión, cuando tocaba el tema de Adán y Eva en el Paraíso y el eterno Reino de los Cielos, el maestro se paseaba con una sonrisa fanática a la espera de la respuesta equivocada, igual que un domador, vara en mano, como si no estuviese preparando a cuarenta niños para emprender su camino en la vida, sino a cuarenta bestias para domesticarlas. Utilizaba su abrumadora autoridad para exterminar la personalidad de sus alumnos y llevaba a cabo una exhaustiva aniquilación de sus almas. Al poco tiempo, la mayoría eran criaturas con todos los atributos del sumiso, material listo para la siguiente autoridad —el sargento en el patio del cuartel—, y los más sensibles llevaban en la frente el sello de candidatos a ingresar en el manicomio.

En especial, temían su sonrisa. Cuando por las mañanas, al comenzar las clases, gritaba: «¡Cálculo mental!», sonreía desde la altura de su mesa durante un rato en mitad del silencio sepulcral, hasta que el miedo hacía que los cuarenta chiquillos se bloquearan mentalmente. El temor a ser el blanco de la pregunta, un temor que nublaba los sentidos, habría imposibilitado al mismísimo Immanuel Kant calcular con diez años que ocho por siete son cincuenta y seis.

A Michael, un chiquillo sensible que antes de ir a la escuela hablaba con fluidez y, bajo el yugo del maestro, se había vuelto tartamudo de repente —un padecimiento que no volvería a superar hasta pasadas varias décadas—, ya no le dirigía pregunta alguna, dado que lo consideraba demasiado tonto para que de él pudiera salir algo y, en cualquier caso, nunca iba a llegar a nada en la vida. El maestro había colocado al tartamudo en la última bancada, solo. Lo interpelaba alguna que otra vez, únicamente para entretenimiento de la clase, y todos tenían permiso para reírse de Michael, junto con el maestro, cuando el niño daba, entre tartamudeos, la respuesta equivocada.

Al salir de la escuela después de siete años, Michael era un joven herido de gravedad. De hecho, si no se suicidó fue tan sólo porque aún no era consciente de que

las personas, cuando ya no pueden más, se suicidan. En realidad, sin saberlo, protagonizó varios intentos de suicidio. Su convicción de que no valía para nada y de que era el más tonto de todos desembocaba a veces en ataques repentinos de un salvajismo descontrolado. En aquellos momentos, para demostrarse a sí mismo y a sus amigos de la calle que era capaz de todo, corría al galope sobre el puente del Meno, por la balastrada estrecha de piedra que quedaba a la altura de una casa por encima de la superficie del agua, en una carrera contra la muerte; o bien trepaba hasta lo alto de la torre de la iglesia, saltando de una cornisa a otra, separadas por veinte metros. En dos ocasiones, a Michael, que no sabía nadar y quería demostrar a sus amigos que podía pasar buceando bajo una balsa, lo habían llevado a casa casi muerto, sin que se enterase su madre.

Los intentos de suicidio inconscientes sólo cesaron cuando cumplió diecisiete años y acabó su aprendizaje junto a un maestro herrero. En aquella época, surgió el anhelo de algo a lo que Michael no sabía dar contenido. Ansiaba ser «algo», pero no sabía qué. Obviamente, él, que había estado sentado solo en la última bancada, no podía hacerse médico ni abogado. Preguntaba constantemente a la nada, desgarrado por una aspiración incierta y sin rumbo, y no encontraba respuesta. Su situación era la de una planta joven que termina cubierta por un estrato tan denso de ceniza que no puede seguir creciendo. Durante años estuvo una y otra vez dándole vueltas ante un torno a lo que podría llegar a ser, y con eso no logró más que terminar convirtiéndose en un mal herrero. La presión bajo el pecho no cedía.

Una tarde de domingo, delante del espejo, Michael dibujó en una hoja de papel su ojo izquierdo a tamaño natural y, encima la ceja, con todos y cada uno de los pelos, las pestañas. El ojo izquierdo, dibujado con la mayor de las precisiones —como el conejo de Durero, sólo que no tan bueno—, lo miraba. Sin saber aún lo que ocurriría, empezó a dibujar también el derecho, casualmente a la distancia correcta del izquierdo. En cuanto el segundo ojo estuvo listo, Michael se preguntó: «¿Y por qué no hago ahora la nariz en medio y la boca debajo?».

Después de diez horas, Michael, que en un principio sólo había querido dibujar un ojo, miraba fijamente su autorretrato, encendido de repente por un inexplicable entusiasmo al asaltarle la idea de que quizá podría llegar a ser pintor. La sensación de alivio que le invadió lo elevó a las nubes.

El sábado siguiente por la tarde, Michael ordenó, como de costumbre, su banco de trabajo, recogió las limaduras en un montón de virutas viejas —también las del torno ante el cual, durante años, había estado dándole vueltas en vano a qué sería en la vida— y le dijo a su maestro que el lunes no pensaba volver. Al preguntarle el asombrado maestro el motivo, sólo respondió que debía irse de Wurzburg. La explicación no tenía ningún sentido para el maestro. Sin embargo, como siempre había sido de la opinión de que Michael era más terco que el más obstinado de los mulos, no intentó detenerlo.

El lunes llegó la despedida de Michael. Su madre lloró. Indeciso sobre la dirección que debería tomar, se quedó parado delante de la casa, en la calle, y se preguntó dónde podría convertirse en un mejor artista, si río arriba o río abajo. Y, como en aquel momento pasó un carretero que llevaba el caballo cogido por las riendas a la herrería, río arriba, también él fue en aquella dirección.

El propósito de Michael era emplearse con un pintor de brocha gorda durante los meses de verano, que era cuando estos profesionales estaban mejor pagados. Los meses de invierno, en los que escaseaba aquel tipo de trabajo, podría dedicarse a su obra con el dinero que hubiese ahorrado. Tenía veintitrés años.

El recién construido matadero del municipio de Rothenburg ob der Tauber quedaba a dos kilómetros de la pequeña ciudad, apartado en mitad de unos prados plagados de flores, en una parcela cercada por una empalizada y considerablemente más grande que los campos de todos los mataderos de Chicago.

Michael tenía que darle dos manos de pintura al aceite a la valla —que describía un óvalo grande, inabarcable, y estaba compuesta por más de quinientas mil estacas—: dos por la parte exterior y dos por la parte interior.

Sólo con unos buenos prismáticos habría sido alguien capaz de divisar desde el arco sur de la valla-óvalo la figurita que hacía movimientos de brocha en el arco norte, arriba y abajo, arriba y abajo.

Al final, Michael pasó los tres preciosos meses de verano del año 1905 pintando la empalizada. Ante sus ojos, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, sólo había estacas. Pintó la valla una vez desde fuera hacia dentro, otra de dentro hacia fuera. Incluso de noche, dormido y en sueños, pintaba estacas. Sólo había estacas y espacios vacíos entre estacas.

Cuando se presentó un lunes por la mañana a las seis en punto de nuevo delante de la valla para empezar con la segunda capa, clavó la mirada llena de horror en las estacas pintadas de verde hierba y se quedó mirando entre los espacios intermedios a la distante hilera de estacas situada enfrente, a la que no llegaría hasta transcurridos unos meses. Y se sintió incapaz de empezar. Sacó el cuaderno de bocetos y dibujó el manojito de dientes de león que florecía al borde del prado. Trazó todas las puntas de las hojas dentadas y, con mayor esmero, también todas las hojitas de las flores turgentes del amarillo de las trompetas.

«Si vuelve a pasar algo semejante, puede irse usted al infierno», le advirtió el maestro pintor, que se había acercado sin hacer ruido hasta colocarse detrás de Michael y había pasado un rato observando, indignado, cómo dibujaba su pintor de brocha gorda.

Tras marcharse el maestro, Michael se dijo que el artista ha de hacer cualquier sacrificio por su arte; sin embargo, en ningún caso éste debía ser tan grande como para que el artista, por su causa, acabase destrozado y se volviera imbécil. Dejó caer la brocha en el cubo, haciendo salpicar el color, y atravesó el prado, en aquella ocasión, río abajo.

Después de pasar un mes en Frankfurt am Main pintando junto con cuatro colegas el puente de hierro sobre el río, en un color gris acero con base de aceite, Michael se marchó a Múnich, con sus ahorros de sesenta marcos en un monedero colgado sobre el pecho; una cantidad más que suficiente para convertirse en el más famoso de los pintores.

II

El bohemio Café Stefanie constaba de una primera sala, con mesitas junto a los ventanales a las que se sentaban las celebridades de Múnich todas las tardes para jugar al ajedrez ante las miradas de los paseantes; de una sala principal, más grande, con una estufa de carbón encendida y unos bancos acolchados y desgastados de felpa roja que despedían un intenso olor a podrido; y del camarero Arthur, que, en una libretita raída, sujeta de un modo improvisado con una goma elástica, anotaba las cantidades que sus clientes le dejaban a deber. La atestada sala principal tenía su propio olor cálido, una mezcla especial del aroma del café y del moho, junto al más denso humo del tabaco. Quien entraba allí se sentía como en casa.

En algún lugar del edificio o del cielo debía de haber una planta eléctrica. Los clientes, conectados a la corriente de alto voltaje, temblaban bajo el efecto de descargas eléctricas, gesticulando a derecha y a izquierda y arriba y abajo en los bancos, y volvían a caer exhaustos y saltaban disparados de nuevo en mitad de una frase, con los ojos abiertos de par en par en una batalla de opiniones sobre el arte. Aquí y allá había algún joven sentado, cavilando inmóvil sobre el problema que se repetía a diario: cómo lograr convencer esa vez a Arthur de que al día siguiente sin falta le pagaría su consumición.

En el Café Stefanie había círculos. El imán que atraía a los componentes de uno de esos círculos era Johannes Wohl, un Oscar Wilde interiormente agradable y equilibrado con ojos azules de muñeco que siempre llevaba consigo a un joven de vida alegre y un tomo de Stefan George^[1]. En aras de su cálida cortesía y su suave belleza, disfrutaba de la veneración de damas acomodadas, mayores que él, y también de sus cuidados cuando de vez en cuando se permitía caer un poco enfermo y permanecer plácidamente en cama. Era un paupérrimo lirio del valle, que no sembraba nada y, sin embargo, cosechaba y comía de maravilla.

Hugo Lück, que atravesaba el café camino de su mesa muy por encima de los gusanos humanos, con la cabeza alta, sólo soportaba a adeptos sofisticados que supieran que su Biblia, *Las flores del mal*, de Baudelaire, sólo quedaría superada por las obras poéticas que el propio Lück escribiría pronto. Llevaba a la práctica los grabados pornográficos de Beardsley^[2] junto a su amante y observaba con unos prismáticos imaginarios, hechos de una gris soledad, a los contemporáneos del siglo xx. Recientemente, había hecho una excepción y había aceptado en su círculo a un joven pintor rebotante de salud, Carlo Holzer, que estaba a punto de inventar el avión pulmonar. El aparato, por supuesto, no necesitaría ningún motor; es algo muy simple, con válvulas respiratorias, nada más que válvulas respiratorias, esto es, pulmones, y por tanto controlará el mar de aire y de ese modo vivirá con la misma naturalidad que un pájaro. Carlo había dibujado ya el fuselaje del ave y las enormes alas, potentes y dinámicas. El par de detallitos técnicos para la maquinaria de acero

de los pulmones aún estaba por inventar, bajo la supervisión de Hugo Lück, que había dicho: «Estoy decidido a venderle al Ministerio de Guerra nuestro avión pulmonar, que reducirá el océano Atlántico a un charco de lluvia».

El doctor Otto Kreuz tenía asimismo un círculo de discípulos. A su mesa se sentaban un ruso de dos metros y constitución fina con una minúscula cabeza de niño; Fritz, un estudiante gandul procedente de Karlsruhe que tenía a sus espaldas un fallido intento de suicidio y, desde entonces, bebía alegremente; un joven anarquista suizo, enjuto y con una nariz de Alpes suizos, que había estado dos años en prisión por un atraco cometido al servicio de la ideología anarquista; y la pintora Sophie Benz, una Madonna primitiva del siglo XIII con veinte años, nariz respingona y unos ojos dibujados con sencillez en un rostro de virgen.

El doctor Kreuz, un hombre casado de treinta años, había estudiado Psiquiatría en la Universidad de Graz. La mitad superior de su cara —ojos azules con un brillo infantil inocente, nariz aguileña y labios carnosos que permanecían siempre un poco abiertos, como si él solo soportase, jadeando en silencio, toda la carga del mundo— no se ajustaba a la endeble parte inferior; la barbilla, que sólo estaba implícita y se perdía por completo hacia atrás. Quien veía una vez ese fanático rostro de ave, que parecía estar hecho de porcelana ligeramente teñida, no lo olvidaba nunca. El doctor Kreuz se sabía al dedillo la filosofía de Nietzsche y fue uno de los primeros discípulos de Freud.

Aquella noche, también Michael estaba sentado a la mesa. Había conocido a Sophie en la escuela de pintura y la había acompañado al café, donde no había estado nunca antes.

En la repleta sala principal se hizo el silencio de repente, como si hubiese pasado flotando un fantasma. Arthur, el Napoleón de su imperio, contempló a sus difuntos clientes echando una mirada panorámica, con la barbilla levantada. Mientras se deslizaba junto a la mesa, un hombre pálido le dijo al doctor Kreuz:

—Freud: ¡disparates! ¡Puros disparates!

La tormenta discursiva volvió a implantarse casi de inmediato. El doctor Kreuz, al tiempo que se liaba un cigarrillo, mitad tabaco, mitad té, les comentó sonriendo a sus discípulos:

—Para la mayoría, los conocimientos de Freud son hoy por hoy bobadas. Yo creo que complementar a Nietzsche con Freud podría ser el mayor golpe de suerte del siglo XX.

—Sin duda, Nietzsche y Freud nos permiten ampliar el camino hacia el superhombre libre de complejos y de escrúpulos —añadió el ruso con determinación—. Ése es el problema acuciante de esta época. Cuando lo hayamos solucionado, viviremos peligrosamente en una atmósfera más ligera. —Apoyó la frente en la mano—. Para ello sólo hay un inconveniente, uno muy serio, desde luego, extraordinariamente serio: la cristiandad.

—La cristiandad se está tambaleando por culpa de Nietzsche. Nietzsche ha reblandecido los cimientos de la cristiandad —replicó con calma el anarquista, muy seguro de su apunte.

—Ah, claro, se me había olvidado —dijo el ruso aliviado.

El doctor Kreuz pareció silenciar un comentario mordaz, y frunció el ceño por el dolor de cabeza que le había causado la cháchara de sus discípulos, dóciles en exceso.

Michael, que nunca antes había oído los nombres de Nietzsche y de Freud, no entendía nada. Para ocultar su desconocimiento ante Sophie y sus amigos, se apretó la muñeca derecha —en la que todavía notaba el trabajo de pintura de la empalizada— como si un dolor le distrajese de la conversación.

Henry Ring, el joven francés con el que Michael vivía en un estudio, entró y se sentó a horcajadas en la silla, con los brazos cruzados sobre el respaldo y la barbilla apoyada en ellos. El doctor Kreuz le preguntó educadamente por qué prefería Múnich a París. Henry —en cuyo rostro duro, semejante a un capullo, todo era cuadrado, incluso la boca— respondió sonriendo alegremente, con su cuadrada barbilla aún sobre los brazos:

—Mi madre tiene cuarenta y cinco años y parece que tiene veinticinco. Es comprensible que no quiera tener a ningún hijo adulto en su casa. Sería la ruina de su negocio: es meretriz.

Henry tenía dieciséis años.

El ruso intercambió una mirada significativa con el anarquista, como si ahí hubiese un joven superhomúnculo sin escrúpulos en camino.

Arthur le tendió a Henry la dolorosa en silencio y, después de que éste se limitase a girar los ojos, le dijo:

—Necesito el dinero, es pura lógica. Estoy casado y tengo cuatro hijos, lógica pura.

—Pues no deberías haberte casado, es pura lógica —replicó Henry sonriendo.

Arthur se metió entonces la servilleta bajo el brazo y se apresuró hacia la puerta, pues en aquel momento entraban nuevos clientes, personas burguesas y respetables que aparentemente podían pagar sus cafés.

El doctor Kreuz se puso en pie de un salto, como si acabase de caer un rayo justo a su lado. Todos se levantaron. Arthur llegó apresurado y se inclinó en una brusca reverencia, mientras el doctor Kreuz decía:

—Apúntelo todo a mi cuenta.

Era un cliente seguro. La señora Kreuz aparecía de vez en cuando en el Stefanie y en el estanco contiguo y pagaba las deudas de su marido.

Lentamente, caminaron en dirección a la casa del doctor Kreuz hablando sobre Nietzsche y Freud, un grupito aislado de la vida cotidiana de la calle. Michael, animado amablemente por Sophie, los acompañaba con pies de barro. Desde que estaba en Múnich tenía en la cabeza la sensación de ir metido en un trompo que

giraba a la vez que él, pasando ante sucesivas imágenes nuevas de vida con tal rapidez vertiginosa que no llegaba a retener ninguna para reflexionar sobre ella.

El doctor Kreuz se inclinaba pronunciadamente al caminar y aceleraba a cada paso saltando de puntillas, en un derroche de fuerza, arriba y abajo.

Su esposa, rubia como el maíz al igual que él, con unas piernas recias y una nariz quizá demasiado dura —en línea recta con la frente—, una Nefertiti voluptuosa que se mostraba radiante siempre que al sonreír dejaba ver unas amplias arcadas dentales bien proporcionadas, estaba preparando unos sándwiches, una montaña que fue a parar en su mayoría al largo ruso.

El doctor Kreuz, que veneraba a las mujeres —«el principio de lo femenino», como solía expresarlo él— y era de la opinión de que los complejos sexuales de éstas no sólo debían someterse a análisis, sino también liberarse animosamente en la cama, instó con la mirada a sus discípulos a dejar a Sophie y a Michael solos en una habitación pequeña. El hecho de que Sophie, a quien él apreciaba especialmente, fuese aún virgen le parecía al doctor algo peligrosamente complejo e indigno de ella. Todos abandonaron la habitación *ipso facto*, como si acabasen de descubrir que la muchacha tenía el cólera.

«Ojalá desflöre a Sophie, para que así ella vea el problema acuciante de esta época con el tercer ojo», dijo el ruso, y se metió con sus dedos largos y delicadamente abiertos un trozo enorme de sándwich en la boca, sin tener que empujarlo.

Sophie se había ruborizado hasta la línea del cabello. Michael, que había percibido asimismo las miradas del doctor y adivinó sombríamente que iban dirigidas también a él, estudiaba interesado el motivo del papel pintado de la pared. De repente, Sophie alzó la barbilla, resuelta, como si se hubiese liberado de su timidez mediante un gran esfuerzo, y mientras le preguntaba a Michael si quería ir con ella a su estudio, esbozó de nuevo la sonrisa cálida y graciosa con la que, en el primer encuentro entre ambos en la escuela de pintura, sin ella saberlo, lo había cautivado.

Abandonaron la casa sin que los viesen, por la puerta de atrás, y avanzaron por la calle en silencio. Pese a que Michael se alegraba de volver a estar a solas con Sophie, tenía la sensación de andar descalzo vadeando entre ortigas, porque tampoco se atrevía a expresar en aquellos momentos lo que llevaba días queriendo decirle: cuánto deseaba que fuese su novia.

El mobiliario del estudio de Sophie se componía de una otomana, un arcón con un hornillo de alcohol encima, la mesa de dibujo de dos metros de longitud, una bañera redonda de asiento de madera y un espejo de cuerpo entero, con tres partes móviles, que Sophie le había comprado por cinco marcos a un chamarillero. En las paredes, sujetos con alcayatas, colgaban docenas de estudios de desnudos, en tinta china, a lápiz, en sepia, rojos, algunos ligeramente esbozados en acuarelas por partes y todos del mismo hermoso cuerpo de mujer joven. Sophie había dibujado una y otra vez delante del espejo móvil a la modelo, que no le costaba nada, pues se trataba de su

propio desnudo, en todos los tamaños, la mayoría de las veces de cuerpo entero, en todas las posturas imaginables, arrodillada, de pie, tumbada y desde todos los ángulos. Una Madonna primitiva con pechos pequeños y firmes y unas caderas estrechas, que, sin embargo, tenía curvas femeninas y espacio para hijos.

La joven colocó la tetera en el hornillo de alcohol. Michael, rodeado de cincuenta Sophies desnudas, bajó la cabeza y se reprochó haber sido tan repugnante, porque él, para quien el arte debía estar por encima de todo, no había estado mirando los desnudos de Sophie con ojos de artista.

Frente a Michael, en la mitad de la pared, pegados el uno al otro, había colgados dos desnudos más grandes, uno de espaldas y el otro frontal, ambos en vertical, y debajo otro más en horizontal a tamaño natural y pintado en rojo, elaborado muy gráficamente, con todos los detalles, incluidas sombras y luces hechas a clarión. Sophie estaba tumbada de espaldas, con la cabeza inclinada hacia el hombro, los ojos cerrados y la mano extendida sobre el vientre, como la Venus de Giorgione. Aunque Michael se ordenó a sí mismo con vehemencia contemplar a aquella Sophie a tamaño natural, desnuda y tumbada, exclusivamente como una obra de arte, tras unos segundos volvía a quemarle la piel.

Colocaron la caja delante de la otomana. Sophie sirvió el té. Llevaba un vestido de punto ajustado, de color carne, que, por debajo de la cadera, a la que se ceñía mucho, se ensanchaba en forma de campana al caminar y dejaba claro que el cuerpo de Sophie había servido de modelo para las dulces curvaturas y las líneas fluidas de los estudios de desnudos de la pared.

La joven tenía una cabeza pequeña, todo lo redonda que puede serlo una cabeza de muchacha. Su personalidad llenaba de vida un rostro de labios perfilados con sencillez, pómulos quizá demasiado duros y frente redondeada.

Sophie se levantó.

—¿Quiere limón o leche para el té?

También durante los segundos en que estuvo esperando una respuesta, la cara de la muchacha y su propio cuerpo —de pie, estirado, un poco inclinado en actitud de ir a coger lo que él quisiera— mostraban aquella expresión de disponibilidad vital que era el rasgo esencial de su naturaleza.

Llevó la leche y volvió a sentarse junto a Michael en la otomana. Él no pronunció ni una palabra. Hubo una larga pausa. Al final, Sophie, toda inocencia, una estudiante de arte y nada más, le preguntó qué le parecían los estudios de desnudos.

—¡Buenos! ¡Muy buenos!

Se sintió incómodo. Miró al suelo.

—No, no lo son, lo sé. Debería dibujar muchos desnudos, muchos más, durante años, antes de tocar un pincel. —Sophie, hija de un profesor de secundaria, era de Ellwangen y hablaba el dialecto suabo—. Seguro que Miguel Ángel hizo miles de desnudos antes de modelar el *David* y pintar la Capilla Sixtina. ¿No cree usted?

De eso Michael no puede hablar ahora. Además, ¿qué era el... la Capilla Sixtina? Ahora está solo con ella en el estudio, y si no dice nada quizá nunca vuelva a tener una oportunidad así. Tiene que ser ahora. ¡Ahora mismo!

—En lo que concierne a la Capilla Sixtina, tiene usted razón, por supuesto —dijo.

Sophie levantó la cabeza por casualidad, su mirada se encontró con la de él, que lo decía todo. Bajó los párpados mientras se ruborizaba y se aferró a la taza de té. Michael se percató de que a la joven le temblaba la mano. No sabía por qué de repente se sentía más seguro. Le observó las manos mientras ella reponía el té y, tras lanzar una mirada al desnudo tumbado a tamaño natural, añadió:

—Y, además, tiene usted unas manos preciosas. —Entonces, como automáticamente, le salió—: Me gustaría preguntarle algo... Me refiero a que si querría usted ser mi novia.

Sophie, ruborizada hasta las orejas, volvió el encendido rostro hacia el joven. En aquel momento, él la rodeó sin pensar con el brazo y los labios se encontraron. Fue un beso infantil. Michael tenía aún tan poca experiencia como Sophie.

Como si le debiese a su honor ser valiente en aquel momento, Sophie lo miró sonriendo con valor y volvieron a besarse. Fue igual que dos niños que se comen juntos una manzana. Ninguno sabía cómo iba a continuar la historia después de aquello. Aún había montañas y glaciares entre ellos. A Michael le ardía la cabeza. Por miedo al siguiente paso, que no sabía cuál era, dijo que debía marcharse a casa.

Michael, con el pelo rubio oscuro y la constitución de un atleta, ancho de hombros y estrecho de caderas, tenía el rostro alargado, demasiado escuálido, y terso como la piel de un bebé, unos labios muy finos, y, sobre los enormes ojos, una frente algo abombada y enérgica. «La auténtica frente ancha del pensador», le había dicho su madre sonriendo, mientras se la repasaba con la punta del dedo. (Tanto ella como su padre descendían de campesinos de la Baja Franconia).

En la calle había nieve recién caída. Michael flotaba de felicidad. Los grandes copos que bajaban lentamente parecían proclamar a voz en grito su felicidad, y los árboles nevados, brillantes a la luz de las farolas en arco, eran árboles de primavera con flores de un blanco reluciente.

Henry estaba inclinado sobre la mesa de dibujo, de pie, cuando Michael entró. Aquella tarde le había vendido a la revista *Simplicissimus*^[3] su primer dibujo —un callejón tortuoso, de noche, en el casco viejo de Múnich, y una mujer de vida alegre esperando bajo la farola— y ya estaba enfrascado en uno nuevo, pleno de entusiasmo por su éxito.

Ante la pregunta de dónde había estado, Michael respondió a la ligera como un experto mujeriego:

—Bueno, con mi novia en su estudio... ¿Y tú? ¿Qué has hecho?

Henry siguió trabajando mientras decía:

—He estado con una puta. ¡Dos marcos con cincuenta! Pero hace de todo.

Iba cambiando constantemente de pie de apoyo y mantenía muy juntos los muslos, casi arrodillándose.

—Bueno, pero, ahora, vámonos —añadió Michael.

—Puedo darte su dirección. ¡Buenas carnes!

Hizo un trazo más, echó una última mirada al dibujo, soltó el lápiz y salió apresurado.

«¿Qué habrá querido decir con que “hace de todo”?». A Michael le habría encantado saber qué era todo lo que se podía hacer. Sin embargo, su orgullo varonil no le permitía preguntarle a Henry y confesar de ese modo su ignorancia. Por la noche soñó con Sophie, con el desnudo tumbado a tamaño natural, que se movía y se descolgaba de la pared. En medio, aparecieron también los dos marcos con cincuenta. Los tenía en la mano. Fue un sueño confuso, del que se despertó alterado.

Sophie no estaba allí cuando Michael llegó a la escuela de pintura sobre las nueve de la mañana. El muchacho colocó el caballete junto al de ella y empezó a dibujar al modelo de desnudo que se encontraba inmóvil sobre la tarima: un joven musculado con el rostro devastado y unos labios gruesos.

La escuela de pintura se encontraba en la Georgenstraße, en una casita de madera en mitad de un jardín. Abajo estaba el estudio, desde donde salía una escalera empinada, como las de los gallineros, hacia una galería de madera que daba acceso a la diminuta estancia en la que vivía el propietario de la escuela, el señor Ažbe; este último se encontraba tumbado en la cama, vestido, sumido en un profundo sueño alcohólico, con la botella de coñac al lado.

Su escuela tenía renombre, y a él lo consideraban un gran profesor. Los jóvenes más talentosos abandonaban la Academia de Arte de Múnich para estudiar bajo su tutela. Le llegaban jóvenes artistas de todos los países de Europa. A ningún alumno le preguntaba si podía pagar, y tampoco supo nunca quién le debía las tasas y quién no. Mientras hubiese dinero para los modelos y para coñac en el cajón de su mesilla de noche, las cuentas estaban en orden. Muchos esperaban a que se quedase libre un metro cuadrado; la escuela de pintura estaba saturada. «Quien primero llega, primero pinta», era la broma recurrente de Ažbe, y a él y a los estudiantes que no podían pagar les parecía excelente.

Sophie rodeó de puntillas la estufa de carbón encendida hasta llegar a su caballete. El ambiente era cálido y tranquilo. Todos estaban trabajando. El hecho irrefutable de que él fuese uno de aquellos artistas de pleno derecho y desde entonces, además, pudiese intercambiar a hurtadillas una mirada con Sophie, quien le devolvía una sonrisa, le infló el pecho a Michael. La vida era corpulenta como un buey con corona de laurel.

En la calma del trabajo sonó un crujido: Ažbe, vestido con un abrigo negro con remates y cuello de piel y un gorro negro de un cuarto de metro, también de piel, embutido hasta la frente, estaba arriba, en la galería de madera. Se levantó por delante el abrigo, que le llegaba hasta las rodillas, bajó un escalón tras otro muy lentamente,

con la mano en la barandilla de madera, y se acercó con lentitud a un alumno, zambo y arrastrando los pies como un niño que estuviera aprendiendo a patinar.

La clase de corrección —por cuya cuenta su escuela y él eran famosos— dio comienzo cuando Ažbe bajó la base deslizante del caballete cuarenta centímetros hasta la altura de sus ojos; era tan bajito como un chiquillo de diez años. Los alumnos permanecieron a su alrededor contemplando con atención cómo el desnudo que había estado flotando en el aire lograba ponerse en pie con un par de brochazos, con la correcta distribución de peso del cuerpo. «Así, vaya», dijo el profesor, y se colocó con lentitud ante el siguiente caballete.

Aquel alumno había pasado toda una semana dándole vueltas a su estudio de desnudo de sólo un palmo; Ažbe lo garabateó con el carboncillo, lentamente, desde el hombro izquierdo hasta el pie derecho, y dijo: «Ni huesos, ni músculos, ni anatomía, vaya». Mientras repasaba un grueso contorno que rodeaba la fotografía, cuidadosamente retocada, fue apareciendo bajo la mirada de sus espectadores el desnudo del modelo situado sobre la tarima.

Ažbe era un cirujano, operaba a sus alumnos del mismo modo que operaba sus trabajos. Algunos morían bajo sus bisturíes y abandonaban la escuela. Los talentosos aprendían todo lo que puede aprenderse de un maestro.

El siguiente, un joven de pelo negro con una nariz gruesa y un rostro hundido del color amarillo de los membrillos, estaba tan absorto en su trabajo que no levantó la vista hasta que Ažbe le dio un golpecito en el hombro. No había dibujado el desnudo masculino, sino un abdomen de mujer, sólo la parte situada entre el ombligo y los muslos, a una escala tres veces mayor que el natural. Ažbe, que a causa del grueso abrigo de piel parecía igual de ancho que de largo, y que pese a la altura del gorro de piel no les llegaba a los alumnos más que al pecho, soltó una oscura risita alcohólica y dijo con aprobación: «Bien, vaya... Pero no acuda usted a un loquero, sino a ver a una muchacha, vaya».

A Ažbe lo conocían en Múnich simplemente como Profesor Vaya. De su escuela habían salido pintores reconocidos. Nadie había visto nunca cuadros suyos. Nadie sabía si había pintado alguno siquiera. Nadie sabía nada de su vida pasada. Años más tarde, en una fría noche de diciembre, se cayó de camino a casa en la nieve, ebrio de coñac, y se quedó dormido. No lo encontraron hasta la mañana siguiente, muerto por congelación. Siguió sin saberse nada de su procedencia. Los artistas de Múnich marcharon detrás del ataúd.

Michael se privó del almuerzo, dado que el capital con el que había querido financiar todos sus estudios había quedado reducido a un par de marcos después de las tres semanas transcurridas hasta entonces. A las seis, en un restaurante vegetariano, se tomó su plato favorito —arroz cocido con compota de albaricoques— por quince *pfennigs* y, al llegar a casa, vio que había empezado la cena con el postre. Henry sostenía triunfante dos billetes de veinte marcos, los honorarios obtenidos por

su dibujo. Diez minutos después, estaba sentado con Michael en el Odeon-Bar, el mejor restaurante de Múnich, y el más caro.

Empezaron con ostras y siguieron con sopa de tortuga y truchas azules, para subir lentamente hacia unos lomos de liebre con arándanos rojos y una tortilla esponjosa, queso y frutas, que degustaron bocado a bocado, y luego bajar al café solo, unas copas de Hennessy y unos habanos de importación. Se habían bebido una botella de exquisito vino de Franconia, un Escherndorfer Lump añada de 1893, cuya calidad sólo habría sido superada en la primera mitad del siglo xx por las de 1911, 1917 y 1921. «Un vino para arrodillarse», había dicho Michael tras el primer trago.

En un estado considerablemente más animado, se fueron a casa, al Café Stefanie. «La vida tiene momentos cumbre, ¿no crees?», comentó Michael.

Henry decidió saldar la mitad de sus deudas con los noventa *pfennigs* que le quedaban de los cuarenta marcos. Arthur, que a veces dejaba pasar media hora antes de volver a prepararle al fin un café a un deudor moroso, dejó resbalar en esa ocasión la bandeja de inmediato sobre la superficie de mármol, con brío e insistiendo un segundo en la reverencia, con una tierna mirada de satisfacción. Era un psicólogo infalible. Ya en el modo en el que un deudor abría la puerta y pedía el café olía que tenía dinero en metálico en el bolsillo.

Hugo Lück entró como un ciclón, seguido de su novia Lotte y de Spela Albrecht, que iba con su nuevo esposo; se habían casado aquella misma mañana y le habían explicado de antemano al funcionario del registro civil que lo hacían sólo en broma.

Lotte era una muchacha de buen porte con unas caderas estrechas, infantil, una melena negra corta y sedosa y un cutis ceroso. Mientras atravesaba el café, la postura de su cuerpo y la expresión de su rostro —inclinada hacia delante, el hombro izquierdo levantado hacia la oreja y la barbilla extendida hacia el hombro— no dejaron lugar a dudas de que era la esclava de Hugo. Spela era rellenita y muy baja. Llevaba el pelo castaño rojizo peinado como un turbante inmenso, con dos veces la altura y la anchura de su minúscula carita de musaraña empolvada, blanca como la nieve, con una permanente sonrisa cómplice, como si llevase una máscara.

Los cuatro se sentaron en la esquina de la ventana. Hugo Lück apoyó la parte de atrás de la cabeza en la pared, con la barbilla alzada, y dijo en tono mordaz: «La tragedia del hombre moderno es la habitación amueblada». Su rostro ceniciento lo constataba.

Michael observaba escuchando atentamente desde el otro lado, mientras Albrecht, que tenía en la boca la herida costrosa de un mordisco, recitaba uno de sus nuevos poemas. Trataba sobre nardos de olor lúgubramente dulce que en las blancas manos de Spela se volvían látigos. «Basura», sentenció Henry en tono sereno. Lotte se remangó hasta los hombros y le enseñó a Spela las manchas rojas redondas e hinchadas que el amado le había hecho en la piel quemándola con una colilla. Michael no entendía nada.

El hombre pálido, un compositor medio muerto ya de hambre que le había dicho al doctor Kreuz: «Freud: ¡disparates! ¡Puros disparates!», se acercó a la mesa y preguntó, con una sonrisa espectral, si los señores Goethe y Schiller podrían pagarle un café al señor Beethoven. Lück, quien fumando había matado el hambre con éxito, contó su capital en la mesa, cuarenta y cinco *pfennigs*, y le acercó veinte al señor Beethoven sin decir nada.

Nubecillas de humo de innumerables cigarros flotaban en el aire, ascendiendo hacia las espesas nubes acumuladas sobre los clientes, cuyas vehementes batallas verbales se entremezclaban, resonando monótonas como una catarata. Antes que ningún otro, Van Gogh había provocado un terremoto en el Café Stefanie a principios del siglo xx, y en algunas cabezas empezó a prender ya la revolución de los pintores abstractos que un par de años después comenzaron a irrumpir con sus primeros experimentos.

Cuando Henry dijo que sólo iba a pagar la mitad de sus deudas, Arthur preguntó dónde estaban entonces los cuarenta marcos de *Simplicissimus*. El acontecimiento había circulado por el Café Stefanie y por todo el barrio de Schwabing^[4], y había llegado a oídos de Arthur un minuto antes. Mientras se ponían de acuerdo tras un prolongado tira y afloja al lado de la barra, Johannes Wohl, después de haberle alisado paternalmente el mechón del flequillo a su joven de vida alegre, cruzó hasta donde estaba Michael con el tomo de George en la mano, como si de un libro de oraciones se tratara. Tenía un poquito de papada bajo el óvalo suave y bien proporcionado. Su boca habría servido de adorno para la mujer más hermosa. Miró a Michael profundamente a los ojos y le dijo: «Está usted embellecido».

Michael no sabía nada aún sobre la homosexualidad. No obstante, cuando Wohl le rodeó los hombros con el brazo en un gesto tierno, se hizo a un lado rápidamente con una repugnancia instintiva y lo miró con los ojos abiertos de par en par, perplejo de consternación y de ira.

El Profesor Vaya permaneció quieto a un paso de distancia, mientras Arthur le llenaba un vaso con coñac. Michael lo saludó aturdido y huyó al baño. Se pasó diez minutos cepillándose el pelo, que ya tenía el largo del de un artista, y a continuación emprendió el camino hacia casa de Sophie, con quien había quedado.

Llegó demasiado temprano. Cuando llamó a la puerta del estudio, Sophie aún estaba en la bañera de asiento de madera, enjabonada de arriba abajo. Cuando Michael se plantó delante de ella, la joven se cubrió espontáneamente con las manos y exclamó que debía esperar un poco.

Michael se sentó en el escalón. De repente, notó de nuevo el brazo de Wohl. La columna vertebral se le había quedado helada. Pintar una empalizada era más fácil que sentarse en el Café Stefanie y entender todo lo que pasaba allí. Nietzsche. Freud. Debía leer, leerlo todo. Johannes Wohl iba a estamparle el *Fausto* en la cara. ¿Y qué iba a decirle a Sophie? Lo mejor sería salir volando. Sin embargo, con ella todo era

completamente distinto. Y ya la había besado dos veces. Simplemente, la volvería a besar.

Sophie abrió la puerta y asomó la cabeza. Ahí estaba de nuevo la sonrisa encantadora, más tímida en aquella ocasión que en otras. Llevaba puestos unos zapatos de fieltro sin tacón y una bata fina, atada a la cintura, ceñida, nada más. El mayor deseo de Michael era abrazarla de inmediato y dejar que ocurriese lo que quisiera el creador de todas las cosas.

Durante un segundo creyó haber irrumpido en un estudio distinto: Sophie había retirado sus cincuenta desnudos. No había ni un solo desnudo suyo colgado de la pared. El único que no había podido retirar era el natural; ése estaba allí, debajo de la bata flexible con caída ligera, en todo su esplendor.

En el rincón había un murito hecho con trozos de madera. El fuego crepitaba y crujía en la estufa. El estudio estaba caldeado por completo. El cálido olor a resina de las maderas prendidas quedaba salpicado aquí y allá por el aroma frío a pimienta de los clavos blancos dispuestos en un ramillete frondoso sobre la mesa de dibujo.

Sophie estaba de pie delante de él, con la duda ante lo desconocido reflejada en su mirada. La naturaleza, siempre alcahueta, colocó los brazos de Michael en torno a Sophie. Ella no fue capaz de ayudarlo, le temblaba todo el cuerpo.

Michael y Sophie debían aprender primero qué era el amor. El joven pasó la noche junto a ella. La otomana era estrecha.

En Múnich había muchos estudios de pintores, y también había algunos pintores que pagaban el alquiler de su estudio. Muchos de ellos no podían, y tenían que mudarse a principios de cada mes a otro lugar. Dado que había estudios disponibles y algunos pintores sí pagaban de verdad, los propietarios de casas de Múnich se arriesgaban constantemente a ponerlas en alquiler. Eran jugadores ante una nueva apuesta. A lo mejor los nuevos inquilinos pagaban. Era cuestión de suerte. Con cada nueva apuesta corrían un riesgo. Se trataba de números raras veces ganadores.

A principios de diciembre, Carlo Holzer metió su peine, una camisa y sus dibujos en una cartera y emprendió el camino a su enésimo estudio. Abandonó en un rincón el enrevesado diseño del avión pulmonar. El avión pulmonar se había quedado obsoleto. Desde hacía semanas, una nueva idea, inspirada por las sandalias de los lansquenets que aparecían en el cuadro de Ferdinand Hodler *La retirada de Marignan*, ocupaba sus días y sus noches. Había atormentado durante cuatro semanas a un pequeño zapatero hasta la desesperación, llevándolo al borde de la locura, y al final, después de muchos intentos fallidos, habían nacido con éxito un par de zapatos con la forma de las sandalias de los lansquenets.

El pie humano se ensancha por delante, a la altura de los dedos. Sin embargo, el zapato con el que las personas se han estropeado los pies desde tiempos sombríos se estrecha en la zona delantera. ¡Pura locura! Con el zapato Marignan, el arte interviene

directamente en la vida práctica. ¡Una cosa grandiosa! Gracias al zapato Marignan, el zapatero será una guía para la humanidad en su camino. La librería para siempre de los callos. Con todo, el zapatero, profundamente alterado, insistió en recibir un anticipo.

Los zapatos Marignan medían dieciséis centímetros de ancho en la parte delantera, en una línea oblicua sin curvas que iba desde el dedo gordo al meñique. Carlo caminaba muy despacio; con los zapatos Marignan había que aprender a andar de nuevo. Debía trasladar todo el peso del cuerpo a una pierna a cada paso, y avanzar como un pato mareado con aquel calzado del ancho de una cama.

Logró no acabar por los suelos mientras atravesaba la calle para encontrarse con Hugo Lück, que estaba delante del Café Stefanie. Lück le tendió a Carlo sólo las puntas de los dedos, tensó los codos y dijo: «En principio, el tamaño de nuestro avión pulmonar es ilimitado. Podríamos construir en principio un aparato para mil pasajeros, para cinco mil, para diez mil también en principio. ¡Y lo haremos! En consecuencia, debe tener más válvulas respiratorias, debe ser un pulmón mayor en consecuencia».

Carlo asintió en gesto de acuerdo y al hacerlo miró hacia abajo, a los zapatos Marignan, interesado por saber qué aspecto ofrecían estando de pie. Su rostro parecía el de un monito, con la mandíbula inferior prominente y una naricita menuda, un poco ladeada y mirando hacia adentro, y combada, como una coma.

«Vaticiné que las tropas prusianas iban a marchar pronto sobre la India», continuó Lück. «Mi vaticinio fue erróneo en un aspecto. Nuestras tropas no van a marchar sobre la India. Van a invadirla desde el aire. ¿Qué dice usted a eso?».

En silencio, Carlo dejó ver con una sonrisa los prominentes y fuertes dientes simioscos y apretó el brazo de Lück en un gesto de admiración absolutamente sincera. Nada lo desconcertaba, estaba ensimismado, encerrado en su mundo como un predador cautivo cuya mirada no es capaz de captar a una persona. Con los pies curvados, pues debía levantarlos cada vez que daba un paso, Carlo entró tambaleándose en el café detrás de Lück y pasó lentamente junto a Sophie y a Michael, que, al principio, por la sorpresa, no alcanzaron a reírse de los zapatos Marignan.

Una conocida de Sophie, la pintora Anna Haag, se acercó a la mesa con dos entradas en la mano y les preguntó a Sophie y a Michael si querían ir a la sala de conciertos. R. dirigía la orquesta. Llevaba un tiempo enamorada sin remedio del director, había estado enviándole flores, le había escrito muchas cartas y nunca había recibido respuesta. Para cada concierto que dirigía R., ella compraba una docena de entradas y las regalaba en el Café Stefanie.

Asistieron todos. R. era un director famoso. La sala de conciertos estaba abarrotada. Michael se sentó entre las dos muchachas. Hasta entonces, sólo había oído marchas militares, la llamada de trompeta para montar de la banda del

regimiento de artillería de Wurzburg; en aquellos momentos, las notas de la novena sinfonía de Beethoven se hundían en el absorbente silencio.

Un estremecimiento, frío y caliente a un tiempo, recorrió la espalda y las extremidades de Michael, y con él dejó de ser definitivamente el que había sido siempre. En su interior, algo sólido se diluyó y un elemento nuevo se fue abriendo poco a poco, un nuevo sentido, una cámara que había estado sellada, una maravilla, algo indecible que no era comparable a ninguna otra cosa en la vida. Las lágrimas surgieron de inmediato.

Anna Haag dibujaba febrilmente al director en su cuaderno de bocetos, representando en una página tras otra cada movimiento de la esbelta y juvenil figura vestida de frac. La muchacha tenía ya en casa cien bocetos similares para un aguafuerte grande: *Orquesta, dirigida por R.* (Una semana después se metió una bala en el pecho. Él no había respondido. Ella había pasado dos meses en el hospital y después del alta se había perdido de nuevo en su amor, igual que antes. El director de elegante espalda la había llevado a eso).

Michael flotaba sobre un mar revuelto, escuchando. En su corazón, el canto final, «¡Hermanos!, sobre la bóveda estrellada»^[5], ya no pertenecía a este mundo: procedía del cielo, que conoce incluso a quien no cree en él. En las notas permanentemente altas, todo lo terrenal se había disuelto en una alegre dicha celestial. Michael no sabía que le tenía agarrado el brazo a Sophie y se lo estaba apretando, y cuando fue consciente de ello, le cogió la mano para no soltarla.

De camino a casa del doctor Kreuz, Michael no fue capaz de hablar. Él, que no entendía lo más mínimo de música, estaba desgarrado y desintegrado por ella. Ya no sentía su cuerpo. El corazón atraía a aquel ser liviano hacia Sophie. De repente, pensó algo, y fue el primer pensamiento de ese tipo que tuvo en su vida: «¿Aquella música la había creado una persona? El creyente terminaría siendo incrédulo: a decir verdad, no existiría, pues, ningún creador más allá de las personas».

Cuando entraron en la calle en la que vivía el doctor Kreuz, Sophie dudó si continuar, pues le preocupaba que el doctor pudiera creer que se había hecho novia de Michael sólo por sus insistencias. Ella y Michael se entendieron solamente con una mirada y dejaron la casa atrás.

El doctor Kreuz, que durante años había sido adicto a la morfina y desde hacía algún tiempo se había pasado a la cocaína, estaba sentado en una pequeña estancia y tenía apretada con las dos manos la de su esposa cuando, en un impulso, prometió que volvería a someterse a una curación para que pudieran tener un hijo que no se viese perjudicado en la concepción. Los ojos de ella brillaron de alegría. Los de él estaban vítreos.

El anarquista suizo, el ruso alto y Fritz, el estudiante gandul, estaban sentados en el salón contiguo. Fritz, que bebía sin parar, observó con cierta altivez las cinco botellas de cerveza ya vacías y siguió bebiendo con una sonrisa, mientras el anarquista contaba que había descubierto que el propietario de una gran carnicería,

Rücken, guardaba siempre en su mesa hasta el domingo la ganancia de los sábados, unos ochocientos marcos, dado que los bancos cerraban ese día.

Se puso la mano en el lado plano de la nariz montañosa, inmensa y vivaz, y arrugó la boca menuda en una sonrisa.

—El carnicero y su esposa están todos los domingos por la mañana entre las diez y las once en la iglesia. La casa se queda vacía, y el cajón de la mesa tiene un cierre que se abre fácilmente. Hacerse con el dinero será coser y cantar.

El ruso, que tenía ante sí una ruleta de juguete lacada en rojo no más grande que un platito, dijo en un tono que hacía innecesaria toda discusión posterior:

—Expropiaremos esos ochocientos marcos, por supuesto... Eso se ajustaría a los dictados de Nietzsche. ¡Por los dictados de Nietzsche, sin ninguna duda!

—Además, podríamos necesitar el dinero. Uno siempre necesita dinero —añadió Fritz, y se sirvió.

El anarquista se rió con sincero desprecio.

—No se trata de dinero. Se trata del concepto, es decir, de minar los cimientos del Estado... ¡por todos los medios! De eso se trata.

—Por supuesto —gritó el ruso sin pensárselo—. Además, si queréis, puedo ir a Monte Carlo y utilizar mi sistema para multiplicar ese dinero por cien *ipso facto*. ¡*Ipsa facto*!

Mientras él les explicaba su sistema en la ruleta de juguete y ganaba una fortuna imaginaria con los ochocientos marcos imaginarios, el doctor Kreuz estaba en la habitación pequeña junto a la ventana y contemplaba la quietud nocturna de la calle, pensando en el hijo aún no concebido. La mano de aquella figura muy quieta, en pie, se dirigió automáticamente a un bolsillo. El doctor amontonó con un tubito de cristal la cocaína que sacó de la cajita, se tapó una narina y aspiró por la otra el polvo blanco. Ya le brillaban los ojos cuando su esposa entró segundos después con la bandeja del té, aún radiante de alegría por la promesa de su marido de que tendrían un hijo sano. Juntos fueron hasta donde estaban sus amigos.

La señora Kreuz, que se había criado en una pequeña ciudad de provincias austríaca, y con quien sus respetados padres siempre habían sido severos y protectores, escuchaba de fondo con curiosidad infantil y sonriendo las conversaciones revolucionarias de los amigos de su esposo sin dejarse enturbiar por sus mentes críticas.

Michael y Sophie no volvieron a aparecer por la casa hasta después del robo. El doctor Kreuz trató a la nueva pareja con una delicadeza y un cuidado extremos, como si fuesen unas quebradizas figuritas decorativas del más fino vidrio soplado. No obstante, y pese a todos sus esfuerzos, el hombre no pudo ocultar la alegría de que Sophie ya no fuese virgen, una alegría que iluminaba sus ojos.

También Fritz y el anarquista se encontraban allí. En aquel preciso momento, llegó un telegrama del ruso desde Monte Carlo con el siguiente contenido: «Regreso

esta noche STOP Deseo de muerte». Todos se preguntaron qué significaba la expresión «deseo de muerte». Todos olieron la calamidad.

La señora Kreuz le contó a Sophie en la habitación contigua el modo en que había conseguido convencer a su esposo de que no debía participar en el robo. «Para no provocarlo mucho, no le dije lo que pensaba: que era algo peligroso. Le dije otra cosa que también pensaba: eres de alta cuna. ¿Y acaso no tenía razón en eso, Sophie?».

El robo en la carnicería Rücken se había llevado a cabo conforme a un plan. Una mañana de domingo, mientras el ruso montaba guardia en la calle por completo vacía, delante de la casa, recorriéndola de arriba abajo de un modo tan exageradamente normal que habría levantado las sospechas hasta en el policía más tonto, el anarquista y Fritz habían abierto la puerta de la casa y la mesa con una ganzúa. En el cajón sólo había siete marcos. Mediante el hurto de siete marcos no podrían minarse aquellos cimientos del Estado, había dicho el anarquista, y le había quitado con virulencia a Fritz el dinero del puño cerrado para volver a meterlo en el cajón. Al día siguiente, la señora Kreuz, impresionada por el sistema de juego del ruso, había donado el dinero para jugar en Monte Carlo.

Poco antes de medianoche llegó el ruso. Un empleado del casino le había entregado un billete de tercera clase para que regresara de Monte Carlo a Munich ya en la estación y lo había subido al tren. Su aspecto iba en consonancia con su estado: un rostro de niño aún más empequeñecido, verde cieno como el de un cadáver ahogado. En el vagón restaurante no se encontró con ningún Arthur salvavidas que saciara a los hambrientos incluso cuando no podían pagar.

De inmediato, el ruso llevó al doctor del brazo a la habitación pequeña, pasó un rato recorriendo la estancia de un lado a otro sumido en sus pensamientos, y levantó la cabeza de golpe. «No, no hay ninguna otra explicación: debe de tratarse de un deseo de muerte. Por eso perdí. ¡Tenía que perder, por supuesto! Sin saber cómo había llegado hasta ahí, de pronto me vi en el cementerio de los suicidas de Monte Carlo, reflexionando sobre mi infancia». Volvió a levantar la cabeza y representó tajantemente sus reflexiones con un movimiento de la mano. «¡Un deseo de muerte, sin ningún género de duda! Como es natural, he empezado con el autoanálisis ya en el viaje de vuelta».

El doctor había publicado unos meses antes en dos números consecutivos de un semanario científico una extensa disertación psicoanalítica sobre «El deseo de muerte en los seres constelados». El trabajo había causado furor. Aunque más adelante, en ese mismo semanario, había aparecido un artículo marcadamente contrario de un joven psicoanalista, Sigmund Freud le había escrito al doctor una elogiosa carta privada, instándolo a seguir trabajando en esa línea de pensamiento. El ruso había leído la disertación sobre el deseo de muerte.

El doctor Kreuz era un teórico de pensamientos audaces y originales y, en la vida real, el peor conocedor de la naturaleza humana imaginable, de una credulidad pueril hasta la ceguera. Pasó la mitad de la noche hablando sobre el deseo de muerte en los

seres humanos constelados con el ruso, que estaba realmente desesperado por haber perdido en el juego.

En junio, el doctor fue a uno de los grandes lagos, en cuyas orillas boscosas se encontraba el sanatorio donde quería someterse a su curación. Se alojó en una pequeña posada junto al agua.

El doctor nunca había sido capaz de trabajar sin estar bajo los efectos de la cocaína. Por miedo a no rendir nunca más después de la curación, en el transcurso de cuatro días y cuatro noches, y con ayuda de unas dosis enormes de cocaína, dejó anotados sus conocimientos y nuevos apuntes en el campo del psicoanálisis en forma de un panfleto de treinta y dos páginas, que envió a su esposa con la petición de que mandase hacer una impresión privada de cien ejemplares y le enviase uno a su oponente, el joven psicoanalista que le había discutido el artículo en el semanario.

(Cuando, liberado ya de los efectos de la cocaína, abandonó cuatro semanas después la residencia amueblada de Múnich de una hora para otra y se marchó con su esposa a Suiza, la propietaria de la residencia encontró en el cuarto trastero las noventa y nueve copias del folleto y se las vendió como papel de envolver a la carnicería Rücken, cuyo negocio se encontraba en la misma calle. A cambio, recibió una chuleta de cerdo. Cuarenta y cinco años después, hacia la mitad del siglo xx, al psicoanalista al que la señora Kreuz había enviado de manera excepcional una copia del folleto en el año 1906 en Europa se lo consideraba indiscutiblemente el representante e investigador vivo más genial de la ciencia psicoanalítica. Nadie sabía que su doctrina, que en algunos puntos se desviaba de la de Freud, se había erigido sobre los prematuros conocimientos y apuntes cruciales de su antiguo oponente, el doctor Otto Kreuz. Este último, una figura genial y trágica, había fallecido décadas atrás).

Se encontraba junto a la ventana de su habitación de la primera planta de la pensión. Aquella mañana había salido el folleto dirigido a su esposa. Durante cuatro días y cuatro noches no había comido nada, y sólo se había tumbado ocasionalmente en la cama unos minutos, vestido. La cajita de cocaína estaba vacía.

Devastado, con los ojos opacos como el cristal opalino y las fosas nasales corroídas por la cocaína, fijaba la mirada en el lago revuelto por la tormenta. La tensión de la tempestad se había cernido durante días sobre el lago. Aquella mañana, hacia las diez, había estallado la árida tronada. Todo estaba oscuro. Sólo cuando un relámpago atravesaba el valle, se hacía visible el lago azotado y cubierto de espuma blanca. El gran edificio del sanatorio en el que el doctor se había sometido a dos curaciones, a sólo treinta pasos de distancia, parecía haber desaparecido. No alcanzaba a ver la orilla. El lago era un mar enfurecido e infinito.

La idea de que tampoco la tercera curación lo liberase para siempre de su debilidad se desenrollaba como un hilo blanco de coser —un fragmento largo como un brazo— por su cerebro herido y doliente, y, como cualquier trozo de hilo, tenía un final que le decía que sólo jugándose la vida podría salvar su vida. ¡En un barco de

remos sobre el volcán del lago! Un disco de gramófono destrozado repetía incesantemente la misma cantinela: «Sólo jugándote la vida puedes salvar tu vida».

Cuando bajó las escaleras dando tumbos, su cuerpo descompuesto y socavado no era ya más que el recipiente de la voluntad de jugarse la vida para ganarla. La tempestad aulladora lo recibió ante la puerta de la casa y lo arrastró como si fuese un ente sin peso por la vacía plaza del pueblo hacia la orilla. El doctor sabía dónde estaban los botes de remos.

La tormenta arrojó repetidas veces la pequeña embarcación de vuelta a la orilla, hasta que de repente la adentró en el tumultuoso lago. No caía ni una sola gota del cielo febril. Golpes de viento caliente y contragolpes impetuosos hundían el bote, que danzaba sobre las crestas de las olas en las profundas curvas del agua, y luego lo hacían flotar sobre las mismas crestas una y otra vez, en círculos.

El doctor, que en el viaje de vida y de muerte había pretendido alcanzar la orilla opuesta de la rebelión de la naturaleza de dos kilómetros de ancho —el premio a su misión—, ya no sabía en qué dirección quedaba cada orilla. Todo daba igual: las dos orillas eran la vida. Y si el corazón explota... Pero no suelta los remos. No hasta que explote el corazón.

Una densa capa de niebla, perforada de tanto en tanto por la tempestad, rota en jirones y de nuevo soldada, se tragó el bote inclinado a un lado y otro por el zarandeo y también al hombre empapado en sudor. Todo era de color gris. El doctor sólo alcanzaba a ver dos puños en los mangos de los remos y ya ni siquiera era consciente de que le pertenecían. La voluntad, absorbida por el autoritarismo, utilizaba los puños para remar.

Cuando, después de una hora que pareció durar muchas, el bote terminó escupido a la orilla contra el tronco de un sauce y se hizo añicos allí, el doctor dio pruebas de que el enfermo de voluntad, sujeto a tribulaciones que el sano evita con toda facilidad, es capaz de un único acto sin parangón ante el cual el sano se achanta.

Un aldeano lo encontró y lo llevó a la pensión. Pasó veinte horas durmiendo. Lo despertó un hambre terrible.

Después de cuatro semanas, el doctor se marchó a casa, tostado por el sol y con fuerzas recobradas: era un hombre completamente sano.

Abandonaron con precipitación la casa amueblada y se marcharon a Suiza. Un año más tarde, regresaron a Munich con un niño.

El marido de Spela había muerto. Para que entrase más luz en la habitación, Albrecht intentó limpiar con agua caliente y jabón el techo de cristal horizontal y lleno de hollín que cubría el patio de luces, que se rompió y se precipitó cinco plantas abajo. Aquella mañana había sido el funeral, al que asistieron muchos clientes del Café Stefanie.

Spela iba vestida de luto, ataviada, además, en un toque conmovedor, con un velo adornado por cuentas negras de fieltro de seda del tamaño de unas canicas que creaba un efecto cómico y le colgaba hasta taparle el pecho por completo. Estaba sentada sola en el café, en el banco de la esquina de la ventana donde siempre se había sentado con él, y no dejaba de girar la cara blanca como la harina, empolvada, en un gesto interrogante e indefenso hacia la puerta, como si esperase que Albrecht fuese a entrar en cualquier momento. Lloraba.

Fritz se sentó a su lado. Le había sacado seis botellas de coñac a un proveedor de bebidas espirituosas y había invitado a todos los asistentes al funeral a ir aquella noche a su estudio. En su patria, era costumbre pedir a los dolientes que después del sepelio asistieran a un ágape de duelo. La idea de Fritz era combinar aquel ágape con una fiesta en su estudio. Aquello no se lo dijo a Spela, por deferencia hacia el difunto. La agarró del brazo con delicadeza y la sacó del café.

Cuando llegaron, ya había dos botellas de coñac vacías. Los dolientes saludaron a Spela un poco abochornados, como si se avergonzasen de no estar tristes, y regresaron a sus cosas y a la fiesta del estudio. Eran jovencísimos, e igual que el niño al que se le ha muerto el padre, no tenían interiorizada la muerte. La muerte era un concepto amplio. No significaba nada. No existía. Y la propia Spela tampoco les dio ocasión para estar consternados: como eran mayores que ella, la muchacha estaba contenida.

Se retiró el velo y contempló un poco asustada, como en un sueño, a una joven francesa de ojos saltones, alumna del Profesor Vaya, que atravesaba de repente el estudio muy decidida, apagaba la vela de la esquina y se tiraba en el colchón junto a Lotte, quien, sumisa como una esclava, cerraba los párpados y abría los labios. Hugo Lück se apoyó al lado en la pared y las observó sin inmutarse.

El nuevo joven de vida alegre de Wohl, un muchacho de catorce años que había huido de su maestro —un zapatero de Augsburgo—, estaba sentado, inmóvil, en una caja pequeña, inclinado hacia delante y con la frente apoyada en la mano. Cuando Wohl le preguntó con cariño qué le ocurría, el joven respondió sin cambiar de postura: «Estoy pensando».

«Tu sangre no me dice nada», le soltó una rusa regordeta, guapa y de piel blanca, a un joven al que llamaban Corzo antes de marcharse directa a una esquina oscura, donde se estaban besando unas parejas sentadas en el suelo. Sólo un par de velas iluminaba el estudio.

El Corzo, estudiante de Derecho, recibía de su padre una mensualidad considerable. Frecuentaba a los bohemios, que le endulzaban sus estudios jurídicos y a cambio le dejaban pagar en el Café Stefanie. Decepcionado, dirigió una mirada melancólica a la esquina oscura y tendió la copa. Fritz le sirvió y le pidió dinero.

Fritz era una persona ávida de dinero y generosa. Cuando conseguía algo prestado, se lo daba a quien lo pillase en el momento preciso. El dinero prestado y vuelto a prestar circulaba entre los clientes del Café Stefanie y —con la misma

seguridad que la sangre por el corazón— fluía hasta el camarero Arthur, que borraba un par de cifras de la libreta de deudas. Al día siguiente, ese mismo dinero volvía a circular entre los clientes en forma de huevos pasados por agua (y servidos en un vasito) y café.

El coñac había tenido un efecto incomparablemente más fuerte que la muerte en los estómagos vacíos y hambrientos de los jóvenes. Los rostros brillaban. Los ojos relucían. Las disputas sobre literatura y arte habían terminado. Para entonces, la vida misma era el único tema sobre el que trataba todo: las muchachas predispuestas en la flor de la vida. El propio Carlo Holzer, a quien nada podía hacer perder la compostura, había sucumbido al coñac. Los zapatos Marignan estaban en un rincón y él iba clamando por todo el estudio en calcetines, copa en mano, enseñando su potente dentadura simiesca con una sonrisa.

Tunajec, un rumano de pelo largo y aceitoso, con una corbata Lavallière y el aspecto que debía de tener Dante con veinticinco años, le juró con la mano en el corazón a una gigante rubia: «Quiero pasar eternidad contigo por toda la vida on Riviera».

La colosal rubia, una condesa báltica que llevaba en los dedos, las muñecas y al cuello unos enormes brillantes, con los que habrían podido mantenerse todos los dolientes de por vida, respondió perdida que donde él fuese iría ella detrás, y lo decía en serio. El día antes, de repente, había perdido la cabeza y se había enamorado perdidamente del joven Dante en el cabaret *Simplicissimus*, donde el muchacho prolongaba todas las tardes la *Träumerei* de Schumann rasgando el violín a cambio de comida.

(Cuando Michael emprendió, seis semanas después, el camino al Café Stefanie por la *Türkenstraße*, vio a Dante, inmóvil junto a la ventana abierta de la primera planta. El joven movió la mano entre las jambas de la ventana en horizontal de aquí para allá y le dijo en tono trágico a Michael, que no lo conocía personalmente, una única palabra: «Prosiga»).

En una esquina oscura, alguien explicaba en voz alta y firme que la monogamia es una desgracia, y el matrimonio, un motivo de divorcio. El Corzo borracho saltó con los dos pies al mismo tiempo del entusiasmo, como si cupiese la posibilidad de que algún día pudiese utilizar ese argumento en calidad de abogado defensor en un proceso de divorcio sin que se lo llevarsen de la sala del tribunal a la casa de locos.

Spela estaba sentada en el colchón a los pies de su amiga Lotte, que dormía en los brazos de la francesa. La condesa báltica se había marchado con su Dante a un mundo perfumado. Las seis botellas de coñac estaban vacías. Se había creado un indefinible desierto. Sobre las cuatro de la madrugada, se marchó también el resto de parejas. Spela se quedó.

La noche siguiente, cuando Michael entró en el café, Fritz y Spela estaban sentados en la esquina de la ventana, en el banco, muy pegados el uno al otro, como dos palomitas emparejadas.

Fritz tenía las piernas delgadas y ya lucía una barriguita cervecera. El bosque de pelo rubio peinado hacia atrás, denso y poblado —un bosque primario—, cubría sus sienes hasta cercar las cejas y la mitad de la frente que, junto con las gafas doradas que allí habían nacido y crecido, formaban una unidad compacta. Fritz parecía un maestro rural huido.

Le contó a Michael que el compositor famélico, el señor Beethoven, se había colgado en el estudio de al lado durante la fiesta, y concluyó en tono de lamento: «Justo ayer habría podido darle algo, los diez marcos del Corzo, o al menos cinco».

Al preguntarle Michael cuándo era el entierro, en el rostro de Fritz asomó en primer lugar una enorme sonrisa, que el joven mantuvo hasta que la respuesta le vino a la cabeza: «Pasado mañana». Aquella sonrisa no era más que un recurso para ganar tiempo; le salía siempre que alguien le preguntaba algo, daba igual el qué. Fritz pensaba con lentitud.

La empobrecida condesa Zu Reventlow^[6], pequeña, esbelta y todavía vestida con elegancia, que más adelante publicaría un libro desenfadado sobre su vida, se unió a ellos y saludó con la mano. Tras caer en la pobreza, había encontrado su hogar en la bohemia y desde entonces sonreía con calma: que venga lo que tenga que venir.

Michael se sentó a su mesa habitual y le pidió a Arthur un huevo pasado por agua en un vaso. Había aprendido mucho durante los dos años transcurridos desde su llegada a Múnich, gracias al Profesor Vaya en la escuela de pintura, y aún mucho más gracias al Café Stefanie —con las discusiones diurnas, y sobre todo las nocturnas, acerca de Dios, el mundo y la vida—. De entrada, había aprendido a reflexionar mientras el resto discutía, y llegó el día en que experimentó la sensación de que podía pensar por sí mismo en casa, *motu proprio*. Asimismo, en el café bohemio, donde básicamente se destrozaban y anulaban los patrones de la vida, había aprendido, entre otras cosas, a contemplar los asuntos de la existencia de un modo nuevo y espontáneo.

El Café Stefanie era su universidad, el lugar en el que daba salida a los resultados de sus pensamientos y, dado que el destino le había negado el tiempo y el dinero para estudiar los mil libros importantes, tuvo que desarrollar por sí solo las materias elementales para obtener dichos resultados. Había aprobado el examen en la Universidad Café Stefanie y, para entonces, era un profesor con cátedra en una mesa cercana a la de Ofen. Había aprendido, además, a pedirle a Arthur un huevo en un vaso que no podía pagar. Arthur el Salvador lo anotó en su ajada libreta.

Muchos años después, cuando Michael ya era un hombre famoso, se dijo que los Arthur de los cafés bohemios son los auténticos mecenas, los bienhechores que protegen a los bohemios de morir de hambre, hasta que la muerte termina por penetrar o sucumbe desesperada. Se dijo que, en última instancia, los nuevos movimientos artísticos se abren camino en parte también por eso: porque los Arthur de Europa mantienen con vida al temerario cuyos trabajos permanecen años sin venderse, hasta que su obra no puede borrarse ya de la historia de la evolución del

arte. Michael sabía, asimismo —había sido testigo de ello—, que cientos de bohemios sucumben en el camino y sólo uno de ellos da el salto al estrellato, cosa que ese uno tampoco lograría si los otros cientos no le sirviesen de abono, pasando hambre, pensando y luchando juntos. Sabía que también los Hugo Lück, los Carlo Holzer, los Johannes Wohl, con considerable y amargo sufrimiento, añaden anhelantes dinero al bote del póker de la creación que otro se llevará. En un futuro, Michael dedicó también su simpatía y su camaradería a los bohemios y los Arthur de Europa que lo ayudaron a él a convertirse en lo que fue.

En primavera, Michael y Sophie se marcharon al campo, cerca de Múnich. El doctor Kreuz le dio al joven una docena de libros que escogió especialmente para él; entre ellos, las dos novelas que en el futuro Michael consideró, junto a *Guerra y paz*, las más grandes de la literatura mundial: *Madame Bovary* y *Rojo y negro*.

El establo —con dos vacas y dos docenas de gallinas— y el huerto estaban detrás de la casita de ladrillo de reciente construcción y sin guarnecer que se levantaba en una loma cubierta de hierba, a sólo cien pasos del imponente pinar y a tres minutos del lago del valle. Tenían una habitación con dos camas negras de madera de abeto, sólo barnizadas. El suelo, bastante reciente, era también de madera de abeto barnizada. Todo olía a nuevo.

Padre e hijo eran leñadores, y durante el día no estaban en la casa, y a la joven granjera, esbelta y pelirroja —del mismo rojo dorado que el gato—, con pestañas y cejas blancas, la veían raras veces. En realidad era como si estuvieran solos, en plena naturaleza, sin ninguna casa alrededor, y sin oír más que los ruidos naturales.

Un huevo costaba tres *pfennigs*; el litro de leche, doce; el pan, la fruta y la verdura, nada; y la habitación, cuatro marcos al mes. Michael le había cogido prestados doce marcos a Henry, suficiente para una larga estancia veraniega.

Había un montón de liebres jóvenes. A veces, Michael cazaba alguna con ayuda de Sophie. Junto al lago había un estanque pequeño de carpas, casi circular, que todos los años vaciaban una vez, y entonces podían cogerse las carpas indefensas que saltaban por todas partes, como patatas desenterradas. No obstante, Michael aprendió a atrapar con las manos las carpas que quedaban varadas en el lodazal —las viejas—, incluso cuando el estanque estaba lleno. Al final, nunca les faltaba en la mesa una buena liebre asada o carpas *au bleu* o empanadas.

Michael fabricó una balsa y unos remos con los maderos y tablones podridos de un cobertizo que el año anterior se había venido abajo en una tormenta. En el lago había una isla en la que miles de gaviotas ponían sus huevos en nidos de hierba. «Si hay varios huevos en un nido, es que ya los han incubado y son demasiado viejos para comérselos; si sólo hay uno, es que lo acaban de poner», les había explicado el joven granjero. Sophie y Michael, que se pasaban el día, de la mañana a la noche, en traje de baño, remaban todos los días a su isla: habían descubierto que los huevos de gaviota con una ensalada fresca del huerto eran una auténtica delicia.

Para los dos enamorados en bañador —y a veces sin él—, que nada querían salvo el uno al otro, aquel pequeño valle era el paraíso, con una isla como nido de amor adicional y furtivo, constantemente sobrevolado y rodeado por las grandes aves blancas que brillaban bajo el sol.

Una mañana de lunes, Sophie viajó a Múnich para comprar material de dibujo y pintura. No regresó. Por la tarde, Michael fue en vano a la estación. Tampoco al día siguiente, ni al otro, regresó la joven. Él le escribió, y más adelante volvió a hacerlo. No obtuvo respuesta alguna. Pasaron dos semanas.

Michael se sentaba a la orilla, delante de la casita, durante las preciosas horas que separaban el día de la noche. Sin embargo, el paraíso —el valle y el lago y la isla de amor— descansaba desierto ante él, opresivo. El granjero mayor, un entusiasta de los zapatos —que todas las noches, al volver a casa de talar árboles, lavaba cuidadosamente con agua templada y jabón sus pesadas botas de cordones de cuero de vaca, con ojales de latón y cordones de piel duros, y a continuación, durante una hora, las trataba con grasa de tocino y un trapo de lana—, le enseñó a Michael la bota izquierda, que tenía un tajo amplio en el empeine ocasionado por un golpe con un hacha. «Si hubiera sido en el pie... El pie se habría curado. El zapato no se curará jamás», le dijo desconsolado.

Michael se acordó de su infancia, de su madre, de lo complicados de conseguir y lo increíblemente valiosos que eran los zapatos. Aquel recuerdo y el desconsuelo del granjero, que contemplaba una y otra vez la amplia herida del zapato negando con la cabeza y presionándola con el pulgar, coincidían con su estado de ánimo, que le hacía ver el precioso y plácido valle como un lugar desierto y agobiante.

Metió los libros y sus dibujos en un cabás y se despidió. De camino a la estación, se detuvo en la orilla del lago. Al ver las alas que dos semanas atrás habían sido una fuente de felicidad, y que en esos momentos eran un inmundo monstruo gris, lo inundó el oscuro miedo del supersticioso que cree presentir la muerte de un pariente. «Pero, si le hubiese ocurrido algo, ¡mis amigos me lo habrían contado!». Se preguntó por enésima vez por qué la joven no había regresado. No encontró ninguna explicación. En el tren se tranquilizó. Dos horas más tarde estaría con ella.

No la encontró en su estudio, tampoco durante la noche. Los amigos aseguraban no saber nada. Michael se daba cuenta de que sí sabían algo. A la mañana siguiente, esperó en vano en la escuela de pintura. A media noche fue por última vez al Café Stefanie. Ella estaba sentada junto a la barra, con el doctor Kreuz.

Cuando Michael se acercó a la mesa, Sophie apretó los labios en gesto esquivo, con una especie de sentimiento de culpa. El doctor se limitó a alzar la vista brevemente antes de volver a ocuparse de su cigarro, mitad tabaco, mitad té.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no regresaste, Sophie? ¿Qué ha pasado?

El doctor respondió por ella, sin levantar la vista del cigarro aún sin pegar:

—Eso se lo explicaré más adelante.

Michael, que hasta aquel segundo no había conocido la agonía de los celos, notó que el corazón se le salía del pecho. La pregunta le salió sola.

—¿Dónde estuviste anoche, entonces?

En aquel momento, el doctor miró a Sophie, asintió con un gesto interrogante y se puso en pie de un salto. Ella salió con él. Michael había sido expulsado de su mirada. Estaba paralizado. El golpe había alcanzado de lleno a un hombre desprevenido. Sintió el poder ilimitado del doctor sobre Sophie, y experimentó también su propia impotencia ante él y cómo ésta acrecentaba sin medida sus celos. Ni siquiera fue capaz de preguntarse si había alguna razón objetiva para sus celos. La angustia lo había arrasado todo.

Fritz, un poco achispado, llegó a la mesa con Spela y dijo sonriendo de oreja a oreja:

—Ahora ya lo sabes. El doctor no quería que te lo dijéramos. Cuando haya sometido a Sophie a un análisis, te la devolverá.

No obstante, el doctor —que durante dos semanas había estado con Sophie continuamente, día y noche— había determinado con su análisis que la relación entre Michael y Sophie constituía un vínculo complejo que había que interrumpir de raíz para salvar el alma de la joven. Al día siguiente, se encontraron con Michael por la calle y pasaron de largo como el viento.

Michael volvió a ver a Sophie muchas semanas después, cuando, como todos los días y todas las noches, atormentado por los celos, aguardaba delante de su casa con la esperanza de poder hablar a solas con ella una vez. Hacia las once de la noche, Sophie llegó a casa del brazo de Fritz.

El doctor Kreuz, para quien los celos eran un complejo, había llevado a cabo un reagrupamiento radical. Había asignado a su esposa, a la que amaba y adoraba, al anarquista suizo y a la joven viuda Spela, al ruso. Quedaba por tanto libre Fritz, a quien, basándose en los resultados del análisis, consideró la pareja óptima para Sophie.

Michael les cortó el paso. Quería hablar a solas con ella. Sophie trató de seguir caminando. No tenía nada más que hablar con él. Fritz sonreía tímido, como si no supiera bien cómo había llegado a tener tanta suerte. A Michael se le disparó una ira incontrolable. «¡No te rías, maldito imbécil!... Por favor, ven conmigo, Sophie».

Hasta el momento en el que la muchacha, al avanzar, no quedó bajo la clara luz de la farola curva, no pudo verla con claridad. Buscó consternado el rostro que había conocido. Igual que una casa a la que añaden una planta y adquiere un aspecto totalmente distinto pese a ser en origen la misma, el rostro de Sophie, aunque con la misma forma, parecía completamente cambiado por una nueva expresión, una expresión ajena que le daba un aire endurecido y tenso. Era como si la joven hubiese decidido, por encima de todo, vivir a partir de entonces de manera diferente, ser una mujer distinta a la que había sido. Michael notó en Sophie aquella extraña voluntad y, temblando, creyó descubrir en ella el fanatismo del doctor. Ella ya no era ella.

Cuando Sophie soltó una frase que el doctor utilizaba a menudo —que estaba constelada—, Michael, impotente y desesperado, le dejó el camino libre. Fritz la siguió hasta el interior de la casa.

Michael se quedó frente a la fachada. Vio cómo se iluminaba la ventana oscurecida del estudio. El reloj de la iglesia dio las once. Se quedó mirando hacia arriba, formando parte ya de la larga cola de los rechazados que saben que el otro está en casa de la amada y esperan angustiados que no se apague la luz de la ventana.

La ventana quedó a oscuras. Ya de muchacho, Michael había huido de la dura realidad de su juventud a través de pensamientos ilusorios. Su inusual imaginación le había granjeado horas de felicidad robada. En aquellos momentos, la imaginación lo precipitó hacia una profunda angustia. Se había recostado muchas noches con Sophie en la otomana negra, con la cabeza de ella sobre su pecho; había llegado a conocerla bien. Y, entonces, en aquellos momentos, era Fritz quien estaba con ella.

Era demasiado para Michael. Gracias a Sophie, había contemplado por primera vez en su vida la luz que une al hombre y a la mujer. Creía que ya no podría seguir adelante. La angustia, acompañada de esos hermanos gemelos que son la impotencia y el odio, lo llenaron y se adueñaron de él. Su odio se dirigió hacia el doctor, que había irrumpido en su vida y en la de Sophie para separarlos. La decisión de pegarle un tiro se presentó de repente y, desde aquel instante, no existió para él nada más. De camino a casa, Michael se concentró en elegir el artilugio que utilizaría para asesinarlo.

Henry tenía un revólver, le gustaba disparar y, de vez en cuando, iba al campo para practicar su puntería con latas de conservas viejas. Al día siguiente, sobre las doce, Michael pulsó el timbre de la puerta del doctor Kreuz. Cuando la sirvienta le dijo que el hombre había salido de viaje aquella misma mañana, Michael tuvo la sensación insustancial de convertirse en aire gris.

El doctor se había ido con Sophie y Fritz a la isla de Heligoland. En años posteriores, Michael a menudo se preguntaba cómo habría sido su vida si aquel hombre hubiese estado en casa aquel mediodía.

El joven pintor logró dar el siguiente paso en la vida. Tenía veinticinco años. Día tras día, intentó que las angustiosas ideas que se inmiscuían en su trabajo desaparecieran aplastadas por más trabajo, hasta que a última hora la fatiga le impedía seguir avanzando con el lápiz. Por las noches, los pensamientos oscuros no dejaban de acecharle. En uno de aquellos sueños, modeló la cabeza y el cuerpo de Sophie y metió consigo en la cama aquella figura de tamaño natural, calentada de modo artificial. Al despertar se preguntó, aún bajo el embrujo del sueño, si podría hacerlo realidad.

Michael se había fijado el objetivo de dibujar seis composiciones figurativas que quería publicar como colección. Debía demostrar lo que valía, por Sophie. Su capacidad técnica no bastaba en absoluto para plasmar en papel la imagen interior que tenía de las formas de la joven. Hizo docenas de borradores de cada pliego, y

todos ellos los dejó a la mitad. Dibujando sin descanso, aprendió poco a poco a plasmar mejor lo que veía en su interior. Fue un despliegue de energía continuado que se prolongó durante un año entero.

En el invierno de 1908 participó en una reunión en la trastienda de un restaurante. Sentados a una mesa inmunda de tablero alargado había ocho pintores, presididos por Kandinski. Aquella tarde se fundó el grupo Der Blaue Reiter^[7]. Mientras el resto debatía sobre pintura abstracta, Michael dibujaba a la camarera. Kandinski —que llevaba una barba muy poblada— lo consideró inapropiado y así se lo hizo saber. Michael, capaz de hacer dos cosas al mismo tiempo, pintar y escuchar, consideró aquella reprimenda propia de un maestro de escuela. Perdió el interés en la reunión y se reclinó en su asiento. No le entraba en la cabeza que pudiera existir un lugar en el mundo en el que dibujar fuese inapropiado.

El pintor x, que pertenecía a una rica familia de la zona del Ruhr y que también era rico, lo acompañó a casa. Michael le habló de su trabajo y le preguntó si quería ver sus bocetos.

Con los medios más parcos y omitiendo todo detalle que no fuese absolutamente necesario, Michael había procurado dar forma a visiones que surgieron involuntariamente de su interior durante el concierto de Beethoven. Se trataba de muchachas extrañas, con una sombra en su interior, perdidas.

Estupefacto, el pintor x mencionó a Gauguin. Michael no sabía nada de Gauguin. Sus jóvenes en la playa, cuyas poses y expresiones se inspiraban en la música de Beethoven, eran Sophie, la pena y el duelo de Michael por Sophie.

El señor x le compró un dibujo por quinientos marcos y recomendó a Michael al dueño de la editorial Delphin, que unos meses después publicó los pliegos en seis litografías a color como una colección, bajo el título *Fremde Mädchen am Meer* [Extrañas muchachas junto al mar].

El éxito no tuvo en Michael el efecto que se habría podido esperar. Al término de aquel duro año de trabajo, se dijo a sí mismo que su talento no le bastaba para convertirse en un pintor especial. Tenía la sensación irrefutable de que pintar no era su medio de expresión. No dibujó un trazo más.

Qué hacer y por dónde empezar entonces, no lo sabía. Lo rondaba la ansiedad y volvió a sentir la misma presión bajo el pecho que años atrás, cuando, siendo ayudante de herrero, le había dado vueltas en vano ante el tornillo de banco a lo que podría llegar a ser. Vivía sin rumbo, con esa inexplicable conmoción en su interior.

Durante aquella época vio de cuando en cuando a Sophie de lejos, siempre acompañada por el doctor Kreuz. Nada palpitó en él. La herida había cicatrizado. Su pena por Sophie se había quedado en los pliegos de la colección.

Dos años después de separarse de Sophie, los vio a los dos por última vez en el vestíbulo de la Estación Central de Múnich. Michael quería ir a Berlín y había preguntado por la duración del viaje en el expreso nocturno a esa ciudad. Sophie y el doctor se encontraban sólo a un par de pasos de él. La imagen de la joven lo dejó

consternado; no podía creer lo que veían sus ojos. Tenía el pelo y el vestido sucios, como si hubiese pasado semanas durmiendo a la intemperie. Su desmejorado rostro ceroso era el de una muerta que inconcebiblemente seguía respirando.

El doctor esnifaba cocaína ante los pasajeros que tenía al lado y por delante de él, y pasados unos minutos había perdido por completo el control de sí mismo. En el cuello ajado de su camisa había manchas de sangre. De su erosionada nariz, caía un líquido supurante y ensangrentado. Los dos vieron a Michael sin verlo, el mundo que los rodeaba ya no existía.

Las miradas interrogativas los seguían mientras avanzaban por el andén hasta el tren de Suiza. Aquel viaje a Ascona, a la zona del Lago Mayor, ni siquiera era un último intento de salvación, sino simplemente una idea repentina que habían decidido llevar a la práctica; iban sin equipaje. Huían de sí mismos sin esperanza y se llevaban la desesperanza allá adonde huían.

Al día siguiente estaban en Ascona pero aún seguían en la Estación Central de Múnich. Daba lo mismo. No había cambio de ubicación. Ya no existía el dónde. Por la orilla soleada del lago Mayor paseaba Johannes Wohl, con la mano sobre el hombro de un muchacho italiano al que le había colocado unas flores blancas en el pelo. Los dos náufragos vieron a Wohl sin verlo. Pasaron de largo.

Su primera y última noche allí transcurrió en una *trattoria* junto al lago. No se acostaron. Dos velas iluminaban la habitación. A lo lejos sonaba el cántico de unos mozos italianos. El canto remitió. Pueblo y valle se sumieron en un silencio nocturno, las montañas eran de un azul de ensueño y entre ellas descansaba el lago, una bandeja de plata reluciente.

El doctor esnifaba cocaína y, de vez en cuando, hablaba con frases sueltas y cortadas sin principio ni final, balbuciendo sobre filosofía india, sobre el eterno retorno, sobre que el ser humano, una criatura maldita, quizá ya hubiese desarrollado el complejo sexual en su forma más temprana de existencia, siendo un gran felino o un perro, y lo hubiese conservado a lo largo de todas sus transformaciones.

Sophie se apoyó en la pared. Había sido la alumna predilecta del Profesor Vaya, que exigía mucho y raras veces elogiaba a alguien. Michael había reconocido desde el principio que el talento de ella era mucho mayor que el suyo propio. No había significado nada más. Sólo importaba la teoría de la liberación de la humanidad. El doctor se lo había arrebatado todo a Sophie —tampoco era ya una mujer— y a cambio no había sido capaz de darle los cuarenta centímetros cuadrados de suelo nuevo sobre el que ella habría podido mantenerse en pie. Y no había vuelta atrás. «Quien ha salido del bosque una vez, ya nunca puede volver a él», le había dicho el doctor a Sophie cuando la joven, un año antes, desesperada, había estado a punto de regresar.

El doctor estaba suspendido sobre la silla. Tenía la boca abierta. Del labio inferior, que pendía grueso y húmedo sobre la frágil barbilla, pendía un hilo de saliva cada vez más largo que se rompía al llegar al suelo. Cuando alzó la mirada y le pasó

la morfina a ella, se puso en pie mientras asentía con gesto interrogativo, esbozando una sonrisa indescriptible y horrorosa.

El rostro ceroso de la joven mostró por última vez una expresión de valiente disposición, que en aquella ocasión fue al mismo tiempo de un desprecio desmedido. Cogió la morfina. El doctor huyó apresurado con pasos largos de la habitación.

Sophie fue una de las primeras víctimas del conocimiento aplicado de Sigmund Freud, que luego modificó el rostro del mundo. La enterraron en Locarno. No hubo nadie junto a su tumba. El doctor falleció poco después por causa de la cocaína.

Michael se enteró de la noticia unos días más tarde a través de Johannes Wohl, en el Café Stefanie. Se quedó helado. A la noche siguiente se marchó a Berlín. La incertidumbre sobre qué sería de él se hallaba unos escalones más arriba que cinco años antes, cuando era un herrero ante un tornillo de banco.

III

Berlín es plana, y es extensa. Cualquiera que llegue a esa ciudad en coche podría pensar que no se acaba nunca. No deja de expandirse cada vez más y más, hasta que por fin y al fin Berlín se desvanece y sigue avanzando en las afueras gracias a las villas, bastante separadas unas de las otras, entre las que descansan preciosos lagos. Todo es llano hasta llegar al mar, cuyo fuerte aroma penetra en las noches de verano, renueva el aire y hace del clima berlinés el más refrescante y saludable de todas las metrópolis del mundo.

En Berlín se representaban magníficas obras de teatro. Los conciertos de la orquesta sinfónica y la ópera eran famosos, y con razón. Había editores, marchantes y directores de teatro arriesgados. Incluso los trabajos de los novatos más vehementes veían la luz. El joven actor, la joven actriz, todas las personas capaces de hacer algo tenían la oportunidad de demostrar sus habilidades, y en las incendiarias revistas combativas de la juventud no se respetaba nada. La metrópolis berlinesa estaba abierta al arte y a la literatura que surgían, nuevos y prometedores, en todo el mundo. Berlín recibía y daba. El nervio y el espíritu de la ciudad eran electrizantes. La vida era electrizante.

Así era Berlín cuando, en el otoño de 1910, Michael se bajó del tren en la Estación de Anhalter. Se dirigió hacia el oeste y alquiló una habitación en la Joachimsthaler Straße que le costaba ocho marcos al día, una cantidad que, a fin de mes, resultaba considerablemente superior a lo que Michael había pagado durante cuatro años de alquiler en Múnich. Tras un par de días, encontró una habitación en la Schaperstraße por quince marcos al mes, que debía pagar por adelantado, cosa que lo sorprendió e indignó, y que al final hizo a regañadientes. Consideraba repugnante pagar por adelantado. En Berlín la vida no parecía tan cálida ni familiarmente cómoda como en Múnich, la ciudad de los pintores. Allí había que tensar todos los músculos, incluso los que nunca antes se hubieran utilizado, y estar preparado para lo que pudiera llegar.

En ese estado de ánimo, entró por primera vez en el Café des Westens, que abandonó tan sólo cinco años después, y para mucho tiempo. Eran las once de la mañana. Dentro sólo había un par de lectores de periódicos y un camarero con frac. «Todo es distinto», pensó.

El poeta Rudolf Johannes Schmied tenía ante sí un vaso de pilsner. Pese a que en su mesa también había sillas pegadas a la pared desde las que habría podido contemplar todo el local, él estaba sentado mirando a la pared. En ésas, levantó la mano gesticulando por encima de la cabeza y le explicó en voz alta a un compañero imaginario que el mundo era formidable, y el planeta, un fracaso.

Atravesó lentamente el local, mirando a su alrededor como perdido en un bosque, cogió un periódico y le echó un vistazo, claramente sin ningún interés, aunque serio

como un niño que aún no ha aprendido leer y hace como si supiera.

—Disculpe, soy Schmied, Rudolf Johannes Schmied. ¡Disculpe, compañero! — Tomó asiento, apoyó la barbilla en el nudillo del índice y dijo sonriendo—: Debes de ser poeta, compañero, lo veo, lo llevas escrito en los ojos.

Michael obtuvo la prueba de que la simpatía infinita podía surgir en el primer instante.

—En absoluto.

—¡Bravo, compañero! Lo sabía... ¡Un poeta!

Permanecieron todo el día juntos; e incluso la mitad de la noche, hasta que Schmied, mientras Michael le compraba tabaco a un vendedor callejero en Unter den Linden hacia las tres de la madrugada, se topó con un hombre al que sólo conocía por encima. En un impulso automático y repentino, se metió con el nuevo interlocutor en el café nocturno de la esquina.

Schmied era un hombre egocéntrico, como una peonza que gira en torno a sí misma y tiembla mientras se va deteniendo. Su pasaporte en la vida consistía en el entusiasmo ante frases escritas por él y ante el don Quijote de Cervantes que él mismo era.

Tenía ascendencia alemana y lo había criado un tutor suizo de San Gall en la tradición cultural alemana en Argentina, donde sus padres poseían una finca tan grande como la región de Wurtemberg. Su padre le enviaba todos los meses dos mil marcos que al poeta se le escapaban de las manos durante los primeros días del mes.

Michael vivía igual que durante su último año en Múnich, sin ningún objetivo, abatido por el desasosiego y atacado constantemente por la bestia de la inseguridad emocional. Estaba en exceso irascible, tanto que una mirada inofensiva podía hacerle perder la compostura. La más mínima injusticia cometida contra él o contra otra persona, a menudo existente sólo en su imaginación, lo hacía enfurecer.

En una ocasión estuvieron a punto de arrestarlo. Quería enviarle una carta a su madre, quien, durante su vida en Múnich, le había mandado puntualmente cada primero de mes tres sellos de diez *pfennigs* —la mensualidad más pequeña del mundo—, y había ido a la oficina de correos de la Uhlandstraße para comprar los sellos. El funcionario le gritaba a la gente que hacía cola detrás del mostrador que esperasen, como si fuesen suplicantes, y respondía a voces a todo el que osara preguntarle algo. El espíritu de casta, que tensa el espinazo hasta al funcionario más insignificante, siempre había actuado como un veneno en Michael, que explotó y contagió con sus bramidos a la gente, exasperada. En la oficina de correos estalló la revolución. Un policía, que apareció de la nada, amenazó a Michael con arrestarlo por alteración del orden.

Tomó la Uhlandstraße en dirección a Kurfürstendamm, disgustado aún consigo mismo por no haberle gritado también al policía. No, se había callado la boca y se había tragado su furia. Como un perro apaleado, eso es, se había escondido para que no lo arrestasen. ¡Ay, jodido despreciable!

Hacía una maravillosa mañana de primavera. El aire olía a mar. En la amplia y soleada Kurfürstendamm, donde en el año 1911 aún no había ningún comercio, sólo se veía a un par de paseantes. El asfalto relucía, como si sobre la Kurfürstendamm se hubiese extendido una alfombra gris a cuyos lados se alzaban los esplendorosos palacios de estilo historicista, con sus pretenciosas escaleras «sólo para el señorío» y unos Hércules marmóreos de escayola que, únicamente en apariencia, sostenían los balcones.

Se oyó la bocina de la familia imperial, el coche sobrepasó a Michael a una velocidad homicida en dirección a Potsdam, y los paseantes se quitaron los sombreros y se pusieron firmes. «Igualito que el funcionario de correos», pensó Michael, antes de preguntarle con una sonrisa venenosa a un hombre mayor que seguía firme como un poste, con el sombrero ante los muslos, si el que había pasado era el señor secretario superior de correos o un sargento.

A finales de mayo, a Michael ya no le quedaba nada de los quinientos marcos que había recibido por su dibujo. Debía el alquiler de un mes. El 1 de junio, metió sus pertenencias en la magnífica maleta de piel de vaca con cierres de níquel y gruesas tiras de piel que había comprado en Múnich por trescientos marcos y le dijo a su casera que se mudaba. El alquiler se lo pagaría más adelante. Tuvo que dejar la maleta en prenda, y unos segundos después estaba en la calle, sin un *pfennig*, sin pertenencias, sin techo. Berlín era rico. Sin embargo, resultaba complicado sacarle un marco a la rica ciudad berlinesa.

Aquella noche tuvo un mal sueño. Estaba de nuevo sentado solo en la última bancada, con diez años, pero al mismo tiempo era adulto. El profesor Dürr lo interpeló para entretenimiento de la clase y le preguntó, sonriendo con gesto expectante y cruel, si sabría retratar a la vez a un negro desnudo sobre un caballo blanco y a un blanco desnudo sobre un caballo negro. Michael le respondió, balbuciendo por la ansiedad, que tenía veintiocho años. La clase estalló en risas.

En aquel mismo instante, el mal sueño viró hacia el sueño más hermoso de su vida. Nadaba desde la orilla mar adentro, sentía a cada envite la fuerza de sus articulaciones y lo agradable del impacto del agua en los hombros. Nadaba sobre el mar, que brillaba al sol. Las gaviotas lo acompañaban. Delante de él apareció una isla. Bajo un arbusto del que colgaban unas flores exóticas y enormes había una isleña esbelta y desnuda. Lo estaba esperando. Michael palpó con los dedos de los pies el suelo de arena suave y se incorporó. La muchacha levantó lentamente el brazo a modo de saludo. Él se echó agua en la cara con las dos manos, se dispuso a vadear la orilla hacia ella y se despertó en el banco del Tiergarten en el que había pasado la noche.

Aún medio dormido, se limpió con las dos manos el agua de la cara; llovía a mares, estaba calado hasta los huesos. Sin dejar de preguntarse cómo era posible que hubiera soñado algo tan maravilloso justo en aquellos momentos, en aquella situación tan desesperada, volvió a recostarse sin esperanza en el banco. A eso había llegado:

se había convertido en un vagabundo sin techo, que no es nada y no pertenece a ningún sitio y jamás sería nada. El profesor Dürr se lo había profetizado. Cerró los ojos y permaneció tumbado bajo la lluvia. Todo daba igual.

Entonces, la inescrutable naturaleza humana le envió un bote salvavidas decorado con flores. Igual que el mal sueño había virado al sueño hermoso de un instante al siguiente, Michael viró desde el desprecio a sí mismo y la desesperación a una serie de delirios de grandeza desorbitados. El muro que lo separaba de sí mismo había desaparecido. Él era el más grande de todos. Podría dominar el mundo si quisiera. ¡Por supuesto! Si le apeteciera, destituiría al káiser Guillermo y se convertiría en presidente de la República Alemana. Pero eso no le bastaba. Se convertiría en un artista como no lo había habido jamás, más grande que Beethoven y Goethe juntos. Recibiría el Premio Nobel seis veces consecutivas.

Los delirios de grandeza de Michael, útiles, de provecho —y sin los cuales, tal y como él mismo se dijo en un futuro, habría abandonado y sucumbido—, perduraron años.

Los zapatos, con agujeros y fisuras en suelas y empeines, iban chirriando por la humedad y creando burbujas de agua cuando Michael entró en la sala de espera de la Estación Zoologischer Garten, donde pretendía quedarse hasta que el traje se le hubiese secado. En la cafetería se encontró con un amigo de Schmied llamado Rören que trabajaba para el Ministerio de Asuntos Exteriores en un puesto subordinado, estaba casado con una sirvienta pálida y había escrito una caja entera y enorme de novelas que nunca se habían llegado a publicar. Michael le pidió un marco prestado y, en el transcurso de media hora, lo convenció de que le había prestado el marco a un genio.

Piel y traje seguían húmedos cuando entró en el Café des Westens. Llevaba el pelo mojado peinado hacia atrás, impecable y suave, como recién salido de la peluquería. Su enjuto rostro estaba terso como la piel de un bebé. Sus enormes ojos brillaban.

Un par de mesas más allá estaba sentada una joven. El pelo castaño oscuro, con el brillo reluciente del cobre y largo hasta los hombros, le caía sobre el cuello para enmarcar una cara blanca de un tono marfil homogéneo que no consentía ningún rojo, ni siquiera ruborizarse. Nadie que mirase aquella cara lograba evitar deslizar la mirada de los ojos a la boca; era como si aquellos ojos, cubiertos por unos párpados claros y bien definidos, igual que dos piedras oscuras engastadas en oro, se retirasen con modestia en favor de aquella boca femenina, grande y hermosa. Michael se fijó también en los finos dedos. Sin embargo, lo que le impactó más profundamente fue la expresión del rostro, que sólo podía nacer de un corazón sensible.

En Michael surgió un sentimiento que hasta entonces no había conocido. No se trataba de felicidad ni de pena. Allí estaba sentada su compañera de vida. Se trataba de la elección, que es un misterio.

Michael miró hacia ella y sostuvo la mirada de la joven durante unos segundos, hasta que ésta agitó unos párpados de largas pestañas. La muchacha deslizó su mirada más allá de él e hizo como si no hubiese notado su presencia. No obstante, él continuó contemplándola sin pestañear, atrayendo una y otra vez hacia él los ojos de ella. Cuando la joven se levantó y se marchó, Michael se dio cuenta de que era igual de alta que él. Le costaba mantenerse erguida y avanzaba lentamente junto a la valla de hierro del jardín.

Michael la siguió.

—Tengo que conocerla. ¿Me permitiría acompañarla?

La muchacha asintió sin mirarlo. La pequeña sonrisa de la mujer, que se sabía deseada, volvió a desvanecerse de inmediato.

—Estoy enferma, y por eso he de caminar despacio —le dijo. La debilidad la llevó de repente a agarrarlo del brazo—. Tiene usted el traje empapado.

—Sí. Hoy he dormido en el Tiergarten. No tengo habitación ni dinero. Pero eso va a cambiar. ¡Por completo! ¿Le duele algo? ¿Qué le ocurre?

—Bueno, es una cosa de mujeres.

—Vaya... ¿La está cuidando alguien? Yo podría cuidarla. Eso sería maravilloso, ¿verdad? Para mí, quiero decir.

Entonces vio de nuevo la sonrisita, que desapareció igual de rápido que había aparecido.

La casa de la joven estaba en la zona de Halensee. Lisa subió con esfuerzo las escaleras delante de él. Michael, que desde hacía un par de horas se sentía Beethoven y Goethe a partes iguales, no dudó un segundo de que Lisa terminaría convirtiéndose en su esposa. Durante una conversación de una hora arrancó todas las malas hierbas del jardín. A medianoche, Lisa, que tampoco habría echado de casa a un sin techo, señaló el sofá y dijo: «Puede dormir aquí si quiere». Y claro que quería.

Al día siguiente, Michael encontró una habitación amueblada en Halensee, a sólo unos minutos de la casa de Lisa. Era un pequeño cuarto en la planta baja con acceso desde la calle. Le escribió a la muchacha: «Tú decides. Si me quieres, a mí, para toda la vida, ven mañana por la tarde a las cuatro a mi habitación». Le había comprado veinte *pfennigs* en rosas a un vendedor de la calle.

La joven acudió. Tenía los labios apretados con un gesto de ansiedad. Michael le dijo: «La casera está sorda». Estaba sorda. Y él estaba loco de felicidad.

Lisa tenía veintiocho años, igual que él, y era diez años más madura que su Michael, que retiró la manta y esparció los pétalos de las rosas, de color rojo oscuro, sobre las sábanas blancas.

Cuatro semanas después se casaron. Rören y su pálida esposa fueron los testigos. Michael llevaba calcetines largos y bombachos. El funcionario del registro civil quería casar a toda costa a Lisa con Rören, que llevaba un elegante chaqué y unos pantalones a rayas. El banquete nupcial, que costó un marco con diez por persona, lo disfrutaron los cuatro en el abandonado jardincito delantero de un restaurante situado

en Savignyplatz. Michael pagó con los cinco marcos que le había pedido prestados a su testigo Rören de camino al registro civil.

Antes de la Primera Guerra Mundial, en el oeste de Berlín había cientos de edificios recién construidos, y muchas más casas nuevas que arrendatarios. Se podía conseguir con suma facilidad una de las llamadas «casas secas»^[8], exentas de alquiler durante un trimestre. Después de que la humedad de las paredes se hubiese convertido en reuma, había que pagar el alquiler o marcharse.

Lisa y Michael pusieron muy bonita su casa seca —«con todas las comodidades»—, amueblándola a plazos de ocho marcos al mes. Para horror del casero, Michael colocó el tapizado chillón de flores con la parte de dentro, una preciosa lila pálida monocromática, hacia fuera. Los suelos estaban pintados de gris claro. Junto al dormitorio de Lisa —de muebles blancos de laca esmerilada— se encontraba el baño, en cuyo centro estaba encastrada una bañera y con paredes alicatadas, todo blanco, todo reluciente. De hecho, habrían podido comer en el suelo, si hubiese habido algo de comer en la casa o dinero con el que comprar algo. Con los —una vez más— últimos treinta *pfennigs*, Michael había comprado extracto de hojas de pino para el primer baño de Lisa en su nuevo hogar.

Una noche, se acercó a Lisa en la cama y le dijo:

—Estoy escribiendo una novela.

Involuntariamente, al hacerlo se presionó el pecho con las puntas de los dedos, como si esa presión bajo el esternón fuera lo que lo forzaba a escribir.

Los párpados de pestañas largas de Lisa se agitaron.

—¿Una novela?

Sin embargo, la joven se percató de que Michael estaba muy excitado y se esforzaba por parecer extremadamente calmado, así que no echó leña al fuego. En cualquier caso, Michael no se iba a desalentar. Él no. Por desgracia, deberá descubrir por sí mismo que uno no puede sencillamente sentarse y escribir una novela. Será una dura decepción para él. Pero ¿quién sabe, tratándose de Michael? ¿Quién sabe? Desde luego, es una bola de energía.

—Puedes intentarlo, por supuesto —le dijo Lisa con tiento.

Era una mujer prudente, y amaba a Michael.

Las ansias de escribir y decir lo que tenía que decir, que lo atormentaban desde hacía algún tiempo, quedaron saciadas por la noche en un sueño. Soñando, había escrito la novela —sus duras experiencias en la escuela— sobre el cielo de Wurzburg. El cielo entero, garabateado por completo, quedó ennegrecido por la tinta —una enorme nube de tormenta— y los miles de rayos que palpitaron repentinamente y destrozaron la ciudad de Wurzburg. Toda Wurzburg, junto con el profesor Dürr, había sucumbido entre llamas. Pero la presión en el pecho había desaparecido. En los periódicos ni siquiera había anuncios, sólo críticas sobre la sensacional novela llameante de Michael, desde la primera hasta la última página.

Entre el mobiliario de la casa no había ninguna mesa para el despacho de Michael. Un periodista le había regalado una mesa vieja de madera de roble, cuyas patas curvadas, después de romperse bajo el peso del tablero, pegarse y volverse a romper, se mantenían juntas con cuerdas, las cuatro. La mesa cuadrada se ajustaba perfectamente a la esquina y permanecía estable gracias a la pared derecha y a la frontal. La ventana quedaba a la izquierda. Dado que, a juicio de Michael, por ésta entraba demasiado mundo exterior, el joven clavó un panel de cartón en el lado izquierdo de la mesa.

Encendió la lamparita del escritorio, se retiró, contempló extasiado el lugar de trabajo silencioso y aislado ya del mundo exterior, y se sentó ante las hojas de rayas cálidamente iluminadas y ante la novela que tenía en el pecho.

Quería empezar con la descripción del puente antiguo de Wurzburg sobre el Meno en un minuto concreto: la gente, la luz, el olor, los sonidos, los repiques de las treinta campanas de la iglesia para el servicio de la tarde y una polvorienta unidad de infantería marchando sobre el puente. Lo veía y lo oía todo con claridad, y sólo le hacía falta escribirlo de tal forma que también el lector lo viese y lo oyese con claridad.

No obstante, su imagen interior era bastante más nítida de lo que era capaz de expresar con palabras. Por otro lado, la frase se le desintegraba constantemente, y se convertía una y otra vez en un tropel de palabras, a partir del cual debía tratar de recomponerla de nuevo.

Se pasó toda la noche escribiendo. Un pájaro empezó a trinar. La luz grisácea de la mañana se coló en la estancia. Cuando se tumbó en la cama, una colonia de hormigas léxicas correteaban excitadas por su cerebro.

Michael trabajó durante semanas en la primera frase. Y entonces descubrió que debía establecer múltiples conexiones entre la segunda frase y la primera, y también con la tercera, de un modo misterioso en el que no debían escribirse palabras de más. Asimismo, sólo tenía que anotar lo imprescindible, o de lo contrario la descripción de ese minuto sobre el puente ocuparía cincuenta páginas.

Trabajó en la primera media página todos los días durante tres meses hasta bien entrada la noche. Una mañana, al fin quedó satisfecho. Se recostó y leyó en voz alta:

De repente, los carros avanzaron inaudibles por el pavimento bacheado, la gente gesticulaba, sus labios se movían: no se oía un ruido, el aire y las casas temblaban, porque las treinta campanas de la iglesia de Wurzburg repiqueteaban resonantes a un tiempo para anunciar el servicio vespertino del sábado, y de entre todas ellas el sonido de la gran campana de la cúpula se alzaba vasto y llegaba lejos, hasta que al fin se impuso y se desvaneció.

Las conversaciones de la gente y los pasos de un destacamento polvoriento de infantería que marchaba sobre el viejo puente volvieron a hacerse audibles.

Sobre la ciudad se cernía el brillo del sol de la tarde.

Un cúmulo rojo de nubes pendía sobre la fortaleza gris, en la cima, y en el terreno escarpado y en pendiente de las viñas reales fulguraban los pañuelos de las vinateras: la vendimia había comenzado.

Olía a agua, a brea y a incienso.

Con aquella media página, que le había llevado tres meses, Michael había aprendido a escribir, sucumbiendo en el camino a innumerables estallidos de desesperación. Pretendía seguir de ese mismo modo, intentando que el lector viera y oyera lo que lee, de modo que no le quedara más remedio que creérselo. Entusiasmado, anotó el título de la novela en una hoja: *La partida de bandoleros*^[9].

Dado que Lisa estaba enferma y debía permanecer tumbada, Michael se ocupaba además de llevar la casa. Cuidaba de Lisa, hacía la compra cuando había dinero, cocinaba, lavaba, limpiaba y, tras el trabajo doméstico, se sentaba enfervorecido ante el escritorio. Cuantas más tareas adicionales tenía que hacer, más y mejor escribía, y aún más ansioso se sentía después; en cualquier caso, mientras compraba y cocinaba seguía trabajando en las frases.

Iba de la cocina al escritorio con el cucharón, un huevo o incluso el estropajo aún en la mano, para sustituir una palabra por otra que se le hubiera ocurrido mientras cocinaba. Trabajaba ininterrumpidamente en la novela. Muchas noches, se levantaba hasta diez veces sólo para anotar o mejorar una frase.

En la mayoría de las ocasiones, se encontraba con el problema de tener primero que conseguir los treinta *pfennigs* para el pescado o la carne y los diez *pfennigs* para los diez cigarrillos diarios —los más baratos y duraderos—, antes de poder ir a comprar y cocinar. A menudo, regresaba después de horas con las manos vacías, sólo con unas frases anotadas. No obstante, el lechero daba huevos, queso y leche a cuenta para todo un mes, y ponerse a pensar el día 29 con qué iba a pagar la cuenta el día 1 no tenía ningún sentido.

Sentarse ante el escritorio sabiendo que Lisa estaba tumbada, a sus espaldas, en la habitación de al lado, encomendada a su preocupación y a sus cuidados, era una sensación agradable.

La joven lo oye reír y al final se contagia de esa risa. Sin embargo, como la risa de él no termina, ella cree que se ha vuelto loco, se pone la bata y sale del cuarto. Él le cuenta lo que acaba de escribir. Los ladrones de doce años han robado racimos de uvas de las viñas reales y están ante el juez, que le pregunta a Old Shatterhand: «Miserable renacuajo, ¿le has robado uvas a nuestro rey?». Old Shatterhand se limita a responder: «Estoy en edad de crecer».

Michael se reía y penaba con las figuras de la tragicomedia de la vida que estaba escribiendo. Fue una época dura, y la más placentera de su existencia hasta el momento. Ahí estaba Lisa. Y cuando creía que una frase que había escrito por la mañana estaba bien hecha, desaparecía la preocupación más honda, el día se había salvado, sentía e irradiaba alegría, y entonces el lechero no podía resistirse al torrente de felicidad y energía que emitía Michael, y se dejaba persuadir para añadir huevos a los huevos un mes más.

Pasadas unas semanas, Lisa pudo acompañarlo de nuevo al Café des Westens. En la mesa a la que Schmied y sus amigos estaban sentados ya se había iniciado la conversación sobre literatura. Por aquel entonces no existía ningún otro tema. Podían

pasarse toda la noche debatiendo sobre un verso o sobre el significado y la autoridad lingüística de un clásico. La construcción de una frase en prosa era incomparablemente más importante que la construcción de un nuevo acorazado o la de un ferrocarril estratégico; acontecimientos que en los gabinetes gubernamentales de Europa provocaban una alta tensión política y que, sin embargo, los escribas no comentaron ni una sola vez en el Café des Westens. La literatura era un tema inagotable.

Hablaban sobre Gottfried Keller, a quien Schmied admiraba y al que pocas noches antes había calificado de «genio en pantuflas». El periodista Emil Faktor, presente aquella noche, les había dicho a Lisa y a Michael, sacándoselo de la manga como quien no quiere la cosa:

—Gottfried Keller es un genio en pantuflas.

Schmied se incorporó rápidamente y retorció la nariz, que tenía arrugas desde la punta hasta su nacimiento.

—Perdón, Faktor, esas palabras son mías.

Faktor, grueso y muy pequeño, sentado al borde de la silla, se inclinó hacia delante, con ambas manos apoyadas en las rodillas para así poder llegar al suelo con las puntas de los pies, torció sonriendo avergonzado los labios hacia fuera y dijo:

—Pero ¡cómo! Si se me acaba de ocurrir ahora mismo: Gottfried Keller, un genio en pantuflas. Eso es en mi opinión, sin duda.

Schmied alargó el brazo a modo de bendición y mantuvo los dedos en suspenso.

—Lleguemos a un acuerdo, compañero: una pantufla tuya y la otra mía. — Profundamente satisfecho por haber demostrado su autoría gracias a una sobrepuja, cosechó las risas—. Ha estado bien, ¿eh, Lisa? Muy bien, ¿eh?

Seguía teniendo la raya impecablemente perfilada, con sólo unos pelos hacia arriba en la coronilla, como siempre le ocurría cuando había bebido y se encontraba de buen humor.

Se acercó a la mesa el escritor Franz Blei, un exitoso amigo de las mujeres, alto y elegante, que se entregaba con desenfado a todos los placeres terrenales y tenía el simple aspecto de un Savonarola, con el rostro consumido de un asceta. Evitó la mirada de Schmied, quien lo odiaba hasta donde era capaz (que no era mucho).

Schmied, que había llegado a la vida descarnado, consideraba a Blei su antítesis, por lo que no perdía ninguna oportunidad de ridiculizarlo. Aquella noche, contó por primera vez la historia que luego todo el mundo sabría sobre las circunstancias en las que pronunció el nombre de Franz Blei en la selva sudamericana. Durante una expedición a la selva emprendida por encargo del Gobierno argentino, su hermano se había topado con unos indios que nunca antes habían visto a un hombre blanco, y Schmied lo acompañaba.

Mientras narraba la historia, permaneció en pie. La cara le ardía. «De los árboles gigantes colgaban orquídeas en ramilletes, como los racimos de uvas en las viñas junto al Rin. Miles de indios desnudos estaban apiñados en un claro formando un

círculo. Por encima, la luna, ¡nuestro mayor comicastro! Entré en el círculo y grité: “¡Cultura!”. En un tono trágico propio de la Duse, ellos repitieron: “Cul... tu... ra”. A lo lejos, aulló el jaguar, que atemorizó a los supersticiosos indios en esa noche de luna. Grité: “¡Göööthe!”. La voz de la naturaleza virgen gritó alto y claro: “¡Göööthe!”. —Schmied, serio como Dios, extendió los brazos en cruz—. “¡Shakes... peare!”. Y en la selva resonó su nombre en mil armonías: “Shakes... peare”. De nuevo aulló el jaguar, y yo grité, compañeros, grité: “¡Franz Blei!”. Entonces se produjo una desastrosa aniquilación de letras: “Frtsbloi”. Ahí, amigos míos, falló la voz de la naturaleza».

Blei, que permanecía quieto en la mesa de al lado y lo había oído todo, sonrió divertido. Era un hombre equilibrado, siempre amable, siempre dispuesto. Muchos noveles le debían la publicación de su primera obra en las editoriales en las que tenía influencia.

El maestresala Hahn, un gordo rechoncho con una cabeza canosa, esférica y pelada al ras, se paseaba nervioso entre las mesas. Ya eran las siete menos cuarto. A la siete en punto llegarían a cenar los burgueses de sólida solvencia, y sus mesas preferidas debían quedar libres y dispuestas antes de esa hora. Hahn se encontraba todas las noches con el mismo problema: hacia las siete tenía que redirigir a sus artistas a mesas menos buenas en favor de los burgueses solventes que, por su parte, sólo acudían al Café des Westens atraídos por la presencia de esos «artistas locos». Al final, Hahn dijo que debían dejar libre la mesa para otros clientes. Schmied gritó irritado: «¡Si queréis llevar una casa de fieras, debéis disponer también de espacio para los animales!».

Ferdinand Hardekopf, que incluso en pleno verano llevaba un grueso pañuelo de lana con dos vueltas en torno al cuello, y el pintor y escritor John Höxter, con un monóculo colgado de un cordón de seda, entraron y se sentaron a la mesa. Hahn regresó desesperado a la barra. Hardekopf y Höxter, al igual que su amigo Hugo Lück, estaban obsesionados por las ansias de rendimiento creativo pero carecían de la fuerza de voluntad necesaria para entregarse a él de lleno. Producían poco. En cualquier caso, cumplían una misión: pertenecían a esos pocos que aún quedaban dispersos por Europa que, con una seguridad infalible, reconocían lo que era auténtico y grande en la literatura moderna mundial; formaron parte de aquella minoría que, gracias a su entusiasmo, mantuvo con vida la obra de una figura tan genial como la de Rimbaud, hasta que después de varias décadas la descubrieron también en los salones y en Estados Unidos.

Hacia las dos de la madrugada, Rören —que, como siempre, había acompañado con cerveza pilsner los dulces más coloridos, cubiertos con glaseado rosa y unas florecillas de azúcar color verde brillante en el centro— se marchó arrastrándose junto a su amigo Schmied hasta casa y le leyó a éste en voz alta su novela, que guardaba en una caja.

Schmied se bebió tres botellas de vino del Mosela y, durante la lectura, estuvo hablando de tanto en tanto para sí sobre *Catalina de Heilbronn*, de Kleist. Era su ideal femenino. Buscaba a una Catalina en la vida y nunca la había encontrado.

Mientras Rören hacía café de madrugada en la cocina, Schmied, que apenas se mantenía en pie, volcó con el codo la lámpara de queroseno. La llama de queroseno verde azulada prendió las hojas. Cuando Rören entró con el café, el manuscrito de la novela estaba ardiendo.

En los ojos de Schmied había lágrimas de vino del Mosela. Rören sollozaba. Cuando Schmied preguntó desesperado qué iban a hacer, Rören señaló la caja de la novela y dijo entre sollozos: «Tengo cinco copias».

Los útiles delirios de grandeza de Michael, que habían nacido repentinamente tras la noche de lluvia en el banco del Tiergarten, florecieron con esplendor. La imperturbable certeza —sin fundamento alguno— de que *La partida de bandoleros* se convertiría en una novela famosa permitió a aquel ser liviano atravesar todas las penurias de la vida. Ni siquiera cuando la necesidad económica era sobrecogedoramente grande trabajaba menos de dieciséis horas al día, y a menudo lo hacía durante toda la noche, hasta que los pájaros trinaban y la luz de la lamparita del escritorio luchaba en vano contra el sol de la mañana.

En cualquier caso, transcurrido un año y medio había escrito las primeras tres cuartas partes de la novela. Era como si en la cara sólo tuviese ojos. Tras echar un vistazo al espejo, pensó: «Parece que las narices no adelgazan».

«Escribir es duro, muy duro», le decía a veces suspirando y colmado de felicidad a Lisa, quien, a lo largo de aquel tiempo, se había convertido en una dura crítica literaria del trabajo de Michael, y revisaba todas y cada una de las líneas de forma incorruptible. Michael era fácil de llevar. No obstante, cuando Lisa sugería un cambio en una frase que él había escrito poco antes y que, por tanto, consideraba excelente, explotaba. Lisa se desesperaba siempre, pero nunca daba su brazo a torcer. A la mañana siguiente, Michael era capaz de reflexionar de un modo crítico sobre el cambio que ella le había sugerido y, si era necesario, lo aplicaba en secreto.

En el otoño de 1913, la madre de Michael fue a visitarlos. Había acudido a la ciudad de Jena para acompañar en el periodo de puerperio a su hija, que se había casado con un mecánico de Zeiß. Pese al gasto adicional de dos marcos con ochenta, se había sentido incapaz de regresar a Wurzburg sin ver a su hijo, ahora que lo tenía tan cerca.

Michael llevaba ocho años sin ver a su madre. La mujer tenía ya el pelo gris como el hielo. El lazo emocional entre Lisa y ella se estableció de inmediato, en cuanto se saludaron. Unos minutos después, la madre, encantada y aún maravillada, le dijo a Michael: «Te has casado con toda una dama. Y, además, tiene buen corazón. Me he

dado cuenta al momento. Sí, tiene un corazón limpio. Y, sin embargo, la vida es durísima».

La madre se sentó en el sillón de la habitación de Michael. El hijo le había leído un capítulo de *La partida de bandoleros*. La mujer, sin mirarlo, meneó la cabeza y comentó como para sí: «Pero ¿de dónde sacarás esas ideas...?».

Dado que a los penetrantes ojos de la madre —quien conocía bien los indicios de la necesidad por experiencia de vida— no se les podía engañar, la mujer se percató enseguida de la grave situación de su hijo. No dijo una palabra. Sin embargo, tres semanas después, Michael recibió una carta suya que empezaba con la frase: «He decidido que yo también voy a escribir una novela para protegeros de las necesidades del invierno».

Michael se acercó a Lisa, le tendió la carta y, sonriendo, le dio también su pañuelo. La joven la leyó mientras se secaba las lágrimas.

—Contará cuándo nació, dónde fue a la escuela, que fue sirvienta, que conoció a mi padre, cuándo tuvo a su primer hijo, el segundo, el tercero y a mí, el último, y entonces la novela llegará a su fin: dos páginas en total. Le voy a escribir para que no lo haga —dijo Michael.

Lisa se opuso.

—Vas a hacer que caiga enferma. Seguro que estas tres semanas no ha dejado de pensar en cómo ayudar, y al final lo único que se le ha ocurrido es escribir una novela. Supongo que te habrás dado cuenta.

Lisa siguió llorando, al tiempo que comía con gran apetito. Las lágrimas caían sobre el plato. Era capaz de llorar y a la vez comer con ganas, incluso cuando se sentía profundamente infeliz.

A principios de marzo de 1914, Michael le envió el manuscrito de su novela a la editorial Georg Müller de Múnich. Tres días después, recibió un telegrama en el que le preguntaban si podía acudir para redactar y firmar el contrato. Michael, cuyos delirios de grandeza se habían fortalecido aún más, no se sorprendió lo más mínimo. Le pidió prestado el dinero para el viaje a su testigo Rören, a quien aún debía los cinco marcos del banquete de bodas, y se marchó a Múnich.

Las estanterías repletas de libros, por todo el derredor, llegaban hasta el techo, a cuatro metros de altura; el escritorio estaba salpicado de facturas, cartas, folletos, libros de aspecto nuevo, y el sol se colaba en el interior. Georg Müller, un gigante delgado, rubio y sin barba, que a Michael le recordaba a un guardabosque de los que marcan los árboles que hay que talar, estiró sus largas piernas bajo el escritorio y dijo:

—Hasta el título es bueno.

Le ofreció a Michael una mensualidad de doscientos marcos durante dos años.

El escritor consideraba su deber como autor pedir más, y replicó en tono calmado:

—Quiero doscientos veinte.

Georg Müller se echó a reír.

—¿Por qué doscientos veinte en concreto? —De todos modos, estaba acostumbrado a lidiar con enajenados—. Bueno, ¡que sean doscientos veinte!

Escribió la cifra en el contrato y le dio a Michael el primer cheque.

Con una simpatía inextirpable hacia Georg Müller en el corazón, Michael entró en el Café Stefanie. Vio caras distintas y jóvenes, una nueva generación. Arthur se acercó apresurado. Tras un cálido saludo, Michael lo invitó a cenar esa noche en el Odeon-Bar. Entonces, se planteó por primera vez de qué había estado viviendo en realidad durante nueve años. «Comida, ropa, casa y todo lo demás, a lo largo de nueve años. Nueve años. ¿De qué?». Reflexionó largo rato. No se le ocurrió gran cosa. Al final, descubrió que el precioso proverbio de la Biblia era la mejor explicación: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros y, sin embargo, el Padre celestial las alimenta», musitó sonriendo.

Al día siguiente, y pese a que la joven no tenía ningún vestido de noche, le compró a Lisa un par de guantes blancos de glasé que llegaban hasta las axilas y un sombrero de la paja más fina, amarilla como el pan, una rueda mediana con una corona formada sólo de rosas de seda radiantes. Era una pieza magnífica, que le había costado ciento cincuenta marcos, pero aún le quedaba suficiente para el viaje de vuelta a Berlín. El siguiente primero de mes, recibiría otros doscientos veinte marcos. Lo que debía preocuparlo era de qué iban a vivir hasta ese siguiente primero de mes.

La partida de bandoleros se publicó el 4 de junio de 1914. Una semana después, Michael leyó por primera vez su nombre en el periódico: Paul Schlenther, defensor de la corriente naturalista que en esos tiempos ya estaba en extinción en Europa, había elogiado el libro en una crítica extensa en dos números consecutivos del *Berliner Tageblatt*, calificándola —no pudo evitarlo— de novela naturalista. En las revistas literarias y secciones de literatura de la prensa se especulaba sobre si *La partida de bandoleros* era naturalista, neorromántica, impresionista o expresionista, un concepto que se utilizó por primera vez en aquellas críticas. El autor no tenía ni idea de si, siguiendo el espíritu de los tiempos, se había convertido de un modo sigiloso en el intermediario de una nueva corriente.

Poco después recibió el Premio Fontane por *La partida de bandoleros*, endulzado con mil marcos. De la noche a la mañana, por así decirlo, Michael saltó al estrellato. Se vio sentado en la última bancada y se planteó la pregunta sin respuesta: qué milagro lo había salvado a él, el más tonto, el más inepto de todos, de terminar machacado y mortificado por el profesor Dürr, que había machacado y mortificado a miles de muchachos.

Con una parte considerable del Premio Fontane, Michael le compró a Lisa un gran vestido de noche para los guantes blancos de glasé que le cubrían todo el brazo —y que habían estado sobre la cama envueltos en papel de seda soñando con el futuro—, y para sí mismo, un esmoquin. Fueron por primera vez a la ópera, a *La Bohème*, y hubo lágrimas de recuerdo.

Un par de días después llegó un paquete de Wurzburgo: quince cuadernos azules, con todas las páginas repletas de anotaciones a lápiz por ambas caras. La novela de su madre.

A Lisa le pareció que Michael no mostraba mucha sagacidad, pues se había quedado con la boca abierta de par en par. Por fin, mientras sopesaba en las manos el montón de cuadernos, dijo:

—Desde luego, es un libro largo. Pero ¿qué habrá escrito?

Leyó la primera página y, asombrado, dejó caer el cuaderno.

—Ha escrito, Lisa, ha escrito. Está contando su nacimiento: su madre en el puerperio, el brillo de la lámpara de queroseno, la tempestad que acecha aullando sobre los campos. ¡Qué me dices! Si esto ella no puede haberlo vivido. —Del asombro, no era consciente de estar diciendo tonterías—. Es imposible que viese lo que ocurría durante su nacimiento.

—No es muy probable, no —respondió Lisa con una sonrisa.

Michael siguió leyendo, meneando la cabeza de vez en cuando.

—¡Es mi mismo estilo! Realmente, es como si hubiese decidido escribir de tal modo que el lector vea y oiga lo que está leyendo. Pero eso no puede haberlo decidido ella sola. ¿Cómo puede haberlo sabido? No entiendo nada.

Se pasaron el día leyendo. No había ni una coma. Sin embargo, las páginas estaban estructuradas en párrafos, como surgidos por sí mismos en el fluir del relato. Era la historia de la vida de su madre. En el encabezamiento del primer cuaderno estaba el título, en el que la mujer había colado un pseudónimo: «Marie Wegrainer. La andadura de una vida. Escrita por ella misma».

La madre tenía sesenta y cuatro años. Nunca había leído un libro digno, sólo alguna secuela de *Vom Fels zum Meer* [De las rocas al mar] o de la revista *Die Gartenlaube* [El cenador], cuando por casualidad aparecía por la casa un número antiguo, o bien el carnicero usaba alguna página de dicha publicación como papel de envolver.

Había escrito la novela en secreto durante el día, junto al hornillo, mientras el padre estaba fuera trabajando. Él no debía enterarse jamás. Nadie de Wurzburgo debía saber que ella había escrito una novela. El padre se habría muerto de la vergüenza ante sus vecinos y amigos, decía la madre en la carta que acompañaba al paquete.

—Sin embargo, yo escribí primero. Ella empezó después de mí. Ésa es la diferencia. Lo normal es que ocurra al revés. —Michael estaba profundamente conmovido—. Todo lo que soy me viene de ella.

Michael no cambió nada del libro. Añadió un par de miles de comas y envió los quince cuadernos azules a la editorial Delphin, la que había editado su colección de dibujos.

(La novela fue publicada. La madre ganó mil ochocientos marcos, que, a espaldas del padre, fue dejando caer poco a poco en la economía doméstica a lo largo de los

años. El padre nunca se enteró ni llegó a experimentar, por tanto, la vergüenza de que su mujer fuese la autora de una novela).

En los nueve años transcurridos desde que saliera de Wurzburg río arriba hacia la nada más absoluta, Michael había almorzado de media cinco veces al año y en innumerables ocasiones se había ido a la cama hambriento. Debido a sus humildes orígenes, ya estaba preparado interiormente para convertirse en una suerte de socialista sentimental rebelde. Aquel estado emocional se alimentó entonces aún más de un hecho que seguía sin poder comprender: que su madre, una mujer sobrecargada severamente toda su vida por problemas económicos, a la que el destino había negado toda posibilidad de cultivar sus dones, hubiese escrito aquel libro con sesenta y cuatro años.

Michael se dijo que su madre no habría podido escribir el libro sin un par de grandes milagros. Sin embargo, con los milagros no se podía contar. Se dijo que el poder más precioso del pueblo, de un valor incalculable, quedaba cortado de raíz por la pobreza extrema en un orden social que sólo permitía a los hijos de padres pudientes convertirse en lo que quisieran. ¿Quién podía negar que quizá la madre, en circunstancias más favorables, hubiese terminado siendo una escritora excepcionalmente buena?

Mientras se imprimía *La partida de bandoleros*, Michael había empezado a escribir su segundo libro, *Die Ursache* [El motivo], una novela corta cuyo personaje principal estrangulaba al profesor Dürr. A menudo se iba a trabajar al Café des Westens, ciego y sordo a todo lo que pasaba a su alrededor.

Una noche se presentó en el café el barón Schennis, un pintor de cuadros románticos de setenta años con el rostro arrugado, de corte hidalgo y embellecido aún por su intelecto. Llevaba, como siempre, unas polainas blancas, un chaleco blanco y un cuello alto de pajarita. Se acarició el pelo, suelto y revuelto, de un cierto color rubio y peinado con la raya en medio, se colocó los quevedos, de los que colgaba en arco un cordoncito de seda negra sobre el chaleco blanco, y observó el Café des Westens, con las dos manos apoyadas en la empuñadura dorada del bastón y unos ojos viejos salidos del siglo XVIII: una aparición de los tiempos de Goethe.

Era un hombre del espíritu de Schmied. Un debate entre ambos suponía una experiencia única. Schennis estaba obsesionado con el miedo a la muerte, que sólo olvidaba temporalmente ante el comprensivo público del Café des Westens. Por eso acudía allí.

Aquí y allá y por todas partes se levantó gente. Se acercaron a Schennis de todos lados para sentarse a su misma mesa, como hormigas que van a un platito de miel, y el camarero Hahn llevó hacendoso los vasos. La conversación se caldeó de inmediato; los demás pagaban con risas comprensivas el coñac que financiaba Schennis.

Schmied había pasado medio año en Argentina, entre exportadores de carne a quienes odiaba, y hacía seis semanas había partido de Buenos Aires en el *Polonia*. Se

subió al tren en Hamburgo, se bajó en la Estación Zoologischer Garten, se apresuró hambriento de público por la Joachimsthaler Straße para llegar al Café des Westens, dejó caer la maleta y gritó encendido en mitad del debate:

—¡Schennis, ahora hablo yo!

Michael se acercó a la mesa para saludar a Schmied, quien en aquellos momentos contaba entre risas que el viejo señor Schmied no se había entusiasmado mucho cuando su hijo le había presentado el libro *Carlos und Nicolas* [Carlos y Nicolás].

Schmied había trabajado siete años en *Carlos und Nicolas*, una historia de ochenta páginas escrita de un modo sencillísimo, muy bonita, y había recibido de su padre dos mil marcos todos los meses durante aquellos siete años.

—Y entonces el viejo se pone a darle vueltas al librito y dice: «Desde luego, es muy bonito, hijo. Pero Goethe ha escrito por menos dinero».

La cabaretera Resi Langer se sentó a la mesa y le dijo a Michael unas palabras amables sobre *La partida de bandoleros*. Schmied se giró hacia Michael.

—Ha tenido éxito *La partida de bandoleros*, ¿eh? Ha tenido mucho éxito. Dinos, Resi, dinos qué libro es mejor: ¿*Carlos und Nicolas* o *La partida de bandoleros*?

—Bueno, *Carlos und Nicolas* es sin duda un libro muy bonito. Pero también *La partida de bandoleros* es bonito.

Schmied le clavó el dedo índice en el pecho a Michael.

—Ya lo has oído: *Carlos und Nicolas* es una novela eterna. *La partida de bandoleros* es la última mierda. ¡Salud, compañero!

La noche se prolongó hasta las seis de la mañana.

Dos días después, Lisa y Michael, acompañados por una densa masa de personas, pasaron por Unter den Linden en dirección a Schloßplatz. En la plaza había miles de cabezas pegadas unas a otras, con la mente más arriba. Era el 4 de agosto de 1914, un día caluroso.

El káiser Guillermo II, de uniforme, salió al balcón. Anunció al mar de cabezas que había declarado la guerra y que no reconocía a ninguna otra parte ni grupo que a los alemanes.

En el silencio mortal estalló una tormenta de entusiasmo sin igual dirigida hacia él. Lisa sollozaba. Michael se había quedado blanco. ¿Estaban llorando en aquellos momentos muchas esposas y madres en Alemania? ¿Lloraba sólo Lisa?

Al rayo caído sobre Schloßplatz le siguió el trueno en los campos de batalla. Había acabado una era. Había dado comienzo la era de aniquilación. El cielo y la tierra estaban encolerizados. Treinta y ocho años después, en 1952, cuando amenazaba con estallar la Tercera Guerra Mundial —la guerra nuclear que quizá aniquilaría toda la vida sobre la faz de la Tierra—, Michael se dijo que el siglo XIX no había terminado el 31 de diciembre de 1900, sino el 4 de agosto de 1914, a la hora a la que una atroz persona de uniforme había aparecido en un balcón.

Lisa y Michael abandonaron Schloßplatz acompañados por el torrente de personas. Mantenían las cabezas gachas y no hablaban: dos cuerpos extraños entre los

enloquecidos, que temían además que aquellos exaltados los tomasen por locos y los aplastasen si expresaban lo que les decía el corazón.

En la estación de Friedrichstraße subieron las largas escaleras hasta la plataforma repleta de soldados con uniforme de batalla. En los cañones de las armas había ramilletes de flores. Las mujeres lloraban. Del tren en marcha salía el sonido de la canción de batalla: «Sécate las lágrimas con papel de lija»^[10].

En las primeras batallas cayeron por miles los jóvenes voluntarios. También Fritz, el estudiante gandul, el Corzo, un miembro del grupo Der Blaue Reiter y tres jóvenes y prometedores poetas del Café des Westens sucumbieron en esas primeras batallas. El entusiasmo por la guerra se llevó por delante a los muertos. Los periódicos proclamaban en enormes titulares las cifras de franceses caídos.

El principal crítico teatral de Berlín entró en el Café des Westens después de un estreno, vestido de frac. Llevaba el bigotito corto y rojizo peinado hacia arriba en vertical, hacia las aletas de la nariz. Tenía una boca rosada. Lo recibieron con aplausos. El día antes había vuelto a publicar en el periódico un poema bélico: «A cada paso, un inglés; a cada golpe, un francés; a cada bala, un ruso por vez»^[11].

Michael se quedó mirando lleno de odio a aquel hombre vanidoso, que debería haber sido más sensato. Ni ingleses, ni franceses, ni rusos le habían hecho nada a Michael: el profesor Dürr era alemán. «Que los miles y miles de profesores Dürr alemanes no hayan preparado a sus alumnos para la vida, sino para el patio del cuartel, la guerra, la muerte, sería un reproche revelador para un poema en contra de los dirigentes y el absurdo de estos tiempos», pensó.

El 4 de septiembre de 1914, los pocos hombres contrarios a la guerra que quedaban en Berlín acudieron a casa de Michael; entre ellos, el poeta René Schickele, el filósofo Otto Buek, Max Brod y Álvarez del Vayo, un periodista español. Bajo el tufo a sangre, se preguntaron en vano cómo podría acabarse una guerra que mediante la palabra y la escritura no podía acabarse. Incluso los socialdemócratas habían garantizado los créditos para la guerra de agresión.

El hecho de que el conflicto ya estuviese perdido después de la batalla del Marne —del 5 al 12 de septiembre de 1914—, en la que Gallieni aplastó el supuestamente infalible plan de Schlieffen, no lo presagiaba nadie aún por entonces en Alemania. Cada vez había más y más viudas y madres y novias jóvenes vestidas de luto, los obituarios en los periódicos —por caídos en el campo del honor— llenaban páginas y páginas, los largos trenes que transportaban a los heridos no paraban de circular. La fiebre de la guerra se mantenía en su mayor esplendor.

Los soldados de permiso y los inválidos de guerra permanecían callados.

Michael trabajaba ya en la conclusión de su libro *Die Ursache*. Al profesor Dürr lo han estrangulado. El asesino ha explicado ante el tribunal por qué ha estrangulado a su profesor y lo han sentenciado a muerte.

El escritor estaba sentado en el Café des Westens, intentando describir la última hora previa a la ejecución. Junto a su mesa había cuatro clientes de pie; entre ellos, el

periodista que le había regalado la vieja mesa de madera de roble. Llevaban media hora hablando con entusiasmo sobre la guerra. A Michael le temblaban ya los músculos de la cara por la excitación y la ira que le costaba contener. No obstante, su mirada no perturbó a los cuatro entusiastas bélicos.

De pronto vio que, por delante, junto a la puerta de entrada donde se colgaban los boletines de la bolsa junto a los del ejército, unos corredores de bolsa canosos se abrazaban entre proclamas de amistad. Pensó que la guerra se había acabado. Era el 7 de mayo de 1915.

El periodista, un hombre bienintencionado que más adelante se convertiría en redactor de un periódico socialista —después de la guerra—, se apresuró hacia las hojas informativas. Cuando regresó, dijo entusiasmado y fuera de sí: «Hemos hundido el *Lusitania* con 1198 pasajeros». Y añadió: «El hundimiento del *Lusitania* es la mayor hazaña de la historia de la humanidad».

Michael, que tenía fantasía suficiente para imaginar cómo sería que 1198 personas luchasen por su vida en el negro mar nocturno y se ahogasen indefensas, perdió el último resto de control de sí mismo que le quedaba. Se puso en pie y le asestó al periodista un puñetazo en la cara sin mediar palabra. Los clientes que estaban cerca de ellos se apresuraron a levantarse de sus asientos.

Michael abandonó el café entre un pasillo de clientes hostiles. Se fue de inmediato a casa, hizo una maleta y se marchó a Suiza.

A la mañana siguiente, aparecieron dos policías de paisano en la casa. Le preguntaron a Lisa por Michael y le enseñaron la orden de arresto.

IV

En la reluciente ciudad de Zúrich, el paisaje interior y el exterior se entremezclaban como si hubiesen crecido a la vez, las calles llanas se convertían en calles empinadas allí donde el paisaje había seducido a los constructores para levantar casas más arriba, en las colinas verdes, con vistas a la distante montaña nevada y más allá, también al lago, dominio de las gaviotas. Los días soleados, el color verde básico de la ciudad se convierte en un blanco cálido, decorado con las tonalidades de la vida.

Michael se encontraba por primera vez en una ciudad fuera de Alemania. Parecía haber algo allí, en el aire mismo, que no existía en Alemania: por las calles las personas adoptaban otras posturas y miraban distinto, y las expresiones de los rostros eran calmadas. Aparentemente, daban por sentado el derecho básico a vivir y a ser como eran. ¿La libertad era eso? Tampoco daba la impresión de existir la pobreza asfixiante que te dobla la espalda y te nubla los ojos, e incluso los conductores de tranvías lucían un color sano en el rostro y una mirada clara. ¿Estaban mejor distribuidos los bienes en ese país? En cualquier caso, allí, en la Suiza democrática, las personas parecían respirar libres.

Aquellas impresiones las anotó Michael en su cuaderno recorriendo las calles. Paseó lentamente rumbo a casa tras concluir su viaje de descubrimiento de horas, atravesando al final el casco antiguo, donde callejones empinados, tortuosos, de sólo tres metros de ancho, se cruzaban con callejones de sólo tres metros de ancho, y el tapicero acolchaba el jergón al aire libre delante del taller, entre tiendas de trastos viejos repletas de miles de cosas, con todo lo que una persona necesita y utiliza desde que nace hasta que muere.

Un par de semanas después, también Lisa llegó a Zúrich. Se sentó en la estrecha habitación de la pensión, inmóvil enfrente de Michael y todavía con el sombrero y los guantes puestos, y describió lo que había vivido en el andén de Constanza. En su cara petrificada y blanca sólo se movían los labios.

En el andén abierto y soleado de Constanza, a las once de la mañana, había médicos y enfermeras y enfermeros con batas blancas de sanitarios, carros pequeños con refrescos y ramilletes de flores, un muro de espectadores silenciosos y expectantes y una banda militar que empezó a tocar «Alemania, Alemania por encima de todo» cuando entró el tren con los heridos^[12].

Cientos de manos abrieron desde fuera las puertas de los vagones. Los gruesos vendajes blancos de emergencia, empapados a parches por la sangre, que atrajeron las primeras miradas, empezaron a descender lentamente, muy lentamente, si sólo faltaban brazos, y a subir mientras los levantaban para colocarlos en camillas si faltaban piernas. Un par de cojos ya disponía de muletas. Todos tenían el mismo rostro, un rostro al que le habían arrebatado la vida. Todos estaban blancos como muertos y se movían lentos como muertos. Nadie decía una palabra. Un cojo lanzó

una muleta en mitad de la banda militar, que seguía tocando, y se cayó al suelo. La melodía se llenó de vacíos y quedó interrumpida.

Cuando hubo terminado, Lisa tenía los labios morados. Los ojos, congelados aún, parecían albergar la imagen que había visto en el andén. Michael se dio cuenta de que la guerra había marcado los sentimientos de la joven y que desde entonces se quedaría entre ellos. Lisa era demasiado sensible para aquella época y no le quedaban las fuerzas necesarias para enfrentarse a ella. Simplemente, era una persona sensible. Poco a poco, fue sucumbiendo a la guerra.

Hablaron hasta bien entrada la noche sobre la guerra y los motivos de ésta. Motivos que hiciesen inevitable la guerra no había. Siempre habría cientos y ninguno, según lo que quisieran los dirigentes. La cínica frase: «La guerra es la continuación de la política con otros medios» podía contraponerse a la frase: «La guerra es la evidencia de que la política no es política»^[13]. Asimismo, la historia demuestra que la guerra no determina nada a largo plazo. La gente se había resignado a que existieran las guerras porque a lo largo de la historia siempre iban a surgir motivos nuevos para una guerra. Y la gente no debería resignarse a tal cosa. Deberían, y podrían, encontrarse otros medios para solucionar los conflictos.

Las ensangrentadas noticias del frente afectaban todos los días los sentimientos de Michael. Compraba el periódico. Ocho mil franceses caídos. Para él, ocho mil no era una cifra: veía a cada uno de los caídos, veía sus rostros. Una bala en la cabeza. Una bala en el pecho. Veía a los soldados franceses colgados del alambre de espino entre las trincheras enemigas. Una bala en el bajo vientre. No pudieron ir a por él en mitad del fuego de tambor. Gritó durante veinticuatro horas hasta que murió. Ocho mil en un día.

Seis mil alemanes caídos: en el campo del honor. ¿Qué era eso, el campo del honor? ¿Es un honor clavarle a alguien una bayoneta en el vientre? Campos de grano, campos de patatas... Aquéllos eran campos del honor. ¿Qué es el altar de la patria? ¡Un matadero manchado de sangre! ¿Qué son «nuestros bienes más sagrados»? ¡Los depósitos bancarios! Los bienes más sagrados de las viudas de guerra son las miradas de sus hijos y maridos amados. Una granada de mano ha reventado el bien más sagrado de la viuda de guerra. ¡Menudas expresiones execrables, que les cuestan la vida a millones de personas! Deberían desenmascararlas al fin.

Michael paseaba por las calles como en un sueño. Un vendedor de flores le tendió un ramillete de violetas. Lo compró para Lisa y volvió a ponerlo en la cesta sumido en sus pensamientos. «Cientos de miles de franceses y alemanes que no se han hecho nada los unos a los otros, que no se conocían, matándose entre ellos. Tenían padres, madres, esposas, amaban y los amaban. ¿Con qué puede detenerse este derramamiento de sangre?».

La impotencia le constreñía el pecho. Los dirigentes que habían desatado la guerra no iban a ponerle fin. Debían hacerlo las personas a las que éstos habían criado en el espíritu bélico, a las que estaban obligando a matar y a morir.

Fue a casa y le dijo a Lisa:

—Voy a escribir un libro contra la guerra. Tengo que hacerlo.

—Sí, tienes que hacerlo.

No durmió nada, y al día siguiente estaba como en trance cuando empezó a escribir: un cuento sobre un camarero cuyo hijo ha caído. El viejo camarero de hotel se da golpes de pecho en un mitin y explica que él mismo es culpable de la muerte de su hijo, porque veinte años antes le había regalado sin pensar soldados de juguete, pistolitas, sablecitos, cañones en miniatura, porque le había enseñado patriotas cánticos de muerte, porque él mismo lo había educado en el espíritu bélico. El hombre arrastra a los oyentes a una manifestación revolucionaria por la libertad en las calles.

Michael se iba a trabajar al Café Nebelspalter, donde por la tarde tocaba un cuarteto de cuerda. Todos los días era el primer cliente. Escribía. El cuarteto comenzaba a tocar, los clientes llegaban. Él escribía. El café se llenaba, los clientes se sentaban también a la mesa de Michael. Él escribía. El café volvía a vaciarse poco a poco, los músicos guardaban los instrumentos. Michael escribía, hasta que el camarero se hacía notar. Así fue durante medio año. Día tras día.

Si en la pensión, en la habitación de al lado, hablaban o incluso si de vez en cuando tosían, no podía trabajar. Ante el bullicio de las masas del Café Nebelspalter estaba sordo. La música y el bullicio creaban a su alrededor una bóveda sonora en la que se sentaba por completo a solas y escribía en absoluto silencio, en trance; un sonámbulo que no oye nada ni ve nada más que sus visiones.

El cuento del viejo camarero de hotel se publicó por primera vez bajo el título «Der Vater» [El padre] en la revista de René Schickele *Die weißen Blätter*, que se imprimía en Suiza. Un editor berlinés la sacó después en su nada sospechoso almanaque, y la actriz Tilla Durieux la leyó en Berlín en público.

Al poco, Michael se enteró de que los quinientos oyentes de Durieux trasladaron el final del relato —la manifestación revolucionaria por la libertad— del salón a las calles.

Aquella fue una buena noticia para Michael, cuyo libro no pretendía ser un escrito en prosa, sino un manifiesto agitador de acción directa contra el espíritu bélico. Encantado con el resultado, se encerró en el trabajo. Escribía por las calles, en las estaciones, en el tranvía, a veces de noche en la cama, escribía allá donde iba, estaba, se sentaba y se tumbaba. La mayor parte del libro la había escrito en el Café Nebelspalter, en el silencio de su bóveda sonora. Ya estaba trabajando en la conclusión.

En Zúrich había por entonces espías de los beligerantes, un enjambre de mercenarios de todo tipo, gente pudiente que había puesto su riqueza a buen recaudo, especuladores monetarios de todos los países de Europa, seguidos de muchachas en busca de dinero, de esas que aparecen allí donde es rentable su negocio, mientras que de Francia y de Alemania llegaban cada vez más pacifistas convencidos de que en

Suiza podrían trabajar de un modo más efectivo a favor de su causa. Las criaturas extranjeras, expulsadas a Suiza por la guerra a causa de variadas razones, habían cambiado la imagen de las calles salpicándola de alboroto, en especial de la elegante Bahnhofstraße. Los hoteles y los cafés estaban abarrotados.

Dado que habían reformado el Café Nebelspalter, Michael trabajaba entonces en el jardín del Café La Terrace, donde se sentaban todas las tardes Hugo Ball y su amiga Emmy Hennings, una muchacha bohemia, delgada, rubia y guapa, además de un jovencito menudo de pelo negro con una frente enorme, blanco como la leche: Tristan Tzara, el cofundador del dadaísmo, que surgió por entonces.

Escribían poesía. Cada uno recitaba un verso que no debía guardar ninguna conexión con el anterior. Si el verso tenía el más mínimo sentido, Tristan Tzara lo descartaba. También Michael recitó, sonriendo, un verso. Lo descartaron.

Igual que el panadero que todas las noches hornea los bollitos que se consumirán por la mañana, ellos componían todas las tardes los poemas que por las noches se recitarían en el Cabaret Voltaire, fundado por Hugo Ball. El local se encontraba en el casco antiguo, a un par de minutos del restaurante vegetariano al que Lenin y su esposa Krúpskaya iban a cenar todas las noches por treinta céntimos.

Michael acudía con frecuencia al Cabaret Voltaire, y a veces era el único cliente. Los tres se subían a la tarima y recitaban ellos mismos los poemas que habían compuesto juntos por la tarde, en un canto simultáneo: alemán, francés e inglés.

Era el absurdo elevado a la enésima potencia. Allí se separaban las mentes. Los dadaístas consideraban a Michael, no sin razón, una especie de payaso serio; Michael consideraba el dadaísmo una cosa nacida muerta y a los dadaístas unos refugiados de los tiempos duros. Sin embargo, el fin no había llegado, el mundo y la vida continuaban pese a la guerra, y no había que cerrar los ojos ante los sangrientos acontecimientos. Los dadaístas buscaban humildemente refugio en el cinismo, y su humildad estaba un pelín manchada de sangre.

Allí, bajo el canto simultáneo de los hilarantes dadaístas, Michael concluyó en la primavera de 1917 el último relato de su libro, que cerraba con la pronosticada revolución en Alemania.

Los acontecimientos del año 1917 modificaron el transcurso de la historia mundial y el destino de todas las personas entonces vivas y de las generaciones futuras. En febrero, estalló la revolución en Rusia. El 12 de marzo, derrocaron el Gobierno del zar. Con el consentimiento del general Ludendorff, Lenin salió de Suiza en un vagón sellado, atravesó Alemania y, tras bajarse del tren el 4 de abril en la Estación de Finlandia de Petrogrado, dio un discurso. La abolición del zarismo fue sólo la primera fase; la revolución burguesa ya no podía seguir satisfaciendo a las masas.

El 1 de febrero de 1917, Alemania había declarado la guerra submarina. El 6 de abril de 1917, Estados Unidos le declaró la guerra a Alemania.

El libro de Michael ya estaba listo, pero aún no tenía título. Se sentó en el Café La Terrace junto a Álvarez del Vayo y a René Schickele, quien, aparte de la historia que introducía el libro, «Der Vater», también había publicado previamente en su revista, *Die weißen Blätter*, los relatos siguientes: «Die Kriegswitwe» [La viuda de guerra], «Die Mutter» [La madre], «Das Liebespaar» [Los enamorados] y «Die Kriegskrüppel» [Los inválidos de guerra].

Michael les habló a sus amigos sobre la necesidad de un título. Había pensado en docenas de ellos y los había descartado todos, y Max Rascher, el editor, lo estaba presionando, dado que el libro debía enviarse a imprenta aquella misma semana.

En una búsqueda fútil de título que duró horas, los dos amigos de Michael divagaron sin cesar sobre su contenido y, de paso, sobre la situación de una Europa cubierta de cadáveres.

Del Vayo, que posteriormente sería ministro de Estado de la República española que aplastarían Hitler y Mussolini, ya era socialista por entonces. Analizaba la situación de Europa desde un punto de vista socialista, al contrario que Schickele y Michael, quienes, al igual que todos los escritores e intelectuales europeos del momento, creían que sólo se podía luchar e influir con éxito mediante la palabra y la escritura.

Mientras Michael se aferraba desesperado a la silla y se esforzaba por reconducir la conversación de nuevo hacia el título inexistente, Del Vayo —bajo cuya bondad de corazón había una firme voluntad— sonrió dejando los dientes a la vista, unos dientes que le llenaban la potente mandíbula, y dijo con tranquilidad, absolutamente convencido, que sólo en un sistema económico socialista podrían prevalecer los buenos atributos de los seres humanos.

Entonces, Michael, pálido como si hubiese visto una aparición, clavó en él su mirada.

—Tengo el título. Lo tengo. *El hombre es bueno*.

Tras una pausa de deliberación, durante la cual Michael había estado mirando al cielo de soslayo, Schickele dijo sonriendo:

—El título es bueno. Que el hombre sea bueno, eso lo dudo.

Michael defendió su título y a sí mismo con pasión. Con aquello no quería decir que el ser humano fuese bueno. Quería decir, y así lo había escrito además en el libro, que debían crearse las circunstancias que permitiesen a los seres humanos ser buenos.

—Lo son, cuando les dejan. —Y añadió con determinación—: Se queda el título *El hombre es bueno*.

Lo anotó en una hoja de papel y se apresuró a llevárselo al editor, cuya madre, que parecía una vieja granjera y vestía como tal, trabajaba en la oficina ante un atril. La mujer leyó el título y asintió. «Pues sí».

De camino a casa, Michael se encontró en Limmatquai con un hombre cuyo aspecto nunca olvidaría. El esbelto ruso, vestido con un abrigo largo con cinturón, botas altas y gorro de piel alto, llevaba su fardo —que tenía la forma del rollo de un

canapé— a modo de bandolera cruzada sobre el pecho y la espalda, colgándole por detrás. No caminaba por la acera, sino por mitad de la calzada, a un ritmo medido, con los brazos oscilando adelante y atrás; la expresión de la cara y la pose recta eran las del orgullo personificado. No parecía sentir ni ver nada más que la Rusia revolucionaria. Michael se preguntó si aquel orgullo oscilante llegaría a la lejana Rusia.

En casa había una carta del profesor Kippenberg, el propietario de la editorial Insel de Leipzig. El editor de Michael, Georg Müller, estaba gravemente enfermo. (Murió a finales de diciembre de 1917). Kippenberg viajó a Zúrich y adquirió por veinte mil marcos los derechos de edición de los libros *La partida de bandoleros* y *Die Ursache*, publicado en 1915.

Michael compró una casita con jardín a las afueras de la ciudad, en la Zeppelinstraße. Contrataron a una cocinera gorda. Lisa, abatida de nuevo todos los días por la enorme cantidad de víctimas de la Batalla de Verdún, e incapaz de volver a reprimir la compasión, había enfermado del corazón: por la guerra, según había dicho el médico. Debía reposar mucho.

En aquella época llegó a Zúrich un conocido escritor austriaco. Leyó sus poemas en una sala de conciertos repleta, de un modo impresionantemente solemne, como un gran actor. Le resbalaron lágrimas por las gruesas mejillas y se le quebró la voz mientras recitaba un poema sobre una cigüeña con un ala rota. Michael se puso en pie y se marchó; en el bolsillo guardaba el periódico de la tarde con la noticia de que en una batalla defensiva en Verdún habían caído veinte mil franceses.

Una noche de noviembre de 1917, el anarquista suizo al que Michael había conocido a través de Sophie y el doctor Kreuz en el Café Stefanie y el escritor alemán Ludwig Rubiner fueron a comer a casa de Lisa y Michael. El anarquista le dio a Michael un dibujo a lápiz: un autorretrato de Sophie un poco anterior al hundimiento de la joven que ya albergaba en la mirada la despedida de la vida, la muerte.

Hablaron sobre la Revolución de Octubre. Los bolcheviques habían derrocado el Gobierno provisional de Kérenski y habían asumido el poder. Ya se estaba contemplando la guerra intervencionista contrarrevolucionaria de las potencias occidentales predicada por Winston Churchill. Sonriendo con superioridad, el anarquista afirmó: «Mientras los bolcheviques no abolan el dinero, la revolución no me interesa nada». Para él, los bolcheviques no eran lo bastante radicales.

Ludwig Rubiner propuso volar con una bomba el Hindenburg de acero que estaba en la Siegesallee y que habían tachonado con clavos: cada clavo, un marco^[14]. Sin duda, aquella operación haría estallar la revolución en Alemania. Ambos discutieron animados sobre quién debía llevar la bomba a Berlín y volar por los aires al hombre de acero. Estaban encantados con la idea, y llegaron a un acuerdo.

El hombre es bueno vio la luz. El libro causó furor en Suiza y al poco tiempo se publicaron una docena de traducciones. Sin embargo, prohibieron de inmediato su importación a Alemania, y ni siquiera pudieron pasar los ejemplares individuales

enviados por correo. Michael estaba perplejo: había escrito el libro en contra del militarismo alemán.

Una noche, medio dormido, se acordó de un admirador, el profesor x, que trabajaba en el departamento de propaganda del Ministerio de Exteriores alemán. Le preguntó por carta si podía mandarle una serie de ejemplares y una lista de nombres, y recibió, en una carta de agradecimiento, la respuesta afirmativa de aquel soñador que no parecía sospechar a qué riesgos se exponía.

Tras una larga búsqueda, Michael encontró en el casco antiguo a un encuadernador que tenía unas pilas gigantes de tapas sobrantes del código civil suizo y de un libro titulado *Cabalgar por el desierto*, con un camello y un beduino vestido de blanco que monta bajo el brillo de la puesta de sol del desierto. Michael compró mil ejemplares de su libro con sus honorarios, los mandó encuadernar con esas cubiertas de aspecto inofensivo y le envió las tres cajas enormes al profesor x a Berlín, al Ministerio de Exteriores.

Cuando recibió la carta en la que el profesor x le informaba de que habían llegado las cajas y de que ya había enviado los libros a las personas cuyos nombres aparecían en la lista, Michael se quedó perplejo como cualquiera que consigue su objetivo por un inesperado golpe de suerte.

Se guardó la carta en el bolsillo pleno de alegría y salió de casa. De camino a la ciudad, compró la novela *Le Feu* [El fuego]^[15], de Barbusse, que también había publicado Max Rascher. El librero le contó: «Una persona me compró ayer, por encargo del Gobierno inglés, quinientos ejemplares de su libro *El hombre es bueno* para los prisioneros de guerra alemanes que hay en Inglaterra».

Era una preciosa noche otoñal. En Bellevueplatz y a la orilla del lago había varios grupos de personas. Algunos oradores improvisaban discursos pacifistas. Se discutía acaloradamente. Michael se quedó parado y llegó a escuchar fragmentos de su libro. Por primera vez desde la escuela, las lágrimas inundaron sus ojos.

De camino a casa, atravesando el casco antiguo, oyó un canto de mujer que procedía de un bar en un sótano. La voz le resultó conocida. Bajó las escaleras. En el escenario estaba Emmy Hennings.

Dado que raras veces entraba un cliente que pagase, Hugo Ball y su amiga Emmy, que tenían que comer, habían dejado morir el Cabaret Voltaire. Desde hacía unas semanas actuaban en aquel diminuto bar, que todas las noches se llenaba hasta arriba.

Emmy era una joven india, la hermosa hermana del jefe Winnetou, pintada de color marrón café, con un aro de cartón bañado en color bronce dorado y unas plumas indias incrustadas en la cabeza rubia, mientras que Hugo Ball acompañaba los lúgubres cantos salvajes de ella aporreando el piano: texto y música de producción propia. Los textos, al contrario que los cantos simultáneos dadaístas, tenían un sentido que llegaba con fluidez a los clientes y que a ellos les permitía ganarse la vida. (Hugo Ball se convertiría más tarde al catolicismo y escribiría una obra pseudofilosófica sobre esa religión. Poco después, murió).

El 22 de diciembre de 1917, comenzaron las negociaciones de paz entre Alemania y Rusia. En Suiza, la noticia provocó también la máxima consternación. Veinte intelectuales, suizos de fama y renombre y varias personalidades famosas a escala mundial que vivían en Suiza, le rogaron a Lenin en un telegrama que no acordase la paz con Alemania. Lenin pareció considerar más importantes la seguridad y la victoria final de la revolución: el 3 de marzo de 1918, se firmó la Paz de Brest-Litovsk.

En aquella época, el filósofo y doctor Otto Buek, amigo de Michael, llegó a Zúrich procedente de Berlín. Se alojó en casa de Michael. Después de comer, le describió la situación en la ciudad alemana: hambre y más hambre, y no se veían más que mujeres, hombres mayores e inválidos de guerra. Nadie creía ya en la victoria alemana. Miles de soldados de permiso, cansados de la guerra, se mantenían escondidos, arriesgándose a que los descubriesen y les disparasen, en vez de regresar al frente. En aquella sombría atmósfera general, el libro de Michael se había manifestado como un cuerpo celestial.

Estaban sentados en el jardín junto a un arbusto enorme: la lluvia de oro rebosaba en el sol primaveral. El doctor Buek le contó que los estudiantes de bachillerato hectografiaban el libro. Las distintas clases de bachillerato se repartían las páginas sueltas y cada una copiaba una serie de páginas a mano. El libro iba de mano en mano. Todo el mundo, hablaras con quien hablaras, conocía el libro. El partido socialista había mandado imprimir quinientas mil copias en papel de periódico y las había enviado al frente. (Le entregó a Michael un ejemplar de aquel grueso periódico). Si un libro podía acortar la guerra, ése era *El hombre es bueno*. El doctor Buek sonrió al decir: «Su libro está interfiriendo en la historia mundial».

«¡Ojalá acorte la guerra aunque sólo sea un día! ¡Ojalá haga a las generaciones futuras aunque sólo sea un poco más reflexivas!», pensó Michael.

Aquel verano comenzó la desintegración de las Fuerzas Armadas alemanas. Ludendorff tuvo que abandonar la ofensiva planeada para julio en el frente occidental por falta de reservas. El 8 de agosto empezó una ofensiva exitosa de los aliados, sobre la que Ludendorff dijo: «El 8 de agosto fue para el Ejército alemán un día negro en la historia de la guerra. Nuestra fuerza de combate está descompuesta. Hay que poner fin al conflicto».

El 9 de noviembre, Lisa y Michael fueron en tranvía a la ciudad con el propósito de buscar una alfombra para el salón. Al bajarse en la estación principal, vieron a un grupo de gente excitada comprando la edición extra del periódico.

¡REVOLUCIÓN EN ALEMANIA!

De inmediato, emprendieron el camino de vuelta a casa. Eran las tres de la tarde. A las seis en punto, la casa estaba vendida. A las ocho, iban sentados en el tren hacia Alemania.

Los funcionarios de aduanas alemanes de la frontera, la mayoría aún con el uniforme gris de campaña, no se tomaban su tarea en serio y, amables y sonrientes, dejaban entrar a todo el mundo en un país en el que ya no había nada.

Lisa le regaló una tableta de chocolate suizo a un funcionario de aduanas con barba. El hombre lo olió y se le pusieron los ojos como platos. «Antes, nosotros también teníamos algo así. ¿Qué van a decir mis hijos? No han visto nunca el chocolate». Le quitó con cuidado el envoltorio de colores a la tableta y la sostuvo en la mano, apartada de sí. «¡Y además en papel de plata! Brilla como una estrella en el averno».

En el tren alemán, con asientos para mil doscientos pasajeros, había cuatro mil personas sentadas, de pie y tumbadas, una masa humana gris. Los cobertores de los bancos estaban hechos jirones; las paredes, pintarrajeadas; las ventanas, rotas. El tren se paraba a menudo en marcha por falta de combustible. Las ascuas se componían sólo de piedras y polvo de carbón, explicó el revisor, que no le pedía el billete a nadie.

Michael estaba acurrucado en el suelo, a los pies de Lisa, para la que había conquistado un asiento. Un joven soldado ciego por un disparo, que viajaba sentado al lado de Lisa, enfocó en ella las cuencas vacías de sus ojos y le dijo: «Cuando llegue a casa, le voy a preguntar a mi madre por qué me trajo al mundo. Eso le voy a preguntar. ¿Por qué me trajiste al mundo?». A Lisa no le sirvió de nada apretar los dientes; las lágrimas le salieron a borbotones.

En ocasiones, cuando el tren no podía avanzar por una pendiente débil, se subía también a él gente que iba por la carretera. Ya no había billetes. Ya no había nada. El tren del hundimiento, que traqueteaba y rechinaba en todas sus juntas, atravesó lentamente como un carro de caballos el país empobrecido y llegó a Múnich con siete horas de retraso. Daba igual, ya no había horarios.

En la plaza de la estación, a Michael le sobrevinieron los recuerdos de los años previos a la guerra vividos en Múnich. Todo parecía seguir igual y, pese a ello, todo estaba por completo cambiado aquella fría mañana de noviembre. Era como si sobre la ciudad se cerniese una noche perpetua, en la que las personas se movían confusas, lentas, como gusanos entrelazados, obviamente sin importar hacia dónde.

Lisa y Michael fueron a un hotel en las proximidades de la estación. Se registraron. Les dieron una habitación y las llaves correspondientes. Todo tenía un aire fantasmal, como una máquina activada años atrás que siguiera funcionando por casualidad. Aquel silencio espectral e inanimado —un abismo gris en el que nada vive y nada crece— de repente quedó roto por un cántico masivo y tumultuoso, atravesado por feroces gritos de triunfo. Michael se acercó a la ventanilla. Miles de personas marchaban bajo enormes banderas rojas.

El escritor acudió a la pequeña casa de cambios más cercana y cambió sus siete mil francos suizos en marcos, que por entonces habían perdido en la bolsa internacional un cuarenta por ciento de su valor.

—Pronto el marco no valdrá ni un *pfennig* —le dijo al propietario.

El hombre, escuálido y con gafas, se puso rojo de ira.

—El marco es tan bueno como el oro.

—Y yo le digo a usted que dentro de poco ya no valdrá nada.

—Si eso piensa, ¿por qué ha cambiado sus francos suizos por marcos?

Michael, que en Suiza no había metido su dinero en el banco porque le parecía inmoral cobrar intereses, afirmó mirando hacia abajo, al mostrador:

—Porque no quiero tener nada si los demás no tienen nada.

Ante esa réplica, el cambista no tenía nada que hacer. Retrocedió de espaldas para colocarse tras la mesa de la caja registradora, con la mirada perpleja dirigida a Michael, como temiendo que aquel extraño cliente fuese un enfermo mental.

Cuando salió a la calle, Michael vio cómo dos soldados agarraban por los brazos a un joven oficial rubio y le arrancaban las charreteras. «Bueno, y qué decir... A partir de ahora somos todos iguales», pensó. Y se quedó convencido de ello. Murmuró instintivamente el himno de la alegría: «Los hombres volverán a ser hermanos».

Un ciclista lo adelantó a toda velocidad. Las ruedas, en lugar de ser de goma — que ya no había—, consistían en unas espirales redondas cubiertas por unos neumáticos de hierro. Delante de una zapatería —tras cuyo escaparate vacío tan sólo se veía un gatito gris que jugaba con un jarrón de cristal que se había caído—, había un muchacho con unos pantalones de cuero cortos que le dejaban las rodillas al aire y unas botas altas de mujer hasta las pantorrillas, con cordones y tacones altos curvados, de color rojo chillón. Ya no había zapatos.

«Las sádicas prostitutas, que antes de la guerra esperaban a su clientela en la Tauentzienstraße junto a los grandes almacenes del oeste, llevaban aquellas botas altas rojas de cordones... Eran su insignia», pensó.

Hacia las doce, Michael y Lisa fueron a la ciudad. Casi todas las tiendas estaban cerradas, y muchos escaparates los habían protegido con tablas de madera para que no rompieran los paneles de vidrio por las noches. Ya no había nada que comprar.

No obstante, en la pequeña cervecería en la que a Lisa y Michael les gustaba comer a mediodía, sí había una gran selección de platos de carne, bien elaborados y a precios prohibitivos. Le pidieron ternera rellena a la camarera rechoncha y preciosa, que tenía un pecho generoso y una sonrisa permanente.

Ante la pared de enfrente había sentado un larguirucho joven rubio. Llevaba un monóculo y un traje azul oscuro con las mangas demasiado cortas. «Un oficial de paisano», pensó Michael.

El oficial le hablaba en tono enfático a un hombre de rostro enfermizo, pálido y grasiento, que parecía escuchar con los ojos marrones fijos, obediente y servil como

un criado que recibe instrucciones.

Al mirar a aquel hombre, Michael vio de repente el perro de piedra gótico que sobresalía en el muro del claustro de un monasterio de Wurzburg. «Sí, es un perro gótico crispado». Reflexionó en vano sobre cuál sería la profesión de aquel hombre. No se le ocurrió nada. «A lo mejor no tiene ningún oficio», pensó.

(Michael lo vio de nuevo la noche siguiente, en una reunión de trabajadores en la fábrica de cerveza. Llevaba un brazalete rojo y, al igual que otros diez, recaudaba dinero en un plato hondo para las viudas y los hijos de los trabajadores caídos de Múnich. De vez en cuando, bajo los vehementes aplausos reivindicativos y de ánimo, le gritaba al orador del atril, Ernst Toller, amonestándole por no ser lo bastante radical. Los trabajadores no sabrían que aquel hombre era uno de los informadores pagados por los oficiales de Múnich hasta más tarde. Demasiado tarde).

Cuando la sonriente camarera les llevó la ternera, Michael le preguntó si sabía quién y qué era el hombre de la pared de enfrente, que sólo comía ensalada y bebía agua.

A la muchacha se le borró la sonrisa.

—¡Ah, ése! —Se encogió de hombros—. Es todo lo contrario a lo que siempre me había imaginado. De todos modos, me aterroriza estar delante de él. Creo que se llama Litler o Hitler, no, Bitler, creo que es. Pagar, paga siempre el otro, que es barón. Es que ahora vienen por aquí grandes señores, porque aún tenemos comida.

—¿Puede traerme otro trocito de pan? —le preguntó Lisa, que siempre comía con el mejor de los apetitos.

En ésas, entró un vendedor de periódicos, que gritó:

—¡Baviera, república socialista libre! ¡Kurt Eisner, primer ministro!

—Ahora todo cambiará, ahora todo será mejor —dijo Michael animado—. Todo irá bien. Y nosotros estaremos aquí.

Le agarró la mano a Lisa.

—¿Por qué han tenido que morir antes tantos millones? —preguntó ella.

Michael trató de consolarla.

—Al menos no han muerto en vano. Ahora todo irá bien.

Ocurrió todo lo contrario. De camino a una sesión parlamentaria, Kurt Eisner murió a manos de Graf Arco-Valley. Cien mil trabajadores exacerbados se manifestaron. Querían al idealista Kurt Eisner, su Jesucristo. Leviné, un líder espartaquista de Berlín, proclamó la República de Consejos. Los espartaquistas marcharon con salvas y cubrieron con granadas de mano el camino en dirección a Odeonsplatz por Ludwigstraße. Los acompañaban un par de cañones viejos. Debía de ser una marcha de intimidación. Todas las ventanas permanecieron cerradas, y las persianas, bajadas. La ciudad estaba muerta.

El poder de los espartaquistas no traspasó las fronteras de la ciudad. Ernst Toller era el comandante supremo del Ejército Rojo, que se apostó en posición de batalla ante Múnich para defender la República de Consejos. El socialdemócrata Noske

envió tropas prusianas, lideradas por oficiales del viejo Ejército, a Baviera. No estalló la batalla. El Ejército Rojo ya se había disuelto antes por sí solo. Las tropas de Noske ocuparon la ciudad. La República de Consejos de Múnich, un experimento con medios deficientes, había acabado tan repentinamente como había surgido.

El líder espartaquista Leviné fue sentenciado a muerte y ejecutado. A Ernst Toller lo condenaron a cinco años de encierro. En la celda escribió varias historias que más tarde se publicarían con el título *Das Schwalbenbuch* [El libro de las golondrinas].

Michael viajó a Berlín para cerrar un contrato por ochenta mil ejemplares de una edición popular barata de su libro *El hombre es bueno*, por el que recibió el Premio Kleist en 1920. Lisa partió después de él desde Múnich hacia Berlín, y al llegar le informó de lo que Michael ya sabía por los periódicos. Estaba deprimido por los acontecimientos de Berlín. Los oficiales de Noske habían llevado a rastras hasta su cuartel general, el Hotel Eden, a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburg —que se habían unido por una república socialista libre—, y de camino a la cárcel de Moabit los habían matado de una paliza. Arrojaron los cadáveres al Landwehrkanal.

Las últimas insurrecciones serias, en la región del Ruhr y en Turingia, quedaron aplastadas por las tropas de Noske en primavera, con graves pérdidas entre los trabajadores.

El golpe de Estado de Kapp lo vivieron Lisa y Michael en Frankfurt am Main. Estaba prohibido reunirse, bajo pena de muerte. Pese a todo, los trabajadores de Frankfurt celebraron una reunión como protesta contra el golpe de Estado de la derecha. En la propia sala dieron por arrestados a los dos mil participantes, a quienes condujeron por las calles principales, flanqueados por agentes de policía pistolas en mano, listos para disparar. Los trabajadores lo toleraron todo en tono divertido, e incluso los espectadores al borde de las calles se reían, dado que parecía como si los arrestados —que en la marcha hacia la jefatura de policía iban cantando *La Internacional* en tono eufórico bajo banderas rojas— llevasen detenidos a los agentes.

Condujeron a los dos mil a una sala enorme y vacía. En un minuto, una gruesa capa de nieve cubría el suelo: todos habían desmenuzado cualquier papel sospechoso para convertirlo en copos. Los interrogatorios comenzaron de inmediato. No llevaron a nada, pues los líderes de los trabajadores a quienes buscaba la policía no se encontraban entre los detenidos.

Aquella noche, Michael vio cómo Paul Levi, teórico socialista y miembro dirigente del Partido de los Socialistas Independientes, entraba apresurado en el café junto a la plaza de la estación. Miró a su alrededor buscando a alguien, turbado y tenso como un hombre que teme a cada segundo que lo detengan. Saludó a Michael y, de inmediato, volvió a desaparecer. La policía andaba tras él.

Lisa y Michael, que por entonces no sentían que perteneciesen a ningún sitio y se habían marchado de Berlín a Frankfurt sin ninguna razón ni propósito específico, regresaron después de un par de días a Berlín y compraron una casa amueblada en la

Bismarckstraße con las cinco mil coronas checas —el marco ya estaba devaluado— que Michael había recibido de un periódico de Praga por la reimpresión de *La partida de bandoleros*. No había casas vacías.

Decoraron las tres habitaciones con alfombras y un par de muebles bonitos. Querían vivir allí, y vivir el uno para el otro en tranquilidad. Michael, tras la interrupción de dos años y medio por la revolución, volvió a trabajar en la novela socialista que había empezado a escribir en Suiza. Gracias a aquella experiencia, comprobó que aquel complejo tema empezaba a entenderse única y exhaustivamente al escribir sobre él, y mientras se escribía sobre él.

Una tarde fría de febrero, de camino al café —la bohemia berlinesa se había trasladado del Café des Westens al Romanisches Café—, Lisa y Michael se encontraron en la Tauentzienstraße con Hugo Lück. Estaba hecho un esqueleto, no llevaba ninguna prenda de abrigo pese al frío penetrante y tenía en la mano un palito de medio metro pintado de blanco que parecía una batuta.

Cuando Michael le preguntó cómo le iba y qué estaba haciendo, Lück, de repente, con la cabeza de nuevo alzada como quince años atrás en el Café Stefanie, respondió sonriendo con condescendencia: «¡De maravilla! En casa tengo seis obras de teatro guardadas en un cajón. No he dejado que las representen porque el público aún no está maduro para ellas». Riéndose, se echó mucho hacia atrás y se cubrió rápido con la mano la boca abierta, en la que sólo le quedaba un diente. (Lück murió un par de semanas después en una habitación alquilada; era su destino).

Michael no le había hablado a Lisa de Hugo Lück. En cualquier caso, cuando el hombre dijo: *Arrivederci* y remontó apresurado la Tauentzienstraße —un ser solitario cuyo último apoyo era un palito blanco—, por las mejillas de Lisa resbalaron las lágrimas.

En la primavera de 1921, Michael recibió un telegrama de su padre: su madre estaba gravemente enferma. El escritor se marchó a Wurzburg. Michael había hecho realidad la profética frase con la que su madre cerraba su novela, en la que decía que su «famoso hijo» les proporcionaría a sus padres unos últimos años de vida sin preocupaciones. Desde otoño de 1917, les había enviado una mensualidad de ciento veinte marcos que permitió al anciano padre, con setenta años ya por entonces, dejar de trabajar, y que era más de lo que éste último había recibido nunca en los sobres de sus pagas. Sus padres vivían en el campo, en una casita adosada recién construida junto al parque Glacis, y tenían un jardín diminuto en el que su madre cultivaba mágicamente sus verduras, rodeadas de flores.

La madre tenía el rostro azul. Respiraba con mucha dificultad. Michael llegó en sus últimas horas. Ella lo reconoció y buscó su mano para cogérsela. Ya no podía hablar. En la mesilla de noche, bajo la lámpara de queroseno encendida, había un ejemplar gastado de *La partida de bandoleros*.

Cuando llegó su último suspiro, con el que la cabeza se le hundió hacia los hombros, el padre se puso a recorrer apresurado la habitación, chasqueando

desesperado los dedos y gritando: «¡Oh, oh, oh!», como queriendo decir «Ahora estoy solo». Habían estado casados cincuenta años.

«Seas o no consciente de ello, la vida se vuelve más fría cuando tu madre muere», pensó Michael en el tren a Berlín. Él sí era consciente. La madre, como ocurre en las novelas antiguas, siempre había creído en su hijo, y así se lo había escrito, y se lo había corroborado con una mensualidad de treinta *pfennigs*. Incluso en los años de más necesidad, cuando él mismo se había hundido tantas veces en la desesperación bajo la opresión de las penurias y el monstruo siempre acechante del alma humana, ella había creído ciegamente en su hijo.

La criada de dieciséis años de Pomerania que Lisa había contratado durante la ausencia de Michael abrió la puerta cuando éste llamó. Lisa había ido al médico. Su afección cardíaca —aorta dilatada— se había agravado de un modo inquietante con el transcurso de los años. El médico de cabecera iba a su casa dos veces por semana, y dos veces por semana ella iba a verlo a él.

Viajaba sentada en el tranvía. En casa no se había sentido peor de lo habitual. Durante el trayecto, de repente, empezó a notar cada junta de las vías con una intensidad diez veces superior a lo normal: unos golpes potentes y duros a los que estaba expuesta sin poder ofrecer resistencia.

La puntiaguda torre de la Gedächtniskirche se inclinó sobre el techo del vehículo. El tranvía se movía en círculos y adelante y atrás. Lisa empalideció por el mareo y el miedo a la muerte. Hasta entonces no había conocido ese temor. Tenía que bajarse. Caminó tambaleándose hacia la puerta.

El vehículo se detuvo. Lisa permaneció en pie aún un segundo en medio del bullicio de la calle. Entonces, toda la fuerza que aún le quedaba se le escapó y cayó con un balanceo. Nadie la cogió.

Dos hombres, uno de ellos un tipo rechoncho que hacía un mohín con la boca y llevaba unos quevedos que se le acoplaban a la cara como un arma en el hocico de un bulldog, la llevaron hasta un puesto de socorro. Un perro negro corrió ladrando junto a ella. El hombre rechoncho salió tras él. Lisa abrió los ojos y suspiró su nombre y su dirección. El perro ladraba furioso.

—¿Qué le ocurre a esta señora?

El médico del puesto de socorro se estaba lavando las manos ensangrentadas bajo el grifo. En la sala de al lado, una mujer gritaba, la habían atropellado.

—Siéntela aquí —añadió el doctor.

Se acercó a Lisa mientras se secaba las manos. El trapo, que se movía justo delante de los ojos de ella, intensificó la sensación de mareo, y Lisa creyó estar deslizándose en silencio en un vagón de tren tambaleante por un paisaje nevado y sórdido. La cabeza se le cayó hacia un lado.

—Por favor, llame al 1745. ¡Mi médico!

—Antes necesito saber su nombre.

Lisa cerró los ojos y se colocó el dedo índice sobre la arteria del cuello. El corazón no le funcionaba.

—Lisa Vierkant.

No tenía fuerzas suficientes para volver a levantar la cabeza. Su rostro era de un blanco cadavérico. El tono marrón de sus ojeras se había oscurecido profundamente. Volvió a susurrar su dirección.

—Lléveme a casa.

—En tal caso, debo advertirle de que tendrá que pagar la ambulancia. ¿Está usted casada...? ¿Y su nombre de soltera?

Sonó el teléfono. El médico tiró el cuaderno con los datos personales sobre la mesa.

—¡Centro de socorro!

La atropellada que había tras la puerta cerrada gritaba sin cesar. En las jambas estaba apoyada su hija de cuatro años, que lloraba a moco tendido.

—¿Cómo? ¿Qué aspecto tiene? ¿Grande? ¡Qué quiere decir grande!... Y que la gente todavía no sepa decir qué aspecto tienen los parientes con los que vive... —le dijo a su asistente, cuya boca era una línea recta y fina sobre la que brillaban los ojos azules más serenos y claros que había visto en su vida.

—¿Su esposa va con una niña pequeña?... Entonces no es ella. —Y colgó—. ¿Cuándo y dónde nació usted?... Lo siento, tengo que saber primero cuándo y dónde nació —le dijo a Lisa, y anotó.

La habitación daba vueltas. Se acercaba un nuevo desmayo.

—... mi médico, al 1745.

—¿Cuál es su nombre de soltera? —Le repitió el médico, y le preguntó—: ¿Con y?

Lisa luchaba contra el desmayo, creía que iba a morir y tenía la sensación de que aquel hombre y su cuaderno de datos personales serían los culpables de su muerte.

El hombre rechoncho se quitó los quevedos.

—¡¿Es que va a tener que darle esta mujer hasta el más mínimo detalle de su vida antes de que se decida a ayudarla?!

Volvió a colocarse los quevedos en la cara, enojado.

—Si no lo hacemos al instante, señor, puede ocurrir que en todo un día no consigamos identificar los datos de una víctima. Los familiares enloquecerían entretanto por la incertidumbre. Ésa es la otra cara... Llame al médico de cabecera —le dijo a la asistente.

La atropellada cambió de repente el tono de voz: para entonces gritaba como un animal extraño. La niña aullaba en voz alta.

—Bueno, ¿qué le ocurre?

Lisa trató de levantar la cabeza, que se le volvió a caer.

—Corazón.

La asistente colocó de nuevo el fonendoscopio.

—El médico de cabecera le pide que le dé de inmediato digitalina y la mande a casa.

La puerta se abrió de un golpe. Dos agentes metieron a un hombre mayor con la cara verde que llevaba el sombrero manchado y tieso colocado sobre la barriga. El denso y cálido olor carbólico volvió a engullir de inmediato el aire fresco.

—¿Ya tienen sus datos personales?

—Aún no ha vuelto en sí —dijo el agente—. Y, cuando lo encontramos, ya estaba inconsciente.

El médico dejó caer la mano del viejo.

—Está muerto. Apoplejía. Llamen para que vengan a por el cadáver. —Se dirigió entonces al hombre rechoncho—. Puede que este hombre tenga hijos o esposa, ¿verdad? Aquí hay cincuenta y seis puestos de socorro, y todos los días llegan a cada uno varias víctimas. Vivimos en una ciudad con millones de habitantes. Ahora, piense un momento en el caos inextricable que se crearía si...

—Sí, pero...

—Pero ¡nada!

—Sí, pero ¡dele ya de una vez la medicina!

Al mismo tiempo que el médico, el hombre rechoncho saltó sobre Lisa, que, desvanecida, se resbaló de la silla.

—El médico de cabecera ha llamado. Está de camino. La salud de su esposa se ha deteriorado mucho —le dijo la muchacha de dieciséis años a Michael, recién llegado a casa.

La joven, que llevaba tres días en Berlín, sonreía ante todo lo que veía y oía en esa ciudad. Era rubia como una manzana, estaba sana como una manzana y había adoptado ya en esos tres días la costumbre de llevar tacones altos y medias de seda.

Michael cogió el auricular. El médico aún estaba informándole de lo que sabía cuando oyó fuertes pasos en las escaleras. Dos camilleros con uniforme gris estaban subiendo a Lisa en una camilla.

El pelo le cubría parcialmente el pálido rostro. Tenía una mano encima de la otra, sobre el pecho, como plegadas para el féretro. Parecía una mujer aún inconsciente a la que acabaran de sacar de un quirófano tras una operación.

El espanto de Michael fue tan grande que no pudo soportarlo más de un segundo.

—¡Descubra la cama!

Se lanzó sobre ella.

Lisa abrió los ojos y los volvió a cerrar: una mirada breve que ya no albergaría más el poder de una mirada, sólo una apertura de los párpados completamente acorde con su estado: igual de gravísima, fatalista y contenida. Una persona tocada por el dedo de la muerte.

Y en la cama, Lisa tampoco pudo hablar; se limitó a fijar su mirada en él un instante. Tenía los ojos azules pálidos. A Michael lo atravesó de nuevo una convulsión similar a un desgarrón.

Lisa notó la ternura de su esposo cuando éste le apartó el pelo en la frente, y trató de sonreír para él. Aquello significó más que cuando una mujer sana asume toda la carga del mundo por su amado.

El médico, amigo de Michael, subía ya las escaleras mientras se quitaba el abrigo. Con las prisas por atravesar el recibidor, se le lió el fonendoscopio. Esperó una fracción de segundo delante de la puerta del dormitorio antes de entrar con calma.

Le había tenido que prometer a Lisa hacía algún tiempo que le explicaría sin reservas cuál era su estado también en caso extremo, y él mismo era de la opinión de que, tratándose de ella, podría cumplir excepcionalmente su promesa. Lisa era una mujer sensata, difícil de engañar, y desde hacía mucho tenía más cerca en el alma la muerte que la vida.

Cuando el médico, ocultando su asombro ante el estado de Lisa, se sentó al borde de la cama, la muchacha abrió de nuevo los ojos. Los dedos del médico le tomaron un pulso que iba lentísimo, apenas si era palpable. En su mirada podía leer la angustiada pregunta.

El médico le respondió, diciéndole en el tono más calmado que pudo encontrar:

—¡Una insuficiencia cardiaca! ¡Un ataque al corazón! Se le pasará. Ahora sólo tiene que preocuparse de evitar cualquier tipo de conmoción.

—¿Voy a morir, doctor? —le preguntó Lisa entonces, y al hacerlo mostró una sonrisa encantadora, repleta de esperanza y fe.

—¡No! —El médico se rió de un modo convincente—. Es usted demasiado joven para morir. ¡Cuando tenga treinta años más, quizá! Pero así...

—Por favor, pásame el peine, Michael, y el espejo.

Le pusieron una inyección. Su pulso se incrementó. Se arregló el pelo ella misma. A continuación, gracias al efecto del sedante, se quedó dormida, respirando con calma.

—Estoy sorprendido. No me esperaba un ataque tan grave... De todos modos, no corre peligro —le dijo a Michael.

Aquella era la opinión del médico. Rellenó una receta.

—¿Me está diciendo usted la verdad?

—¡La verdad y nada más que la verdad!... Esta noche tengo un compromiso. Si hay cualquier urgencia, llámeme aquí. —Y le dio un número de teléfono.

La casa se quedó en silencio. La joven de dieciséis años de Pomerania, que estaba sentada a modo de centinela delante de la puerta entornada del dormitorio, se levantó la falda por encima de las rodillas y contempló con deleite sus piernas impecables y firmes que en todo momento hacía avanzar en horizontal, casi pegadas entre sí. Tras su llegada a Berlín, se había acortado la falda veinte centímetros y ya se sabía de memoria la forma de sus piernas. Sonriendo, sacó un espejito del bolsillo del delantal, dejó al descubierto los dientes, blancos y hermosos, y se empolvó con un pompón diminuto por tercera vez en su vida las mejillas, frescas como una manzana.

A las diez se fue a dormir. Michael se tumbó en el sofá, se quedó escuchando y pensó en Lisa, en su trabajo, en Lisa, y al final se durmió.

Lo despertaron los quejidos de su esposa. El malestar le había hecho colocar el torso en la silla, dejando las piernas en la cama. Movía lentamente la cabeza a un lado y a otro. Su rostro estaba lívido, y respiraba entrecortadamente.

—¡Qué haces!

Movido por el terror, Michael se levantó sobre unos pies que notó pesados como el plomo. Volvió a colocar a Lisa en la cama. Su cuerpo estaba flácido, sin vida. De repente, Michael empezó a sollozar. De pronto, había sentido que la vida de Lisa corría peligro.

—Voy a llamar al médico.

Le administró la medicina a su esposa y corrió hacia el teléfono.

No, el médico no temía nada. Michael debía volver a ponerle un paño frío sobre el corazón. El escritor volvió a creer, porque quería creer.

Lisa se recuperó. Pareció quedarse dormida. Michael pasó unas horas muy duras despierto en la cama. El miedo que atenazaba su corazón y la furia hacia el médico se alternaban con la esperanza de que el doctor tuviese razón.

A las ocho de la mañana, Michael oyó pasos acelerados. El rostro de Lisa estaba verduoso y exangüe. Sólo un miedo contenido a la muerte iluminaba sus ojos.

—Ahora me reprocho no haber pasado aquí la noche.

—¡Dígame la verdad!

—¡Está muy grave! Deberíamos llamar a una enfermera. La muchacha que tienen empleada sabe muy poco.

En adelante, Michael ya no pudo comer. Dejó de afeitarse, no volvió a arreglarse. Se pasaba las noches paseando en bata, y cuando se metía en la cama, sonreía con calma y ternura. Desempeñó bien su papel. Durante una semana, arrastró la esperanza arriba y abajo por su estudio.

Llamaron a un especialista. A la inflexible angustia emocional de Michael, aquel hombre le pareció demasiado joven. Cuando el especialista volvió al estudio tras el examen, Michael percibió en su rostro sin barba y arrugado que aquel hombre había visto y vivido mucho.

El especialista dijo un par de palabras tan sosegadas como su rostro, palabras que mantuvieron intactas la angustia y la esperanza de Michael.

Hacia la noche, veinticuatro horas antes de su muerte, Lisa le dijo a la enfermera en presencia de Michael:

—Es bonito estar enferma cuando a una la atienden tan bien.

Así era Lisa. Así había mantenido siempre la lealtad hacia la vida: incluso en las dificultades había visto siempre el lado bonito, y con sólo una palabra, sacada directamente de lo más profundo de su ser, hacía felices a los demás.

Michael tuvo que marcharse corriendo al estudio, comenzaban a flaquearle las fuerzas. Sollozando, atacado por el llanto, cubriéndose la boca con la mano para que

ella no lo oyese, se dejó caer en la silla del escritorio con la cabeza entre los brazos.

Por la mañana, la enfermera entró en el dormitorio de Michael. Se quedó en el quicio de la puerta. Michael, aterrorizado, se incorporó rápidamente.

—¿Qué ocurre?

La enfermera parecía agitada.

—La situación ha empeorado. La noche ha sido buena. Ha dormido tranquila. Y, de repente, hace nada... Debe llamar de inmediato al médico.

En ese momento, el escritor escuchó los pasos apresurados en la escalera.

La enfermera sostenía la cabeza de Lisa, estaba intentando calmarla, y no dejaba de responderle «Sí, sí», aunque no entendía una palabra de lo que ésta le decía. Lisa murmuraba nerviosa y movía acaloradamente sus delgadas manos para tratar de comunicarles algo. Había perdido la capacidad de hablar.

—Apoplejía —dijo el médico.

Le pusieron una inyección.

Michael estaba de pie junto a la cama como alguien a quien le hubieran metido una bala en el corazón pero aún pudiera mantenerse en pie. De pronto, todas las sensaciones abandonaron su cuerpo.

Pasados unos minutos, Lisa se quedó dormida. Cuando despertó, estaba más tranquila. Tenía el rostro más calmado. Trató de formar palabras, sin dejar de mirar a Michael como una alumna aplicada mira a su profesor. Le colgaban lágrimas de las pestañas.

Hacia mediodía pudo volver a hablar. Excitada y sonriendo a la vez, se quejó del médico del centro de socorro. «Esas horas me han hecho mucho daño. A estas alturas, ya me habría recuperado bastante». Le describió a Michael con todo lujo de detalles la escena en el puesto de socorro.

De nuevo, la esperanza se apoderó con vehemencia de él. El médico seguía allí. La tímida criada, que estaba sentada sin hacer nada en la cocina, volvió a la vida cuando Michael le ofreció café al médico.

Entonces, empezó a sonar el molinillo del café. Aquello era la vida.

—Ay, doctor, pero no se va a morir, ¿verdad?

—Sólo ha sido una ligera apoplejía, nada más.

El médico cambió de tema para distraer a Michael, que ya no se distraía con nada.

Volvió a reinar el silencio en la casa. El médico estaba con Lisa. Michael recortó un marquito de un cartón gris, pegó en la parte de atrás unas tiras flexibles para poder apoyarlo y metió en él el retrato de Lisa. En aquellos mismos retratos de infancia se podía ver cómo el color marrón de los ojos se embellecía gracias a la piel blanca como el marfil, que a su vez obtenía su prístina pureza del marrón dorado de los ojos.

Michael pasó horas cortando y pegando los marquitos. Se asomaba cada poco a la puerta del dormitorio. Todo permanecía en calma. Tenía los pequeños retratos delante de él. Ahí se veía ya el dolor de la vida, acentuado en el rostro infantil con aquella sonrisa amada.

De repente, escuchó voces excitadas y un terrible grito ahogado. Lisa había sufrido una nueva apoplejía. Su respiración quedó suspendida durante demasiado tiempo antes de recobrar de nuevo el aire, y su mirada se perdía a lo lejos.

Con el brazo y el dedo índice extendidos, tensos, Lisa señaló a Michael.

—¡Vuelve! —le exigió, apretándole la mano con una fuerza sorprendente—. ¡Quédate aquí! ¡No te vayas!

El gran momento había llegado, y Michael se dio cuenta de que ella también lo sabía.

Las pausas entre las respiraciones se fueron haciendo cada vez más largas. El médico le puso con la máxima celeridad tres inyecciones sucesivas en el muslo, la pinchaba sin miramientos al tiempo que gritaba:

—¡Respire! ¡Respire!

—¡Respira! —gritaba Michael suplicante.

Lisa no respiraba.

—Tiene afectado el centro respiratorio —afirmó el médico.

Una vez tras otra, Lisa trataba de coger aire entre graves estertores. Entonces, llegó una pausa larga. No inspiraba ni espiraba, mantenía la mirada fija. La vida consistía en respirar. Y ella ya no podía. En aquella última batalla, le soltó la mano a Michael. Al final del todo, las personas se quedan solas.

Tras medio minuto largo y terrible, el aire consiguió alcanzarla de nuevo para volver a insuflarle vida, ya desde fuera. Aquello duró un par de segundos más y luego su cabeza cayó a un lado.

—¡Ha muerto! —dijo el médico.

—¿Muerto? ¡No! ¡No!

—Está muerta.

El médico fue de inmediato al baño contiguo y dejó la puerta abierta; se inclinó sobre el grifo para lavarse las manos y, mientras tanto, volvió a mirar a la habitación en la que acababa de fallecer Lisa.

—¡Doctor! ¡Doctor! Respira. Ha respirado. ¡Está viva! —bramó Michael de repente.

El médico se precipitó de un salto en el cuarto con las manos aún llenas de espuma.

Los pulmones habían expulsado mecánicamente un resto de aire que les quedaba, pero Lisa estaba muerta.

—Está muerta.

Michael cayó de rodillas junto a la cama. La enfermera estaba a su lado; una vez más, su trabajo había terminado.

El escritor se puso en pie en el duro camino de la vida, dado que él seguía vivo. Miró el rostro en estado de *rigor mortis* y le preguntó en alto, con una ternura indeciblemente dolorosa en la voz que ya no parecía la suya:

—¿Estás muerta, Lisa? ¿Estás muerta? Ahora estás muerta. Mi Lisa está muerta.

V

Michael se incorporó y miró desde su abismo al empleado vivo de la funeraria, que estaba a los pies de la cama y que le expresó sus condolencias con la mirada y la voz antes de pasar a hablarle de negocios. Un año después, Michael todavía recordaría cómo incluso las condolencias profesionales del empleado de la funeraria habían provocado que se le saltaran las lágrimas.

Todo Michael era una herida abierta, vivía y no podía vivir. Era una persona en la cuerda floja incapaz de alcanzar el techo salvador, la vida, y también de precipitarse hacia Lisa en la muerte.

El crematorio estaba en un pequeño edificio blanco con cúpula. Sonaron las notas de un armonio invisible mientras el ataúd se hundía lentamente en las profundidades y la tapa se cerraba poco a poco sobre la abertura. Michael oyó el armonio, sabía lo que estaba ocurriendo. Sonó la última nota. Lisa era cenizas.

Salió fuera, al sol, a la vida, que era una crueldad violenta y ciega.

Entró en el dormitorio de Lisa, una habitación vacía con paredes. Allí estaba su cama blanca, inocentemente brutal. ¡Qué atrocidad que su cama aún estuviese ahí y ella ya no! Michael abrió el armario. Sollozando sin lágrimas, cogió un vestido. Los recuerdos se convirtieron en cuchillas. Tenía el cuerpo frío, exangüe, por el gélido dolor.

Las semanas que había que vivir llegaban y pasaban, y no transcurría ni un minuto.

Michael siguió al empleado del crematorio, que caminaba hacia la necrópolis con la urna de las cenizas en los brazos, hasta la pequeña tumba reciente. Dejó *La partida de bandoleros* y *Die Ursache* en la tumba para la urna de las cenizas. Qué acto tan terrible, qué horrible despedida.

Michael se marchó. No había adonde ir. Él mismo era la cuchilla que constantemente se dirigía hacia su pecho.

Tenía que sufrir lo que significa que la muerte sea irreparable. No se puede matar la pena, se tiene que sufrir, que penar, hasta el final, y se puede hacer porque la pena se alimenta constantemente, porque ella está muerta, ya no va a volver, nunca más, ella es cenizas, no es nada más, nunca más va a regresar. Michael debía experimentar que para él, el vivo, no existía nada sobre la tierra tan inabarcablemente terrible como lo irreparable de la muerte. Hay que soportarlo y es insoportable.

Michael caminaba como un inválido, arqueado, totalmente inclinado hacia delante, con la vida a la espalda, una vida de la que ya no participaba de ningún modo. No veía ni oía nada por las calles, no podía comer ni estar con otras personas, ya no era un hombre, nada quedaba de él en él. Era la cáscara disecada de un hombre. No dormía, y cuando alguna vez se quedaba dormido, se despertaba con el peso del mundo sobre el pecho.

El escritor no intentaba ocultar la pena, no se zafaba, se mantenía leal a Lisa a través de su pena por ella. Incluso transcurridos varios meses, seguía destrozado como si la hubiese perdido justo el día anterior. Y nada le ayudaba.

Se agarró al dicho: «El tiempo cura las heridas». Sólo el tiempo podría ayudarlo, sólo el tiempo. Pero el tiempo no pasaba, y Michael no podía hacer nada para que el tiempo pasase. El tiempo permanecía estanco. Un día era una eternidad, y el corazón late cuatro mil doscientas veces cada hora. Nada le ayudaba.

Abandonó la casa muerta, se marchó —daba igual adonde— a Wiesbaden, una preciosa ciudad junto al Rin que él no veía, con unas exquisitas construcciones antiguas que él no veía. Y había parejas sentadas en los bancos, y la banda del balneario tocaba. Continuó arrastrándose. ¿Adonde? ¿Qué iba a hacer? No había ningún adonde, y el tiempo no pasaba. El tiempo, que debía ayudarlo, era un edificio de cristal rígido en el que él se erguía.

Se sentó en un banco, muy lejos del pabellón de música. Ante él, por el sendero de arena, saltaban gorriones, una bandada, volaban sin parar de aquí para allá en líneas oblicuas. «Están tejiendo la vida», pensó Michael, como en una ensoñación.

Lisa está sentada junto a él, cálida y viva; en el regazo tiene un platito con bizcocho y cerezas oscuras. «Las cerezas con bizcocho están buenas. Pruébalas. Aquí hay dos grandes». Lisa sostiene ante él las dos cerezas, que aún mantienen los rabitos unidos por el extremo. «Mira, es una A hecha con cerezas». Se cuelga la A de cerezas en la oreja y añade: «Cómete las cerezas. Pero no me beses mientras lo hagas: estoy muerta».

Desde la A de cerezas, Michael le pasa tiernamente los labios por la oreja y recorre la mejilla hasta la boca. Oye el sonido del armonio: el ataúd se hunde lentamente en las profundidades. El armonio calla. Michael despertó del sueño en el instante en el que la banda del balneario terminó de tocar la marcha final.

Se quedó helado en su desolación, con la sensación de estar solidificándose dentro de un abismo cuyas paredes de roca, altísimas y escarpadas, hacían imposible el camino de vuelta.

Un día, mientras avanzaba por la vacía y soleada calle principal, con paso lento y cada vez más inclinado hacia delante, como un inválido, arqueado, Michael vio a una niña de seis años, una chiquilla rubia y descalza que estaba recostada sobre el caño del desagüe del canal. La niña miró a su vez a Michael y lo siguió con los ojos. De repente, lo sacudió un estremecimiento. Un sollozo se abrió camino desde su interior.

Por primera vez desde la muerte de Lisa, tras nueve meses, el entorno había afectado a sus sentimientos, que habían eclosionado a través de aquella niña pequeña. Era como si la vida hubiese enviado a la chiquilla como puente para devolverlo a la vida misma.

Michael se abandonó al estremecimiento. Se trataba de una pena viva que fluía caliente, en la que aún nadaba una gota de melancolía: la semilla de la nueva vida.

No obstante, aún tuvieron que pasar meses hasta que las pequeñas cotidianidades de las que se compone la vida pudieran incorporarse de nuevo en él, hasta que Michael fue capaz de ver que el árbol es un árbol y el rostro de la persona que se encontraba por la calle es un rostro humano.

Catorce meses después de la muerte de Lisa, pudo regresar afianzado a la casa. En el tren, pensó: «Todas las personas desoladas que han perdido a quienes amaban se han dicho como consuelo que el tiempo ayuda y cura. ¡Sólo el tiempo!».

Michael nunca regresó a la tumba de Lisa. Lisa estaba dentro de él, era un preciado recuerdo.

Contrató a una criada, la hija de dieciocho años de un mecánico que trabajaba en Siemens & Halske. Era una muchacha tranquila y cariñosa, regordeta, con un marcado acné juvenil y unos ojos marrones e inocentes propios de un animal. Hacía todas las tareas de la casa con calma y meticulosidad, mientras Michael escribía el final de su novela socialista, que tras un par de meses fue publicada con el título de *El burgués*.

En aquella época, el marco se precipitaba rápidamente al abismo día tras día. Un papel de carta valía mucho más que un billete de mil marcos. Así, los mendigos de las calles tenían los bolsillos repletos de dinero. Los jugadores iban a las carreras cargados con dos maletines: uno lleno hasta arriba con billetes de millardo, y otro vacío, por si acaso ganaban sus apuestas. Un conocido de Michael había comprado el año anterior un descapotable Benz por un giro pagable en un año, que hizo efectivo con el marco de la inflación. El coche nuevo le había costado el valor en oro de diez *pfennigs*: un sello de diez *pfennigs*. Las libretas de ahorros que millones de ciudadanos de a pie habían estado nutriendo céntimo a céntimo durante décadas para su vejez se habían convertido en papel sin valor alguno. La necesidad extrema empujó al suicidio a miles de aquellas personas mayores despojadas de todo y desesperadas. Hijas de padres en otros tiempos pudientes se echaron a hacer la calle. Eran baratas, y debían ofrecer servicios originales y estar preparadas para ponerlos en práctica. La competencia era muy dura.

Una noche que Michael salía de cenar en el restaurante del Hotel Heßler, una muchacha delgada, de pelo negro y vestida de negro, se pegó a él en la Kantstraße. De inmediato, recordó que la había visto brevemente una vez hacía años, en una recepción en casa del barón Schennis. Era la hija de un alto funcionario del Gobierno ya fallecido. La joven dijo casi sin voz: «Venga conmigo a casa. Mi madre nos mira». Michael se apartó instintivamente, horripilado, no sin antes tenderle un montón de billetes de millardo, con los que aquella noche la muchacha podría comprarse un pan y al día siguiente quizá ya no.

Por *El burgués*, su nueva novela, Michael había recibido del editor un adelanto de diez mil marcos en los llamados billetes del tesoro, con los que habría podido comprarse la mitad de la Friedrichstraße. Un famoso banquero quiso asociarse con Michael y fundar un banco con esos diez mil billetes del tesoro.

El nuevo marco, cuyo valor estaba garantizado por las industrias alemanas, se emitió el 15 de noviembre de 1923: un marco de oro equivalía a mil millones de marcos de la inflación.

Tras la revolución, todos los Gobiernos de la República de Weimar habían ido virando cada vez más a la derecha. Los *Freikorps*, prohibidos oficialmente y apoyados en secreto, que habían asesinado a Erzberger y a Rathenau, llevaban su vida de mercenarios sin que los molestasen gracias a los bienes de los *junkers* prusianos^[16]. El ejército autorizado del general Seeckt se componía de cien mil oficiales y suboficiales que podrían haber formado un ejército de millones de soldados cada hora. (Cosa que ocurrió ocho años después). Los socialdemócratas, de nuevo debilitados, no habían obtenido la mayoría «indeseable» —como decían los bromistas— en el nuevo Reichstag y, por tanto, seguían «librándose» de aplicar el programa electoral y volvían a ceñirse únicamente a su discurso opositor, carente de toda influencia. Más allá del Partido Comunista, que cometía errores tácticos, no existía ninguna oposición seria. Los dos grandes periódicos democráticos, el *Berliner Tageblatt* y el *Vossische Zeitung*, eran tan tibios y débiles que parecían escritos por redactores políticamente ciegos. Sólo dos revistas semanales de izquierdas, *Das Tagebuch* y *Die Weltbühne*, escribían en contra de aquella corriente reaccionaria que se hacía cada vez más potente: dos hormigas solitarias que no incomodaban a los elefantes que lo pisoteaban todo. A principios de 1925, murió el socialdemócrata Friedrich Ebert, primer presidente de la República de Weimar. Hindenburg, que más adelante nombró canciller del Reich a Hitler, pasó a ser presidente.

En cualquier caso, la vida diaria en la República de Weimar era humana. El espíritu servil no reinaba más que en el imperio. El funcionario había desechado el abrigo de los dioses y se había humanizado. Michael tuvo ocasión de experimentarlo de un modo especialmente llamativo en la oficina de correos de la Uhlandstraße, al recordar que catorce años antes habían estado a punto de arrestarlo allí mismo por gritarle al endiosado funcionario de la ventanilla, que se dignaba repartir sus dones desde las alturas. En aquella nueva ocasión, habló con el funcionario de la ventanilla en el mismo tono que con el amable hombre que tenía detrás en la cola. Fue toda una experiencia.

Michael había cumplido cuarenta y un años. Tenía el rostro afilado y juvenil, y el pelo gris como el hielo. Había superado al fin la pérdida de Lisa, que había sufrido hasta lo más hondo. Podía mirar ya sin estremecerse la fotografía de su esposa que se encontraba en la estantería, junto a los libros. Un par de días antes, había sacado el retrato del cajón y había vuelto a ponerlo allí, como en un sueño claro. Su vida con Lisa, inserta inalienablemente en él y fundida con su ser, se había convertido en un territorio sentimental, en una parte de sí mismo, en la mejor parte, que había pasado a ser suya gracias a su unión con Lisa.

Lisa le había dicho en una ocasión que, pese a toda la energía y a toda la dureza que mostraba hacia sí mismo, y sin las que habría sucumbido, era un hombre

afectuoso. Gracias a aquella mujer, Michael había experimentado que la bendición de conocer a una compañera de vida no podía compararse con ninguna otra cosa en el mundo. En aquellos momentos estaba solo. Buscaba en vano una compañera de vida. Pese a que no dejaba de decirse a sí mismo que toda búsqueda es inútil, ya que es imprescindible «el encuentro», continuó buscando. La soledad y la intranquilidad lo empujaron a una vida exterior. Salía todas las noches y volvía a casa cerca del amanecer. Por la casa pasaban mujeres, muchas mujeres, de quienes Michael no esperaba otra cosa distinta a lo que ellas esperaban de él.

En aquel periodo de transición entre el colapso y la reconstrucción, los locales nocturnos del oeste de Berlín estaban repletos de mujeres elegantes con dinero y en busca de dinero que ya no se distinguían unas de otras, dado que en el aturdimiento de aquella época todas querían lo mismo. Cualquiera que se acercase a ellos se veía atrapado por el torbellino, en cuyo interior quedaba desgarrado. Michael no necesitaba que lo desgarrasen: él entraba y se dejaba llevar. Las mujeres se sucedían unas detrás de otras. Sin embargo, no se encontraba con «la mujer». No había una segunda Lisa, y por tanto ya no existía aquel que había sido uno con Lisa.

Se convirtió en uno de los otros que residían dentro de él.

Las noches empezaban por lo general en el Schwanneke, un local nocturno regentado por un actor del mismo nombre y frecuentado sólo por actores, periodistas y escritores, y terminaban después de una ruta por media docena de locales nocturnos en el Insel, que abría a las tres de la madrugada. Acudían allí camareros y músicos que trabajaban hasta las tres en otros locales, pero también señores con frac y señoras con grandes vestidos de noche, ansiosos de champán y jazz, para, en las últimas horas del día, exprimirle a la vida todo aquello de lo que carecía. Las noches comenzaban con un color rosa esperanza y acababan en gris.

Para cuando Michael, desolado, regresaba a casa a menudo brillaba ya el sol. Las noches en que no iba ninguna mujer a su lado, sus pensamientos giraban en todo momento en torno a un mismo tema: el hecho de que él mismo y, sin excepción, todo aquel a quien conocía, y al que no conocía personalmente y aun así conocía, habían sido expulsados al exterior por una fuerza centrífuga y llevaban la vida de uno de los «otros» que residían en su interior. Nadie vive dentro y fuera del centro de su ser. Todos se traicionan a sí mismos, y con ello venden caro su derecho a la vida, un derecho de nacimiento.

En aquella época, Michael escribió *Das Ochsenfurter Mannerquartett* [El cuarteto de Ochsenfur], la novela que más tarde él mismo calificaría como su libro más bonito. Estaba roto, era un esquizofrénico. Se trataba de una esquizofrenia consciente. Se decía a sí mismo que había que estar loco, que sólo hacía falta soportar la locura propia y encontrar algo que hacer con ella. Siguió llevando una doble vida: «el otro» salía cada noche en busca de los placeres extremos y, durante el día, él, en su centro, se hundía trabajando en un nuevo libro. Mientras tanto, la hilera de sombras de mujeres que pasaban por la casa se iba alargando.

Una tarde, en el verano de 1925, un conocido fue a casa de Michael a tomar el té, un soviético que trabajaba en la exportación y la importación con Rusia. Entre otras cosas, le contó que un par de días antes había recorrido toda la Tauentzienstraße por casualidad junto a una mujer, sin sospechar nada, hasta que la vio llevarse el binóculo a los ojos. Aquel gesto tan característico hizo que la reconociera en ese mismo instante. Había sido su secretaria desde que estallara la Revolución de Octubre, en Moscú, y había huido de Rusia ayudada por él en 1920.

Desde el otro lado de la habitación, con los hombros subidos hasta las orejas, el ruso señaló a Michael con el dedo índice, cerró casi por completo sus astutos ojillos de ratón, y le dijo que se enamoraría de Ilona, con la misma seguridad que aquella pequeña diabla caería rendida a sus pies. Sólo había que organizar el encuentro. Todo lo demás ocurriría por sí solo. Era una mujer especial. Si Michael quería, la llamaría y le pediría que acudiese.

Michael se dijo que un «encuentro» provocado deliberadamente por un tercero no es un encuentro. «Ves, pues, a una mujer que en esencia te resulta tan ajena que de ahí no puede surgir nada, y eso aunque sea guapísima. La elección no es algo que pueda programarse. Debe producirse un “encuentro”, pues la casualidad y el destino son una misma cosa», pensó. Sin embargo, él se había quedado solo, y estaba buscando.

El vestidito negro de París que llevaba la mujer era sutilmente sencillo. Tenía las piernas rectas como una vela, y por entonces se llevaba la ropa corta.

Ilona, deslumbrante, con esa hermosura de la juventud que no puede alcanzarse con ningún medio artístico —con un rostro pequeño, firme y de piel suave al mismo tiempo, blanco por completo, y el pelo oscuro con el destello del cobre—, contempló a través del binóculo, echando un lento vistazo, las paredes, el escritorio, la estantería con los libros, como si estuviese sola en la habitación; dejó caer entonces el binóculo, que colgaba de un cordón dorado, y se dirigió al sofá. Le había tendido brevemente la mano a Michael, sin presionar la suya lo más mínimo, mientras miraba de reojo al suelo sin decir una palabra.

De inmediato, Michael vio y sintió que Ilona se hallaba en un nivel distinto al de las mujeres más o menos delicadas con las que él lo había tenido tan fácil. Sin poner nada de su parte, había regresado desde «los otros» a su centro.

El ruso siguió con sus maquinaciones. Alargó la mano y comentó halagador:

—¿No es Ilona un diablillo precioso?

La mujer se colocó el binocular ante los ojos y mostró, durante unos segundos, en una sonrisa tímida, para sorpresa de Michael, la simetría de lo que parecían ser sesenta y cuatro dientes, y finalmente dijo:

—¡Qué tonto!

Y entonces volvió a encerrarse en sí misma.

«Vive en su propia fortaleza. Sin la llave que abre su puerta, no saldrá nunca a los verdes campos», pensó Michael. La muchacha le impresionó de tal manera que en la

profundidad incontrolable de su alma de escritor nació la esperanza de que, quizá, gracias a ella, lograría escapar de su soledad. No pudo evitar sonreír al compararse a sí mismo con una casa recién arreglada y aún vacía en la que había entrado aquella mujer.

Ilona, que era tan miope que no podía ver a quien tenía delante sin las gafas, pareció percibir la sonrisa de Michael, se colocó el binocular ante los ojos y le preguntó:

—¿Por qué?

—Se me ha ocurrido la idea de que soy una casa sin muebles y me gustaría que usted entrase en ella —admitió Michael.

—¿Para hacer de canapé?

Mientras Ilona estaba todavía mostrando dos filas de dientes, grandes y bien proporcionados —en una sonrisa que le daba vida a su rostro—, sonó el teléfono. Su esposo, agregado en la Embajada francesa, le pedía que se pusiera al aparato.

Michael no entendió nada, hablaron en francés. Sólo se percató de que la mujer utilizaba un tono esquivo y frío. «Su esposo no tiene las llaves de la fortaleza», pensó.

Cuando Ilona volvió a sentarse en el sofá, encerrada en sí misma igual que antes, con el rostro petrificado por la angustia, Michael pensó: «Ni ella misma tiene las llaves». De repente, se oyó decir:

—Sus dientes son maravillosos, y además, tiene sesenta y cuatro.

La mujer lo miró durante unos segundos, con los labios separados y temblorosos como los de una niña a la que le hubieran echado una reprimenda injusta. Al final, dejó caer el binóculo y respondió dolida, en un tono que dejaba claro que se había ofendido:

—Mi boca es todo lo grande que es, nada más.

Michael se quedó tan sorprendido que no encontró una réplica inmediata.

—Vaya usted con cuidado —intervino el ruso con una sonrisa—. Ilona les busca pegas incluso a los cumplidos. Ni siquiera un terremoto podría hacerla perder la compostura; eso sí, una mirada o una palabra que no se entiendan del todo bien pueden provocar en ella lo que un terremoto en otras personas.

Ilona, como si estuviese sentada entre dos enemigos, los miró, a uno y a otro, varias veces y volvió a recostarse en su asiento.

—¿Acaso debe alegrarse una mujer de que alguien le diga que tiene una boca demasiado grande?

Michael recuperó el habla.

—Una boca demasiado bonita, quería decir.

—¡Muy amable! Pero un jarrón roto no se puede pegar con miel.

Y ahí Michael se atrevió con la broma.

—Nuestra primera peleíta de pareja.

A Ilona, que parecía complacida por el diminutivo, le salieron la sonrisa y las palabras al mismo tiempo.

—¡Qué insolencia!

Sin embargo, segundos después estaba de nuevo petrificada.

«Es una mujer difícil. También consigo misma lo tiene complicado», pensó Michael. Aquello le recordó cómo la noche de lluvia en el banco del Tiergarten, de repente, la desesperación saltó por los aires para convertirse en salvadores delirios de grandeza. Justo después había visto a Lisa y no había dudado un segundo de que terminaría siendo su esposa. Su sólido éxito y la crudeza de la vida —la guerra y la muerte de Lisa— habían apagado la llama de aquellos delirios.

Al ver a Ilona, que, atormentada, no miraba a nada, le sobrevino una angustia repentina ante el creciente sentimiento que ella le había despertado, y entonces le quedó claro que el cuarentón que ahora era no se parecía en nada a aquel joven con delirios de grandeza, capaz de tomarlo todo por asalto y también de conseguir a Lisa, porque no veía en absoluto las dificultades que sí convertían al cuarentón en una persona reflexiva y lograban paralizarlo.

Ilona se puso en pie sin decir palabra. Se marchó. Pese a una sensación que le advertía que no sería bueno precipitarse, Michael llamó de inmediato a una floristería. Quería que las flores estuviesen allí para cuando la mujer llegase a su casa. Media hora después, Ilona lo llamó y le dio las gracias por las rosas.

Michael le preguntó si quería volver a verlo. La joven no respondió. También él se calló. Se quedó escuchando, tenso, la respiración de ella. La conversación telefónica muda duró más de un minuto. Al final, Michael oyó cómo Ilona, con cuidado y todo lo silenciosamente que pudo, colgaba el auricular.

«Eso significa que no lo sabe. Esta mujer peculiar y aun así realmente hermosa es insegura como un pájaro joven caído del nido, aunque no necesitaría serlo», pensó. Y continuó en su línea de pensamientos: «Lo que le hace falta, tanta falta como el aire para respirar, es reconocimiento y apoyo. Sólo un hombre capaz de devolverle la confianza en sí misma, a lo que sabe Dios que tiene derecho, podría ganársela. Ésa es la llave de su fortaleza, y yo tengo la llave. Todo saldrá bien».

Aquella noche, por primera vez en muchos meses, no salió. Trabajó hasta bien entrada la noche en su novela, y no se sentía solo: ella estaba tumbada tras él en el sofá. De vez en cuando, le decía algo y ella le respondía: «¡Qué bien estar contigo!».

En el correo de la mañana llegó una carta de un joven psiquiatra que hacía poco se había centrado en el tratamiento psicoanalista y aún parecía no saber que el artista, al contrario que otros, y gracias al rendimiento creativo, es capaz de sublimar sus complejos. El entusiasta joven le escribía que había leído sus libros con especial interés, dado que en las cuatro obras subyacían los mismos complejos, sin los cuales probablemente Michael no habría escrito nada, o en todo caso, habría escrito algo por completo distinto, sin duda. Quería analizar a Michael por motivos científicos.

Michael era conocido en su círculo porque raras veces escribía cartas. Incluso tenía numerosa correspondencia profesional pendiente de responder, razón por la cual perdía considerables sumas de dinero. Aquella carta sí la contestó.

«Cabe asumir que también Miguel Ángel, Beethoven, Shakespeare y Goethe tenían complejos. Tampoco Dostoievski debía de gozar de una salud de hierro. ¿Habría analizado usted a esos artistas? ¿O prefiere que se haya pintado la Capilla Sixtina y se hayan compuesto las sinfonías de Beethoven, además de escribirse *Hamlet*, *Fausto*, *Los hermanos Karamázov*? De hecho, comparados con esos gigantes, nosotros somos unos enanos sólo perceptibles con ayuda de un microscopio. Sin embargo, el zapatero también necesita piel si quiere hacer zapatos. Esto es: nosotros somos lo que somos si escribimos. Por nada en el mundo cedería mis complejos, y lo digo literalmente: por nada del mundo. Los necesito».

El ruso se había comprado tres pijamas y se había marchado a Moscú. De Ilona, Michael no tenía noticias. La intranquilidad no le dejaba trabajar. Allí, en el sofá, había estado sentada ella. La casa estaba vacía. Los nervios le hicieron salir. En el ruidoso local nocturno, tuvo la sensación de que se abrían todo un mundo entre ella y él.

La tarde siguiente volvió a enviarle flores. La mujer lo llamó y, con una voz trágicamente sombría, le dijo sólo una palabra: «Gracias».

De aquel modo, el vínculo volvió a recuperarse. Sin embargo, una palabra inapropiada, un tono inapropiado o incluso una palabra inocente que ella tomase por inapropiada podía ponerlo todo en peligro otra vez.

—Me gustaría tomar un té con usted, en algún sitio —dijo Michael.

—¿Por qué? —preguntó Ilona, tras una pausa larga, durante la que él la escuchaba respirar.

«A otra mujer distinta, a una princesa de nacimiento, podría decirle: “Porque me he enamorado de usted”», pensó el escritor.

—Por nada en especial —respondió.

—¡Vaya! ¡Por nada en especial! Lo que quiere decir que no hay nada en especial —gritó ella resentida con tono de haberse ofendido.

«Eso ha sido inapropiado», pensó él.

—Me gustaría volver a verla porque estoy enamorado de usted.

—¿Y me dice eso así, sin más? ¿Cómo se atreve? ¡Muy halagador, desde luego!

«Inapropiado también. ¿Qué será lo correcto?». Michael quería soltar el auricular.

—¿Quiere usted o no?

Ilona respondió entonces con un deleite inconfundible:

—Ojalá supiera lo que quiero, ya fuese que sí o que no.

—Pasaré a recogerla. Yo sí sé lo que quiero.

Michael colgó de inmediato el auricular.

Pasaron lentamente por el Tiergarten. Ilona llevaba un collar de turquesas —con unas cuentas grandes como cerezas— que se le ajustaba mucho al cuello. En su

precioso y pálido rostro blanco brillaba la vida. Tenía veinticinco años. «Se la podría comparar con un abejorro, si hubiese abejorros blancos», pensó Michael sonriendo.

Mientras caminaban, apoyó su mejilla en la de ella, la besó sólo con esa parte de los labios, cubriendo todo el recorrido hasta los labios de ella, y la mujer dejó que ocurriera y le devolvió el beso ante los paseantes sonrientes. Fue como si hubiese ocurrido de forma espontánea, como una ráfaga de viento que de pronto se levanta sin causa aparente. Ilona lo miró, en silencio y trémula, como preguntándole si podría sacarla del sombrío laberinto de su interior. Michael se conmovió. Durante largo rato, ninguno fue capaz de hablar.

Entraron en el hotel de Pariser Platz. Una banda de *jazz* tocaba en la sala de té. Algunas parejas bailaban. Sólo el entendido habría sido capaz de distinguir a las elegantes prostitutas de sus hermanas más afortunadas.

Como todas, Ilona examinaba a cualquier mujer que pasara a su lado. Era como si notase cuándo entraba alguien de su mismo sexo, y cada vez que eso ocurría se colocaba el binocular y dirigía a la mujer en cuestión una mirada llena de interés y simpatía. A los hombres parecía no verlos.

Dejó el binocular ante ella. Cuando, al entrar otra mujer, volvió a palpar a ciegas la superficie de la mesa, Michael le dijo:

—Debería usted llevar gafas, sería más cómodo.

—¡Nunca! Parecería una mona con gafas.

Ilona siguió con los ojos a la recién llegada.

—Mírela: eso es una mujer, una mujer de verdad... Ahora ya puedo esconderme —comentó sin rastro de envidia y con absoluta admiración.

Se trataba de la famosa prostituta T., que ya había sacado un par de millones ejerciendo su trabajo.

Ilona dejó caer resignada la mano que sujetaba el binocular. Contempló a Michael con una mirada borrosa que buscaba algo, como si tuviese que encontrar un grano de arena concreto en el desierto para poder ser afortunada, y entonces, una expresión inescrutable en el rostro, le preguntó:

—¿Me quiere usted?

—Sí.

—¡Bien! Eso está bien.

—¿Y usted a mí?

Ilona sacudió la cabeza como una niña cabezona que no quiere comer.

—No.

Michael llevaba muchos años sin bailar. Deseaba rodearla con el brazo y, en su imaginación, lo hizo muy lentamente, disfrutando de cada instante. Pensó que Ilona bailarían de un modo muy caprichoso, y se sorprendió, porque la joven se dejó guiar, ligera como un plumón. En aquellos momentos aquella vida que no está enraizada como el árbol, que puede moverse libre sobre el globo terráqueo, aquella vida con respiración, con pulso, se hallaba entre sus brazos.

En el camino de vuelta por el Tiergarten, Michael le preguntó titubeante si quería ir a su casa un rato, y se quedó asombrado porque ella asintió, como si fuese algo por completo obvio.

De inmediato, Ilona se tumbó en el sofá. Michael no entendía nada. La joven golpeó el cojín con el puño varias veces, enérgicamente, y apoyó la cara suspirando satisfecha en el hueco.

«Y que me mate con su encanto, en eso no piensa. ¿O sí?». Michael sonrió. Su corazón estaba embrujado.

—¿En qué piensa, en que estoy aquí en su casa?

—En que no debería marcharse nunca más.

Entonces, aquella mirada prolongada que parecía preguntar si Michael podría sacarla de la confusión del laberinto sombrío de su interior apareció de nuevo.

Había entre los dos un guardián enorme que llenaba toda la habitación: la obviedad de que Michael, en su casa, no debía ponerle un dedo encima a la mujer a la que había besado por la calle delante de unos paseantes sonrientes. Y allí estaba ella, tumbada, complacida y sumida en esa inaccesibilidad que se da por sentada.

En cualquier caso, cuando Ilona abandonó la casa después de una hora, Michael recibió una mirada que le preguntaba por qué no había ni intentado coger lo que ella no le habría otorgado.

Avanzaron por la Bismarckstraße hasta la plaza grande. La gente empezó a correr, espantada por los rayos y truenos y la manta de lluvia que, en cuestión de segundos, había transformado en un mar la plaza, repentinamente vacía.

—Ésta es mi recompensa. Aquí estoy, bajo la lluvia. —Lo miró indignada—. ¿Por qué está usted haciendo esto?

—¿Yo?

—No se debe poner a una mujer en una situación que la obligue a estar bajo la lluvia.

Aunque Michael se había dado cuenta de que Ilona estaba seriamente enfadada, no pudo más que reírse ante el hecho de que lo hiciese a él responsable de la tormenta. La mujer se alejó, callada y enojada, y no volvió a abrir la boca. Cuando el taxi se detuvo delante de la casa, de repente volvió a preguntarle si la quería.

—A pesar de todo —respondió Michael sonriendo.

«¿Cómo es eso posible?», se preguntó el escritor una vez de vuelta en casa. «¡Cuánta indignación infundada! ¿Cómo es posible?».

Se quedó de pie delante del sofá. Sobre el cojín encontró un pelo. Lo sostuvo bajo la luz de la lámpara. Despedía un brillo cobrizo. «Algo de ella». Sonriendo por su propia actitud, metió el filamento de seda curvado y cobrizo en un sobre y dijo en voz alta: «Enamorado. ¡Y cuánto...! ¡Mucho, querida! ¡Y no sólo enamorado!».

Michael creía saber cómo había perdido Ilona el equilibrio interior. Alguien, o bien la vida, había violado aquella alma especialmente sensible y había arrojado en ella cuerpos extraños que se habían convertido en monstruos psíquicos, imposibles de

dominar sin contar con ayuda. Eso mismo le había ocurrido a él con el profesor Dürr. Tuvo que escribir *La partida de bandoleros* y *Die Ursache* antes de estar en posición de cerrar las heridas que el maestro le había infligido. Pero no todo el mundo era capaz de curarse a sí mismo. Ilona necesitaba apoyo. Con prudencia e intensidad, Michael la devolvería poco a poco a su centro psíquico. Sólo entonces, Ilona sería de nuevo ella misma y podría disponer de su riqueza: ser capaz de recibir y de dar.

Lisa ya estaba enferma cuando Michael la había conocido. Durante once años, estuvo enferma sin interrupción. Eso había intensificado los sentimientos de Michael hacia ella. Algo en él le instigaba a ayudar a la mujer que tuviese cerca, a protegerla. Liberaría a Ilona de los monstruos psíquicos; tenía la llave de su fortaleza. Un día, Ilona saldría a los verdes campos, siendo uno con él.

Pese a que Michael, como siempre, tenía que escribir todas las páginas diez veces hasta quedar satisfecho —y con frecuencia, más—, el trabajo en *Das Ochsenfurter Männerquartett*, su «libro más bonito, que dedicará a Ilona», le parecía comparativamente ligero. Mientras trabajaba volvió a encontrarse en la misma situación emocional que doce años atrás, cuando había escrito *La partida de bandoleros*.

Los miembros de *La partida de bandoleros* —que una vez habían querido reducir a cenizas todo Wurzburg con el profesor Dürr dentro, decididos, pasada la noche del incendio, a huir por mar y realizar grandes hazañas en el Salvaje Oeste del lado de los indios en su batalla contra los odiosos blancos— son ahora en *Das Ochsenfurter Männerquartett* unos ciudadanos íntegros, padres de familia cuyos hijitos, atrevidos como gorriones e intrépidos como cazadores de búfalos, quieren protagonizar grandes hazañas alguna vez. Los ladrones llevan años sin trabajo, encajados en la punta del embudo de la necesidad provocada por la inflación, sin salida. Dado que, pese a todo el tesón, es imposible encontrar un empleo sólido de los que dan de comer sin perder la dignidad, porque básicamente no lo hay, y las esposas y los hijos quieren comer y hay que pagar los alquileres, Ojos de Águila, Nube Roja, Rey del Aire y el Escriba, incitados por el pálido Capitán a quien eligen como representante, deciden como último recurso montar un cuarteto masculino y actuar ante los aldeanos de la región a cambio de dinero, ataviados con unos fracs y unos chalecos blancos suministrados a crédito por el maestro sastre Firnekäs, que en su vida ha hecho un frac, por lo que los trajes tienen un aspecto chaplinesco indescriptible. En *Das Ochsenfurter Männerquartett*, el humor y la tragedia debían recorrer la existencia humana mano a mano. Michael rió y lloró con los personajes de su novela, como cuando escribió *La partida de bandoleros*.

Mientras trabajaba, no dejaba de recordar que también en *La partida de bandoleros* todo era distinto de cómo era en la realidad, y pese a ello todo era igual que en la realidad. Como principiante, Michael había seguido de manera por completo inconsciente aquella crucial norma artística; para entonces, ejecutaba aquel acto de transferencia de la realidad al arte en todos los detalles y de forma consciente.

«No es posible hacer de la novela un relato auténtico de la realidad, la realidad escrita no puede ser auténtica», se dijo Michael. «Y es que, si uno pretendiera describir lo que dos personas están viviendo en una habitación o en la calle, en un restaurante o en el bosque durante diez minutos, todo lo que están pensando, sintiendo, notando, oyendo, viendo, diciendo, ocultando, recordando, disimulando, la descripción realista de esos diez minutos llenaría un par de cientos de páginas. Dado que, en cualquier caso, sólo se podría reproducir una diminuta fracción de la realidad, aquella fracción representada no sería auténtica. Por tanto, no hay que representar un personaje de novela del modo en que esa persona es y se comporta en la realidad. Sólo existe la realidad interior. Sólo es auténtica la imagen interior que se tiene y se configura del personaje, del escenario, de la situación, y entonces aparece todo de un modo misterioso tal y como es en la realidad».

«Sin duda, es un trabajo duro como un demonio», se dijo en un susurro, mientras intentaba, tras esa pausa de pensamiento, seguir escribiendo *Das Ochsenfurter Männerquartett*, quejoso y feliz. «Sin embargo, no me gustaría sucumbir a causa de ninguna otra profesión».

Después de pasar toda la tarde escribiendo para conseguir sólo media página, y en una regresión a sus delirios de grandeza, pensó que muchos escritores habrían llenado diez páginas con aquel mismo asunto. (A la mañana siguiente, Michael borró cinco líneas de la media página y dijo, satisfecho al fin: «Quien no tiene corazón para omitir, tiene mucho que aprender. El arte consiste en omitir»).

Aquella mañana llamó Ilona. «Mi marido se marcha a París para poner en marcha nuestro divorcio», dijo de inmediato en tono impersonal.

Michael se percató entonces de la verja de hierro cerrada con un grueso candado que se había abierto sola de par en par ante él. «Ahora es libre. Ahora todo saldrá bien», pensó.

Durante aquel tiempo se habían visto en varias ocasiones, y en cada una de ellas se había mantenido hasta el último momento la incertidumbre de si el encuentro terminaría de nuevo con una pelea, como esa vez que en la calle les había sorprendido aquella repentina tormenta.

Por la noche fueron al teatro. Michael la recogió en su casa. El ama de llaves, una prusiana del Este con unos diminutos ojillos astutos y una nariz de patata enorme y porosa, abrió la puerta de la casa y llamó de inmediato al dormitorio.

—Es usted un diablo... Y ella es otro —le dijo a Michael, aún sonriendo molesta.

—¿Por qué? —preguntó él, sonriendo igualmente.

—No tardará usted nada en descubrirlo.

Por entonces, los camisones también se llevaban a la altura de la rodilla. El suyo, estructura fluida, como si se derramase, con los hombros al descubierto y de corte bajo, estaba hecho sólo de abalorios de cristal de colores centelleantes. El rostro de ella, todo blanco, reluciente como las diminutas burbujas de una copa de champán, tenía la expresión calmada de una mujer que se sabe hermosa.

—Un diablo —dijo el ama de llaves con gesto de admiración, y se marchó.

Se llamaba Phrase. (También ella, como millones de su clase, había perdido los ahorros de décadas a causa de la inflación).

Michael, que se había puesto por segunda vez en su vida el esmoquin con el que diez años atrás había asistido con Lisa a la ópera, le dijo a Ilona, sonriendo y mirándola a los ojos:

—Phrase te quiere.

La joven lo entendió y colocó su mejilla junto a la de Michael.

—Está bien que tú me quieras.

Vieron una obra política de Ernst Toller, que tenía como telón de fondo su estancia en la cárcel. En aquella época se representaban obras políticas en diversos teatros. Los jóvenes dramaturgos, inspirados por los acontecimientos revolucionarios de Rusia, clamaban desde el escenario por la revolución social. Era una batalla de viento fútil contra la corriente reaccionaria firmemente estable, y cada vez más potente, que ya no necesitaba censurar los gritos expresionistas salidos del corazón.

Cuando una frase se expresaba con auténtico sentimiento, Ilona buscaba admirada a tientas el brazo de Michael. Percibía cada vibración emocional. El contenido de la obra política no parecía interesarle nada, sólo la interpretación.

Después del teatro, caminaron por un tramo de Kurfürstendamm. Hacía una noche hermosa. Pese a su teoría de que la caridad desaceleraba la mejora de las relaciones sociales, Michael no podía pasar por delante de ningún mendigo de la calle sin echarse la mano al bolsillo. Cuando ralentizó el paso y se quedó quieto un segundo delante de un anciano de ojos hundidos que estaba apoyado, ladeado, en la verja del parque con el sombrero en la mano, Ilona se colocó el binocular en los ojos y contempló con interés el episodio. Con el mismo interés, observó a una mujer emperifollada que en aquel momento pasaba de largo, con unas joyas de cien mil marcos al cuello. Para Ilona, el mendigo de la calle y el escaparate ambulante de joyas no eran nada más que hechos de la vida sobre cuya realización no hacía falta reflexionar. Y aun así, unos días antes, de repente se había echado a llorar por la muerte de Lenin y había dicho conmovida: «Su corazón estaba de verdad con los pobres. Era una buena persona».

—¿Nos vamos a mi casa? —preguntó, sonriendo pícaro—. Phrase nos preparará café. —Eché la cabeza hacia atrás—. ¡Seguro!

«Y así es como me está invitando con total inocencia a medianoche a su casa», pensó Michael, sorprendido, como ya le había sucedido en anteriores ocasiones, de que Ilona, pese al infierno de su confusión interior, hubiese conservado la naturalidad. La esperanza de que por fin todo se hubiese aclarado y fuese a salir bien se apoderó con fuerza del escritor.

La casa estaba en Lützowplatz. Phrase recibió la orden de preparar café a medianoche con una mirada de desaprobación, agitando la cabeza en gesto de censura. Se relacionaban como una niña mimada y cabezona y una madre debilitada

por el amor. Obviamente indignada por la presencia de un hombre ajeno a horas tan tardías, Phrase les llevó el café y el coñac sin decir palabra y se fue a la cama.

La expresión del rostro de Ilona mostraba, sin ocultarlo, la satisfacción infantil de haber obligado a Phrase a hacer algo contra su voluntad, y sin embargo, aquel ser fantástico de brillo multicolor que a Michael sólo le llegaba a los hombros revelaba con cada gesto y cada movimiento ese porte interior que una mujer tiene o no tiene. A Michael aquello le parecía especialmente encantador en ella, pues Ilona era muy menuda. Al mismo tiempo, algo en el ser de aquella mujer le recordaba a la aún inmaculada Sophie, aunque se dijo que Ilona llevaba ya cuatro años casada. «No tiene sólo un doblez, tiene múltiples dobleces».

Ilona se dejó caer en el sofá. Como un animalito peludo que se siente seguro en su guarida del bosque, buscó durante un rato largo la posición más cómoda y, al final, se acurrucó satisfecha con las rodillas dobladas y la mejilla sobre el cojín.

Michael se apoyó en la ventana con la copa de coñac en la mano. Estaban cada uno en una esquina de la habitación. «Entre ella y yo no sólo hay estos cinco metros, sino también glaciares y abismos», se dijo.

Ilona tenía los párpados cerrados.

—¿Por qué me quieres? ¿Por qué?

Callado, Michael atravesó los cinco metros y se sentó en el resplandeciente hueco que dejaba la curva formada por el vientre y los muslos de Ilona. Con la mano en el pelo de la joven, respondió en tono desenfadado:

—Porque me gusta la punta de tu nariz... ¿Y tú a mí? ¿Por qué?

—Porque sí.

Había dicho aquellas palabras con tanta ternura que no hacía falta añadir nada más. Ambos se dejaron llevar por el sentimiento de ser uno sólo, y se quedaron inmóviles, en silencio.

En la respiración de Ilona, Michael percibió que se había quedado dormida. Descubrió en su rostro una alegría relajada y deseó estar en sus sueños. El pensamiento se componía de sentimiento: «Quien no conserva el sueño del ser amado no sabe lo maravillosa que puede ser la vida».

Los trémulos párpados se abrieron. Sacada del sueño, Ilona le ofreció su boca. «Ésta es ella, tal y como es de verdad», pensó Michael mientras se besaban, y entonces dejó de pensar.

Aquella mujer había cruzado en sueños el puente hacia él, un paso que confesó con su despertar. Ilona se encontraba en su punto medio.

El sol brillaba ya y los pájaros trinaban mientras Michael se dirigía a casa por la aún vacía Lützowplatz. Una gran alegría lo embargaba. Y ya no estaba solo.

Al día siguiente, Ilona se marchó a Varsovia, a casa de su madre.

VI

Michael ya no salía por las noches; la figura de Ilona lo había devuelto al escritorio y estaba presente mientras él escribía. Trabajó quince horas día tras día, hasta que *Das Ochsenfurter Mannerquartett*, la más corta de sus novelas, estuvo lista.

Durante año y medio de trabajo, Michael llegó a la convicción de que, en el rápido siglo xx, cualquier tema podía despacharse en una novela de entre trescientas y cuatrocientas páginas en su versión final, si se conseguía describir con éxito, en un lenguaje claro, sencillo y con las palabras apropiadas, lo más básico de los escenarios y situaciones, las características de los protagonistas y, al mismo tiempo, lograr un flujo tranquilo y en apariencia espontáneo de la historia. Así, esa realidad creada de nuevas, de la que antes no existía nada, al lector le parecería tan natural como la propia realidad. Una novela escrita de ese modo podría contener incomparablemente más avatares de la vida y destinos humanos que otra en tres tomos que divagara sobre el mismo tema, y sin duda atraparía con mucha más fuerza al lector. El único pero era que la novela breve suponía también más dedicación y trabajo que la abultada. Todo narrador que, al modo espartano, omitiese mucho, y sin embargo nada, estaría autorizado a envidiar al minero.

Michael viajó a Leipzig y le entregó el manuscrito a su editor Kippenberg. En el camino de vuelta al hotel —hacia una mañana clara y soleada—, cuando estaba a punto de atravesar la plaza de la iglesia, oyó un ruidoso cántico de un coro de ángeles que procedía del cielo, y sólo podía proceder del cielo. Entró en la iglesia. Aparte de él, no parecía haber nadie más. Los rayos del sol, como unas enormes hojas de sierra, se filtraban en transversal a lo largo de la nave, igual que en los cuadros religiosos de los maestros antiguos. No alcanzó a ver el coro de niños, que cantaba un motete de Bach; quien cantaba era el elevado interior de la iglesia. Michael se sentó y se quedó escuchando la música, que lo transportó desde aquel lugar hasta la sala de conciertos de Múnich en la que, por primera vez en su vida, había escuchado una sinfonía de Beethoven. Recordó: «¿Esa música la ha creado una persona? El creyente terminaría siendo incrédulo: a decir verdad, no existiría, pues, ningún creador más allá de las personas».

La tarde siguiente estaba sentado frente al escritorio de Kippenberg, con el manuscrito delante. Le pasó el texto al editor mientras éste le entregaba el cheque en el que había una cifra de cinco dígitos. La transacción económica estaba cerrada. No haber escrito ni cambiado una sola escena, una sola frase, con las miras puestas en el dinero y, sin embargo, recibir dinero por la novela le producía una sensación agradable.

Kippenberg subió del sótano una botella de vino del Mosela. Cuando las copas estuvieron llenas, le dijo a Michael que había utilizado en un momento la palabra «culo». Propuso «trasero». Michael borró «culo» y escribió «trasero». Y entonces, el

apasionado editor y Michael hablaron ante una copa de vino sobre poesía alemana. Fue una noche preciosa.

Unos días después, Ilona regresó de Varsovia acompañada por su madre, que se alojaba en Berlín con unos viejos amigos. También volvió el marido de Ilona. No había iniciado los trámites de la separación. Michael ya sabía que, en los años anteriores, habían contemplado varias veces el divorcio sin consumarlo nunca. Desconocía los motivos, dado que Ilona nunca le había hablado sobre su matrimonio; sólo había dicho un par de palabras referidas a su esposo, con mucho tacto. Hasta más adelante, Michael no tuvo la certeza de que ella tampoco se había decidido a dar el primer paso. No obstante, para entonces ya lo había adivinado, y su instinto le decía que no debía luchar por ella, pues la relación nunca llegaría a buen término si Ilona no se iba con él por propia voluntad. Un buen imán ha de tener suficiente poder de atracción.

Michael invitó a comer a Ilona y a su madre. La callada hija del mecánico —que estuvo cocinando desde las ocho de la mañana y preparó la mesa con especial mimo, adornándola incluso con flores— lo miró con ojos inocentes de animal, algo angustiada, preguntándole en silencio si había hecho todas las cosas bien. Llevaba puesto un precioso vestido de diario. Por primera vez, Michael se percató de que la muchacha había adelgazado a ojos vista y de que el acné había desaparecido de su cara. En el transcurso de tres años, se había convertido en una jovencita encantadora. Y así se lo dijo. El rostro de ella, siempre amable, no se inmutó en absoluto; sólo habló su mirada casi animal. «¡Qué buena esposa será algún día! ¡Qué sosegada! ¡Y tendrá unos hijos sanos!», pensó Michael.

La madre —tenía cincuenta años— le tendió a Michael una mano vieja y delgada y se la estrechó sin apretar la suya, como su hija. Era una mujer menuda y delicada. Su rostro, con una forma bonita pero ajado, quedaba desfigurado por un par de ojos exageradamente saltones. Parecía tener un motor en su interior funcionando sin parar que le provocaba un temblor apenas perceptible en la cara. Por el modo en el que miraba a Ilona, Michael se dio cuenta de que no tenía nada más en la vida que el amor a su hija.

Entraron en el comedor. La madre le tiró a Ilona de la blusa para arreglársela, aunque ya estaba perfectamente colocada, y, mientras la hija contemplaba la mesa con el binocular, le lanzó unas miradas breves y espantadas, al tiempo que seguía colocándole la blusa. «Mete su amor a presión en actos en los que no hay lugar para el amor», pensó Michael.

Ya a la mesa, la madre mostró sus reparos ante el comportamiento, e incluso ante cualquier omisión, de una «chiquilla de ocho años que llevaba cuatro casada». Ilona, que se estaba comiendo la sopa con una postura ejemplar, tenía que acercarse más el plato para sentarse recta, porque sentarse tan arqueada era malo para ella y la hacía estar fea. No debería haberse puesto tanto carmín, porque mancharía la servilleta. Tenía que trocear la carne en trocitos más pequeños y masticarlos con cuidado, o de

otro modo desarrollaría algún problema estomacal. El autómata crítico no dejó de girar en la madre mientras estuvieron a la mesa. Entretanto, una conciencia no demasiado engañosa obligaba a la anciana a aquellas breves miradas espantadas, que parecían decirle a su víctima, quien después de tanta crítica tenía ya el ánimo por los suelos: «Sé que es terrible. Pero no puedo evitarlo».

Al principio, a Michael le divirtió la situación. Cuando vio que los comentarios críticos cargados de afecto caían en Ilona como sal en una herida abierta, se lo pensó mejor. Con cada nuevo reproche, los trémulos labios de aquella niña tan injustamente reprendida se separaban, como en aquella ocasión, cuando Ilona había pensado que a Michael su boca no le había parecido bonita, sino demasiado grande. Afectado, se dijo: «No me sorprende que se sienta perpetuamente atacada, incluso cuando nadie la ataca. Una niña sensible a la que critican de ese modo durante años y años, no puede más que convertirse en una persona insegura».

Por un comentario de la madre sobre su propia madre, Michael se dio cuenta de que ella misma había sufrido los mismos delitos en su educación. «Al parecer, los pecados de los padres que crían erróneamente a sus hijos se desquitan hasta en la tercera y cuarta generación», pensó. Pero él rompería aquella saga destructiva: sabía ya entonces por qué había perdido Ilona su equilibrio, y eso lo ayudaría a liberarla de los monstruos psíquicos y a devolverla a su centro. Fue un almuerzo que no olvidarían.

Ilona estaba tensa y encerrada en sí misma cuando, al despedirse, le dio la mano a Michael sin apretar. Afectada por el desamparado amor-odio, observó con el binocular el rostro de la madre, desfigurado por el temblor, y salió con ella en silencio.

Michael se quedó mirando un rato el escritorio vacío. Como siempre que acababa de terminar un libro, lo invadía una febril ansia de trabajar, estaba deseando comenzar de inmediato un nuevo proyecto. Si no lo hacía cuanto antes, por experiencia, sabía que poco a poco se iría apartando de aquel estado lívido, surgiría un vacío interior y, con ello, una pausa laboral cuya duración sería imprevisible.

Se sentía físicamente bien, y habría podido trabajar sus diez horas diarias. Sin embargo, no había ningún tema que lo fascinase con tanta intensidad como era necesario para cargar con aquella cruz tan preciada. Se mantuvo ocioso. Pasaron meses y meses, un valioso tiempo perdido para una obra que, en cualquier caso, excedía los límites de la corta vida de una persona. Se había quedado en blanco por dentro. Era una situación odiosa.

Habían transcurrido nueve meses cuando un día, en el Romanisches Café, leyó una noticia en el periódico que lo dejó de piedra:

NUNCA SE HABÍAN VISTO ANTES

En Spandau, un hombre, antiguo prisionero de guerra en Rusia, había sido condenado a seis meses de prisión por haber intentado convencer a la esposa de su camarada de guerra y compañero de reclusión de que era su marido, declarado muerto por error.

El dictamen del tribunal atravesó la conciencia sin vigilancia de Michael hasta llegarle al corazón, y provocó una visión fulminante que volvió a desaparecer a la velocidad del rayo: un paisaje extranjero que el escritor nunca había visto antes. Se le encendió el pecho. No supo por qué, pero la noticia lo había impactado con tal intensidad que, de repente, se había quedado ciego y sordo a todo lo que lo rodeaba. Imágenes vagas que no lograba retener surgían rápidamente, una detrás de otra, y desaparecían.

Transcurridos unos minutos, volvió a ser capaz de pensar. «Pero es imposible que ese hecho haya sucedido de ese modo. Ninguno de los dos había visto al otro nunca, y si la mujer lo hubiese conocido de antes, desde luego aquel hombre no podría haber supuesto que ella lo creyera su esposo. Sólo un lunático podría haber imaginado tal cosa. Ese dictamen es inventado, y está mal inventado».

Siguió hojeando el periódico, con todo el interés perdido ya por la noticia, y empezó a leer un informe económico. Las frases y las tablas de cifras aparecían borrosas ante sus ojos. «¿Y si el hombre se hubiese enamorado de aquella mujer? Al enamorado muchas cosas imposibles le parecen posibles. Pero no pudo haberse enamorado de ella, de una mujer que nunca antes había visto».

Trató de leer el informe económico pero no entendía nada, la cabeza no le funcionaba. Seguía teniendo en el pecho aquella sensación de torturante calor y se esforzaba en vano por recordar las vagas imágenes. Sin pagar el café, salió del local y caminó con lentitud por la Tauentzienstraße.

«Un hombre ama a una mujer a la que nunca ha visto». Aquella idea se le agarró con firmeza y caminó con él. Michael veía rostros de personas y escaparates sin verlos. En la Tauentzienstraße se abrió un paisaje estepario desierto en el que trabajaban dos prisioneros de guerra. «Buenos días», le dijo ausente a un conocido que pasó junto a él y lo saludó, y repitió automáticamente la frase: «Un hombre ama a una mujer a la que nunca ha visto». El paisaje estepario se extiende desierto e inmenso ante él. Los dos prisioneros de guerra, pequeños como hormigas, hablan entre sí.

En aquel momento, empezó a reflexionar. «Si uno, atormentado por la nostalgia en mitad de aquella gran soledad, se pasa años hablando todos los días de su esposa, qué aspecto tiene, cómo es, lo cuenta todo de ella, lo más íntimo, todo, en el otro podría surgir verdaderamente una imagen de ella que lo llenase de un modo tan irresistible que se enamorase de la mujer a la que nunca ha visto y terminase incluso creyendo, en su amor enajenado, que es su marido».

Michael siguió redactando, encendido. «El enamorado regresa de su confinamiento. Sabe dónde vive la mujer. Conoce el patrón estarcido de la caja de la escalera, todos los muebles de la cocina, sabe dónde está el infiernillo y dónde la cama; que el quemador de gas silba; que la empuñadura del atizador es de latón; y que ella tiene tres lunares marrones de nacimiento en el cuerpo, y dónde. La nostalgia

de su camarada le ha llevado a contárselo todo. Sobrepassado por sus sentimientos hacia ella, el hombre entra y la saluda como su marido... ¿Y la mujer?».

Michael se quedó de pie ante un escaparate y vio unos zapatos sin verlos. «En su cabeza, ella sabe que el hombre está mintiendo, pero que sus sentimientos son verdaderos. Y cuando no piensa, también ella siente lo mismo, y lo que se siente no es mentira... Un año después, su marido regresa a casa».

Siguió caminando lentamente. «La historia de un amor con los obstáculos más duros podría convertirse en una historia maravillosa en la que lo aparentemente imposible se haga posible, y ocurra, por medio del amor».

Enardecido, Michael arrastró el paisaje estepario y desértico con los dos prisioneros de guerra por la Nürnberger Straße y por los tres escalones de piedra que bajaban al pequeño café en el que, a las seis, había quedado con Ilona. Eran todavía las cuatro. Durante aquellas dos horas, escribió en una servilleta de papel la primera frase de *Karl y Anna*:

Por encima de la lejana, muy lejana, curva planetaria que es el horizonte en la estepa, en la frontera entre Europa y Asia, surgió, más pequeño que un pájaro cantor, un punto que se aproximaba a los dos hombres a gran velocidad, pero que parecía, sin embargo, permanecer inmóvil en el mismo lugar de su azul lejanía, tan poderosamente grandes eran allí el cielo y la tierra¹⁷¹.

Dejó de pensar en el dictamen del tribunal, que sólo había servido como una llamita de arranque, igual que el detonador para la explosión de la dinamita. No obstante, *Karl y Anna* no habría llegado a escribirse si Michael no hubiese leído la noticia de seis líneas en el periódico.

Ilona acudió al encuentro de Michael. Durante los nueve meses de inactividad laboral de él, se habían visto todos los días: dos enamorados que querían casarse en cuanto fuese posible. El marido de Ilona estaba de nuevo en París, y ella había recibido la notificación de un abogado en la que se le informaba de que el divorcio estaba en marcha.

Eran buenos tiempos. Apenas se notaban ya las consecuencias de la guerra. Las relaciones financieras con otros países no habrían podido ser mejores si Alemania hubiese ganado la guerra. En el país entraban enormes sumas de capital privado estadounidense a modo de préstamos, que se devolvían al doble de su valor. (Entre 1925 y 1929, treinta millardos). Las ciudades alemanas podían percibir préstamos estadounidenses. La producción de acero —el barómetro de la prosperidad de los países industrializados— y la exportación de productos acabados eran considerablemente superiores a las de la época anterior a la guerra. Los treinta millardos repercutían, de arriba abajo, en toda la población.

Había emergido una nueva Alemania. Para toda una nación, se había hecho realidad una especie de mito de la Cenicienta.

Aquella época fue testigo de que el poder y el progreso económicos también abonan la creatividad intelectual y artística. El joven pintor que ya no pasaba hambre

no sólo pintaba: además, vendía. Los mecenas dirigían su vida. La publicación de libros era mayor que antes. La nueva corriente expresionista, surgida en Alemania, dejaba sentir su influencia en la poesía europea. Teatros, óperas y salas de conciertos se llenaban hasta arriba. Artistas europeos que acudían a Berlín procedentes de París, Londres o Roma quedaban entusiasmados y no querían marcharse. El aire de Berlín estaba cargado de energía. A Michael, mucho de todo aquello le recordaba a la época anterior a la guerra, cuando había llegado a Berlín desde Múnich. Pero la corriente que tiraba de la vida era en aquellos momentos incomparablemente más amplia y profunda, y él llevaba una vida estable y bonita. Michael y sus amigos eran conscientes, día tras día, de su presente «gestante» y hermoso; unos a otros se decían: «Nos va bien».

En nueve meses, Michael acabó *Karl y Anna*, una novela corta que se tradujo a todas las lenguas europeas y también al hebreo, al yidis, al ruso, al inglés y a un dialecto indio. El éxito mundial del libro coincidió en el tiempo con el matrimonio de Ilona y Michael, a principios de la primavera de 1928.

Poco después de la boda, Michael vivió una experiencia conmovedora en una guarnicionería de la Tauentzienstraße en la que compró una cartera para Ilona. A la gruesa vendedora —con unos pechos que sobresalían horizontalmente y sobre los que descansaba un botón de madreperla descosido que jamás se caería de allí— le brillaron los ojos cuando le dijo a Michael:

—¿De verdad es usted el señor Vierkant? He visto su foto en el periódico. ¿Sabe usted que le debemos nuestra felicidad, mi esposo y yo?

—¿A mí? ¿Cómo es eso?

—Sí, a usted. Leímos juntos *Karl y Anna*, y entonces nos casamos. Somos muy felices.

Michael no pudo ocultar la alegría de que su libro hubiese tenido algún efecto directo en la vida. Recordó que, cuando tenía veintitrés años, había vivido algo parecido una vez en Múnich. Henry, el joven francés, y él caminaban por la Ludwigstraße detrás de una pareja e iban cantando una tonada a media voz, con el mejor de los ánimos de la juventud. El hombre que iba delante —con frac y sombrero de copa— le apretó a escondidas el brazo a su esposa. Hasta que no los adelantaron, Michael no vio que el hombre era Frank Wedekind, el poeta autor de la tonada, que se esforzaba en vano por ocultar su alegría.

(El hecho de que los libros pudieran tener un efecto directo en la vida —trágico o feliz— lo había experimentado Michael ya antes. Una estudiante rusa, turbada por la lectura de la novela *Die Ursache*, el deprimente libro de Michael contra la pena de muerte, se había suicidado en su habitación de Rankenstraße. Poco antes, el delegado socialista de un Estado báltico le había escrito a Michael para contarle que, durante un debate sobre la ley para la abolición de la pena de muerte, había hecho referencia en varios momentos de su discurso a *Die Ursache*. La pena de muerte había quedado abolida, y debía asumirse la contribución a ello del libro).

Michael escribió la obra de teatro de *Karl y Anna* en tres semanas. Construir el texto en prosa de un modo imaculado y llevar al único lugar posible lo más importante de su contenido, enfatizándolo con plasticidad, fue para Michael un trabajo tan duro como poner en marcha su carrera de escritor; por el contrario, el breve texto en forma de diálogo quedó plasmado en el papel como por arte de magia, salido del alma y de la imaginación.

El cálculo intuitivo de los segundos escénicos, que pueden durar diez veces lo que los segundos reales, tuvo lugar también de forma espontánea en el interior de Michael. Mientras escribía, veía ininterrumpidamente el escenario, las entradas y salidas a escena de los protagonistas y todos sus movimientos y expresiones faciales, y se decía una y otra vez que las escenas individuales, dado que debían seguir avanzando en el argumento y aumentar la tensión para la siguiente escena, perderían efecto dramático si duraban sólo unos segundos o si una frase de un determinado diálogo incluía demasiado texto. La dramatización de *Karl y Anna* fue para Michael una experiencia estimulante.

Mientras escribía la obra, Michael descubrió que, después de vivir escenas demoledoras con Ilona, era capaz de hacerlo todo a un lado de inmediato y seguir trabajando. Durante los nueve meses previos al matrimonio, en los que se veían todos los días, habían surgido tensiones desagradables a diario y, en ciertas ocasiones, intensas discordias sin motivo alguno, como surgidas repentinamente de la nada. Michael se dijo que no debía ceder siempre, o de lo contrario al final ambos asumirían como un hecho irrevocable aquel modo corrosivo de convivencia, y no quedaría ninguna esperanza de que todo saliese bien. Sin embargo, cuando Michael no cedía, surgía un conflicto tóxico y opresivo que podía durar días, cosa que con frecuencia ocurría incluso aunque el escritor hubiese cedido. Michael se preguntó si la razón no sería que Ilona tampoco era capaz de concederle el recurso de volver a hacer las paces cediendo porque sólo sabía vivir en conflicto, tal y como había vivido desde su primera infancia con su madre, que todo lo criticaba. En algunas ocasiones en las que Michael había suprimido un inminente arrebató de ira al inicio de una escena, él mismo explotaba más tarde, en un instante equivocado, cuando en realidad no existía ningún motivo para ello, y se instalaba así en la sinrazón. Y precisamente en aquellos casos, cuando la trataban de un modo injusto, Ilona se volvía tierna y melosa en su triunfo. Cometer una injusticia contra ella le aportaba una satisfacción gozosa y plena, como un regalo caro.

Michael no podía vivir en el conflicto. Se sentía confuso. Las escenas que se iban ensartando en su vida como perlas venenosas habían tenido para él un efecto emocionalmente desmoralizante. Cuando ya estaba decidido a separarse de Ilona, ésta le informó de que estaba embarazada, empujándola de nuevo hacia ella.

El embarazo estaba ya muy avanzado cuando, en enero de 1929, Ilona acompañó a Michael al estreno de *Karl y Anna* en el Teatro Nacional de Berlín. Erich Engel, un joven director con una sensibilidad especial, había preparado la representación con

meticulosidad. Käthe Dorsch hacía el papel de Anna, Oskar Homolka era Karl y Heinrich George, Richard, el esposo de Anna.

Michael, que había presenciado en numerosas ocasiones cómo los autores quedaban sumidos en una irresistible excitación antes del estreno de sus obras, miró con curiosidad hacia abajo desde el palco y contempló los vestidos de noche y los fracs en el patio de butacas, con una calma tan pomposa como si lo que estaba por ocurrir le afectase poco más que a cualquier otro espectador. Días después, sabría que su ampulosa calma y su seguridad se las debía a una recaída en los útiles delirios de grandeza.

Por fin se levantó el telón, el público berlinés asistente al estreno —y peligrosamente crítico— se quedó en silencio y Michael presenció cómo se pronunciaban las palabras escritas por él en la absorbente quietud de la sala repleta. Por primera vez, se sintió reconocido e importante, y entonces pensó: «Hay que darse importancia a uno mismo para poder escribir».

La representación, meticulosamente ensayada, fluía. Muchos detalles tuvieron el efecto que Michael había esperado. Sin embargo, la carta de Richard por la que la pareja de enamorados, una pareja sencilla, se entera de que el marido está vivo y regresa a casa, y sigue queriendo como siempre a su Anna, produjo un efecto que Michael no se había imaginado ni por un momento. Mientras Homolka le leía la carta decisiva a Anna, las lágrimas no dejaban de rodar por sus mejillas, y en la quietud de la sala se alzó la intensa quietud de la conmoción de los personajes.

La obra de teatro retuvo en todo momento la atención del público, y la tensión fue aumentando hasta la caída final del telón.

El principal crítico teatral de Alemania, que había publicado en 1914 el poema bélico «A cada paso, un inglés; a cada golpe, un francés; a cada bala, un ruso por vez», escribió en su reseña —original a toda costa, como siempre—: «Lo mejor de *Karl y Anna* es un grito de Käthe Dorsch».

(*Karl y Anna* se representó en todas las ciudades alemanas que disponían de teatro y en todas las capitales del mundo).

Un par de días después del estreno, Michael empezó a escribir una nueva novela, inducido por una sensación que había surgido en su interior por primera vez cuando, con doce años, leyó un cuento de literatura barata. La muchacha que aparecía dibujada desnuda en la colorida sobrecubierta del cuadernillo de diez *pfennigs*, y que le parecía maravillosamente hermosa al chiquillo de doce años, era una hija ilegítima que deambulaba por muchos países hasta llegar a Roma y convertirse en papisa. Décadas después, en Michael seguía surgiendo la misma sensación siempre que se acordaba de aquel cuento. Y, aunque en aquella historia no ocurría nada relacionado con un amor incestuoso, la sensación era idéntica a la que lo había inducido a escribir la novela *Bruder und Schwester* [Hermano y hermana]. No tenía ninguna explicación para aquello, ni tampoco la buscaba.

A su Konstantin, el protagonista masculino, Michael le proporcionó unos fuertes atributos idealistas que sacó de sí mismo. A la preciosa Lydia la creó a partir de la poblada nada de la que el poeta extrae sus formas ideales. Gracias al taller del escritor, Michael sabía que un gran amor sólo puede conformarse sobre la superación de duros obstáculos. Konstantin y Lydia se enteran de que son hermano y hermana, de que nacieron del mismo vientre, después de casarse. Al principio, ni el propio Michael sabía mientras escribía la novela si el amor sería capaz o no de superar aquel obstáculo, que podía considerarse el más difícil. Era una expedición por un terreno inexplorado. Mientras trabajaba, siguió como espectador a sus dos enamorados paso a paso y comprendió sus sentimientos.

El 24 de febrero de 1929, Ilona dio a luz a un niño al que llamaron Andreas. El parto fue muy duro. Michael estaba a los pies de la cama, contemplando impactado un rostro de mujer devastado con manchas verdes como el fango. El pelo, empapado de sudor, le caía a Ilona por la frente, y los labios morados y abiertos le temblaban con cada respiración. Desde aquel instante, nada de este mundo podría volver a separarlo de ella.

Diez días después, el rostro de Ilona brillaba, centelleante de nuevo, igual que las diminutas perlas en la copa de champán, como si no hubiese pasado nada.

Michael se dijo que lo que no podían conseguir ni él ni sus sentimientos lo conseguiría el gran fenómeno de la naturaleza. Ilona había tenido un niño, de su propia sangre, nacido con dolor, un niño sano. Se trataba de un logro, de un gran logro, del que ella se enorgullecería, y con razón. La inseguridad ya no podría encontrar ningún punto de agarre en ella. A partir de entonces, por fin estaría en paz consigo misma y creería en sí.

El escritor fue testigo de que los monstruos psíquicos, surgidos de las heridas sufridas en la infancia, podían ser más fuertes que la legitimación para creer en uno mismo adquirida a través del dolor. Ilona no consiguió hacer las paces consigo misma, ni tampoco con Michael. Al igual que antes, el aire de la casa estaba empapado de conflictos que podían estallar con sólo una mirada de Michael, una palabra bienintencionada, por la que la mujer se sintiera criticada y atacada. Michael ya no albergaba ninguna esperanza. «Para su fortaleza no hay llave», se dijo.

Ilona tenía también sus momentos de luz, durante los cuales era una persona noble, incapaz de cualquier ruindad. Sin embargo, le resultaba imposible vivir en paz. Michael se rindió. Siguieron viviendo juntos, separados interiormente, y cada cual continuó con su camino. Fue la primera gran derrota en la vida de Michael.

Como escritor, su trabajo de veinte años le había llevado a pisar un terreno firme. Sus libros se habían publicado en todas las lenguas europeas, le llovía dinero de todas partes y lo nombraron miembro de la Academia.

Mientras trabajaba en la novela *Bruder und Schwester*, Michael volvió a levantar a su alrededor una torre inaccesible y, sin consideración hacia sí mismo ni hacia su estado emocional concreto, escribía día tras día su mínimo establecido: una página, y

si tenía suerte, un par de frases más. A diario, pasaba media hora en el Romanisches Café, por fidelidad a sus tiempos bohemios y también por John Höxter, que cobraba su pensión, dos marcos diarios para morfina, y se indignaba si Michael no aparecía puntualmente.

Un día, al salir del café —después de que, como siempre, John Höxter hubiese soltado sus cinco palabras sobre el tiempo a cambio de los dos marcos y, como siempre también, se hubiese levantado y desaparecido unos segundos más tarde—, un hombre se acercó corriendo a Michael, sonriendo alegre y con la mano levantada: Johannes Wohl, el Oscar Wilde alemán. Todavía llevaba el pelo largo y ralo peinado hacia atrás, lo que le iba bien a su frente alta. Su hermosa boca siempre había sido exuberante.

Michael se acordó de inmediato de que, siendo un muchacho ignorante de veintitrés años, se había retirado, horrorizado, en el Café Stefanie cuando Oscar Wilde le había colocado el brazo sobre los hombros para decirle: «Se ha vuelto guapo». Lleno de alegría por volver a verlo después de veinte años, Michael le preguntó a Wohl qué estaba haciendo y cómo le iba.

«Bien, me va bien. Estoy casado. Mi esposa es profesora. Tenemos cuatro hijos». El hombre sacó de la cartera un periódico viejo que estaba ya roto por los pliegues y le enseñó a Michael su ensayo sobre Stefan George. Había permanecido fiel a aquel sesgo juvenil.

Fue aquel encuentro lo que indujo a Michael, de regreso a casa, a echar un vistazo a su pasado hasta aquella «última bancada» de su clase, oprimida por el miedo al profesor Dürr. «En un gran escritor, uno de los grandes, no me he convertido. Hasta eso no ha llegado la cosa. Pero he hecho lo que he podido y un poquito más. ¡Amén!», pensó melancólico.

En el otoño de 1929, Michael concluyó la novela *Bruder und Schwester*. Creía que, lingüísticamente, era su mejor libro, y se dijo que por fin y al fin había aprendido a escribir.

Había reescrito una docena de veces todas las páginas, con el escritorio salpicado permanentemente por aquellas hojas. A esas alturas, el escritorio estaba vacío; igual que lo habría estado en una tienda de muebles. Encima sólo descansaba una carta, llegada con el correo de la mañana: el folletinista del *Berliner Tageblatt*^[18] les preguntaba a los escritores alemanes famosos qué mujer los había ayudado más en su trabajo.

Ante Michael pasó la época en la que había escrito *La partida de bandoleros* y *Die Ursache* con la enorme e inconmensurable ayuda de Lisa, la dura época inolvidablemente preciosa y feliz vivida con ella. Escribió un homenaje a Lisa que cerró con la frase: «Lisa era judía». Unos días más tarde, leyó su respuesta en el periódico. El folletinista había eliminado la última frase: «Lisa era judía».

Michael acudió de inmediato a la ciudad. Theodor Wolff, el mandamás de la mayor empresa de periódicos alemana, sostenía entre los labios una colilla prendida

del tamaño de una uña, mientras le decía sonriendo a su indignado visitante que, por supuesto, algo así no debía ocurrir. Le pareció que el asunto no tenía mayor importancia. (Hasta el año de la peste de 1933 no se supo que el folletinista, pupilo del redactor jefe, judío y filántropo Theodor Wolff, ya era por entonces miembro del partido nazi. Tras una vida consagrada al trabajo, Wolff murió en un campo de concentración alemán).

Michael había escrito sin pausa la novela corta y la obra *Karl y Anna*, así como la novela *Bruder und Schwester*, una detrás de la otra. Estaba exhausto y necesitaba descansar, como la tierra del trigal que después de unos años de cosechas debe reposar para que así pueda volver a generarse nitrógeno, necesario para el nuevo crecimiento.

Leyó mucho. Leyó también sus propios libros y, de vez en cuando, se sorprendía con alegría ante una frase, ante la formulación —escrita con aparente facilidad y sin esfuerzo— en sólo una frase de un suceso psíquico duro de reproducir. Dado que por entonces dichas frases sólo tenía que leerlas, y el duro proceso de trabajo que lo llevaba a terminar escribiéndolas ya no lo sacaba de sus casillas, durante aquellas lecturas le asaltó en varias ocasiones el temor de no ser capaz de hacer de nuevo lo que antes sí había hecho.

Después de leer sus descripciones paisajísticas, Michael redactó mentalmente una nota para el taller: «Las descripciones largas de paisajes no retienen el interés del lector. El escritor de novelas que no sabe describir un paisaje en una frase, de un modo tan plástico que el lector lo vea y lo huela como si se encontrase allí, debería decidir dejar de describir paisajes».

Michael leyó de principio a fin *Das Ochsenfurter Männerquartett*, su libro más hermoso, y se conmovió especialmente con su Hanna: un resorte gracioso, delgado y sin carnes, una forastera ardiente de color oliva y rosa, que pese a la inocencia de sus dieciséis años ya usaba todos los elementos de la femineidad seductora, mientras se mantenía en equilibrio, con sensatez emocional, en torno a los peligros de su precocidad. Michael había creado a Hanna de la nada: en aquel momento, había sido su ideal deseado de muchacha. Mientras leía, sintió —y sonrió ante su propia reacción— que el ideal de sus sueños y deseos seguía siendo Hanna, que no existía en la realidad.

Un día, transcurridos meses, un rayo de realidad lo atravesó en el Romanisches Café: allí, a dos mesas de la suya, estaba sentada Hanna.

De haber avistado a cualquier otro personaje novelístico que hubiese creado de la nada, Michael seguramente sólo se habría quedado sorprendido, interesado por comprobar si, en esencia, la persona en cuestión se parecía a su personaje. El suceso milagroso de que la imagen onírica de su anhelo masculino que había puesto por escrito estuviese sentada respirando delante de él le hizo perder la compostura. Fue «el encuentro» que le hizo perder la compostura.

«Hanna» llevaba una boina blanca bien embutida sobre el pelo, del color negro de los cuervos, que le caía en bucles relucientes hasta los hombros. Tenía la cabeza pequeña y bien formada, un rostro delicado de color oliva y rosa, y cuando, en gesto de agradecimiento, sonrió al camarero que le servía, mostrando dos filas de dientes bien proporcionados en una boca juvenil y algo grande, involuntariamente acompañó aquella sonrisa con lo atractivo de su resplandeciente condición de mujer, aún oculta: una muchacha ardiente que todavía estaba en la periferia de la vida. Lo que más profundamente conmovió a Michael fue la expresión de su rostro, de una intensidad entrelazada con humor y jovialidad. En su mirada, y el contorno de la boca — formado por unos labios dibujados desde la mente—, se adivinaba una irresistible curiosidad por la vida. Era Hanna.

Todos los clientes le lanzaban de vez en cuando a escondidas una mirada furtiva, y también el camarero, que se afanaba más de lo necesario en su presencia, parecía percibir lo especial que había en ella. Empezando por la ropa —un vestido de paño rojo de rigurosa confección—, la hija protegida de padres pudientes no encajaba en aquel café bohemio repleto de humo. Ella misma se había instalado en la mesa que quedaba justo al lado de la entrada, pese a que había muchas otras libres en el interior, como si sólo fuese a quedarse unos minutos. El café no le atraía, y no se había quitado los guantes blancos de gamuza.

Michael notó cómo, ante la presencia de la muchacha, se le soltaba algo que tenía agarrado al pecho, y volvió a experimentar en aquel momento la misma sensación de dejarse llevar por algo fluido y suave que le había invadido veinte años atrás, cuando después de la noche en el banco del Tiergarten, pese a estar empapado por la lluvia, había visto por primera vez a Lisa en el Café des Westens. Al igual que entonces, no se trataba de felicidad ni de pena; se trataba de la elección, que es un misterio.

En aquella ocasión, la sensación se mezclaba con melancolía: «Hanna» podía tener veinte años, seguro que no más de veintidós; él tenía cuarenta y ocho. La diferencia de edad era demasiado grande. No obstante, se dijo (no tuvo más remedio): «El sentimiento no se puede borrar a voluntad. O está, o no está». No pudo más que mirarla sin pestañear mientras reflexionaba, profundamente preocupado, sobre lo que podría hacer en ese preciso momento para conocerla.

Un adolescente alto y delgado, el clásico intelectual alemán de frente alta, gafas de concha y pelo peinado hacia atrás, entró a toda prisa. «Disculpa, Charlott, me han retrasado en la redacción», dijo. Se marcharon juntos.

A Michael le ardía la mitad izquierda de la cabeza. Le preguntó por ella al camarero y a todos los clientes que conocía. Nadie sabía quién era, nadie la había visto nunca antes en el café.

Se esforzó durante semanas por averiguar quién era. No volvió a ver a Charlott.

En el invierno de 1930, Michael viajó a París para el estreno de *Karl y Anna*. Gaston Baty se había ocupado de la dirección, Marguerite Chamoix hacía de Anna. Michael no sospechaba que estaba previsto que él desempeñara el papel de

ambassador of goodwill. En su palco estaba sentado el embajador alemán Von Hösch, que al día siguiente dio una recepción en honor de Michael. Asistieron cientos de personas; entre ellas, el ministro del mismo Gobierno francés que diez años después confinaría a Michael, el emigrante antinazi, en un campo de concentración.

Un par de semanas más tarde, Michael regresó a una Alemania cambiada. La repentina caída de precios por el descenso vertiginoso del derrumbe en la bolsa de Nueva York en el año 1929, que estuvo seguido por la peor crisis económica de la era industrial, había empezado a ejercer su efecto ruinoso en Alemania a finales del año 1930. La máquina económica alemana aún siguió funcionando durante un tiempo sin nutrirse. Llegó a un *impasse* de la noche a la mañana, por así decirlo, cuando el mercado mundial ya no fue capaz de absorber la exportación de mercancías alemanas manufacturadas, el eje de la economía de Alemania.

Millones de personas se quedaron en la calle, y otros millones más trabajaban sólo tres días a la semana. Entre los afectados se contaban mujeres y niños, veinte millones vegetaban en una necesidad perentoria. La desesperanza se colaba en las familias, y la cifra de miembros del partido nazi pequeñoburgués se multiplicó por cuatro.

La ominosa realidad de aquella época fue el tema de la novela de Michael sobre los desempleados, *Von drei Millionen drei* [De tres millones tres].

En el camino de vuelta de París a Berlín, Michael había anotado como pasatiempo un par de ideas para su taller de escritor, unas normas artísticas que para él se sobreentendían desde hacía mucho. Antes de empezar a escribir la primera frase de la nueva novela, volvió a leer esas notas.

«El autor no debe expresar ninguna opinión en la novela. Ha de mantenerse por detrás de su obra.

»Los tratados filosóficos no son cosa de novelas. Quien quiera leer un tratado filosófico acudirá a los filósofos. El escritor que, en una novela, trata de responder a preguntas sin respuesta —como si se recibe o no inspiración de Dios o del demonio— en forma de tratados filosóficos revela una falta de voluntad creativa o poder creador, además de una gran carencia de arte. La filosofía de una novela debe estar contenida en el todo que se ha creado. El escritor de novelas no debería ahondar más allá de donde se ubican la persona y el mundo.

»Si el escritor de novelas quisiera esperar a la inspiración, nunca podría acabar una obra. La inspiración aparece raras veces y nunca sin la colaboración del autor; se presenta durante el trabajo y mediante el trabajo. Cuando aparece, cuando de ese modo agotador “surge una idea en la cabeza”, la veta de oro de la idea debe quedar liberada de inútiles nubes y cenizas emocionales y, de entrada, hay que escribir por norma páginas y páginas para poder poner en práctica la idea surgida, que sólo se convierte en veta de oro cuando se encuentra en su único lugar correcto. La inspiración es un regalo que sólo se convierte en regalo a través del trabajo pegado a la silla.

»La acción externa, los sucesos fascinantes, cuando no son evitables por lo que al tema se refiere, no deberían tener en la novela más importancia que los colores exprimidos de los tubos a la paleta que el pintor utiliza para un cuadro.

»La configuración completa de los protagonistas en sí no es arte. El arte es lo no dicho, y lo dicho pero de un modo misterioso, lo que sin palabras resuena entre las líneas y, generando sentimientos más allá del sentido dominante, llega a los sentimientos del lector.

»Muchos escritores han redactado la frase “El cielo era azul”. Cuando de repente se abre con ello el firmamento azul ante el lector, se produce un gran acto artístico. Tal cosa puede lograrse si la sencilla frase “El cielo era azul” está colocada en el único lugar correcto que tiene en la descripción del paisaje. Media frase antes o después, se convierte en cuatro palabras que no dicen nada».

Michael tomó la determinación de ceñirse, en la medida de lo posible, a aquellas normas artísticas, difíciles de cumplir. En la nueva novela, el desempleo debía ser el personaje principal y el desencadenante de todo lo que ocurriese, o no ocurriese.

Tres hombres que, año arriba, año abajo, iban todos los días a la oficina de empleo, donde no había trabajo ni para los empleados de la propia oficina, se marchan al fin de la ciudad siguiendo su instinto, sin importar dónde. Tienen setenta *pfennigs* y el humor ceñudo de aquel al que la vida le es indiferente, de aquel a quien ya no puede pasarle nada más porque le ha pasado demasiado. Han renunciado a buscar algo que no existe en Alemania: eluden las ciudades, dado que bajo todas las chimeneas industriales ya hay miles de desempleados esperando en vano un trabajo. Por un golpe de suerte fabuloso, consiguen emigrar a Argentina, el país que les ofrece una esperanza para trabajar. Poco después de su llegada, tras una enorme caída del empleo, estalla una revolución, y ellos toman parte en ella de un modo activo. Los deportan. Enflaquecidos hasta los huesos, y desprovistos de toda esperanza, regresan de nuevo a pie, tras una odisea de dos años, a su ciudad natal, dado que sólo allí pueden percibir ayudas por desempleo.

Michael pasó un año y medio escribiendo aquel libro. Cuando se publicó, en el otoño de 1932, en Alemania había siete millones de personas sin trabajo y otros siete millones empleadas sólo tres días a la semana. Más de la mitad de la población, mujeres y niños incluidos, vivía en situación de necesidad imperiosa.

Aquél era el terreno abonado para Hitler, el hombre del fango.

La novela *Von drei Millionen drei* recibió escasa atención, pese a las críticas elogiosas. Pocos tenían por entonces dinero para libros. Michael leyó asombrado una vez más una de las críticas; Emil Faktor había concluido su bienintencionada reseña con la frase: «El punto débil de la novela es que el autor no conoce ningún método contra la crisis económica y el desempleo». A Michael le pareció que su crítico le exigía demasiado. (Hitler sí conocía el método contra el desempleo: el rearme para la Segunda Guerra Mundial, en la que morirían veintiséis millones de personas y Europa quedaría devastada).

Pese a que en las últimas elecciones al Reichstag, de noviembre de 1932, los nazis habían perdido cierta cantidad de sus escaños y sólo habían conseguido un tercio de los seiscientos ocho diputados, Hindenburg nombró canciller del Reich a Hitler el 30 de enero de 1933, para evitar el reparto de los bienes de Prusia Oriental.

El 27 de febrero, aquel Gobierno del pueblo de Beethoven y Goethe, designado solemnemente, le prendió fuego al Reichstag para poder arrestar por medios legales a miles de comunistas la misma noche del incendio.

Aquella noche, Michael estaba sentado en el Likorstube Mampe, en Kurfürstendamm. Un vendedor de periódicos se precipitó en el interior. El titular en letras grandes gritaba: ¡LOS COMUNISTAS HAN INCENDIADO EL REICHSTAG!

Todos supieron de inmediato quién había incendiado el Reichstag. Un amigo de Michael, el gran escritor de novelas y maestro de la lengua alemana Joseph Roth, explicó de un modo profético: «Si éstos creen que con métodos de gánsteres van a poder hacer política mundial, están condenados desde ya a la decadencia y terminarán como terminan los gánsteres». De inmediato, se fue a toda prisa a su casa, hizo las maletas y se marchó a París.

Al igual que otros opositores al nazismo, también Michael esperaba que el Gobierno de Baviera se opusiera al dominio nazi. Decidió viajar a Múnich.

Antes de la salida del expreso nocturno, recorrió el andén a un lado y a otro, y todas las veces pasó por delante de un hombre grueso a quien no prestó mayor atención. El hombre grueso estaba fumando un cigarro y hablaba mirando hacia arriba con dos mujeres mayores que estaban asomadas a la ventanilla de un compartimento de primera clase. Junto a él había un hombre patizambo, con ropa hecha jirones y un ajado sombrero de felpa verde embutido en la cabeza. Tenía el rostro —delgado, la boca y la nariz torcidas y deformadas— duro como la madera de roble.

Michael quería encenderse un cigarro. Cuando dio un par de pasos en dirección al hombre grueso que fumaba y, al hacerlo, movió automáticamente la mano una y otra vez en la faltriquera buscando en vano la caja de cerillas, el patizambo echó mano a su bolsillo trasero a la velocidad del rayo en busca de su revólver, con una repentina mirada de asesino en los ojos casi cerrados; en esa fracción de segundo, Michael se dio cuenta de que el fumador grueso era Hermann Göring. Ya no había vuelta atrás, y una vacilación insegura con la mano metida en la faltriquera habría provocado de inmediato los disparos del guardaespaldas de Göring. Tenía que acabar del modo más tranquilo posible lo que había empezado. Göring le ofreció el cigarro. La mano del revólver del guardaespaldas volvió a aparecer, esta vez sin arma.

Michael subió las cosas al tren, azuzado por la certeza de que había estado a sólo un segundo de la muerte. Desde el vagón observó cómo tres esbeltos oficiales de las SS con uniforme negro iban apareciendo uno tras otro ante Göring, chocaban los tacones, murmuraban unos despachos, chocaban los tacones y se retiraban con

rapidez. En todas las ocasiones, Göring colocó la mano del cigarro ante el ala de la gorra de modo informal.

En Múnich, Michael se encontró con Max Pallenberg, con quien había coincidido a diario durante los últimos años. Dado que Pallenberg estaba en un sanatorio para someterse a un examen general, Michael durmió también allí. Tras el examen, que había durado varios días, Pallenberg le dijo sonriendo, como sólo es capaz de sonreír una mente productiva: «Todos mis órganos están sanos. Sólo yo estoy enfermo».

Las enfermeras de aquel sanatorio eran monjas católicas. Después de un par de días, Michael se percató de que la enfermera jefe, una criatura con un pecho generoso cuyo rostro brotaba como una rosa de la cofia, recia y blanca, se había enamorado de él. La monja encontró el remedio: lo cuidaba como una madre. Michael se sintió conmovido.

Un día, después de haberle hecho la colada, remendar dos pares de calcetines y limpiar el peine y el cepillo, la enfermera le dijo en un tono riguroso y maternal a Michael que debía comprarse unas zapatillas nuevas, las viejas estaban ya demasiado cedidas. El escritor fue de inmediato a la ciudad. También quería comprar un neceser.

En Max-Joseph-Platz se encontró con Josef Bornstein, un empleado del *Tagebuch* que, en opinión de Michael, había escrito el mejor artículo en lengua alemana. Curiosamente, Bornstein también quería comprar un neceser. ¿O no era en absoluto un hecho curioso? ¿Percibían ya los antinazis alemanes lo que aún no sabían con certeza: que se hacía inminente un gran viaje de muchos muchos años por todos los países del globo?

Al salir de la tienda, desde el estrecho callejón, vieron que varias personas corrían por Max-Joseph-Platz, todos inclinados hacia delante, como huyendo de un peligro aún no visible. Había un silencio absoluto, un silencio que causaba escalofríos: el Gobierno de Held había dimitido y los nazis de Múnich ya iban a la caza de los antinazis.

A la mañana siguiente, la enfermera jefe, después de hacerle la maleta e incorporarse desde su postura arrodillada, le preguntó a Michael con una sonrisa tímida si podía acompañarlo a la estación.

En el taxi, Michael iba sumido en unos pensamientos deprimentes. ¿Y si todo lo que había anhelado como bohemio durante los ocho años de hambre, y luego creado trabajando duro a lo largo de veinte años, quedaba ahora borrado; el corazón y el sentido de su vida, borrados? ¿Lo borrarán también a él, en el país de su propia lengua? En el *Völkischer Beobachter* ya habían publicado semanas atrás un artículo sobre Michael repleto de amenazas y groserías. ¿Y si cruzaba sin más la frontera suiza? «Tal y como están las cosas, desde luego puede resultar útil que una enfermera con hábito de monja católica acuda conmigo a la estación. Así parecerá que soy un hombre enfermo y conservador», pensó sonriendo.

Antes de subir al tren —ya se habían tendido la mano el uno al otro como despedida—, la enfermera jefe, ruborizada de repente, sacó un ramillete de violetas

de su espacioso hábito y se lo dio a Michael. Los dos entraron en el embudo sin salida de la timidez.

El tren echó a andar. La enfermera levantó lentamente la mano, la agitó un poco, sólo los dedos. Michael le devolvió la mirada: allí estaba, blanca y negra, sola en el andén vacío. La mujer volvió a levantar la mano otra vez, lenta y vacilante.

Michael cruzó sin problemas la frontera suiza. (Al día siguiente, a los refugiados políticos los retuvieron en los trenes). Se dirigió a Zúrich.

Comenzaba así su segunda emigración. Duraría diecisiete años.

VII

Michael, con cincuenta años entonces, había vivido un cuarto de siglo en Berlín, que había sido su lugar de trabajo, su taller cargado de sentimientos, su vida. Siempre que se iba al campo en verano, al poco empezaba a echar de menos Berlín, irremediablemente. En cada una de aquellas ocasiones regresaba antes de tiempo y descendía contento en la Estación de Anhalter, feliz de estar de nuevo en el electrificante centro neurálgico de Alemania. Entendía muy bien por qué Max Pallenberg, el día que regresó de sus quince meses de viaje por el mundo, y ante la pregunta de Michael de qué era lo que lo había impresionado más, respondió radiante: «Berlín».

A aquellas alturas ya no había posibilidad de regreso. Esa certeza paralizante lo acompañó durante diecisiete años, día tras día, independientemente de si experimentaba alguna otra pena o alegría: por debajo de todo ello, permanente como su respiración, residía la agobiante sensación de que ya no había posibilidad de regreso a Alemania, a su taller, a su vida, a su paisaje, con el que se sentía uno, como si fuera una parte de un valle, un árbol, el río en una tarde de verano. Su vida ya no era su vida. Estaba dividida en dos, justo por la mitad.

Cuando en el año 1934, durante un banquete del Club PEN de Londres celebrado en honor de los escritores alemanes emigrados, H. G. Wells dio un discurso sobre la obra de Michael, éste no dejaba de pensar: «Él sí puede estar en su país». En otros estados europeos, Michael percibía, en cierto sentido, la alegría por el mal ajeno y la fría compasión de sus antiguos admiradores, ya que el escritor que no tiene detrás a su país cae al abismo en la lista del respeto, como acciones de poco valor. Lo aceptó con serenidad y se retiró en sí mismo: estaba solo.

El nuevo presidente nazi de la Academia de Autores, de la que Michael era miembro, le preguntó en un papelucho impreso si reconocía el Gobierno nacionalsocialista. Si no, lo expulsarían. «Sólo tiene que responder sí o no». Michael no respondió, pues incluso un «No» le parecía demasiado complaciente.

En el verano de 1934, leyó en el *Zürcher Zeitung* que lo habían expatriado por su libro *El hombre es bueno*. Fue un golpe directo al corazón. Se quedó de pie en la calle con el periódico en la mano. Tenía el pecho vacío. Pasó entonces a sumarse al grupo de los proscritos —en continua renovación a lo largo de miles de años—, que, a su manera, pagan el precio necesario para que no se extinga la luz. Aunque él sólo quería hacer su trabajo.

El hijo de Michael, Andreas, estaba en un exquisito internado para niños, el Institut Montana, cerca de Zúrich. Una vez a la semana iba a la ciudad, a casa de Michael, y siempre llevaba consigo una lista de deseos. En una ocasión, escrito en primer lugar y subrayado con insistencia, se leía: «Una navaja».

Más adelante, Michael pensó no sin orgullo en la conversación sobre la navaja. «Sé lo que significa una navaja para un joven, y te la compraría encantado. Pero me da miedo que te cortes», le había dicho a su hijo. El muchacho de dieciséis años caminó un minuto en silencio junto a Michael hasta que al fin le respondió: «Papá, si no me compras una navaja, no podré demostrarte nunca que no me he cortado». Superado por la lógica de su hijo, el padre le compró la navaja.

En el verano de 1935, Michael concluyó la novela *Traumgefährten* [Compañeros de sueños], que había empezado a escribir en Berlín. El libro lo publicó en Ámsterdam la editorial Querido, a la que el doctor Landshoff, emigrado y con gran experiencia en el mundo editorial, había incorporado el Departamento de Literatura en Lengua Alemana. Aquello supuso un beneficio permanente para los escritores alemanes emigrados, que también habían perdido su patria editorial.

En el otoño de 1936, se publicó en Querido una edición completa de las obras de Michael, que en Alemania estaban prohibidas y habían sido quemadas. El hecho de que sus libros, aparte de traducidos, pudieran leerse también de nuevo en su lengua materna, a pesar de «la prohibición y la quema», fue un consuelo en el camino a lo desconocido.

En 1937 Michael se marchó a París. En aquella época los franceses vivían despreocupados, pese a que Alemania se encontraba en pleno proceso de rearme desde hacía cuatro años. Experimentados observadores políticos, cuyas palabras no valían nada para los dirigentes del mundo, explicaban que en 1933 una frase nada equívoca del primer ministro inglés, pronunciada ante la Cámara de los Comunes, habría acabado con Hitler; para entonces, ya no se podía evitar la guerra de agresión de Alemania y, con ella, una tragedia mundial sin precedentes. (Cuando empezó la guerra dos años después, con la marcha de las tropas alemanas sobre Polonia y la destrucción de Varsovia desde el aire, Michael no pudo más que decirse que la historia no lograría descargar a las potencias occidentales de aquella grave culpa: haber contemplado el rearme de Alemania sin hacer nada).

Al principio, los emigrantes creían que Hitler no aguantaría en el poder más de un par de meses. Al principio, sólo eran espectadores asombrados y a veces entusiasmados de una brutal historia burlesca que se estaba representando en Alemania y no podía tomarse en serio. No veían posible que un pueblo con la alta e imponente tradición cultural de los alemanes fuese a plegarse a los métodos nazis, que, pese a su monstruosidad, al principio sólo causaban risa en un mundo asombrado.

Sólo unos pocos, Michael entre ellos, se decían —y estaban convencidos de ello— que los representantes de la industria pesada y del capital financiero, que habían avivado primero el partido de Hitler con sumas millonarias y al final lo habían alzado al poder, mantendrían y respaldarían a su hombre, dado que él, como ningún otro, protegía sus intereses económicos, de entrada, a través del rearme. Sobre la base de

aquella reflexión, Michael fue capaz de profetizar que el Gobierno de Hitler duraría años y años. Se burlaron de él.

Con el paso del tiempo, la esperanza de los emigrantes de regresar a su patria se desintegró y desapareció. La palabra «desarraigado» adquirió su significado más cruel. Los emigrantes no pertenecían a ningún sitio y pasaron a adoptar la forma de caminar propia de un perro que se ha perdido y vaga por ahí; unos andares que eran especialmente pesados cuando, en el país de acogida, trataban de ganarse lo que necesitaban para la cruda realidad. Trabajar estaba prohibido y se castigaba duramente, en última instancia con la deportación a un país donde también trabajar estaba prohibido y se castigaba duramente. Los emigrantes habían salvado la vida, una vida que, para algunos, ya no merecía la pena vivirse. Muchos se suicidaron.

El escritor emigrado había recibido un disparo en pleno corazón: el trabajo en la obra de toda una vida se vio interrumpido. Tuvo que experimentar cómo, sin el influjo vivo y perseverante de su lengua, emanado del pueblo, y sin la resonancia inestimable y perseverante del lector, ya no existía como escritor en activo. En la emigración tocaba un violín de piedra, un piano sin cuerdas, y lo que había escrito antes de emigrar había caído en el olvido en el país de su lengua materna. El resultado y el impacto de décadas de trabajo habían sido destruidos, no menos que las ciudades alemanas tras la guerra. A los escritores alemanes que se quedaron en la Alemania nazi les fue mejor y no sufrieron la envidia de los emigrados, que tuvieron que pagar el precio de su decisión.

En París había diez mil emigrantes. Su vida en la Ciudad de la Luz era opaca, y el miedo a la prefectura, a los agentes de policía que jugaban al destino por capricho y con sadismo, los acompañaba allá donde fuesen o donde estuviesen; no remitía ni siquiera en sueños. Para la policía francesa, los emigrantes que estaban en su país eran basura enmascarada, y como tal los trataban.

En aquellas circunstancias ignominiosas, Michael empezó a escribir una novela. Por entonces, dado que el lector de Alemania era inaccesible, le quedó claro que, en última instancia, el escritor escribe por sí mismo, para su deleite y angustia, y porque tiene que escribir. Iba a ser una novela de amor extensa, la historia de la vida de una muchacha desde los trece años hasta su vejez, cuando su hija cumple trece también.

Tenía escritos un par de capítulos cuando, en septiembre de 1939 —las divisiones acorazadas alemanas ya habían atravesado la frontera polaca—, diez mil emigrantes fueron enviados de golpe a un campo de concentración, a un campo de refugiados junto a París del que, semanas después, salió fletado el ganado emigrante hacia una docena de campos permanentes.

A Michael no le sirvió de nada que en las escuelas superiores francesas enseñaran alemán usando su novela *La partida de bandoleros*; ni tampoco que diez años atrás, en la recepción en la Embajada con ocasión del estreno de *Karl y Anna*, el ministro francés le hubiese estrechado la mano. Tampoco ser un emigrante político, un antinazi declarado, le sirvió de nada.

Junto a mil cuatrocientos judíos ancianos, lo condujeron a una granja abandonada: graneros y establos sin puertas ni ventanas y, para pasar la noche, paja vieja y maloliente sobre un suelo de cemento. Ya era octubre y hacía frío, un frío y una humedad penetrantes. La primera semana cuatro de ellos enfermaron de neumonía. El médico, un emigrante, tuvo que observar impotente cómo uno de ellos moría, dado que de la administración del campo no tenía la menor intención de proporcionarles ni una sola aspirina.

En el campo sólo había un grifo, no más grande que el grifo de latón de la cocina de una casa pobre, y todas las mañanas, por motivos inexplicables, se cortaba el agua a las once. Michael no participaba en las batallas diarias de los mil cuatrocientos por el puñado de agua con el que sólo podría haberse lavado la suciedad de manos y rostro. Se convirtió en una estoica columna de suciedad.

De la finca, vigilada día y noche por soldados con armas cargadas, no se podía sacar ni un pie, y el patio era tan pequeño que, cuando salían a tomar el aire durante el día, los mil cuatrocientos tenían que recorrerlo en un zigzag constante, pegados los unos a los otros. Incluso si hubiesen permanecido todos quietos de pie, no habría quedado un solo espacio libre.

En aquel molino humano que giraba sin parar, una papilla humana gris y espesa, también se hallaba alguien que llevaba en el ojal la cintita roja de la Legión de Honor francesa, un judío austriaco. Michael le había pedido que no se quitara la cinta de honor: iba bien en aquel entorno.

Sólo existía un único tema de conversación, la pregunta para la que no encontraban ninguna respuesta: por qué a ellos, a las víctimas, enemigos de los nazis, los trataban como enemigos leprosos de Francia. Un emigrante judío al que, por su edad, no habían podido mandar a un campo de concentración, respondió a aquella pregunta en un semanario que se publicó en París. En su artículo contraponía la necesidad de Francia de protegerse y el duro destino de las lamentables víctimas judías de los nazis, aplicando una objetividad excesivamente matizada por la sutilidad, y llegaba a la conclusión de que no se podía culpar a Francia de encerrar a las víctimas judías de Hitler en campos de concentración, dado que, al fin y al cabo, eran alemanes.

Un interno del campo, un dentista de Berlín que hábilmente había conseguido aquel número de la revista, les leyó el artículo en el patio a sus mil trescientos noventa y nueve compañeros de destino. Al silencio sepulcral siguió un torrente de indignación sin igual. El dentista gritó desgañitándose si acaso era el deber de un emigrante judío justificar públicamente aquellas medidas del Gobierno francés contra los emigrantes judíos.

El exacerbado dentista se acercó después a Michael, aún con la cara blanca, y le preguntó si el autor habría escrito el mismo artículo en caso de que lo hubiesen metido en un campo de concentración. Tartamudeando por la irritación, le preguntó: «¿Habría escrito ese artículo también aquí, en el campo?».

Durante un largo periodo de lluvias, el patio se convirtió en un pozo de barro infranqueable bajo el agua. Todos permanecieron en los graneros y los establos, que se inundaron de un denso hedor a humanidad. También allí, en su cama de paja hedionda, Michael siguió escribiendo su novela de amor. Tras concluir la descripción de un bosque de abetos con la frase: «El mirlo dibujó una línea negra desde el arroyo hasta la copa del árbol, que se balanceó con ese esbozo, y el pájaro se balanceó a su tiempo y silbó», no pudo más que reírse por la locura excepcionalmente sana de haber descrito el paraíso allí, en aquel apestoso infierno gélido plagado de porquería.

Transcurridas seis semanas, soltaron a un pequeño número de emigrantes del campo, entre ellos, al doctor Friedmann de Berlín, el famoso otorrinolaringólogo, y a Michael, que se habían hecho amigos. Los llevaron a la estación, y allí los dejaron libres. Juntos entraron en el restaurante de la estación, donde Michael tuvo una experiencia estremecedora: pidieron café, y el camarero les llevó efectivamente el café, del mismo modo en el que habría servido a dos seres humanos.

En París, Michael escribió durante seis meses unos cuantos capítulos más de la nueva novela. Estaba sentado en la cama trabajando cuando una mañana, a principios de mayo de 1940, dos agentes de policía entraron en su habitación, examinaron sus papeles y le explicaron que a la mañana siguiente debía presentarse en un campo de refugiados.

Se llevó el manuscrito consigo.

De los veinte mil emigrantes del campo de refugiados, aislaron a dos mil, a quienes, después de un viaje en tren de veinticuatro horas, descargaron en la punta más exterior de Bretaña, en Quimper.

Durante la marcha hacia Audierne, donde se encontraba el campo, los habitantes de la zona, llenos de odio y apostados a ambos lados de la carretera, escupían a los emigrantes, los golpeaban con puños y palos y les tiraban piedras, que impactaban en todo el que no las esquivaba a la velocidad del rayo. (Más adelante, el comandante del campo les explicó a los vecinos mediante una nota en el periódico que los emigrantes eran víctimas y enemigos de los nazis).

Los ejércitos alemanes estaban ya en Holanda y en Bélgica. Un par de semanas después, París se rindió sin plantar batalla, y el 9 de junio se extendió por el campo la terrible noticia de que los alemanes ya habían alcanzado Quimper y en cuestión de minutos llegarían en moto donde estaban ellos.

Toda emoción quedó diluida en miedo. Entre los dos mil había más de quinientos cuyos hijos servían en el Ejército francés, y algunos internos del campo, como Michael, tenían motivos de más peso para no temer nada tanto como a quedar a merced de los alemanes.

El comandante del campo había recibido la incomprensible orden de no liberar a los emigrantes, pese a que la guerra ya estaba perdida. Les comunicó que los guardas franceses dispararían contra cualquiera que tratase de huir del campo. A los cuatro emigrantes a quienes habían enviado a su oficina como portavoces les dijo:

—¿Y adonde quieren huir? Toda Bretaña está ocupada. ¿Cómo y adonde? ¿Directos a las manos de los alemanes? Para eso estarán igual de bien aquí.

—Sigue habiendo una diferencia —respondió un inmigrante— entre quedarnos aquí indefensos a merced de los alemanes o salir corriendo para salvar la vida, aunque no parezca haber perspectivas de ello. Libere a quienes quieran asumir ese riesgo de entre nosotros. Que se vayan.

—Una orden de instancias superiores me impide permitir tal cosa —replicó el comandante—. Ahora estamos todos en la misma situación. Tienen ustedes el honor de compartir el destino de Francia.

La discusión había terminado.

En mitad de la desmesurada agitación de los dos mil, Michael hizo su fardo. Temía que los alemanes le preguntasen por qué se había marchado de Alemania sin ser judío. ¿Qué iba a ocurrir entonces con él, el emigrante político, el antinazi declarado?

Un abogado judío de Praga que, destrozado, se había sentado en su camastro junto a Michael le dijo absorto:

—Imposible, es imposible... ¿Cómo saldrá de aquí?

—¡Saltando el muro!

—Los guardas franceses dispararán al que lo intente.

—Si quiere acompañarme, haga el equipaje. No hay tiempo para más cháchara.

—Fuera están los alemanes. ¿Qué ocurrirá, si es que conseguimos salir?

—Eso no lo sé.

—Nos arriesgamos a que nos disparen los guardas franceses o, si no, los alemanes ahí fuera.

—Así es. Pero si nos quedamos aquí, esperando a los alemanes, ninguno de nosotros tendrá ya la oportunidad de elegir entre el riesgo a que le disparen y la muerte segura en un campo de concentración alemán.

Siguió recogiendo sus cosas con prisa.

En vista de la ciega determinación de Michael, el checo fue a por las suyas, que colgaban de un clavo. El hombre que ocupaba la cama de al lado los miró, al principio sin comprender, y luego empezó también a guardar sus cosas. Diez minutos después, había allí dos mil maletas y fardos preparados, aunque ninguno sabía cómo salir del campo.

Sonó el silbato: la señal para formar. Todos marcharon al patio, estupefactos y en silencio. Michael se había colocado en la última fila de la gruesa herradura humana, con la espalda apoyada en el muro en el que había un paso hacia la parte trasera del patio. Tenía el fardo a su lado.

El comandante llegó a la mitad de la herradura y dijo: «Sus delegados les habrán comunicado ya por qué no puedo liberarles. Los centinelas tienen refuerzos. Esperemos que ninguno de ustedes sea tan irracional como para intentar escapar. Les

repito que los guardas tienen orden de disparar. Desempaqueten sus cosas de nuevo y mantengan la calma».

En el silencio sepulcral, sonó el traqueteo de las motos. Un teniente alemán y dos soldados con pistolas automáticas entraron por la puerta. El teniente observó con interés, se dio la vuelta y les hizo señas a sus soldados para que entrasen.

En el patio reinaba el silencio del miedo anónimo. Estalló un sollozo.

Mientras entraban los soldados alemanes, Michael y el checo, ocultos por la densa herradura humana, echaron a correr hacia la parte trasera del patio, seguidos por un líder sindical de sesenta años de Múnich y por un periodista austriaco que había publicado artículos en contra de los nazis en la prensa francesa e inglesa.

Bajo la mirada del guarda francés, arrastraron una mesa hasta el muro elevado y colocaron encima una caja. En la parte delantera se oían gritos de mando. Escucharon pasos: una división de soldados alemanes marchaba hacia aquella zona del patio.

Obviamente, el guarda francés, distraído por la aparición de los alemanes, a cuya merced también se encontraba él a esas alturas, y confundido por el repentino cambio de poder, no sabía lo que debía hacer, así que se quedó mirando cómo los cuatro trepaban por el muro.

Saltaron al otro lado y corrieron campo través, colina abajo.

Cuando Michael miró a su alrededor en busca del checo, que se había caído al saltar el muro, vio a tres soldados alemanes en lo alto de la colina. De repente, éstos se arrodillaron y sonó el traqueteo del fuego de ametralladora.

Los cuatro tiraron los fardos y corrieron hacia un arroyo, se metieron en el agua y atravesaron la corriente, escalaron por la orilla contraria y miraron a su alrededor indecisos, sin saber en qué dirección correr para no caer en manos de los alemanes.

Un colegial saltó de su bicicleta y les explicó, nervioso por su propia disposición a ayudar, cuál era el camino hasta la costa, donde los alemanes no podrían encontrarlos.

En medio había un monte pronunciado. El líder sindical de sesenta años trastabilló en la subida, víctima de una apoplejía, y cayó muerto.

Entre tropiezos y resuellos, se precipitaron por el pronunciado camino de la colina que el joven les había indicado y, de repente, vieron el mar. Recorrieron la costa, azuzados por la certeza de que a cada paso se alejaban más del campo. En cuanto se hizo la oscuridad, se sentaron a descansar bajo la cubierta de una pendiente arcillosa.

Su objetivo era Inglaterra, pero un viejo pescador destruyó su sueño: los alemanes habían incautado el fuel a lo largo de toda la costa, por lo que los barcos pesqueros no podían salir. «Quieren impedir que nuestros jóvenes huyan a Inglaterra. Por la noche escrutan el mar en motoras con focos. Ahora ya no pasa ni una barca de remos», les explicó.

El mar y el cielo estaban negros. Siguieron deambulando en la oscuridad, siempre siguiendo la línea de la costa, durante toda la noche.

Confusos, permanecieron cuatro días sin hacer nada en una cabaña de piedra en ruinas. Un campesino les llevaba algo de comer en secreto. Con frecuencia, el traqueteo de las motos que pasaban junto a la cabaña de madera les recordaba que, si se quedaban allí, tarde o temprano los descubrirían. Pero no sabían adonde ir. A la espalda tenían el mar; delante, el Ejército alemán.

Por segunda vez se acercaron a la playa, desde la que no partía ningún camino que los sacase de Francia y los llevase hacia la libertad. Al final, Michael verbalizó lo que los otros también habían pensado y no habían dicho, ya que parecía irrealizable:

—Únicamente lograremos escapar de Francia a través de algún puerto del Mediterráneo. Sólo nos queda huir por el Mediterráneo.

—Esto es el océano Atlántico —dijo el periodista austriaco, sonriendo enfermo y como si ya lo tuviese todo pensado—. El Mediterráneo, por ejemplo Marsella, queda a mil kilómetros de aquí, y dado que tendríamos que dar unos rodeos enormes para evitar todas las ciudades y pueblos, que están tomados por los alemanes, deberíamos cubrir al menos dos mil kilómetros. ¡Y, encima, a pie! El ferrocarril no es una opción.

—Pero ¡entre el océano Atlántico y el Mediterráneo está el Ejército alemán! —gritó el checo desesperado.

—Y aquí también —añadió Michael.

A la mañana siguiente, cuando se despertaron en la cabaña de piedra, estaba lloviendo. Tras una conversación infinita, y en vista de que no había ninguna opción posible, decidieron intentar lo imposible: huir desde el océano Atlántico hacia el Mediterráneo atravesando las líneas del Ejército alemán.

—Es una muerte segura —afirmó el checo, un hombre que se preocupaba en exceso.

Hacia mediodía, cuando la lluvia cesó, partieron. No tenían nada que llevarse. Tres vagabundos sin afeitar que retrocedían por una carretera, por la que a cada minuto podían adelantarlos motos alemanas. Describieron un arco para meterse en los campos.

Pasadas cuatro horas, tras rodear una de las pequeñas ciudades tomadas por los alemanes a la que habrían llegado en media hora por el camino, volvieron a ver desde un monte el océano Atlántico a una cercanía desconcertante, y entonces les quedó claro que la huida hacia el Mediterráneo duraría meses a causa de los inevitables desvíos.

En los pueblos reinaba un silencio especial. Las personas se cruzaban unas con otras en los callejones íntimos y se miraban entre sí. El destino se cernía por encima de las tierras.

El gendarme de un pueblo les aseguró que en la siguiente ciudad pequeña podrían pasar la noche tranquilamente, allí no había alemanes, cosa que él sabía bien porque acababa de regresar de aquel lugar.

Los tres extraños sin afeitar, polvorientos, llamaron la atención en la ciudad. Sin embargo, los vecinos tenían algo en la mirada, como si hubiesen cerrado tácitamente

con los fugitivos una alianza contra el enemigo común.

Tras recorrer un callejón lateral muy estrecho, llegaron a la calle principal, que atravesaba la localidad. Al llegar a la altura del muro de la iglesia se encontraron con más de cien vecinos que esperaban, silenciosos y quietos, como si de ella fuese a salir un féretro. Los tres, que desde el callejón lateral aún no podían ver lo que había ocurrido en la calle principal, avanzaron sin sospechar nada hasta la esquina y, de repente, descubrieron que un grupo de alemanes, con sus respectivas motos, bajaban de la parte de atrás de un camión. El teniente que dirigía la ocupación de la ciudad en mitad de la calle, con un cigarro entre los labios casi en perpendicular, miró con un gesto examinador a los tres vagabundos paralizados por el miedo.

En ésas, ocurrió algo inconcebible. Michael se acordó de inmediato —y se le aceleró el corazón igual que entonces— de la escena en la Estación de Anhalter, cuando se puso a buscar fuego bajo la mirada del guardaespaldas de Göring, que estaba preparado para disparar. La repetición de una experiencia tan singular sólo podía explicarse por el hecho de que todo fumador habitual, siempre que se encuentra en una situación de excitación o peligro, echa mano involuntariamente del tabaco.

Al igual que Michael entonces, el austriaco se estaba palpando el bolsillo en busca de la caja de cerillas, y obviamente siguió sus impulsos una décima de segundo, cuando avanzó los dos pasos que lo separaban del teniente. También él, entonces, como Michael en su momento, tenía que acabar del modo más calmado posible lo que había empezado.

El teniente, pillado por sorpresa, le ofreció la colilla y siguió con el interés de un fumador los movimientos del austriaco que encendía su cigarro.

En silencio, siguieron avanzando por la calle principal.

—¡No miréis atrás! —se limitó a susurrar el austriaco.

Cuando habían llegado a la altura de las últimas casitas, sonó detrás de ellos el traqueteo de una motocicleta.

—El teniente ha cambiado de opinión —murmuró horrorizado el checo.

El traqueteo se hizo más intenso. No se dieron la vuelta. Un escalofrío les recorrió la espalda. Los alemanes pasaron de largo.

Hicieron noche en el henal de una granja aislada. Al despuntar el alba, siguieron su camino. No pensaban en Marsella, una nebulosa en otra estrella; su objetivo era únicamente el siguiente pueblo. Los tres prófugos, que se habían quedado paralizados, agotados, en la cabaña de piedra, caminaban con la certeza de que, a aquellas alturas, con cada paso contribuían a su salvación. Seguían vivos porque iban colocando un pie delante del otro, paso a paso, hacia un objetivo que permanecía siempre a la misma distancia irreal.

La carretera blanca se extendía solitaria por delante de ellos en toda su infinita longitud. Y, sin embargo, por las noches quedaba detrás, en el olvido.

Transcurridas dos semanas —a menudo debían huir a toda prisa para ponerse a cubierto ante la aparición de destacamentos alemanes—, tenían los zapatos

destrozados y las camisas, empapadas por enésima vez, se les pegaban incluso por las noches. Michael, con cincuenta y siete años entonces, se había quedado esquelético.

Encontraron protección en los campesinos: como huían de los alemanes, eran bienvenidos. Dormían en henales. Michael tenía cosido el manuscrito de la novela en la gabardina corta, para así no tener que llevarlo en la mano. Por las noches enrollaba la gabardina alrededor del manuscrito y la utilizaba como almohada.

Ya al principio de la fuga habían tenido la intención de comprar bicicletas. Sin embargo, en los pueblos no había tiendas de bicicletas, y en las ciudades y municipios pequeños había alemanes. Un día tuvieron suerte. Caminaban exhaustos y sudorosos bajo el calor asfixiante de julio uno detrás del otro, lentamente, por un estrecho camino secundario. El camino desembocó en la Route Nationale, que, debido a los alemanes, habían temido y evitado hasta el momento. En la esquina encontraron una posada, con un edificio anexo nuevo y una tienda de bicicletas.

Entraron en el restaurante, se sentaron a una mesa junto a la ventana y pidieron huevos fritos, también para el austriaco, que había ido a la tienda de bicicletas. Mientras el posadero les llevaba el vino tinto y se lo servía, entró un señor bien vestido de paisano, seguido por dos oficiales alemanes que hablaban agitados sobre Inglaterra. Los tres nuevos clientes se sentaron al fondo en una zona en sombra, en la barra, de espaldas a la mesa de la ventana. Hablaban en alemán.

Michael tiró del checo, que pretendía huir, para volver a sentarlo en la silla. Salir corriendo antes de que el posadero les hubiese llevado los huevos le parecía más peligroso que quedarse sentados sin llamar la atención.

Con los nervios a flor de piel, escuchó la conversación de la barra. Le pareció que se trataba de una vieja controversia entre el alto oficial y el joven teniente, que exclamó exaltado:

—Todas las armas pesadas de las que disponían los ingleses han permanecido en Dunquerque. En la isla no les quedará prácticamente nada, eso es seguro. Ahora mismo no tienen nada. ¡La invasión debe ser inminente!

—Sólo puedo repetir que el Estado Mayor sabrá lo que hay que hacer ahora —repuso el otro oficial en tono enojado.

El teniente levantó los brazos desesperado.

—Si no se lleva a cabo la invasión, quién sabe, a lo mejor algún día nos vemos obligados a decir que regalamos el mundo. ¿Qué cree usted? —le preguntó al civil.

—*Heil Hitler!* —respondió éste tranquilamente.

Aquello silenció al teniente.

El posadero les llevó los huevos. Por detrás, se oyó la voz del civil.

—¡Francia ha caído, noqueada! Ustedes han hecho su trabajo. Ahora empieza el nuestro. Por desgracia, hay muchos lugares que nos interesa dominar en territorio no ocupado.

El agente de la Gestapo se levantó.

En aquel momento, entró el austriaco, que exclamó radiante:

—Hay diez bicicletas ahí. Tenemos dónde elegir.

Se quedó helado al ver a los clientes de la barra.

No obstante, al agente de la Gestapo no le interesaron los campesinos franceses con barba de varios días que comían huevos fritos y bebían vino tinto; siguió avanzando y salió. Al poco, se marcharon también los dos oficiales.

—En esta huida, todo depende de diminutos azares —dijo Michael—. Si nos hubiese dado usted la buena noticia de que ahí al lado hay bicicletas, no en francés, sino en alemán, cosa que habría sido completamente natural, seguro que ese señor nos habría invitado a su oficina.

El checo compró las tres bicicletas. (Llevaba una gran suma de dinero bajo la camisa, sobre el pecho. Michael y el austriaco no disponían de un solo franco). Pedalearon un tramo por la Route Nationale hasta llegar al primer camino secundario, y ahí se desviaron. Comenzó así el Tour de Francia, por vías rurales y caminos forestales.

El temeroso checo era una dura carga psíquica. Se negaba siempre a abandonar cualquier escondite seguro en el que se hubieran detenido a descansar, y forzaba una y otra vez debates de horas que nunca conducían a nada: no quería correr ningún riesgo, aunque debía admitir para sí que aquella empresa no era viable de otro modo, dado que si querían avanzar, básicamente, debían asumir a diario una docena de veces el peligro de que los capturasen los alemanes, que habían ocupado todas las ciudades pequeñas y podían aparecer inesperadamente en cualquier parte. El único modo de sacarlo del refugio seguro para regresar al largo camino era no hacer ninguna concesión más ni a él ni a su miedo y, sencillamente, partir.

Al fin llegaron a la región no ocupada, donde ya no tenían que temer a los alemanes. Habían estado veintiocho días de camino y les habían pedido refugio a veintiocho campesinos; no, a veintinueve. Fueron hasta Marsella en tren.

La huida desde el campo de concentración y el océano Atlántico entre el Ejército alemán hasta el Mediterráneo había sido un placer aventurero y extenuante en comparación con el trato que la policía daba a los emigrantes en Marsella. Michael se dijo entonces que no sería capaz de describir de un modo creíble la vorágine incesante de amenazas enervantes, las agonías infernales de los emigrantes asustados y absolutamente perplejos e indefensos.

Las cárceles estaban abarrotadas. La policía llevaba a cabo razias de día y de noche, y en cada una de aquellas ocasiones desaparecían emigrantes a quienes ya no volvía a verse. En Marsella siempre les faltaba algo en la documentación, una autenticación, un sello o un certificado de salida del comandante del campo: un documento que el emigrante que había huido de un campo escapando de los alemanes en ningún caso podía tener.

Más allá de innumerables rumores fantásticos, en repetidas ocasiones circulaba el rumor nada inverosímil de que los alemanes ya estaban avanzando para ocupar el sur de Francia, y con él, Marsella, algo que incrementaba inconmensurablemente el

miedo de los ya enervados emigrantes, dado que de Francia les resultaba imposible salir. Cualquiera disponía del visado de tránsito español o portugués, y algunos, de un visado de entrada de algún país exótico. Pero las autoridades francesas no daban visados de salida. No había. No era necesario buscar ningún motivo, porque no existía ninguno comprensible. (Cuando más adelante los alemanes ocuparon también el sur de Francia, la policía francesa entregó a la Gestapo a miles de emigrantes, hombres, mujeres, niños, que terminaron en los hornos de Auschwitz. No habrían acabado asesinados de la más terrible de las maneras si las autoridades francesas les hubiesen proporcionado visados de salida).

De aquel círculo de la muerte escaparon al final unos pocos emigrantes, Michael entre ellos. Atravesaron a pie y sin visado de salida la frontera hispano-francesa por los Pirineos. A muchos los detuvieron cuando iban ya camino de la frontera, en las estaciones de trenes, en los trenes; a otros, en la frontera misma. Hubo también muchos que prefirieron la muerte a regresar al infierno de Marsella y se suicidaron en la frontera, a un paso de la libertad.

En Lisboa, pasadas unas semanas, Michael recibió el visado estadounidense gracias a la mediación del Emergency Rescue Committee, fundado por Franklin Delano Roosevelt con el objetivo de rescatar de las garras de Hitler a famosos científicos y artistas europeos. El 9 de octubre de 1940, Michael se encontraba a bordo de un barco, con el corazón pesaroso. Qué iba a ser de él, un escritor alemán, en Estados Unidos...

VIII

Mientras entraba en el puerto de Nueva York, Michael contempló, al igual que millones de emigrantes antes que él, un brote que sobresalía del mar, colosal y fantástico: la grandiosa silueta de unos inverosímiles gigantes arquitectónicos apretujados sobre Manhattan, una tierra cuyo valor ascendía a más de cien mil millones de dólares y que los indios habían vendido en su momento al hombre blanco por el equivalente a veinte dólares.

Michael llegó a Estados Unidos con trece dólares y el manuscrito de una novela inacabada, andrajoso de los pies a la cabeza. En el muelle, un empleado de Warner's le dio un adelanto de doscientos dólares. (Personalidades alemanas del mundo del cine en Hollywood habían convencido al director de aquel gran estudio para que les hiciese a algunos escritores alemanes emigrados «contratos de salvamento» por valor de cien dólares a la semana, durante un año). Mientras se metía en el bolsillo el recibo firmado, aquel hombre le dijo a Michael, sonriendo amablemente, que lo esperaban una semana más tarde en el estudio de Warner Brother's.

Hollywood está a cuatro mil ochocientos kilómetros de Nueva York, y el trayecto en el tren más rápido dura tres días y cuatro noches. Michael no permaneció lo bastante en Nueva York como para echarle un vistazo a la ciudad.

Por la noche se quedó un rato junto a la ventana de su habitación de hotel, en una planta dieciocho. En la ventana brillaban los ojos de los altísimos rascacielos en la oscuridad, incontables cuadrados de luz silenciosos en diferentes tonos pastel, amarillo claro, azul claro, rosa: una visión mágica. Al fondo del abismo, bramaba el tráfico.

En el enorme armario, abierto de par en par, colgaba solitaria su gabardina, indescriptiblemente sucia. Michael separó con una navaja de afeitar el manuscrito de su novela, cosido y aplastado, que le había servido de almohada veintiocho noches durante la huida por Francia. Contempló lleno de satisfacción el manuscrito salvado. Al final, leyó con timidez la primera página, que había escrito en otro mundo, en otra vida: antes del inicio de la guerra de Hitler, que desolaría toda Alemania hasta el corazón.

A la mañana siguiente llegaron algunos reporteros. Michael, que ni siquiera en las horas más oscuras, mientras huía por la Francia conquistada y devastada, había creído ni por un segundo en la victoria final de Hitler, les dijo a los periodistas: «Hitler no conquistará el mundo. El mundo conquistará a Hitler».

En el viaje a Hollywood, Michael pasó un par de cientos de veces por la misma ciudad pequeña, todas con su gasolinera, su colmado y su cine. Era como si un fabricante de ciudades hubiese hecho un par de cientos de unidades siguiendo el mismo modelo, como cajas de construcción de juguete, y las hubiese colocado en la ruta.

En una ocasión, el veloz tren atravesó campos de maíz durante horas, sólo maíz ininterrumpidamente, y luego ininterrumpidamente nada más que cereales, un mar de cereales inmenso por todas partes. Michael ya había leído que las granjas con un par de cultivos y vacas, como en Europa, no existían en la agricultura estadounidense, dado que ésta estaba organizada exclusivamente para la producción en masa, como la industria. «En todo Estados Unidos no parece haber un solo montón de estiércol», pensó.

En el estudio de Warner Brother's, a Michael le dieron una oficina, con una secretaria que hablaba inglés y alemán, y material suficiente para escribir una docena de guiones. Durante semanas no ocurrió nada. Michael leía a veces, y la secretaria se peinaba y cepillaba el pelo, se depilaba las cejas, se las perfilaba, se hacía la manicura. Se pintaba las uñas todos los días dos veces con el mayor de los esmeros. La máquina de escribir dormía.

Michael tenía que llegar puntual a las nueve de la mañana al estudio. La empleada de la taquilla registraba su llegada. A las cinco en punto se marchaba, después de haberse aburrido durante todo el día, y a cambio recibía todos los sábados un cheque de cien dólares.

El guionista estadounidense de la oficina de al lado, que ganaba tres mil quinientos dólares a la semana, resolvió el enigma de por qué a Michael no le asignaban ningún trabajo. Sonriendo con camaradería, le dijo: «Consideran del todo descartable que un escritor que trabaja por cien dólares a la semana pueda escribir algo útil». Aquel hombre pasaba todos los días entre quince y veinte minutos en el baño, y había calculado que Warner Brother's le pagaba sólo por eso cien dólares a la semana. *That means: five thousand two hundred a year.*

Para hacer una pausa en su aburrimiento, Michael se tomaba todas las tardes una taza de café por cinco céntimos en el colmado situado frente al estudio. La tienda estaba atendida por tres figuritas discretamente perfumadas, maquilladas como muñecas con un realismo desconcertante, con un pelo angelical, sedoso y rubio que les caía sobre los hombros en precisas ondulaciones. La angelical muñeca —Michael nunca lograba distinguir cuál era cuál—, con las cuatro extremidades articuladas, sonreía automáticamente con cordialidad y metía en la caja los cinco céntimos.

En la pared izquierda de la cocina abierta, visible con todo detalle desde la zona de clientes, había colgadas seis máquinas resplandecientes: unos cilindros de níquel de medio metro de alto enmarcados por unos tubos de cristal en los que giraba un agua roja y verde, mientras el cocinero ataviado de un color tan blanco como la nieve usaba básculas y botones para dejar caer en los vasos una sustancia multicolor fina y espesa que salía de los seis cilindros. En primer plano, había un horno eléctrico reluciente y un horno de gas con seis llamas, reluciente también.

Un día, Michael pidió leche caliente porque le dolía la garganta. La muñeca angelical le dijo sentidamente que, por desgracia, la máquina de la leche no funcionaba. Cuando Michael le preguntó si no podían calentar la leche en el horno de

gas, en el rostro de la muñeca, hermoso y petrificado, apareció por primera vez un rastro de vida real, seguido por el asombro de que Michael creyese que la leche se podía calentar en el horno de gas en lugar de en la máquina de la leche. Agitó en silencio la cabeza ante el europeo mentalmente enfermo, levantó un espejo y se enseñó a sí misma sus dos filas de dientes, blancas y brillantes.

Transcurridas otras cinco semanas, Michael recibió al fin el encargo de escribir un guión a partir de la novela estadounidense *Danger Signal* [Señal de peligro]. Warner Brother's había adquirido los derechos de adaptación al cine por una suma enorme. El libro era ya un clásico del estudio: Michael sabía que otros guionistas muy bien pagados habían escrito antes media docena de guiones inservibles; inservibles precisamente porque a partir de aquella novela no se podía escribir ningún guión «servible». Que aquél no era un encargo serio lo supo Michael nada más ver la sonrisa del mensajero que le llevó la novela y el fajo de guiones antiguos. Claramente, querían evitar que Michael se muriese de aburrimiento en su oficina. En aquellas circunstancias, no conseguía entusiasmarse con el encargo. De todos modos, se puso a ello.

Saber con seguridad que hasta octubre de 1941 recibiría todas las semanas cien dólares era un gran alivio para Michael en aquellos tiempos de necesidad. Aceptaba los cheques con gratitud y, entretanto, escribía su novela en la oficina. Heinrich Mann, que tenía su oficina enfrente, le reconoció a Michael que él también cometía el mismo robo. El gran escritor de novelas, un señor del intelecto que tenía en su haber un corpus enorme y ya había cumplido setenta años, debía llegar igualmente a las nueve de la mañana al estudio y cumplir con sus horas por aquellos cien dólares, dado que él, al igual que Michael, no disponía de nada más que del honor de ser un emigrante político.

Los exitosos alemanes del mundo del cine en Hollywood, que desde hacía años ganaban auténticos dinerales y llevaban vidas de millonarios en sus lujosas villas, acudieron a ver a Michael y lo llevaron a sus grandiosos palacios en sus últimos modelos de Cadillac. Cuando olieron que Michael no se convertiría en ninguna estrella del firmamento hollywoodiense, hicieron como si no lo conocieran.

En Hollywood, alguien que gana al año doscientos mil dólares no se relaciona con nadie que gane sólo cien mil. Michael, que después de un año no ganaba ya nada, tuvo una oportunidad excepcional de experimentar rigurosamente que en Hollywood el dinero, y ninguna otra cosa, es determinante. Para sus compatriotas de éxito, Michael era un espectro sin cuerpo, invisible cuando se topaban con él. El escritor se dijo que, con humor y actitud, uno podía lograr que le diese igual todo aquello —y más aún—. Siguió escribiendo su novela.

A Michael le gustaba mucho el clima duro y refrescante de Berlín, le encantaba, por lo que en Hollywood necesitaba una cantidad adicional de energía para trabajar en la novela, ya que la capacidad de concentración quedaba reducida a un mínimo por culpa del clima húmedo del calor tropical, que diluía la sangre. En el aire no había

aire, como decía él. A menudo, escribía boqueando una y otra vez en busca de un aire que no existía, con obstinada energía desde la mañana hasta la noche, trabajando en una frase que a la mañana siguiente tenía que volver a borrar. En Hollywood perdió mucho tiempo, un tiempo muy valioso, años irrecuperables.

El teléfono de Michael sonaba raras veces, el escritor mantenía poca comunicación, evitaba a quien podía. En aquel clima que consumía el tiempo, debía dedicar por completo sus días a trabajar en la novela. Una vez a la semana, visitaba a un matrimonio de judíos emigrados a quienes había conocido en Suiza.

La vez que acudió a casa de aquellas amables gentes para transmitirles sus condolencias por la muerte, con setenta y seis años, del padre de la mujer, un hombre vestido de negro subió con él en el ascensor cargando una maleta de piel negra que, en el lugar del sello insignia de algún hotel, llevaba un pájaro plateado. El hombre de negro con la maleta negra parecía un mago, y era el encargado de lavar y maquillar cuerpos de la funeraria hollywoodiense que Evelyn Waugh había descrito en su novela satírica *Los seres queridos*.

La mujer abrió la puerta de la casa. El tanatopráctico pidió que lo dejase un rato a solas con el fallecido. Pasada una hora, los condujo a la mujer y a Michael a la habitación en la que descansaba el muerto. Como un pintor que le enseña por primera vez a su cliente el retrato encargado, aún húmedo, señaló el lecho, orgulloso y recatado.

El tanatopráctico había rellenado todas las arrugas faciales del fallecido con una especie de masilla, había pintado el rostro gris cadavérico con un maquillaje rosa espeso y le había colocado los labios para modelarlos en una sonrisa radiante.

El hombre muerto sobre la cama ya no estaba muerto, sólo dormía y soñaba, sonriendo radiante. Era una visión insuperablemente espantosa. La mujer, que se había quedado blanca como la pared, huyó horrorizada de la habitación.

Una estadounidense que vivía al lado —una mujer cuya madre había muerto una semana antes por cáncer de estómago, y a quien habían enterrado con la misma sonrisa radiante, como un cadáver vivito y coleando— entró sin hacer ruido y susurró en tono alegre: «Es bueno que en realidad no tengamos que despedirnos de nuestros parientes».

«Qué pobreza de sentimientos, qué cobardía abismal debe de tener una persona que está preparada para que enmascaren la muerte de un pariente con masilla y maquillaje», pensó Michael.

Al día siguiente fue el entierro. El cementerio era un parque enorme, profusamente decorado con copias de esculturas griegas a mayor tamaño que el natural y todo tipo de espléndidas estatuas de mármol y bronce, con estanques y fuentes: un parque de recreo. El matrimonio y Michael fueron en coche hasta la tumba.

Al lado estaban enterrando al mismo tiempo las cenizas de una chiquilla de diecisiete años. Siete familiares de la difunta rodeaban la tumba, junto a doce jaulas

chapadas en oro con veinticuatro canarios pequeños. Los familiares escuchaban complacidos el gorjeo, claramente convencidos de que también la muchacha en la urna de las cenizas escuchaba complacida el soleado cántico. Había buen ambiente.

Michael se imaginó un entierro en un cementerio de un pueblo europeo: la muchacha fallecida está muerta y la granjera sollozante trata de encontrar valor en su corazón para soportar la muerte de su hija.

Tras el ataque de Japón contra la base naval estadounidense de Pearl Harbour, el 7 de diciembre de 1941, y la entrada de Estados Unidos en la guerra, el hotel en el que Michael vivía quedó a oscuras. Los clientes se sentaban por las noches en el enorme vestíbulo y, bajo la escasa luz de unas velas, hablaban entre susurros sobre los bombardeos japoneses, aunque todos sabían que ningún avión japonés podía recorrer ocho mil kilómetros para soltar sus bombas sobre Hollywood. Pasados un par de días, ya no les producía ninguna sensación especial sentarse a la luz de las velas a susurrar en el vestíbulo. Volvía a haber luz.

Los vecinos de Hollywood siguieron durante toda la guerra las sangrientas victorias y derrotas en los campos de batalla de Europa como si las vieses desde un palco. En la vida diaria, nada había cambiado. Incluso se podía comprar cualquier cosa.

Michael presenció con actitud crítica los años en los que los rusos, y no sólo los rusos, esperaron en vano en el «segundo frente». Tampoco el pueblo estadounidense entendió el retraso, que se prolongó durante años. Cuando los aliados derrotaron a tres divisiones alemanas y media en Sicilia y los rusos se vieron obligados a luchar contra doscientas divisiones alemanas, Michael se preguntó si los aliados, entonces en guerra, habrían concebido ya otra política, su propia política de posguerra.

La época vacía de vida real, una vida que no podía existir para nadie en la ciudad del cine, se evaporaba como un pájaro incoloro que pasara aleteando. Un mes transcurría más rápido que un día en cualquier otro sitio lleno de vida. Después de años, Michael tenía la sensación de llevar en Hollywood sólo un par de semanas.

En aquella existencia vacía había un punto de luz. Michael, que había escapado vivo gracias a la mano salvadora de Estados Unidos, era consciente día tras día, durante los años de guerra empapados en sangre, de lo que significaba estar en un país que, al contrario que Francia, garantizaba la libertad incondicional a los emigrantes a los que había acogido.

Constantemente martirizado por el clima húmedo y tropical y falto de aire, Michael escribía a diario un par de frases de su libro, a duras penas, como nunca antes. Cuando estuvo listo el penúltimo capítulo, en la primavera de 1944, se vio en la peculiar situación de tener que interrumpir la escritura de una novela que acabaría con el final de la guerra, dado que debía esperar a ese final para poder describir los detalles con autenticidad histórica.

Un día, descontento porque llevaba semanas sin hacer nada, se quedó parado en Hollywood Boulevard delante de un escaparate en el que se exponían artículos de

caballero; en medio había una corbata de seda azul con una mujer desnuda de color carne que ocupaba todo el largo de la tela. «Pintada a mano», decía en el cartelito. (Un par de semanas antes, había leído en una revista que en Estados Unidos había corbatas pintadas a mano, originales, que costaban mil y dos mil dólares, y corbatas pintadas a mano de las que sólo se fabricaba un ejemplar, originales, que costaban cinco mil dólares).

Al ver la corbata con la mujer desnuda, se dibujó de repente ante él la sórdida sonrisa de un hombre que se había encontrado cuarenta años atrás en Rothenburg ob der Tauber. En una época muy muy lejana, en Rothenburg, Michael había raspado las paredes y techos completos de las estancias del palacio estilo Luis XVI de una tal baronesa Josepha von Uffendorf, y luego había vuelto a pintarlas junto con el maestro pintor. La baronesa Josepha tenía por entonces treinta y dos años y ya estaba un poco marchita: una mocita vieja que no podía seguir esperando que el hombre con el que había soñado llegase alguna vez y se la llevase a casa. El raspador de paredes de veintidós años se había enamorado perdidamente de ella. En los aposentos del criado, cuyas paredes también hubo que raspar y pintar de nuevo, había colgado un grabado a color que representaba a una mujer gruesa desnuda y un señor con frac que la azotaba. El criado le había enseñado a Michael el obsceno grabado mientras le decía, sonriendo con sordidez: «Cuando por las mañanas le llevo a la baronesa el desayuno a su habitación, ella está tumbada como un ángel en la cama». Michael, que aún era un completo inexperto, no había hecho ninguna cavilación al respecto.

No obstante, en aquellos momentos en los que la imagen de la corbata con la mujer desnuda le había recordado aquella frase del criado y su sórdida sonrisa, por primera vez desde hacía cuarenta años, de repente entró en el mismo estado de excitación que al ver en el periódico el dictamen del tribunal que lo indujo a escribir *Karl y Anna*.

Ciego y sordo a todo, avanzó por la calle de vuelta al hotel, sumido en sus ideas, y empezó a escribir el libro *Deutsche Novelle* [Una novela corta alemana].

Michael no había vuelto a pensar en su época en Rothenburg desde hacía cuatro décadas. Y en aquellos momentos se había levantado un telón, como en el teatro: en su interior estalló una tormenta de recuerdos, llevados a la vida por innumerables detalles. Su corazón y su cabeza ardían.

En *Deutsche Novelle* quería mostrar también al artesano alemán puliendo una llave y forjando un hacha, haciendo un par de zapatos, pintando el techo de un salón con pintura al temple y construyendo una cómoda. Creía que no le resultaría complicado describir aquellos procesos de un modo tan plástico que el lector pudiese verlos, dado que él había sido herrero y tenía la experiencia de que quien aprende un oficio comprende los procesos de todos los oficios y es capaz de imaginárselos. No obstante, le daba miedo no lograr reproducir con éxito y de un modo convincente el deterioro de Josepha por culpa del criado —que la sedujo y arrastró al suicidio— usando detalles psicológicos, pero sin escribir sobre la psicología misma.

Ocurrió lo contrario. Michael nunca se había sorprendido tanto ante una experiencia surgida en el taller del escritor. Dar forma a la tragedia de Josepha con detalles psicológicos siempre nuevos le resultó fácil; representar de un modo plástico cómo un pintor aplica pintura al temple en un techo del tamaño de una sala de recepciones era incomparablemente más complicado y laborioso, y le llevó cien veces más tiempo del que el pintor necesita para dar color al techo de una estancia. Se quedaba pegado al escritorio, pintando durante días el techo de la sala.

En aquella época, Michael iba a menudo como invitado a casa de Thomas Mann. Durante aquellas veladas, después de cenar, se turnaban para leerse el uno al otro: Thomas Mann, siempre un párrafo de su novela *Doktor Faustus*, aún inacabada; y Michael, uno de *Deutsche Novelle*, siempre el que había escrito la semana anterior. Thomas Mann pareció quedar impresionado por *Deutsche Novelle*, y Michael creía, y así lo dijo, que *Doktor Faustus* sería una obra no menos importante que *Los Buddenbrook*. Fueron veladas hermosas.

(Años después, Michael leyó unas frases sobre sí mismo y sobre *Deutsche Novelle* en el libro *Los orígenes del Doktor Faustus*: «Escuché con verdadero aprecio su lectura suave, algo entrecortada. El entorno sumamente afectado por lo poético de la pequeña y vieja ciudad alemana [Rothenburg ob der Tauber]; los elementos artesanos que el antiguo mecánico y oficial de cerrajería conocía con tanta exactitud, y en los que deja entrever de nuevo un halo específicamente “alemán”; el aspecto psicológico doliente que subyace a la historia, esto es, la ruptura entre el sexo y el eros, y la velada posesión demoniaca del conjunto: todo ello me atrajo de manera extraordinaria, y me declaro admirador de esta historia que ha pasado tan desapercibida, siendo como es una pequeña obra de arte»^[19].

Unas líneas antes de aquellas frases de reconocimiento y elogio, Michael leyó lo siguiente: «Sin duda, [la obra] había sacado todo tipo de cosas del espíritu del *Faustus*: estados de ánimo e ideas que, por lo demás, le pertenecían a él tanto como a mí».

Y entonces se preguntó: «¿Qué se propone Thomas Mann con esa afirmación, que es una contradicción en sí misma? ¿Por qué asegura al principio que *Deutsche Novelle* [“sin ninguna duda”] ha sacado todo tipo de cosas del espíritu del *Faustus*, estados de ánimo e ideas, cuando al final de la frase tiene que admitir que esos estados de ánimo e ideas me pertenecen no obstante a mí tanto como a él? ¿Fue un sentimiento de justicia inconsciente lo que lo indujo a retirar su afirmación al final de la frase? Pero ¿no habría tenido que decirse en aquel momento Thomas Mann, buen conocedor del ser humano, que el lector malicioso sólo tomaría nota de la primera parte de la frase, y por tanto consideraría a Michael un plagiador?».

La satisfacción de Michael ante el elogio y el reconocimiento del colega, que con sólo una frase había reproducido de un modo tan admirablemente certero la esencia interior de *Deutsche Novelle*, se tornó resentimiento. «El enigma de cómo un escritor puede sacar de otro escritor estados de ánimo e ideas, que en cualquier caso les

pertenecen tanto a uno como al otro, quizá sólo sea capaz de resolverlo Thomas Mann», se dijo al final).

Cuando la guerra de Hitler, en la que habían perdido la vida veintiséis millones de personas, hubo terminado con la derrota de Alemania, previsible desde el principio, Michael escribió el último capítulo de su novela, que se publicó primero en inglés bajo el título de *Mathilde* en Nueva York y en Londres.

A finales del otoño de 1945, Metro Goldwyn Mayer compró los derechos de adaptación al cine de *Karl y Anna*. El 18 de noviembre, Michael recibió el cheque correspondiente. El 19, viajaba en un tren a Nueva York.

Al principio, Michael había ido a menudo en coche desde Hollywood hasta la orilla del océano Pacífico y, sobrecogido por una añoranza de Europa que le oprimía el pecho, había fijado la mirada sin esperanza en el horizonte lejano con la sensación de que detrás estaba Europa. Hasta pasadas varias semanas no se dio cuenta de que había estado mirando en la dirección contraria: no hacia Europa, sino hacia Asia.

En el tren, los nuevos ánimos alzaron a Michael hacia una sana felicidad que no había experimentado desde hacía muchos años, pues estaba dejando atrás el infierno, alejado de la vida real y eternamente soleado, de Hollywood, para encontrarse cuatro mil ochocientos kilómetros más cerca de su objetivo, Europa, en Nueva York. Igual que en tiempos pasados, volvía a tener esa valiosa sensación de fuerza interior.

La primera noche en Nueva York, Michael visitó a un viejo conocido de Europa. Después de cenar entró en la habitación contigua y miró por la ventana cerrada la noche iluminada. Pasado un rato, llegó el anfitrión y le preguntó sonriendo con sorpresa:

—¿Qué haces ahí? ¿Qué ocurre?

Michael, que había pasado cinco años en Hollywood —donde también en invierno es verano, donde es verano eterno— sin ver copos de nieve, le respondió sin poder apartar la mirada hechizada:

—Está nevando.

Fue como si hubiese vuelto a la vida. Igual que un muchacho sensible, tuvo que tragar un poco y armarse de paciencia, mientras miraba cómo los copos iluminados caían flotando en oblicuo, en silencio, sobre el tráfico estruendoso.

Durante los cinco años de guerra, en Nueva York no se había construido ninguna vivienda, y al acabar el conflicto la población había aumentado en cien mil recién llegados. Sin un peculiar golpe de suerte, era imposible encontrar casa. Muchos buscadores de vivienda veían su último recurso en la muerte de personas que vivían solas: todas las noches esperaban delante del edificio del *New York Times* hasta que salía el periódico a las tres de la mañana, para estudiar con avidez las necrológicas y luego correr al romper el alba para ver al casero del fallecido, con la esperanza de hacerse con su casa.

Después de meses de buscar en vano, Michael consiguió por fin una casa amueblada en la mejor zona de Nueva York, tras sobornar al portero y gracias a la mala suerte del anterior arrendatario, un suizo a quien le habían diagnosticado una enfermedad mental y al que habían internado en una institución. El portero le había dicho a Michael, haciendo una broma de mal gusto: «Ese hombre debe de estar loco: de lo contrario habría sabido que perdería la casa si perdía la razón».

Un par de días después de entrar en la casa nueva, Michael leyó en el periódico que Wurzburg ya no existía. Con el cuerpo helado, repasó la descripción de cómo su ciudad natal, después de mil trescientos años de existencia, había quedado reducida a escombros en veinticinco minutos por culpa de los bombardeos.

Vio Wurzburg, la ciudad del barroco más noble, y vio al mismo tiempo el montón de ruinas gigantesco y gris del que de inmediato volvía a levantarse en todo su esplendor aquella urbe, la ciudad que ya no existía. El golpe le impactó en el alma y se la vapuleó. Se quedó sordo por dentro. Era un dolor insustancial, como el de una persona que aún sufre por un brazo amputado. Una parte emotiva de su vida había quedado borrada para siempre. Ya no disponía del escenario para las millones de experiencias de su infancia.

El mismo día —seguía teniendo ante él el periódico con la terrible noticia—, Michael recibió información de un oficial estadounidense apostado en el sur de Alemania a quien había encargado una investigación; el hombre le contaba que su hermana y su hermano seguían vivos, y dónde. (Dado que las cartas que había enviado a sus hermanos al principio de la dominación de Hitler quedaron sin respuesta, Michael dejó de escribirles por miedo a comprometerlos). El duelo por la destrucción de Wurzburg y la alegría de que sus hermanos siguieran vivos se turnaban en su interior, radicalmente divididos como la vida y la muerte. Echó en el buzón una carta para su hermana, la primera desde hacía diez años, y emprendió un paseo contemplativo por Nueva York.

En Berlín, Michael había caminado innumerables veces sin rumbo por las calles. Durante aquellos amplios paseos por barrios de gente normal, sin disponer de ninguna teoría ni estadística de economía, había podido leer directamente en los rostros surcados la distribución antisocial de los bienes en Alemania. Michael se dijo que también a los neoyorquinos, y su nivel de vida, podría conocerlos mejor «a pie».

En sus largos paseos por los desfiladeros de asfalto de Nueva York, surcados a toda prisa y sin interrupción por autobuses, vio una mayoría predominante de personas bien nutridas y pulcramente vestidas —incluso en los barrios de gente sencilla— que no necesitaban preguntarse si podrían pagar el alquiler cuando compraban un par de zapatos y mantequilla para el pan o se tomaban un whisky en el bar de la esquina.

Presenciar cómo un joven trabajador que llevaba de la mano a sus dos hijos, vestidos con elegancia, al colmado, y pedía tranquilamente para los niños y para él unos bocadillos y unas tarrinas enormes de *ice cream*, provocó en Michael una

sensación de satisfacción, pues sabía que el alto nivel de vida de las masas estadounidenses se había alcanzado gracias a las huelgas sangrientas y cargadas de víctimas de la era industrial. «La camisa recién lavada que lleva puesta ese joven padre y el *ice cream* que sus hijos se están comiendo con tantas ganas se pagaron hace muchos años, y bien caro», pensó.

Hacía poco tiempo, los mineros y los trabajadores del metal habían vuelto a hacer huelga. Michael, sentado junto a los niños, anotó un par de frases. «Una y otra vez hay que obligar, mediante huelgas, a los propietarios del mayor aparato de producción del mundo, gigante y en continuo crecimiento, a que entiendan que no podrán vender sus productos si, junto con el incremento actual del poder de producción, no se aumenta al mismo tiempo el poder adquisitivo de las masas mediante salarios superiores. Están quebrantando sin cesar la ley económica, que exige inevitablemente que la riqueza del país se distribuya de una manera medio razonable, dado que, de otro modo, y debido al pobre poder adquisitivo del pueblo, terminan surgiendo las crisis de ventas y el desempleo, con lo que la riqueza se toma no sólo en pobreza para las masas, sino también en una enorme pérdida para los empresarios, que se quedan con sus productos sin vender».

Entretanto, el joven padre observaba sonriendo cómo sus dos hijos sorbían con pajitas el resto derretido del *ice cream*.

Michael se había comprado una radio buena, especialmente adecuada para escuchar música, dado que en Nueva York se emitía música clásica desde las siete de la mañana hasta las doce de la noche, reproducida en discos grabados por las grandes orquestas sinfónicas estadounidenses bajo la batuta de los directores más famosos de Europa.

Tuvo la placentera experiencia de verse capaz de trabajar concentrado y escuchar a la vez con plena atención. Las dos actividades contrapuestas, crear y absorber, radicaban en la misma región emocional y se alimentaban e intensificaban la una a la otra. De ese modo, avanzaba satisfactoriamente en el trabajo, pese a que debía interrumpirlo una y otra vez para tocar la radio y bajarle el volumen, porque durante las pausas —incluso entre los movimientos de una sinfonía de Beethoven o de Mozart— se anunciaban con el mayor de los clamores el producto de limpieza del hogar indiscutiblemente mejor y más barato del mundo, una estilográfica que escribe bajo el agua, un laxante de efecto seguro y agradable... Todavía no había aprendido a escuchar una sinfonía de Beethoven y, al mismo tiempo, ingerir con los oídos un laxante de efecto seguro.

En la sección de economía del *New York Times*, Michael había leído que los empresarios estadounidenses invertían todos los años muchos miles de millones de dólares en publicidad. Debía admitir que los publicistas —el guionista y el locutor de la radio y el dibujante y diseñador de periódicos y revistas—, que recibían sumas increíblemente altas para que recuperasen aquellos miles de millones e incluso un par de cientos de miles de millones más, eran unos maestros consumados de la sugestión.

Pese a su escepticismo, también a él lo habían seducido a veces para comprar artículos que nunca habría comprado sin su influjo.

Un profesor estadounidense de Economía le había dicho a Michael que los abusos publicitarios tenían la culpa de que los trabajadores estadounidenses, pese a los elevados salarios, necesitaran continuar toda la vida en la batalla por el dólar, incansables y obstinados. A las masas hipnotizadas por la publicidad les chupan hasta el último céntimo del dinero que con tanta dificultad ganan, y que va de vuelta a los empresarios, cuyas cifras de ventas y beneficios vertiginosamente altos crecen año tras año. Como resultado, el hombre de a pie termina teniendo un frigorífico, una lavadora, una aspiradora, una radio, una televisión, media docena de aparatos para la cocina, un seguro de accidentes y uno de vida, una tumba y el derecho a un funeral: lo tiene todo, pero ya no tiene vida. Dado que ese hombre sencillo debe pagar a plazos su parque de máquinas, esto es, pagar tantos dólares a la semana por cada artículo según su valor, y en su conjunto más de lo que es capaz de pagar por sí solo, la mujer se ve obligada también a ir a trabajar, de sumirse en la eterna batalla por el dólar. Y entonces, por las noches, hombre y mujer se sientan de nuevo en mitad de su exposición de máquinas, uno frente al otro, exhaustos de la jornada, y calculan cuánto les queda por pagar, mientras la voz de la radio ya está ofreciendo de un modo irresistiblemente sugerente un televisor más nuevo, con unas mejoras extraordinarias, con una pantalla enorme y ampliada, fácil de pagar a plazos por sólo un par de dólares a la semana. Las masas estadounidenses, permanentemente hipnotizadas por la publicidad, continúan siendo hasta la tumba esclavas de su alto nivel de vida a favor del empresario. El irritado profesor de Economía se levantó de un salto de la silla: *Yes, Sir, that's one side of the American way of life.*

Michael había dicho que eso también explicaba en parte el espantoso empobrecimiento emocional de los estadounidenses. El tipo de administración económica estadounidense y el estilo de vida consecuencia de la maquinización causan un excesivo destrozo exterior en la persona. Interiormente, el estadounidense es la criatura más solitaria de la tierra. En su mirada, siempre en busca de algo, se puede leer que no vive en el pasado ni en el presente, sino siempre en el futuro: es decir, que, a pesar del gigantesco espectáculo, no está viviendo. «Guardémonos de que la humanidad evite que el *American way against life* se extienda sobre la tierra», añadió sonriendo el escritor.

Mientras el imponente Tiovivo Nueva York, ocupado por ocho millones de personas, giraba rugiendo en torno al dólar, Michael trabajaba en su casa desde la mañana hasta la noche en unos relatos cortos que tenían como escenario la Alemania destrozada de posguerra.

Había abandonado su intento de escribir un relato estadounidense. Michael creía que podía describir sin mayores complicaciones a ingleses, franceses, italianos... Europeos de cualquier nacionalidad. Sin embargo, no se veía capaz de escribir una historia creíble con estadounidenses como protagonistas, dado que en Estados Unidos

toda la estructura de la vida era distinta a la de Europa, y el estadounidense reaccionaba a cualquier aspecto vital de un modo diferente al europeo. Pese a llevar ya siete años en aquel país, no conocía a los estadounidenses lo suficiente para poder reproducir su esencia.

El hijo de Michael, Andreas, que había llegado a Estados Unidos con su madre en 1941 y se estaba preparando ya para sus estudios universitarios en el Swarthmore College, se presentó en casa de Michael, una vez más sin avisar, a las doce de la noche, se dejó caer todo lo largo que era en el sofá y dijo: «*Old boy*, necesito unos zapatos y un traje, y dinero para una moto».

Andreas era un joven atlético que le sacaba una cabeza a Michael, competía como corredor de larga distancia en el equipo del *college* y hablaba el inglés de un nativo estadounidense; así como un mal alemán.

Pretendía pasar dos semanas de vacaciones en Nueva York. A los dos días, desapareció sin despedirse de Michael. Una semana después regresó de nuevo desde Miami, Florida. En la arteria principal, en dirección a Florida, había elegido con mirada de experto un turismo especialmente potente y lo había parado haciendo autostop; se había tomado una taza de café en Florida y diez minutos después había regresado a Nueva York. El viaje, dos mil ochocientos kilómetros ida y vuelta, le había costado cuatro dólares.

«Un paisaje precioso el de Florida», dijo sonriendo tranquilamente.

Con aquel mismo sistema Andreas había visto ya cuarenta y dos de los cuarenta y ocho estados de Estados Unidos, y también así viajó cinco veces desde Nueva York, la casa de Michael, a Hollywood, ida y vuelta, nueve mil seiscientos kilómetros, cinco veces.

Durante las largas vacaciones de verano, Andreas, al igual que la mayoría de los estudiantes, trabajaba en cualquier sitio de Estados Unidos como friegaplatos y camarero, como peón de albañil o como leñador en una serrería. En los meses de vacaciones ganaba lo que necesitaba para vivir, y un par de cientos de dólares más incluso, que luego gastaba sin miramientos. En Andreas residía el gran país que era Estados Unidos, donde también el hombre de a pie era desprendido.

Aquella independencia en todos los aspectos externos de la vida significaba en Andreas una compensación para la corrosiva sensación de ser alguien insuficiente: era el equilibrio que él mismo había creado para contrarrestar los graves daños psíquicos que su madre le había infligido desde su primera infancia, y que seguía infligiéndole sin cesar.

Pese a su amor desenfrenado por Andreas y al enorme orgullo que sentía por él, Ilona criticaba todo lo que el muchacho hacía, igual que había hecho su madre, que durante toda su vida había criticado a Ilona por todo.

Aquel mediodía de veinte años atrás, en el que, durante el almuerzo de dos horas, Ilona recibió las críticas ininterrumpidas de su madre —criada ella también de un modo erróneo y corrosivo—, Michael había pensado: «Al parecer, los pecados de los

padres que crían erróneamente a sus hijos no se desquitan hasta la tercera y cuarta generación». En aquellos momentos, veía confirmada en su hijo la validez de aquel pensamiento.

Mientras trabajaba en uno de sus relatos cortos, Michael tuvo de repente, en mitad de una frase, una idea para una novela con la Alemania de posguerra como escenario. Hizo un par de anotaciones. La novela debía tener cuatro líneas argumentales estrechamente ligadas entre sí: las actividades de una panda de ladrones, cuyo jefe, Petrus, siempre abría las reuniones secretas con la frase: «Nosotros, los Jóvenes Jesucristos, ejecutores de la justicia, les quitamos a los ricos, que lo tienen todo, y les damos a los pobres, que no tienen nada»; el predecible neonazismo en Alemania, representado a través de una modalidad secreta de juventud hitleriana nuevamente organizada; la trágica historia de amor entre una muchacha alemana y un soldado estadounidense; y el destino de una judía a la que, con diecisiete años y siendo virgen, llevan a Varsovia a un burdel para soldados alemanes: después de la guerra, mentalmente destrozada tras haber sido violada por miles de soldados, regresa a su ciudad natal, donde vive su antiguo prometido, que había estado enamorado de ella.

Michael se dijo que cualquier ciudad alemana valdría como escenario para aquella novela, cuyos hechos y protagonistas había que concebir, sin excepción, a partir de cero. Optó por la destrozada Wurzburg, ya que era, junto con su ciudad natal, con la que tenía el vínculo emocional más fuerte.

Escribió la primera frase de la novela *Die Jünger Jesu* [Los Jóvenes Jesucristos] a principios de enero de 1947, y la última frase, después de haber trabajado sin cesar casi día y noche, a finales de diciembre de 1947.

El verano de 1948, Michael quiso pasarlo fuera de Nueva York, en el mismo sitio en el que había estado trabajando en *Die Jünger Jesu* durante el verano de 1947: una granja cuyo propietario admitía huéspedes a cambio de dinero. Las negociaciones con editores lo llevaron, a finales de julio, de vuelta a la ardiente y humeante Nueva York, donde desde hacía semanas las casas eran hornos humanos y la presión ininterrumpida de la pegajosa humedad constreñía los pulmones día y noche. Aquel verano también murieron en Nueva York docenas de personas en las calles por golpes de calor. Miles hacían noche en Central Park, y cientos de miles, en las playas junto al océano.

Michael se pasaba el día desnudo sentado ante el escritorio, con el cuerpo entero chorreando, como si del cuello a los pies tuviese cosido un grueso saco de piel. «Los indios que vendieron en su momento Manhattan por veinte dólares estafaron a los estadounidenses. El clima de Manhattan ruge: aquí no puede vivir el ser humano», pensó, sonriendo ceñudo.

El 1 de agosto, Michael, exhausto hasta el punto de sufrir frecuentes mareos, se marchó a la granja. Aquel 1 de agosto del año 1948 sería un día memorable en su vida.

Al llegar a la granja, donde hacía doce grados menos que en Nueva York, se dio un baño refrescante, se sentó vestido para la cena en el borde de un parterre redondo de flores y, de repente, se le aceleró el corazón: allí, en el banco situado frente a la casa, estaba sentada «Hanna», la imagen ideal viviente de su deseo masculino, sacada de *Das Ochsenfurter Mannerquartett*, que Michael había creado a partir de su imaginación y luego, de pronto, había visto en realidad durante un par de minutos en el Romanisches Café. No la había vuelto a ver nunca pese a semanas de indagaciones.

Michael la miró sin pestañear, perplejo, como la vez anterior, por el asombro de que aquella muchacha, una atractiva extranjera de cabeza pequeña y pelo negro como el tizón con bucles hasta los hombros, fuese una copia exacta de la Hanna de la novela hasta en el menor de sus rasgos.

Su rostro menudo y delicado, de color oliva y rosa, con una boca femenina peligrosamente lozana y unos bonitos dientes, desprendía belleza mientras la joven conversaba sonriente con dos huéspedes. Llevaba una falda holgada de campesina, roja con rayas rojas y, aparte de eso, sólo una prenda blanca sin mangas que dejaba al descubierto sus hombros redondos y, en transversal, también el nacimiento de sus menudos pechos.

Michael se calmó pensando que en aquella ocasión la muchacha no podría desaparecer irremediamente pasados un par de minutos en una ciudad de millones de personas. La determinación de hacer todo lo posible por conquistarla de por vida lo invadió de nuevo. Al igual que aquella otra vez, se sentía conmovido hasta lo más hondo de su ser. La cabeza de Michael comenzó al tiempo a hacer cálculos automáticos: la «Hanna» del Romanisches Café podría tener como mucho veintidós años; la «Hanna» de aquel banco no sería mucho mayor, y entretanto habían transcurrido dieciocho años.

En cualquier caso, no dudó ni un segundo de que se trataba de la misma persona. «El sentimiento no puede equivocarse; sin necesidad de cálculos, el sentimiento sabe millones de veces más que la cabeza. Debe de ser o la hija o una hermana menor de aquella “Hanna”. Es ella misma. La naturaleza no podría repetirse de un modo tan perfecto», reflexionó Michael.

Había pensado en ella innumerables veces y había visto con claridad en su imaginación a aquella muchacha tan generosamente obsequiada por la naturaleza. Su imagen había permanecido nítida en él durante dieciocho años. Antes que nada, debía resolver el misterio de que tuviese el mismo aspecto que dieciocho años atrás, hasta en el más mínimo detalle.

Ante él se abrió su vida con Lisa, y entonces recordó que la primera vez que vio a «Hanna» había surgido en su interior la misma sensación que cuando había visto a Lisa por vez primera. No se trataba de felicidad ni de pena. Allí estaba sentada su compañera de vida. Se trataba de la elección, que es un misterio.

También entonces se apoderó de él aquella sensación única, unida al deseo imperioso de decírselo todo de inmediato a la muchacha y llevársela consigo sin más. No obstante, creía que aquella joven, pese a la esencia ardiente de las primeras decisiones solemnes de la vida, era más lenta en emociones que su calculadora hermana, por lo que le dio miedo mostrarse impaciente, le dio miedo asustarla y dañarla. «Terminaré siendo mi esposa», susurró Michael.

El peculiar episodio de volver a verla después de dieciocho años en otra parte del mundo poblada por ciento cincuenta millones de personas y, además, en aquella granja aislada a la que sólo acudían un par de docenas de huéspedes, lo convenció una vez más de que en la vida de una persona la casualidad puede ser idéntica al destino.

Michael se marchó temprano a la cama, fatigado aún por el calor de Nueva York. La certeza de que ella dormiría aquella noche en la misma casa que él se transformó en una buena sensación que lo acompañó fielmente hasta el sueño.

La tarde siguiente, tras una larga búsqueda, por fin la encontró en el prado de la granja, bajo un manzano cargado de frutas. La muchacha tenía todo el torrente de bucles negros sujeto a la coronilla con unas peinetas pequeñas del color rojo del vino tinto, y el pecho nuevamente cubierto sólo por una escasa prenda blanca, y dado que aquella vez, en lugar de la holgada falda de campesina, llevaba unos pantalones cortos blancos, Michael se dio cuenta de que era delgada pero no excesivamente, igual que la Hanna de la novela. Estaba sentada junto a un carrito en el que había tumbado un bebé. «¿Será su hijo?», pensó Michael, inquieto.

—¿Es ése su hijo? —le preguntó a ella.

Michael no logró registrar la respuesta —que era el hijo del dueño de la granja—, pues la joven ya lo había encandilado con su peculiar figura y con la expresión de su delicado rostro menudo, en el que podía leerse claramente el proyecto de su existencia, su biografía espiritual: un ser humano extraño de corazón cálido, con una naturaleza transparente y una prístina riqueza emocional.

La muchacha sonrió tímida bajo la mirada de franca admiración de Michael y, como respondiendo a ésta, se cubrió con un chal los hombros desnudos. De ese modo, Michael supo que, en contra de sus propias intenciones, la impaciencia le había hecho ir demasiado rápido.

El escritor se preguntó qué sortilegio habría usado la naturaleza para lograr la proeza de incluirlo todo tan sencillamente en aquel óvalo menudo: la estrecha frente de niña, los ojos marrones de corte precioso cubiertos por unos arcos de seda negra, una naricita pulida, la boca maravillosamente hermosa y las orejas pequeñas, más blancas que el rostro, blancas como la porcelana, y muy pegadas a la cabeza. De buena gana, Michael le habría dicho —desistió de hacerlo por miedo a ir demasiado rápido— que en su rostro la naturaleza había creado una obra maestra de las proporciones como modelo para su rostro femenino más hermoso, y que nunca había logrado repetirlo, y no lo lograría ni en mil años.

El sentimiento lo empujaba a hacer una declaración de amor. Sin embargo, se obligó a sí mismo a tomar un desvío enorme, que empezó cuando le preguntó a la muchacha si hacía muchos años había estado en el Romanisches Café. En la mirada inquisitiva de ella al vacío, Michael vio que no conseguía acordarse.

—Fue hace dieciocho años. Llevaba usted una boina blanca y un vestido rojo de paño. Pasados un par de minutos, entró un chico rubio y delgado, con gafas de concha y el pelo peinado hacia atrás, y le dijo: «Disculpa, Charlott, me han retrasado en la redacción». ¡Y se marchó usted! No volví a verla nunca, pese a que la busqué durante semanas.

Entonces, de repente, se encendió la luz del recuerdo en la mirada de Charlott.

—¡Ah, sí! —respondió alargando las palabras. Y continuó sonriendo—: Con ese chico rubio llevo casada catorce años.

Aquello representaba un obstáculo y, en según qué circunstancias, podía ser un obstáculo difícil de superar. Sin embargo, eso era todo, así que no parecía que fuese a surgir nada insalvable. Pese a que la noche anterior Michael había calculado que la muchacha tendría al menos treinta y nueve años, en esos momentos se sentía aturdido. «Tengo aquí delante a una joven que aparenta veintiún años y dice que lleva casada catorce».

—Lo que no logro entender es cómo es posible que no parezca usted tener ni un día más que hace dieciocho años. En cualquier caso, por lo demás, yo lo sé todo sobre usted. ¡Cómo es! ¡Y cómo fue de niña! ¡Todo! Conozco sus emociones más ocultas, antes incluso de que viniera usted a la vida... ¿Ha leído *Das Ochsenfurter Männerquartett*?

—Hanna —respondió ella sonriendo.

«Eso ayuda», pensó Michael complacido.

—Entonces, debe creerme cuando le digo que lo sé todo de usted. ¿Puede imaginarse lo que significó para mí ver de repente a mi Hanna en la realidad en aquel café? ¿Y lo que debe significar para mí volver a encontrármela ahora al fin? —dijo, manteniendo fija la mirada—. Sabe Dios que no concebí a Hanna en la novela y la describí de un modo tan adorable sin una razón especial.

La muchacha desvió el tema.

—Una amiga de la infancia recibió un bofetón por su culpa cuando la pillaron leyendo su novela de amor *Bruder und Schwester*. Sus padres se la habían prohibido. Ella tenía catorce años. Liesel guardaba muchas fotografías suyas que sacaba de los periódicos. Estaba enamorada de usted.

—*All right!* ¿Y usted?

Para evitar responder a aquella pregunta, la muchacha coló la historia de que ella actuaba en el Teatro Nacional de Berlín en la época en la que se estaba ensayando *Karl y Anna*. Se había propuesto pedirle a Michael durante un ensayo que le diese el papel de Marie, aún sin asignar en firme. Sin embargo, como lo vio hablando con Käthe Dorsch al pasar, ella, una joven principiante, había perdido el valor.

En aquel instante, Michael ya no pudo contenerse más, y le dijo mirándola a los ojos lo que pensaba:

—Si no hubiese perdido usted el valor, sería desde hace dieciocho años mi esposa.

El intento de la muchacha de llevar, mediante una sonrisa fingidamente inocente, al terreno de la broma tal declaración de amor, proferida con inconfundible seriedad, y de ocultar con aquella sonrisa al mismo tiempo el miedo que le surgía en el corazón, fracasó bajo la mirada de Michael. De repente, se le encendieron las mejillas y se puso en pie. Michael la acompañó en silencio a la casa.

En el pasillo, el escritor perdió inesperadamente el control de sí mismo. La muchacha le apretó los puños contra el pecho y se deshizo de su abrazo, horrorizada como un animal del bosque que cae en una trampa.

Cuando Charlott salió apresurada por el pasillo, Michael se juró que no volvería a hacer ningún intento de acercamiento, que no volvería a mostrar ni el más mínimo interés. «Es lo único que puedo hacer ahora, por ser un maldito idiota».

No volvieron a hablar. Cuando se encontraba a Charlott por casualidad, ella le respondía al saludo con una sonrisa inocente. Jugaba a la indiferencia igual de bien que él. Michael no supo lo que por su culpa ocurría en el corazón de Charlott, la lucha contra un creciente sentimiento hacia él, hasta pasadas tres semanas, cuando la mujer al fin tuvo que rendirse en la batalla contra ella misma.

Charlott se lo contó todo: después de la declaración de amor de Michael en el prado de la granja y la escena en el pasillo, había decidido marcharse de inmediato, pero no había podido. Durante aquellas tres semanas, hizo y deshizo la maleta una y otra vez. Para no tener que cruzarse con Michael, no volvió a entrar en el comedor. Se convenció a sí misma de que no estaba bien de la cabeza, y quería que la examinaran. La mujer del dueño de la granja le dijo: «No necesitas ningún examen, no estás enferma, tu enfermedad es ese escritor». Cuando Michael, durante una tertulia en el bar de la granja, la había invitado también a ella a bailar, en sólo una ocasión y por una falsa cortesía, y le había puesto el brazo encima, a Charlott se le derritió de pronto toda la resistencia. De la emoción, había estado a punto de llorar, ya que él la había agarrado con suma delicadeza y cuidado. Después del baile salió huyendo de inmediato a su habitación. Y entonces ocurrió lo de la pequeña tableta de chocolate que tenía sobre la mesilla de noche. Como obligada por un deseo extraño, se coló en la habitación de Michael y le dejó la tableta sobre la almohada. Cuando, obsesionada por la angustia del corazón, se apresuró por el largo pasillo para volver a recuperarla, Michael ya subía la escalera. Se dio la vuelta corriendo.

Michael miró conmovido la tabletita de chocolate, ese «sí» sobre su almohada, y entró en la habitación de Charlott sin llamar.

A la mañana siguiente, y en presencia del escritor, la joven llamó a su esposo y le dijo que debían divorciarse.

Charlott había estado en la misma época que Michael en París, Londres y Nueva York. Aunque en todas partes se habían movido en los mismos círculos, con actores, escritores, compositores, nunca se habían encontrado por alguna improbable casualidad. (En el verano de 1947, tras una larga estancia en la granja, Charlott se había marchado una hora antes de la llegada de Michael. Tuvieron que cruzarse con los coches por el camino). En aquellos momentos, por fin la casualidad se había confabulado, dieciocho años después, en aquella granja aislada. «La casualidad es ciega, ciega también cuando aparentemente ve. No deja de ser siempre lo que las personas sacamos de ella», pensó Michael.

El acontecimiento igual de prodigioso de que aquel ser humano, peculiarmente hermoso, que Michael había creado de la nada en una ocasión siguiendo su propio deseo, le perteneciese para entonces en la realidad era una fuente de felicidad al más alto nivel emocional que se permite a las personas.

«El *fatum* del amor, que entre millares de seres elige a uno solo, la había elegido. Ley absoluta cuyo origen permanece inescrutable; que es independiente de las circunstancias exteriores, del aspecto, el carácter y las cualidades personales del otro; que es o no es; pesada como el plomo e ingrávida como un aroma; más pequeña que un átomo y tan grande como el mundo; capaz de elevar al hombre a una felicidad suprema y de hundirlo en el dolor hasta hacerle envidiar a una rata. El misterio impenetrable se había abierto en ella».

Así había descrito Michael en una ocasión el amor de aquella pareja grandiosa y sencilla formada por Karl y Anna. Para entonces, estaba experimentando a través de Charlott, y ella a través de él, lo que había escrito en aquel momento. Lo experimentaban cuando se miraban y cuando avistaban juntos un pájaro que salía volando; cuando hablaban de nada y de todo y cuando en el prado de la granja se tumbaban en silencio uno junto al otro en las hamacas; cuando daban un paseo hasta el colmado por la carretera y compraban cosas sin importancia, sólo por comprar algo juntos; cuando iban al lago siguiendo el arroyo de fluir silencioso y volvían a subir la empinada pista forestal; cuando ella subía delante de él, y luego él delante para enseñarle cómo había que subir sin cansarse, lentamente y siempre a un ritmo constante, las rodillas siempre flexionadas.

Después, cuando regresaban a la granja, todos veían lo que Charlott había visto, porque la muchacha brillaba de felicidad, y Michael, con una arrogancia salida de lo más profundo, hacía como si lo más raro del mundo —esto es, poder hacer feliz a una persona— fuese una cosa sobreentendida.

Charlott se dejaba guiar siempre por sus sentimientos. Incluso sus sesudos comentarios los hacía sin pensarlos antes ni una fracción de segundo, le salían directamente del corazón: sentencias empapadas de humor sobre el mundo y la vida, y siempre en frases cortas, sobre cuyo contenido un estudiante de Filosofía podría escribir una tesis doctoral de cien páginas. Michael, que con frecuencia tenía que

pararse primero a pensar un rato, se quedaba en blanco asombrado; hasta que por fin el rayo que ella había incendiado le terminaba impactando.

Charlott lo sorprendía cada día. Michael se preguntó cuánto tardaría en conocerla. ¡Años! Y transcurridos años, cuando creas que la conoces profundamente, de repente surgirá otra vez algo, algo salido de una capa de sentimientos de cuya existencia no tenías ni idea.

Una noche, Michael salió del edificio y ante él estallaron unas risas estridentes y salvajes. En el borde del parterre de flores estaban sentados todos los huéspedes. A una distancia pertinente de su público, Charlott les contaba una historia adornada con cientos de detalles cómicos que iba inventándose palabra por palabra mientras narraba: cómo su perra, Jette se llamaba, el chucho más feo del mundo, con el vientre rosa y desnudo, espantoso, un diente salido y la cola bamboleante rota justo a la mitad, en un ángulo recto y pronunciado, se había enamorado de un dóberman arrogante galardonado con premios. Le dio a la historia un final trágico. Cuando la visita se despide al fin y el dóberman, sin dedicarle a su pobre admiradora ni siquiera una mirada, se monta en la parte de atrás del Cadillac abierto, Jette, insolente y descarada por lo demás, se va a tuestas, triste, hasta la verja del jardín y, como despedida, alarga la pata entre los barrotes de hierro, mendigando amor una vez más, desesperada.

Charlott, que continuaba su historia interrumpida por las risas de los espectadores, había ido representando además su historia inventada como si estuviese en un escenario. Había hecho alternativamente del dóberman bobo y arrogante y de la desesperadamente enamorada y espantosamente fea Jette, con el diente salido. Y entretanto, de vez en cuando, volvía a emerger su menudo rostro destellando belleza.

«Y qué puede decirse ante esto», pensó Michael, embelesado y orgulloso como un director de teatro cuya actriz principal hubiese convertido el estreno en un éxito contundente.

Charlott ya había retrasado una semana su separación de Michael. Debía regresar a Washington. Michael la acompañó un tramo con el coche. El rostro de la joven era el espejo de su alma. Lloraba en silencio. Al cabo, ya no pudo seguir sonriendo con tristeza: el sollozo estalló con un ímpetu irresistible.

La granja, repleta aún de huéspedes, se convirtió para Michael en el lugar más solitario de la Tierra. Pasados un par de días regresó a Nueva York. Al entrar en la ciudad de ocho millones de habitantes proveniente del aire puro del campo, el coche se hundió en una sustancia sobrecogedoramente caliente, húmeda y pegajosa, maloliente y visible, a la que ya no se podía llamar aire. Cuando el cañón de rascacielos, lleno de un denso vapor infernal, se los tragó al coche y a él, Michael — que había vivido cuarenta años en otras grandes ciudades y amaba las grandes ciudades— se dijo: «El ser humano vive mal».

Las cartas volaban hacia Washington y de Washington a Nueva York. En cuatro semanas, Michael —indiscutiblemente el peor escritor de cartas de entre todas las

personas que conocía— redactó más misivas de las que había escrito en los diez años anteriores y, dado que empezó además una novela corta con Charlott y él como protagonistas, la mujer a la que amaba estaba constantemente a su alrededor, de la mañana a la noche, e incluso mientras dormía. Ya no se encontraba solo en Nueva York.

Modelar sus vivencias de entonces, su felicidad presente, que lo colmaba de arriba abajo, la realidad que en aquella época él mismo estaba viviendo, era una empresa especialmente complicada, dado que carecía de distancia temporal y aun así debía retroceder más allá de la obra, y en aquella ocasión incluso más allá de sí mismo, del autor de la novela cuyo contenido debía consistir en sus vivencias de entonces. Michael, como el mago que logra hacer un truco, tenía que beberse un vaso de vino y al mismo tiempo hacer que otro se bebiese aquel mismo vaso de vino. Era un asunto complicado.

Pasadas las cuatro semanas más largas que había vivido jamás, Michael se encontró un día esperando delante de casa y, efectivamente, apareció un taxi en el que viajaba Charlott.

Las manos de la muchacha temblaban. Sonrió excitada y temerosa, como si se hubiese aventurado demasiado. Sin tocarla, Michael la abrazó en gesto protector, únicamente con una mirada de seriedad vital con la que le decía que para ser feliz necesitaba protegerla ante todas las adversidades de la vida.

Charlott se quedó una semana en Nueva York. Aquella semana estuvo por encima del transcurso ciego y sin sentido de los días, que sólo puede llenar de sentido quien se abstiene de por vida de perseguir objetivos que demuestran no tener sentido una vez alcanzados. Estaban viviendo en el objetivo mismo, de un modo serio y sereno al tiempo, y la disposición de ambos a hacer cualquier sacrificio por ello se daba por sentada.

Aquella novela corta, cuyos protagonistas —Charlott y Michael— se ven amenazados por una trágica fatalidad, tenía el Berlín de posguerra como escenario. Michael estaba allí sentado en Nueva York, ante su escritorio, tratando de describir lo que Charlott —tumbada en el sofá, leyendo, detrás de él— y él mismo estaban viviendo en Berlín: cómo Charlott —que justo en aquel momento se acomodaba en el sofá— iba a visitarlo al calabozo en Berlín.

Mientras trabajaba, Michael trataba una y otra vez de despegarse por completo del presente colmado. Le resultaba imposible. Más adelante se dio cuenta de que tampoco necesitaba un desapego completo y supo que el centro de la imaginación se encuentra en la parte frontal del cuerpo, por debajo del esternón y detrás de la frente. Pasadas unas horas, le dijo a Charlott (que había leído una novela entera mientras él sólo había escrito una frase):

—Mientras trabajo, no me separo de ti, te siento a la espalda.

—Te rodeo por todas partes —respondió ella escueta.

«Ésa es la diferencia —pensó afortunado—. Ella no tiene otra cosa que hacer que quererme; y para colmo, he de describir su amor y el mío. Pero, ay, qué maravillosa puede ser la vida, que los últimos quince años ha pasado ciega a mi lado, causando estragos por encima de mí».

En la época en la que Michael estaba escribiendo la novela, Andreas acudió con frecuencia a Nueva York en su nueva motocicleta. Se negaba siempre a quedarse en casa de su madre. En todas las ocasiones, Michael empleaba a fondo su arte de persuasión, dado que sabía lo infeliz que sería Ilona si Andreas no pasaba la noche en su casa. Sin embargo, por las mañanas regresaba siempre un joven indefenso y confuso, afligido, que decía lleno de odio que no quería volver a ver nunca a su madre.

Durante años, Michael había intentado en cartas y conversaciones de horas, una y otra vez, hacer a Andreas invulnerable a la enfermiza obsesión crítica de Ilona, para conservar en él el amor de hijo y el respeto hacia la madre. Intentaba constantemente mediar para calmar los ánimos. Sin embargo, cuando pensaba en sus experiencias personales durante su matrimonio con Ilona, en las escenas diarias e infundadas, salidas de la nada, enervantes, que al final lo habían llevado a abandonar, no podía más que decirse que no había salvación para Andreas, cuya devoción infantil a lo largo de los años se diluyó en un amor-odio destructivo.

Michael había experimentado con Ilona que el poder negativo puede ser más fuerte que el positivo. Sabía que ella iba contra todo aquel que la amase, para hacer que su propia infelicidad particular fuese siempre la dominadora negativa.

Una mujer noble, que haría cualquier sacrificio por su hijo sin pensárselo, no podía evitar infligirle daños psíquicos a aquel niño pese a su amor desmedido, a causa de los pecados educativos de su propia madre, obsesa de la crítica, quien a su vez, pese a su amor desmedido, le había infligido unos daños psíquicos irreparables a su hija.

Con cada vez más frecuencia, Andreas se marchaba atormentado y lleno de odio.

Michael terminó la novela en nueve meses. Mientras trabajaba, había barajado una docena de títulos que había ido descartando. Dado que sabía por experiencia que le resultaba imposible encontrar el título de un libro cuando no lo tenía ya antes de haber escrito la primera frase, recurrió a Charlott.

La muchacha leyó las cien páginas, dejó caer el manuscrito y dijo tan naturalmente como si le estuviese deseando buenos días:

—El regreso de Michael.

—Ése es el título —replicó asombrado, como si hubiese estado los nueve meses sentado en una habitación totalmente a oscuras y de repente hubiera encontrado el interruptor de la luz pegado a él.

Un mes después, Michael empezó a escribir este relato de su vida. En aquella ocasión, sabía el título antes de plasmar en papel la primera frase. Sobre la hoja aún

blanca como la nieve, escribió: «A la izquierda, donde el corazón». Era mayo de 1949.

Charlott se divorció en mayo de 1950. (También en Estados Unidos pueden pasar años hasta que una pareja se divorcia; casarse sólo lleva cinco minutos).

Unidos de por vida, Charlott y Michael regresaron a la granja en el verano de 1950.

Michael siguió trabajando en *A la izquierda, donde el corazón*, cuya primera mitad había surgido en el transcurso del año anterior. Se esforzó —como ya cuarenta años atrás, cuando había empezado a escribir *La partida de bandoleros*— por construir cada frase del modo más claro y sencillo posible, de manera que el lector pudiese comprender sin esfuerzo lo que leía. Siguió una norma fundamental: el trabajo ha de hacerlo el escritor, no el lector.

En cuanto terminaba una página, se la leía de inmediato a Charlott, que al igual que Lisa era una crítica incorruptible. Al contrario que Lisa, Charlott no sabía decir con precisión lo que estaba mal en una frase y cómo podría mejorarla Michael. Sólo sentía que algo no encajaba, y Michael, después de modificarla, se veía obligado a admitir para sí que el juicio puramente emocional de Charlott era acertado. «Está bien para un escritor tener a una mujer que, como un tapiz fino y sutil, sólo deja pasar lo útil», pensó.

Un mediodía, Andreas apareció sin avisar en el comedor. Había llegado a pie a las tres de la mañana, había entrado por la ventana de una habitación y se había desvestido con perfecta naturalidad para tumbarse en la cama. Le parecía normal; se sorprendió de que Michael se sorprendiera.

Andreas dejó claro, a la hora de la comida, el tipo de relación que establecería con Charlott: él era el hombre experimentado que, con generosidad, dejaba pasar las muecas de una joven muchacha. *But you are a nice girl*, dijo displicente después de haber dado buena cuenta, y por duplicado, del excesivamente sustancioso menú, desde la sopa hasta el postre.

Por la tarde, le pidió a Charlott que saliera con él en el coche de la granja. Después de un cuarto de hora, le dijo que parase en la carretera. «Aquí podría ser», comentó pensativo, se bajó y sacó su maleta de los matorrales. Hasta ese punto había llegado en un Cadillac rápido y elegante, y luego había estado buscando la granja aislada durante horas en la oscuridad nocturna. Nunca antes había visitado aquella región.

Para Andreas, la idea de enfrascarse en algo de improviso, con pleno desconocimiento y sin ocuparse lo más mínimo de cómo acabaría, era algo de lo más natural. Ir sin dinero de Nueva York a Florida, tomarse una taza de café y volver a Nueva York, recorrer dos mil ochocientos kilómetros... Por qué no, si en Nueva York se aburría. Su filosofía era que las cosas saldrían de un modo u otro. Y salían.

Los diferentes avatares de la vida no afectaban en absoluto a Andreas, pero, psíquicamente, las constantes críticas de su madre ya le habían afectado demasiado.

Tenía minada la seguridad en sí mismo. Por dentro, sentía la inseguridad y la confusión de un niño al que todos los días regañan injustamente. Aquel hecho se manifestó una vez más cuando, sin ser consciente, desveló el motivo que lo había empujado a ir a la granja, junto a Michael.

Se sentó en el prado frente a su padre, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza sobre las manos, atribulado como quien está sumergido bajo una masa de piedras y, en un tono que indicaba que había pensado en el asunto miles de veces, le preguntó:

—¿Por qué yo no tengo ningún don especial como tú? Nunca llegaré a ser nada en la vida.

Observó a Michael de un modo ansiosamente inquisitivo y perdido al mismo tiempo, como si esperase un veredicto devastador.

Michael tenía la sensación de que aquél era uno de esos momentos de abierta sinceridad en la existencia de una persona joven en el que una buena palabra adecuada puede tener efectos sanadores y conducir el tren de vida del herido más allá de la vía muerta, a campo abierto. Sonriendo, le contó la verdad:

—A tu edad yo también creía que nunca iba a llegar a ser nada. Eso aún durará unos años. Tenía el agua al cuello. Cuando por fin empecé a escribir ya había cumplido los veintiocho. Te puedo asegurar que, a tu edad, yo era absolutamente incapaz de escribir un artículo de la calidad de tu texto universitario sobre México. Podrían publicártelo en cualquier buena revista. No quiero decir con ello que tengas que hacerte escritor. Date tiempo. Un día sabrás lo que quieres hacer. Eres una persona sana, afectuosa, brillante. En eso radica todo. No siento ningún miedo por ti.

—Sí, claro, eso lo dices tú —replicó Andreas.

No obstante, sonrió en calma, como si ya hubiese sido suyo desde antes aquello de lo que acababa de apropiarse.

Estuvieron de acuerdo en que, mientras tanto, Andreas debía estudiar Economía, dado que era una buena preparación para muchas profesiones.

Michael ya no encontraba ningún obstáculo para su regreso a Europa, que ya había decidido emprender diez años antes cuando había subido a bordo de un barco en Lisboa con el corazón pesaroso —qué iba a ser de él, un escritor alemán, en Estados Unidos—. Charlott reservó los billetes de barco para el trayecto a bordo del *S. S. Flying Enterprise*, que se hundiría un año después.

Cuando, en la primavera de 1933, Michael había cerrado tras de sí por última vez la puerta de su jardín con la certeza de que nunca más regresaría, le había costado amargamente despedirse de la verja del jardín, despedirse de la vida que había llevado hasta aquel momento. Cuando salió lentamente del puerto de Nueva York a bordo del *Flying Enterprise*, con la certeza de que nunca más regresaría, tuvo que apartar la mirada de Manhattan, irresistiblemente atrapado por la melancolía de despedirse de Estados Unidos, donde volvía a dejar parte de su vida: las calles de Nueva York por las que había caminado a diario, la papelería en la que todos los días

compraba el periódico, los vendedores del *market* que lo saludaban amablemente, servían con rapidez y diligencia y preguntaban atentos cuándo debían mandarle a casa las bolsas de papel de medio metro a rebosar de alimentos, la camarera del café que lo apreciaba, y por eso, sonriendo amablemente, lo honraba con el título de *chief*, el barman que se apostaba con él dos a uno mientras veían ansiosos el combate de boxeo en la televisión, el estadounidense sencillo, con el corazón grande, que luchaba valientemente por su vida en la efervescente Nueva York, y también la dura soledad que te sale tan cara cuando te pisa los talones. No parecía ser mucho y, sin embargo, lo era. Era una parte de su vida que estaba dejando atrás.

El *Flying Enterprise* había llegado a mar abierto. Michael miró atrás, a la silueta lejana de Manhattan del color gris del aire. Charlott estaba a su lado, dejando que le cayesen las lágrimas.

IX

Tocaron tierra en Le Havre. Allí, en el puerto, vieron las primeras ruinas: un enorme monstruo extraterrestre que había invadido la humanidad y que a aquellas alturas se estaba descomponiendo. En todo Estados Unidos no había una sola ruina; allí no había habido ninguna guerra. No obstante, se encontraban ya en la herida y amputada Europa, que se sostenía erguida con ayuda de muletas y prótesis, por lo que debían asumir lo que llegara, fuera lo que fuese, y así lo harían.

Viajaron por Bélgica y llegaron a Aquisgrán a las dos de la mañana. Estaban en Alemania. ¿Cómo será? No sabían nada, eran exploradores en la selva. Exhaustos, siguieron al mozo que los llevó a un hotel más allá del oscuro monstruo extraterrestre, siluetas dentadas recortadas en el cielo estrellado.

Charlott había actuado veinte años antes en el Teatro Nacional de Aquisgrán. Al despertarse por la mañana, contempló confundida la habitación una y otra vez, igual que quien no encuentra la salida de un laberinto.

—¿Esto era antes una casa particular? ¿Es el número 25 de la Zollernstraße? —le preguntó al camarero que les llevó el desayuno.

—¡Pues sí! Pero después de la guerra reformaron la casa bombardeada para hacer un hotel. Sólo quedaba en pie esta parte de aquí.

Sin sospechar nada, Charlott había dormido su primera noche en Alemania en la misma habitación que había sido su dormitorio dos décadas antes.

Michael fue a la estación para averiguar qué tren a Wurzburgo les convenía tomar. En una librería —una caseta con una placa de madera como techo— preguntó sonriendo por sus libros. Mencionó un par de títulos.

El joven librero no conocía los títulos, no conocía el nombre de Michael. Un librero alemán no sabía nada de él, que poco antes de su marcha de Nueva York había visto sus libros en el escaparate de una librería de la Quinta Avenida, y en el *Flying Enterprise* había observado a un pasajero sumergido en la lectura de la edición francesa de *Karl y Anna*. En el país de su lengua materna habían prohibido y quemado sus libros. Los lectores alemanes menores de cuarenta años no sabían nada de él. A Michael, Hitler sí lo había vencido.

Cuando el escritor se bajó del tren, su hermana sonrió apretando los labios, porque estaba llorando al mismo tiempo. Se habían visto por última vez veinte años atrás. Para él, era como si se hubiese despedido de ella el día anterior y acabase de regresar del pueblo más cercano. La distancia espacial no lo separaba de sus seres queridos, y las grandes distancias ya no existían en su corazón. El mundo se había hecho pequeño. «Ésta es Charlotte», le dijo.

Al ver en su casa de Nueva York la Wurzburgo destrozada, la mirada interior de Michael había hecho resurgir su ciudad natal de inmediato en todo su esplendor, a partir del campo de ruinas enorme y gris. A la vista de la terrible realidad, no pudo

más que decirse: «En Wurzburgo podrán volver a construir viviendas, pero el tesoro arquitectónico de Alemania, la ciudad del barroco más noble, nunca volverá a levantarse». Mientras caminaba por los callejones tortuosos de los restos difuntos, como por un cementerio ancestral de lápidas totalmente derruidas, sintió que la ciudad estaba muerta, y tuvo que sufrir lo irreparable de la muerte, que hiela y asesina todo sentimiento en su floración misma. «El comerciante puede amortizar su pérdida», pensó. Michael no podría amortizar Wurzburgo; para él la palabra «desconsolado» adquirió su significado más cruel.

El alcalde llegó al hotel a recibirlo. Salvo aquel acto de amabilidad, reinaba un silencio especial en torno a Michael, que después de diecisiete años de emigración estaba ansioso por visitar su ciudad natal. Había llegado a Wurzburgo una especie de viajante cuyos artículos eran inútiles. Estaban indignados con él. En su novela *Die Jünger Jesu*, obviada por el periódico, Michael había denigrado Wurzburgo y a sus habitantes.

El escritor se abstuvo de preguntarles a los dueños del periódico y al resto de guardianes del honor de Wurzburgo si acaso era un crimen y una denigración para aquella ciudad denunciar los infames actos del régimen nazi y sugerir con ello, al mismo tiempo, que la opinión del mundo, esto es, que el pueblo alemán en su totalidad había cometido aquellos actos infames, era una falsedad global. Se abstuvo de explicar a los custodios del honor de Wurzburgo que el culpable es el asesino, y no quien culpa a éste del asesinato.

Michael había escrito tres novelas para loa y alabanza de la ciudad de Wurzburgo que se habían publicado en todas las lenguas europeas. Montones de cartas dirigidas a él, procedentes de todos los países de Europa, atestiguaban que miles de extranjeros, inducidos por la lectura de sus novelas, habían acudido a la ciudad para ver lo que habían leído. En Wurzburgo nadie parecía querer tomar nota de que, cuando Michael empezó a escribir la cuarta novela con aquella urbe como escenario, seis millones de judíos habían perdido la vida en cámaras de gas y hornos crematorios por causa de los infames actos perpetrados por el régimen nazi, los más terribles de la historia de la humanidad. Cualquier lector de Wurzburgo, si tenía buenas intenciones, sabría, después de leer *Die Jünger Jesu*, que la novela no estigmatiza la ciudad ni a sus habitantes, sino a las bestias manchadas de sangre del régimen nazi. Estigmatizarlos a ellos, y a nadie más, había sido el deber intelectual de Michael, independientemente de qué ciudad alemana hubiese elegido como escenario.

El indigno recibimiento de su ciudad natal no había perturbado a Michael, que conocía bien a sus habitantes. Lo que lo exacerbaba era la bochornosa valentía, el hecho de que, ante la culpa mundial del régimen nazi —cuyos *Sturmführer* y *Gauleiter* también habían arrasado Wurzburgo^[20]—, se tuviese el valor de culpar a un igual, independientemente de quién fuera aquel igual. La pequeñez humana que se erigía como jurado de sus iguales, con los ojos en la nuca, fue lo que amargó a Michael la estancia en su ciudad natal.

Antes de marcharse, Michael invitó a los antiguos miembros de *La partida de bandoleros* —aún estaban todos vivos— a una orgía alcohólica digna de verse. Intercambiaron recuerdos con el escritor, alegres a causa del vino y nostálgicos por momentos. Michael se maravilló ante el aguante de los ladrones, que seguían sentados erguidos, respetablemente, cuando ya había docenas de botellas de Bocksbeutel vacías sobre la mesa redonda. Hasta que no salieron al aire fresco de la noche, no se convirtieron en un grupito de borrachos erráticos que sólo se sostenían en pie apoyándose unos en otros, como los boxeadores groguis. No obstante, el Capitán Pálido, cabecilla en otros tiempos de la partida de ladrones, y por entonces un hombre calvo con una panza enorme, remolcaba a su gente, audaz igual que cincuenta y cinco años atrás, intacto de nuevo tras la peligrosa aventura.

Charlott y Michael eligieron Múnich como lugar de residencia. Michael siguió trabajando en el relato de su vida. Entretanto, leía galeradas de nuevas ediciones de sus libros, que por entonces volvieron a publicarse en lengua alemana. En mayo de 1952, acabó la novela *A la izquierda, donde el corazón*.

Durante una noche tranquila, Michael volvió la vista atrás, a su vida. Está sentado en la última bancada, un muchacho asustado a quien el profesor Dürr ya no nombra, porque de todos modos de aquel cabeza hueca no va a salir nada nunca. Se pasa años dándole vueltas ante el pupitre a qué podría ser en la vida y, siendo un joven herrero, entra al Café Stefanie de Múnich, que se convierte en su universidad. Después de ocho años de hambre, escribe en Berlín *La partida de bandoleros*, su primera novela, en la que también describe al profesor Dürr, el asesino de almas. La noción de decapitar a una persona lo atormenta desde hace años. Escribe *Die Ursache*, el libro contra la pena de muerte, en el que asesinan al profesor Dürr. Con *La partida de bandoleros* y *Die Ursache*, ha escrito con libertad sobre los monstruos psíquicos que, por culpa de aquel educador, lo habían acompañado en el camino de la vida.

Está en contra de la guerra, emigra a Suiza y escribe un libro antibelicista: *El hombre es bueno*. Trabaja todos los días como un obrero, va publicando un libro tras otro, al tiempo que, como consabido hombre de éxito, vive los maravillosos años de Berlín, que entre 1925 y 1930 es la metrópolis de todas las metrópolis. En 1933, vuelve a dejarlo todo atrás, emigra por segunda vez y escribe un libro contra el nacionalsocialismo: *Die Jünger Jesu*.

Su vida ha sido la de un combativo escritor alemán de novelas en la históricamente convulsa primera mitad del siglo xx. Sus libros son retratos de su interior. Desde joven, se ha preocupado por asuntos que no le atañían, y es de la opinión de que las personas que no hacen eso pierden, seguro, la deferencia hacia sí mismas: cometen un suicidio moral.

Su mayor felicidad fue la vida con Lisa; su pena más honda, la muerte de ella.

¿Y qué conclusión extrae él de sus experiencias?, se pregunta Michael. A riesgo de que aquellos que se consideran sin pecado le lancen la primera piedra, va a dejar

por escrito su credo, dedicado a la juventud europea sin esperanza, que ya no cree en nada.

Michael cree que, en el sistema económico capitalista, en esta fase histórica de enriquecimiento material desmedido de los países industrializados, no es posible la emancipación de las virtudes del ser humano, ni del rico ni del pobre. A favor del ser humano habla el hecho de que, en un sistema económico de la más extrema desigualdad, siga siendo todo lo humano que puede. Cree asimismo que el avance de la historia —hacia el sistema económico socialista— se desarrolla en líneas generales autónomamente; que las personas y los pueblos, oprimidos y espoleados, sólo funcionan como órganos ejecutantes de la historia, como granos de arena que rechinan en el engranaje de lo que en cada momento existe. Les dice a todos los que quieran escuchar y a todos los que no quieran escuchar que los granos de arena prevalecerán, pues el avance de la historia hacia un sistema económico socialista en líneas generales es inexorable.

No cree en una guerra nuclear, porque al acabar ésta, el bando ganador también estaría desnudo y herido de muerte; porque con ella el capitalismo se suicidaría y terminaría en barbarie; porque tras ella un quintal de los brillantes más grandes valdrían menos que un puñado de granos de trigo, en caso de que después de una guerra nuclear siguieran existiendo personas y granos de trigo. (El físico nuclear más importante del mundo —el genio que, sin duda, entendía más de sus asuntos que los incansables temerarios— explicó con total sinceridad que quizá después de una guerra nuclear se detuviese todo crecimiento sobre la Tierra. Nadie ha podido demostrar lo contrario).

Michael se dice que el ser humano, que ya dispone del medio para autodestruirse, daría pruebas al hacerlo de que desde el principio ha sido una criatura fallida, perversamente genial. No obstante, Michael cree en el ser humano.

Cree que, en el año 2000, el sistema económico de tener, tener y tener habrá dado paso, incluso sin una guerra nuclear, al sistema económico socialista. Cree que los nietos de nuestros hijos serán más felices de lo que se nos ha permitido ser a nosotros.

Michael cree que el ser humano sólo será capaz de comportarse de un modo humano cuando ya nada lo obligue a ser inhumano, y que lo será. Cree en el ser humano, porque cree en la mirada del niño inocente.

Cuando Michael le leyó su credo a Charlott, ésta sonrió y le dijo:

—Pues sí.

Y entonces Michael le respondió a su Charlott:

—Te voy a desvelar ahora mismo cuál es la mayor felicidad para un hombre: su mayor felicidad es que una mujer a la que ama lo ame a él. Quien no experimente tal cosa, no habrá vivido.

EPÍLOGO

A la izquierda, donde el corazón, de Leonhard Frank.

La novela de su vida

En el otoño de 1950, tras diecisiete años de exilio, Leonhard Frank regresó a su patria, Alemania. Charlott, su compañera, y él alquilaron en Múnich una habitación en la Pensión Spitzweg; la carencia de viviendas en aquella ciudad devastada por la guerra era enorme, así que se vieron forzados a alojarse allí a un precio desorbitado (igual de caro que el Hotel Waldorf Astoria, en opinión de Frank), hasta que en 1953 encontraron una espaciosa casa en el número 34 de la Tengstraße. En cualquier caso, no era aquél el único problema que esperaba al repatriado.

Frank ya había retratado en su novela *Die Jünger Jesu*, publicada en 1949, su desolada ciudad natal, Wurzburg. Lo había hecho desde Estados Unidos, basándose en informaciones de los periódicos de aquel país. Los destrozos eran mayores de lo que había podido imaginar: a decir verdad, la novela dibuja un amplio retrato del paisaje en ruinas, pero reproduce sólo de un modo impreciso la devastación que doce años de dominio nacionalsocialista habían dejado en el carácter de las personas y en la naturaleza de la cultura y de la vida intelectual alemanas. Al poco de llegar a Alemania, Frank se llevó una desilusión al buscar sus libros en una librería de Aquisgrán y no encontrarlos, y comprobar que allí su nombre resultaba por completo desconocido. Con todo, hasta el ascenso de Hitler al poder, a Frank lo habían considerado uno de los grandes novelistas alemanes, sus libros alcanzaron tiradas muy grandes y su nombre surgía siempre junto a los de Thomas Mann, Franz Werfel o Stefan Zweig. Un destino nada inusual para emigrantes y repatriados, como hoy sabemos. Sin embargo, Frank no estaba preparado para aquella decepción, y la desilusión se tornó resignación en él, algo que ya no lo abandonaría hasta el final de su vida.

Quizá fuese también la desilusión la que en gran medida lo silenció literariamente durante los últimos años de su vida. No obstante, antes de aquella fase de silencio aparece su novela *A la izquierda, donde el corazón*, a modo de rendición de cuentas ante sí mismo y a modo de legado literario para los lectores. Tal y como se extrae de unas cartas sin publicar enviadas por Frank a Johanna Ullstein (y conservadas en el Deutsches Literaturarchiv Marbach), el libro lo había escrito ya en gran parte en Nueva York. La intención era clara: tras acabar la guerra, Frank —que era infeliz en Estados Unidos y no lograba encontrar su sitio en aquel mercado editorial— quería regresar a Alemania lo más rápido posible, en cuanto se hubiese estabilizado la situación política, y volver a establecerse allí donde diecisiete años antes lo habían arrancado de su existencia literaria. Como pase de acceso al mercado literario alemán

que estaba resurgiendo le serviría un libro que fundía la fantasía de una novela con la autenticidad histórica de una autobiografía.

Al principio, el nuevo comienzo empezó con buen pie. A Leonhard Frank lo contrataron en la renombrada editorial Nymphenburger Verlagshandlung, fundada por Berthold Spangenberg en 1946 y que más adelante se ocuparía también en Alemania Occidental de la obra de Klaus Mann, Alfred Kubin y Theodor Fontane. La colaboración entre Frank y Spangenberg demostraría ser, sin embargo, complicada y, sin duda, tensa.

No obstante, en 1952 no había indicios de nada de eso. Frank parecía integrarse de nuevo lentamente en la vida literaria. Múnich, ciudad que conocía de su época de estudiante en una escuela de pintura privada durante los primeros años del siglo xx, le resultó nuevamente agradable. Allí se encontró con viejos conocidos, como Erich Kästner y Fritz Kortner. Ya en 1951, había pasado a ser miembro de la Bayerischen Akademie der Schönen Künste y había entrado en contacto con Ludwig Held, director de la Biblioteca Nacional y delegado de cultura de Múnich, quien, entre otras cosas, lo ayudó a buscar casa. En mayo de 1952, Leonhard Frank se casó con Charlott Jäger. El 4 de septiembre, celebró su septuagésimo cumpleaños. La ciudad de Múnich, a cargo del alcalde Thomas Wimmer, lo invitó el 20 de septiembre a una fiesta oficial en el ayuntamiento. En todos los suplementos culturales del país, se lo recordaba con artículos elogiosos y se hacía referencia a sus libros, en otros tiempos tan leídos. Charlott Frank escribiría más adelante sobre aquel feliz año de 1952 en su libro *Sagen, was noch zu sagen ist. Mein Leben mit Leonhard Frank* [Decir lo que aún queda por decir. Mi vida con Leonhard Frank]. En ese texto, Charlott endereza y reinterpretar muchas cosas en aras de la leyenda; así, hace coincidir el día de la mudanza a la Tengstraße con el septuagésimo cumpleaños de Frank, el 4 de septiembre. La realidad es que la pareja adquirió la vivienda en julio de 1953. No obstante, la viuda no iba a recurrir a hechos fácticos en lo que se refería a la imagen idealizada que, con buena intención, pretendía dibujar de su esposo.

En cualquier caso, la publicación de *A la izquierda, donde el corazón* estuvo quizá muy orquestada: Frank y Spangenberg la programaron hábilmente para el otoño de 1952, con el objetivo de aumentar el interés de público y crítica, dada la coincidencia entre el cumpleaños y esta retrospectiva vital.

Hasta hoy, al leer la obra, a todos los lectores les ha surgido la duda de si hay que valorar el libro como una novela o como una autobiografía. Existen muchos elementos que acompañan la pretensión de autenticidad histórica. Nos encontramos con nombres de contemporáneos de viaje y de época —verificables histórica y biográficamente—: una tal Franziska zu Reventlow, Franz Blei, Emmy Hennings, Hugo Ball, Heinrich Mann, por mencionar sólo a algunos. Junto a ellos aparecen, sin embargo, figuras cuyos nombres buscaremos en vano en las enciclopedias biográficas más exhaustivas. Un ejemplo de ello es el misterioso doctor Otto Kreuz, adicto a la morfina y librepensador a quien Michael Vierkant conoce durante su época de

estudiante en Múnich, por el que pierde a su amada. En ese doctor Kreuz, Frank retrata al publicista y psicopatólogo austriaco Otto Groß, uno de los primeros defensores del psicoanálisis. Como publicista, Groß estaba próximo a los anarquistas y a los expresionistas, y fue amigo de Maximilian Harden y Erich Mühsam, entre otros. Era drogadicto y sufría alucinaciones. En 1913, su padre lo incapacitó y lo ingresaron en una institución psiquiátrica, donde lo trató Jung. Groß murió en una situación de pobreza y desamparo absolutos en 1920, en Berlín.

Ese ejemplo muestra cómo de fluidas son las transiciones entre la literatura y la realidad, entre la ficción y los hechos. Sin embargo, si se prueba a extraer un resumen biográfico sobre la base de los documentos y del material existente, se verá con claridad que el autor se aferra de un modo ampliamente detallado y sincero a los datos y a las circunstancias de su camino vital. Pero ¿por qué razón eligió entonces el término genérico de «novela», a primera vista equívoco? Ya en el anuncio de la primera edición, desde Nymphenburger Verlagshandlung daban una respuesta indirecta a esa pregunta. Anunciaban el libro para el septuagésimo cumpleaños del escritor como «la novela de su vida». Y, de hecho, lo «novelístico» reside menos en la libertad creativa del autor que en lo excepcional de su peripecia vital. El término novelístico se usa en el sentido de «aventurero», «extraordinario», «inusual», «fantástico», «inaudito», de acuerdo con el desarrollo del destino de esta persona. Se trata de una vida marcada por extremos y contradicciones.

Criado en Wurzburg en una familia trabajadora con pocos medios, el joven Leonhard Frank no pudo recibir educación superior. Y recibió algo mucho peor: el maestro Dürr humilló al alumno y quebró de tal modo la confianza en sí mismo —débil, en todo caso— de aquel joven que éste pasó muchos años atormentado por una inseguridad existencial; miedos, pesadillas, pensamientos suicidas, odio hacia sí mismo y ansias autodestructivas. Tanto más asombroso terminó siendo, en consecuencia, el ascenso rápido, meteórico desde luego, del literato Leonhard Frank: tras haber probado como artista en formación durante algunos años —con poca fortuna, más bien—, en 1911 empezó la redacción de su primera novela, *La partida de bandoleros*. Hasta entonces, sólo había probado a hacer algunos esbozos en prosa que se apropiaban del lenguaje expresionista. La novela, sin embargo, dio a conocer un tono por completo propio. Se trata —de un modo similar a Thomas Mann y sus *Buddenbrook*— de uno de esos casos poco frecuentes en los que un joven escritor irrumpe de un modo fulminante con su primera gran obra y, desde entonces, su nombre ya no pudo desligarse nunca de la literatura alemana. No fue sólo que la historia cautivase a los lectores —una novela sobre la iniciación juvenil en mitad de una sociedad anticuada, fosilizada—, sino que, además, su lenguaje era completamente innovador. Suena áspero, sin desde luego ser torpe. Por el contrario: todas las palabras están en su sitio. Aun así, el estilo adolece de la ligereza y de la maleabilidad de un Stefan Zweig o de un Arthur Schnitzler. Todo da la sensación de estar conformado hasta el más mínimo detalle, de ser deliberado, de haberse

exprimido: es la obra maestra lingüística de un autor que entiende su profesión como un trabajo artesanal riguroso. Por *La partida de bandoleros*, Frank recibió en 1914 el deseado Premio Fontane. Un año después huyó a Suiza, dado que sus opiniones pacifistas le hacían insoportable permanecer en Alemania. En 1917 se publicó la colección de relatos *El hombre es bueno*, en los que arremete contra la guerra y aboga por una reconciliación de los pueblos sobre la base de ideas e ideales socialistas (y que, según la época y las circunstancias, pueden resultar excesivamente cargados de sentimentalismo). Con ellos se fijaba otro de los núcleos temáticos de Leonhard Frank. Las novelas publicadas en la época de la República de Weimar —*El burgués* (1924), *Das Ochsenfurter Mannerquartett* (1927), *Von drei Millionen drei* (1932)— giran en torno a esos dos polos de su escritura: el sufrimiento por encontrar el yo y el clamor contra la injusticia social y política.

«Novelística» fue también la vida de Frank en los años veinte: vivió en una villa en la región berlinesa de Grunewald. Sus millones de lectores le garantizaban unos honorarios elevados. Tenía asegurado el reconocimiento público. Recibió el Premio Kleist y pasó a ser miembro de la Preußische Akademie der Künste. Su vida privada daba cuenta asimismo de lo que se puede llamar éxito: mujeres itinerantes, grandes automóviles, una excesiva vida nocturna en los círculos de las celebridades berlinesas, trajes a medida... Todos eran atributos de una historia extraordinaria de éxito y de una vida exterior de dandi y príncipe de los poetas. No obstante, todos eran al mismo tiempo intentos de compensar una psique vulnerable y vulnerada.

Al final, como salida de una novela, se produjo también la caída de Frank en la persecución y en la necesidad: en 1933 huyó de Alemania, pasó unos años en Inglaterra, en Francia y en Suiza, lo internaron en un campo de concentración cuando los alemanes marcharon sobre Francia del que, una vez más, consiguió escapar, a pie de Bretaña a Marsella, desde donde continuó hasta Portugal, y de ahí a Estados Unidos. En Hollywood consiguió —al igual que Heinrich Mann— un contrato de guionista en un estudio de cine y, de ese modo, siendo una sombra de sí mismo, pudo sobrevivir a la guerra y al exilio «en la cueva» del escritor a sueldo que no tenía a nadie que esperase sus trabajos, y que, de hecho, se sentía aliviado al no tener que hacerlos.

Una vida «novelística» de punta a cabo, pues, una vida que supo igualar lustre y miseria, gloria y persecución, dudas sobre uno mismo e inflada vanidad. Desde esa perspectiva, el término «novela» resulta realmente lógico para *A la izquierda, donde el corazón*.

A decir verdad, lo novelístico implica asimismo idealizaciones, omisiones, eufemismos. La caracterización que hace Frank de su personaje se convierte en ciertos puntos en una presentación de su persona, no siempre sin recurrir a la vanidad y a la exaltación. Ese tipo de «corrección» ulterior en el seno del «relato de éxito» de su vida se ve, por ejemplo, gracias a las actas policiales conservadas en el archivo de guerra de Baviera. De ellas se extrae que Frank, en su época de estudiante de arte en

Múnich, estuvo en ciertas ocasiones al menos en el punto de mira de la policía, y quizá también cometiese algunos delitos menores. Los documentos mencionan incitación al chantaje, intento de robo y posesión de armas prohibidas. A todo ello pudo contribuir la necesidad material. En cualquier caso, este «lado oscuro» entra en flagrante contradicción con la posterior imagen pulcra del hombre hecho a sí mismo y del radiante literato de éxito. Razón suficiente, de cualquier modo, para que ese hombre de setenta años eliminase tales detalles «disonantes» de su autorretrato.

El hecho de que Leonhard Frank escribiera el libro en tercera persona y llamase a su *alter ego* Michael Vierkant no es sólo un truco de técnica novelística, sino realmente un arquetipo de Frank. Dicha figura autobiográfica subyacente la encontrará también el lector en *Deutsche Novelle* (surgida en el exilio en Hollywood y publicada en 1954) y en el gran relato *Michaels Rückkehr* [El regreso de Michael, 1954]. En septiembre de 1952, Leonhard Frank contó lo siguiente en una entrevista cuando le preguntaron por el significado del nombre «Michael Vierkant»: «Bueno, yo fui herrero, y existe un acero cuadrado, de cuatro cantos^[21]. Se trata de un material duro, y Michael es muy alemán, aunque comparativamente blando; es decir, una combinación de mi naturaleza, blanda y dura. Si uno es demasiado blando puede acabar mordiendo el polvo, y si es demasiado duro deja de ser persona. Debe haber siempre un equilibrio entre lo blando y lo duro. Eso he procurado durante toda mi vida. Y por eso también elegí ese nombre para cuando tuviera un personaje en una novela en el que yo encajase».

Durante los últimos nueve años de su vida, Frank escribía raras veces, a lo sumo revisando historias y obras de teatro antiguas. Lo que sí proyectó fue la continuación de *A la izquierda, donde el corazón*. En su legado se han conservado algunas escenas y fragmentos de esa obra. Los manuscritos evidencian el duro proceso de trabajo que desarrolló Frank toda su vida, según su propio testimonio. Frecuentemente están salpicados de tachones, correcciones y palabras escritas unas encima de otras, que a menudo dificultan el descifrado y la ubicación de los textos. El prólogo a la segunda parte de *A la izquierda, donde el corazón* dice lo siguiente:

Quando Michael Vierkant, después de diecisiete años de emigración en París, Londres, Nueva York y Hollywood, se baja junto a su amada Charlott —que se había convertido en su esposa en Estados Unidos— en la estación de su ciudad natal, Wurzburg, en el año 1950, se pregunta consternado por qué ha regresado a un país cuyos dirigentes gasearon a millones de personas inocentes, desencadenaron la guerra mundial e infligieron un daño inconmensurable a los pueblos de Europa y de la Unión Soviética. Y es que, poco antes de que Michael se bajara del tren, un hombre de su mismo compartimento les había dicho a sus compañeros de viaje, tristemente conmovido: “Habríamos ganado la guerra contra la Unión Soviética y hoy el Führer sería el líder del mundo si en el año 1942 el invierno no hubiese sido tan terriblemente frío y nuestros valientes soldados no se hubiesen quedado atrapados en un metro de nieve”. Todos los compañeros de compartimento habían asentido a modo de acuerdo y Michael había pensado: “¡Mis compatriotas no han aprendido nada, pese al desastre sin nombre que han provocado, y eso que incluso sus ciudades no son más que montones enormes de ruinas bajo las cuales se descomponen innumerables alemanes!”. Sin embargo, a los pocos segundos se había dicho: “Quizá en este compartimento, por pura casualidad, viajen solamente alemanes infestados de nazismo. También habrá alemanes que

no estén a favor de la muerte de millones de judíos ni de las guerras de agresión”. Esa idea se vio confirmada una hora después en los parientes de Michael: gente sencilla y normal que, aunque no había reunido el valor suicida para protestar públicamente contra la desgracia mundial, sí estaba de corazón contra ella.

Michael, que había escrito a lo largo de su vida en todos sus libros contra la injusticia y el daño innecesario, empezó diez años después de su regreso, en 1960, a escribir de nuevo una novela: sólo *a posteriori* se había centrado con detenimiento en lo que había ocurrido en el transcurso de quince años de posguerra en Alemania. (Cortesía del archivo de Die Akademie der Künste Berlin, archivo de Leonhard Frank, sign. 14, fol. 150).

El impulso para continuar su novela autobiográfica estaba claro: Leonhard Frank quería escribir contra una tendencia política existente en la Alemania de la era de Adenauer a la que él se oponía. El propio Frank, en una entrevista de 1959, calificó la actitud de Alemania Occidental —que se manifestaba en una gran parte de la población a modo de ansias consumistas— en tono peyorativo como «milagro económico de vorágine superficial»^[22]. Incluso en aquellos años en los que apenas escribía ya, seguía metiéndose pese a todo en asuntos públicos. Así, en diversas proclamas arremetió contra el rearme y el armamento nuclear; clamó contra una castración forzosa desde muchos ámbitos del derecho a la libertad de expresión a través de una «cláusula de basura y mugre»^[23]; defendió el diálogo entre Bonn y Berlín Oriental; y acabó abogando también por la liberación de Walter Janka, editor de Aufbau. Este último había puesto en marcha una edición en seis tomos de las obras completas de Frank que disfrutó de una gran popularidad entre los lectores de Alemania Oriental. En los últimos años de su vida, el escritor no se sintió halagado por la RDA sin más —recibió en 1955 la primera categoría del Premio Nacional de manos del presidente del Estado Wilhelm Pieck—, sino que además se hallaba personalmente inclinado al socialismo como sistema social. Nunca lo mantuvo en secreto ante el público, y sus creencias tampoco se tambalearon cuando en 1957 condenaron a varios años de prisión a su editor Janka por supuesta «conspiración contrarrevolucionaria».

Frank se involucraba, ése era su credo vital, y el relato de su vida debe leerse aún hoy teniendo en cuenta dicho aspecto. En una entrevista de 1952 reconoció: «En conjunto, mi vida ha sido la de un combativo escritor alemán de novelas en la históricamente convulsa primera mitad del siglo xx. Puedo decir que mis libros en realidad son los retratos de mi interior. Desde joven, me he preocupado por asuntos que no me atañían, y soy de la opinión de que las personas que no hacen eso pierden la deferencia hacia sí mismas». En otra conversación, a la pregunta sobre el significado del título *A la izquierda, donde el corazón*, respondió: «Sí, es a la izquierda donde está el corazón, a la izquierda, y justo ahí estoy yo: lo concibo todo desde el corazón únicamente, y el corazón queda a la izquierda, sin más, así que se trata de un título que resume bien mi naturaleza».

El relato de Leonhard Frank, la novela de su vida, no es un libro sobre hecho objetivos. Sin embargo, es un texto que se siente con sinceridad, desde el corazón, y pretende llegar al lector como un legado personal. Bajo esa premisa de quien tiene

experiencia en lo subjetivo reside una enorme autenticidad, también —e incluso— en los momentos en los que abandona el retrato del destino propio y reproduce una imagen de su época. Precisamente esa conjunción de autobiografía y retrato histórico hace que el libro siga siendo digno de leer hoy. De este modo, *A la izquierda, donde el corazón* queda vinculado a otras grandes autobiografías de escritores del siglo XX, como las memorias de Klaus Mann, Elias Canetti, Ludwig Marcuse o Stefan Zweig.

Armin Strohmeyr
Berlín, enero de 2003



LEONHARD FRANK (Wurzburgo, 1882 – Múnich, 1961). De origen humilde, se empleó en múltiples trabajos: mecánico, chófer, pintor de brocha gorda, celador de hospital... Guiado por su talento para la pintura, estudió Bellas Artes durante seis años en Múnich y en 1910 se instaló en Berlín.

Humanista, pacifista y antifascista, Frank creyó siempre en el poder transformador de la literatura. Ya con su primer libro ganó el prestigioso Premio Fontane, al que seguirían otros importantes galardones, como el Kleist, la Medalla de Plata de Wurzburgo, el Kulturpreis de Núremberg y la Orden del Mérito de la República Federal de Alemania.

[1] Stefan George (1868-1933) fue una figura fundamental de la literatura alemana de la época. Poeta y traductor, también fundó una importante revista literaria, Blätter für die Kunst, alrededor de la cual se formó un círculo literario conocido como el George-Kreis. (Todas las notas son de la traductora). <<

[2] Aubrey Beardsley (1872-1898) fue un pintor e ilustrador británico, asociado al movimiento del Esteticismo (junto con, por ejemplo, Oscar Wilde), que consideraba que el arte existe para beneficio de la exaltación de la belleza, y que ésta debe ser elevada y priorizada por encima de la moral y de las temáticas sociales. <<

[3] Revista satírica semanal que se publicó desde 1896 hasta 1967 (con un paréntesis de 1944 a 1954). Era rompedora tanto en el contenido de los artículos como en su vertiente gráfica, pues colaboraron en ella tanto los escritores y poetas como los dibujantes y pintores más vanguardistas. <<

[4] Barrio de Múnich donde se concentraba la bohemia de la época. <<

[5] Verso del «Himno a la alegría», movimiento final para coro y solistas de la novena sinfonía, basado en la «Oda a la alegría», de Friedrich Schiller. <<

[6] Franziska zu Reventlow (1871-1918) fue una escritora y traductora alemana, autora, entre otros, de *El complejo de dinero* y *El largo adiós de Ellen Olestjerne*. <<

[7] Famoso grupo de artistas expresionistas que se formó en Múnich. Organizaron dos exposiciones fundamentales para el arte de la época, en 1911 y 1912, pero, por desgracia, la Primera Guerra Mundial puso fin a sus actividades. <<

[8] Se trataba de viviendas recién construidas que se ponían a disposición de inquilinos de escaso poder adquisitivo a bajo precio porque los materiales de construcción estaban aún húmedos. <<

[9] Al ser ésta una biografía ficcionalizada, en ella se hace mención a títulos de obras tanto reales como inventadas. Se han consignado directamente en castellano los títulos reales que están ya traducidos y publicados en nuestra lengua (como es el caso de *La partida de bandoleros*, publicada por Calpe en 1925), y también los de obras inventadas. En alemán y con traducción entre corchetes se han dejado los títulos reales que aún no se han publicado en español. <<

[10] Parece tratarse de una tonada popular que se cantaba en tiempos de guerra. El verso en alemán dice: Wisch dir die Träne ab mit Sandpapier. <<

[11] Se refiere a una rima que existió realmente, atribuida a Adolf Hofmann, como propaganda bélica; en alemán comienza: Jeder Tritt ein Britt, jeder Stoß ein Franzos, jeder Schuß ein Ruß. <<

[12] En alemán: «Deutschland, Deutschland über alles». Se trata del himno oficial de Alemania desde 1922, aunque desde 1990 sólo se mantiene la tercera estrofa. No obstante, lo que se indica como título es en realidad el primer verso de la canción. <<

[13] La primera es una frase atribuida a Carl von Clausewitz, militar prusiano y autor de varios textos de historia y teoría de la ciencia militar. El original alemán es: *Der Krieg ist die Fortsetzung der Politik mit anderen Mitteln.* <<

[14] Hace referencia a una enorme escultura de Paul von Hindenburg (militar y político alemán que terminaría siendo presidente del país entre 1925 y 1934), diseñada por Georg Marschall, que se levantó en Berlín en 1915. En la Primera Guerra Mundial, fue la mayor escultura de las llamadas «hombres de clavos». Este tipo de estatuas sirvió de propaganda y modo de financiación para las Fuerzas Armadas del Imperio austrohúngaro y del alemán durante la guerra. Se trataba de piezas de madera en las que se iban insertando clavos a cambio de donativos (de hierro, plata u oro, según la cuantía) destinados a los militares. <<

[15] En francés en el original. <<

[16] Los Freikorps (surgidos como ejércitos de voluntarios en los siglos XII y XIII) adquirieron un marcado tinte nacionalista y anticomunista, y pasaron a convertirse en grupos paramilitares que, durante la República de Weimar, ayudaron a reprimir a la población. Se ocuparon, entre otras cosas, de asesinar en 1921 al ministro de Economía Matthias Erzberger (por participar en la firma del armisticio que puso fin a la Primera Guerra Mundial y por alejarse en sus políticas económicas de la derecha más extrema) y, al año siguiente, al ministro de Exteriores Walther Rathenau (por haber firmado el Tratado de Rapallo, de cooperación entre Rusia y Alemania, así como por su condición de judío). <<

[17] Las citas que se recogen de esta obra están sacadas de: Leonhard Frank, Karl y Anna, Madrid, Errata naturae, 2011. Traducción de Elena Sánchez Zwickel. <<

[18] «El periódico parisino *Journal des débats* adjuntó a su edición del 19 de febrero de 1800 un pequeño cuadernillo que contenía noticias y críticas de conciertos, óperas y obras teatrales. El *feuilleton* —“hojita”, “suplemento”— fue bien acogido por los lectores [...]. Con el tiempo, la idea fue copiada por otros diarios. [...] La popularidad que a lo largo de todo el siglo XIX alcanzó en Francia —y también en España, con el nombre de “folletín” o “folletón”— se cimentó sobre los relatos novelescos publicados de forma seriada: los *roman-feuilleton* de escritores como Eugène Sue, Honoré de Balzac, Alexandre Dumas o Victor Hugo. En la Europa de habla alemana, en cambio, el género que conquista desde el comienzo el favor de los lectores es una pieza de prosa breve compuesta con ambición estilística y en tono distendido, a menudo humorístico, que adopta múltiples formas y aborda todo tipo de temas». Esta nota está extractada del prólogo de Francisco Uzcanga Meinecke a *La eternidad de un día. Clásicos del periodismo alemán (1823-1934)*, Barcelona, Acantilado, 2016. <<

[19] Las citas de este libro al que hace referencia Frank están sacadas de: Thomas Mann, *Los orígenes del Doktor Faustus. Novela de una novela*, Madrid, Dioptrías, 2015, traducción de Esther Cruz Santaella. <<

[20] Se refiere a dos cargos de alta relevancia en la Alemania nazi: los *Sturmführer* eran jefes de asalto, un cargo que terminó siendo equivalente al de teniente en un ejército. Por su parte, los *Gauleiter* eran los jefes de las distintas regiones o distritos en los que se estructuraba la jerarquía del partido nazi. <<

[21] El apellido *Vierkant* deriva del término alemán para «cuadrangular» o «cuadrado». <<

[22] El término «milagro económico» (*Wirtschaftswunder* en alemán) se utilizó en la segunda mitad del siglo XX para referirse al repunte de las economías alemana y austríaca posterior a la guerra y a la rápida recuperación de sus sistemas económicos, facilitados en parte por el Plan Marshall durante el Gobierno de Adenauer. <<

[23] Frank hace aquí un paralelismo con la Gesetz zur Bewahrung der Jugend vor Schund und Schmutzschriften, una ley vigente en Alemania entre 1926 y 1935 destinada a «proteger» a niños y a jóvenes de textos que pudiesen ser una mala influencia para ellos. <<